

**Sur y Tiempo**  
**Revista de Historia de América**

**Volumen 2, Número 4**  
**Julio-Diciembre 2021**  
**ISSN 2452-547X**



## Índice

|  |         |
|--|---------|
| Editorial  |         |
| <i>German Alburquerque F.</i>  | I       |
| <b>Dossier “Conflictividad social y violencia política en América Latina”</b>  |         |
| Presentación   |         |
| <i>Claudio Pérez S.</i>  | II-III  |
| La Memoria Sumergida   |         |
| <i>Ricardo Melgar Bao</i>  | 1-34    |
| Fisonomía de la resistencia en contra de las dictaduras del Cono Sur. Balances de una revisión historiográfica   |         |
| <i>Pedro Valdés Navarro</i>  | 35-69   |
| Continuidades: Consenso y cooperación en la formulación de la seguridad transicional en Chile (1986-1994)  |         |
| <i>Camilo Mora Zavala</i>  | 70-89   |
| Conciencia de clase en la Central Unitaria de Trabajadores y subordinación de clase en la democratización chilena (1990 – 1996)  |         |
| <i>Gabriel A. Astudillo</i>  | 90-117  |
| “De la sala de clases a la lucha de clases”: Apuntes sobre movimiento secundario, izquierdas y violencia política en la protesta antidictatorial. Santiago de Chile, 1983-1990 |         |
| <i>Gustavo Palma Castro</i>  | 118-137 |
| <b>Artículos</b>   |         |
| Vestigios para una historia musical de la sociedad chilena en la historia reciente: El Fondo Documental Sello Alerce   |         |
| <i>César Albornoz Cuevas</i>   | 138-160 |
| Entre las industrias, la educación y el campo: Historia local de la subdelegación de Marruecos, al Sur Poniente de Santiago entre 1927 y 1954                                  |         |
| <i>Oscar Alejandro Riquelme Gálvez</i>   | 161-182 |
| <b>Reseña</b>  |         |
| Locuras en primera persona. Subjetividades, experiencias, activismos, de Rafael Huertas (Catarata, Madrid, 2020, 189 pp.).   |         |
| <i>Claudia Araya Ibacache</i>  | 183-185 |

## Editorial

Con satisfacción presentamos el cuarto número de Sur y Tiempo - Revista de Historia de América. En esta ocasión incluimos el dossier “Conflictividad social y violencia política en América Latina”, cuya coordinación ha corrido por cuenta del doctor Claudio Pérez Silva, académico del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de nuestra Universidad de Valparaíso. Cinco artículos lo componen, comandados por la reimpresión de un escrito del recientemente fallecido Ricardo Melgar Bao, reconocido e incansable historiador del continente americano. Sirva entonces esta publicación como un homenaje.

Además, aparecen en este número dos artículos. En el primero de ellos, titulado “Vestigios para una historia musical de la sociedad chilena en la historia reciente: El Fondo Documental Sello Alerce”, su autor, el doctor César Albornoz Cuevas, nos narra el proceso de rescate y puesta en valor del archivo personal de Ricardo García, verdadera institución de la música popular chilena de la segunda mitad del siglo XX. Albornoz nos explica cómo los documentos sonoros y escritos contenidos en ese archivo no solo permiten reconstruir la trama de un periodo muy fecundo de la escena musical chilena, sino que también iluminan la cotidianidad de nuestra historia reciente y en especial de los oscuros días de la dictadura militar, precisamente en aquello que los documentos tradicionales fracasan en expresar.

En el segundo artículo –“Entre las industrias, la educación y el campo: Historia local de la subdelegación de Marruecos, al sur poniente de Santiago entre 1927 y 1954”–, Óscar Riquelme nos entrega un vívido retrato de un fragmento de la historia local de la periferia de Santiago. Situado en la frontera entre lo urbano y lo rural, entre lo moderno y lo premoderno, el texto recrea, a través, sobre todo, de documentos de una escuela de lo que hoy es la comuna de Padre Hurtado, la vida comunitaria de un lugar que iba quedando fuera del progreso industrial que experimentaban los territorios vecinos. Lo que estos dos artículos tienen en común, al margen de un enfoque que parte de la historia cultural para aproximarse a la historia social, es la relación íntima que establecen con la materia prima de este oficio, los documentos.

Cerramos el cuarto número de nuestra revista con la reseña escrita por la doctora Claudia Araya Ibacache sobre el libro del especialista español en historia de la siquiatria y de la salud, Rafael Huertas, titulado *Locuras en primera persona. Subjetividades, experiencias, activismos*, publicado el año 2020.

Germán Alburquerque F.  
Valparaíso, julio de 2021

Editorial

Sur y Tiempo. Revista de Historia de América, N°4, julio-diciembre 2021, p. I.

ISSN 2452-574X

DOI: 10.22370/syt.2021.4.2937



## Presentación del dossier “Conflictividad social y violencia política en América Latina”

En este dossier presentamos cinco artículos que analizan desde distintas perspectivas, escenarios y actores sociales, una serie de dinámicas y experiencias históricas vinculadas a los fenómenos de conflictividad social y violencia política. Partimos con un homenaje póstumo al gran maestro Ricardo Melgar Bao, quién visitó la Universidad de Valparaíso el año 2018 y dejó entre los estudiantes de posgrado y el cuerpo de profesoras y profesoras del Instituto de Historia de la Universidad de Valparaíso un gran recuerdo por su gran calidad humana y grandeza intelectual. En función de aquella experiencia colectiva, decidimos republicar uno de sus trabajos y volver a situarlo en un contexto latinoamericano marcado por las dinámicas de movilización popular y protesta social, de revueltas y respuesta estatal-paramilitar violenta. En “La Memoria Sumergida”, publicado por primera vez en la *Revista Memoria* (México, 2002), Ricardo Melgar aborda la amplitud, las tradiciones, militancias y expresiones del universo guerrillero latinoamericano, así como las distintas aproximaciones e interpretaciones realizadas en torno a las prácticas y experiencias guerrilleras y los conflictos armados desencadenados en el continente en el marco de la Guerra Fría.

A continuación, tenemos el artículo del estudiante de Doctorado en Historia de la Universidad Católica de Valparaíso, Mg. Pedro Valdés, titulado: “Fisonomía de la resistencia en contra de las Dictaduras del Cono Sur. Balances de una revisión historiográfica”, quien, desde una perspectiva de análisis local, continental y trasnacional da cuenta de las distintas lecturas realizadas en torno a los procesos de confrontación y resistencia a las dictaduras del Cono Sur. Como resultado de dicho balance, destaca las diferentes caracterizaciones y significados con los cuales las investigaciones se han referido a estos procesos o actividades de resistencia. Del mismo modo, identifica la apertura de un importante campo de estudio en relación a los aspectos comunes y las posibilidades de establecer visiones de conjunto.

El tercer trabajo, “Continuidades: Consenso y cooperación en la formulación de la seguridad transicional en Chile (1986-1994)”, del estudiante de doctorado de la Universidad de Santiago de Chile, Mg. Camilo Mora, aborda las distintas concepciones y mecanismos que operan en la política de seguridad durante los primeros años de la transición chilena a la democracia. Así, resalta aquellos aspectos de colaboración y persistencia en cuanto a políticas de seguridad, como resultado de los diversos consensos cívicos-militares construidos entre los principales actores



políticos que se articularon en torno al proceso de transición desde mediados de la década de los ochenta y el gobierno de Patricio Aylwin (1990-1994). En el mismo contexto histórico, se encuentra el trabajo del Mg. Gabriel Astudillo, “Conciencia de clase en la Central Unitaria de Trabajadores y subordinación de clase en la democratización chilena (1990-1996)”, quien incursiona en las principales dinámicas sociales, políticas e ideológicas relacionadas con la conflictividad social y laboral durante los primeros años de la transición chilena. Es en este escenario político, destaca el autor, de lucha contra la pobreza, más que la desigualdad, así como de institucionalización de los actores y el conflicto en el marco de la continuidad del modelo económico implementado por la dictadura, donde se inscriben y operan distintos mecanismos y concepciones en torno a los conflictos laborales y el papel de la clase trabajadora, los cuales terminan reconfigurando los tradicionales intereses en disputa, las prácticas sociales y las adscripciones de clase.

Finalmente, el artículo “‘De la sala de clases a la lucha de clases’. Apuntes sobre movimiento secundario, izquierdas y violencia política en la protesta antidictatorial. Santiago de Chile, 1983-1990”, del Licenciado en Historia, Gustavo Palma, revisa los principales escenarios y procesos de politización de los estudiantes secundarios en el marco de las jornadas nacionales de protesta contra la dictadura en la década de 1980. A través de la historia oral, analiza diversas problemáticas relacionadas con el movimiento estudiantil secundario en dictadura, como la relación entre lo social y lo político, el vínculo e incidencia de las organizaciones partidarias de izquierda con el movimiento popular, los principales escenarios y formas que asume la protesta estudiantil, así como el papel de ésta en la trayectoria política de la izquierda chilena a fines de la década de los ochenta.

Claudio Pérez S.  
Valparaíso, julio de 2021

## La Memoria Sumergida<sup>1</sup>

The Submerged Memory

Ricardo MELGAR BAO<sup>2</sup>

Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), México.

### Resumen

En este artículo, Ricardo Melgar Bao analiza el fenómeno de las guerrillas latinoamericanas desde distintos puntos de vista. En primer lugar, compulsas las definiciones del concepto guerrilla con su materialización en el continente, incorporando también el concepto de terror en la discusión. Luego se enfoca en la violencia, recuperando elaboraciones teóricas y el modo en que es resignificada por los movimientos guerrilleros. Finalmente, explora los sentidos que adquiere la muerte, el martirologio y la lógica sacrificial en los diferentes espacios que la guerrilla ocupó en América Latina.

**Palabras clave:** guerrilla; violencia; izquierdas; Guerra Fría; América Latina.

### Abstract

In this article, Ricardo Melgar Bao analyzes the phenomenon of Latin American guerrillas from different points of view. In the first place, he compares the definitions of the guerrilla concept with its materialization on the continent, also incorporating the concept of terror in the discussion. Then he focuses on violence, recovering theoretical elaborations and the way in which it is resignified by the guerrilla movements. Finally, he explores the meanings that death, martyrology and sacrificial logic acquire in the different spaces that the guerrillas reached in Latin America.

**Keywords:** Guerrilla; Violence; Left; Cold War; Latin America.

---

<sup>1</sup> Este artículo apareció originalmente en la revista *Memoria* de Ciudad de México, en los números 164 y 165, correspondientes a octubre y noviembre de 2002. Agradecemos a *Memoria* por permitirnos su republicación.

<sup>2</sup> Ricardo Melgar Bao (Lima, 1946-Cuernavaca, México, 2020): Historiador y antropólogo peruano, doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. El autor agradece los comentarios críticos de Ross Gandy, Juan José García, Salvador Morales, Morgan Quero y Arturo Taracena, así como las ayudas

Ricardo MELGAR BAO

La memoria sumergida

Sur y Tiempo. Revista de Historia de América, N°4, julio-diciembre 2021, pp. 1-34.

ISSN 2452-574X

DOI: 10.22370/syt.2021.4.2916



## 1. Sacralización de la violencia en las guerrillas latinoamericanas

Resulta preocupante que la XXIV Conferencia de Ejércitos Americanos 2000-2001 sostenga que vivimos un tiempo de emergencia de “conflictos de mayor envergadura” que los experimentados en los decenios precedentes en la región, en los cuales el tema de la guerrilla aparece confundido con el terrorismo (Ejército de Chile, 2000: 1). Además, los estudiosos de las guerrillas latinoamericanas confrontan el peso –entre otros– de los relatos ideológicos surgidos de la Guerra Fría. Estos han marcado la mayoría de las investigaciones realizadas a través de la visión conspirativa sobre la siniestra mano roja internacional, así como bajo la práctica hagiográfica sobre los héroes guerrilleros o la muy pedagógica historia-tradición de las guerrillas. Esta historia por rearmar resiente también el tenor restrictivo del acceso a las fuentes mismas, en su mayoría evasivas, sumergidas, facciosas, fabricadas y además dispersas, dentro y fuera del país o el continente.

A lo largo del artículo, abriremos dos ventanas hacia el universo guerrillero a partir de los referentes de violencia y guerrilla, así como sobre los saberes especializados acerca de los conflictos armados legados por la Guerra Fría. La primera entrada reseñará críticamente el contexto de las principales tendencias que filian las investigaciones sobre las guerrillas latinoamericanas. La segunda explorará los sentidos de la violencia en la nueva izquierda bajo los marcos de la Guerra Fría, más que los que emergieron de las tradiciones regionales.

2

### 1.1. El mirador académico: fragmentación del saber o razón oblicua

Si la categoría reaganiana del terrorismo en los últimos veinte años ha venido opacando el sentido de la guerrilla latinoamericana, lo ha logrado por sobredimensionar uno de sus atributos tácticos aleatorios; tal juego metónico que ha sido vulgarizado mediáticamente debe ser puesto entre paréntesis y criticado, partiendo de otras entradas y lecturas. Debe preocuparnos cómo el uso polisémico del terrorismo ha echado raíces en nuestra más reciente historiografía sobre las guerrillas en América Latina y en otros continentes. En otras palabras, estamos a favor de la pertinencia de analizar el terror como táctica guerrillera real a condición de no sobregeneralizar su práctica ni obviar que su referente de sentido más fuerte e históricamente recurrente emerge del terrorismo estatal y en menor medida de algunas tradiciones de la violencia y crueldad local o regional.

Si la guerrilla tiene un sentido acotado en las categorías más amplias de la violencia política y la revolución, habrá que referir ese sentido explícitamente, apoyándonos en una lectura crítica de los diccionarios de la lengua y de las ciencias

---

bibliográficas brindadas por Ezequiel Maldonado, Francisco Amezcuca, Eduardo Sandoval y Gregorio Sosensky.

sociales más usados en nuestros medios académicos. La historia del propio término y su inserción en el habla popular castellana nos remiten al decir de una opinión autorizada, más a principios del siglo XIX que al contexto del siglo XVI, al desglosar el sentido de guerrillero del de guerrilla (Corominas, 1983: 309; RAE, 2001: 1174-1175)<sup>3</sup>. De otro lado, en el habla popular hay muchos términos vernáculos que reelaboran contradictoriamente los términos de guerrilla y guerrillero y que están asociados a ciertos relatos populares; unos y otros deben ser tomados en cuenta para alcanzar una aproximación a las adscripciones de la identidad guerrillera en los imaginarios sociales. En Cuba, el término guerrillero, decía el Che, tenía “un significado repulsivo”, es decir, poseía el estigma de su indeseable filiación colonialista, el cual tuvo que ser resemantizado a partir de la Revolución Cubana (Guevara, 1985). Lo que debe quedar en claro es que el terreno de su conceptualización está minado y que hay que caminar con cuidado.

El historiador Carlos M. Rama, conceptualizando a la guerrilla para *El Diccionario UNESCO de Ciencias Sociales*, dice que la adhesión a la guerrilla es espontánea y voluntaria, lo cual no resulta muy convincente a la luz de la experiencia latinoamericana de los últimos veinte años, pero sí es sugerente su afirmación de que la guerrilla “se caracteriza por la acción bélica de formaciones de escasa entidad, autónomas en su movimiento y jerarquía funcional, especializadas en emboscadas, asaltos de sorpresa y breves combates” (Rama, 1988, II: 979). Sin embargo, esta definición omite el referente político y simbólico, significando a la guerrilla desde su accionar militar operativo. Nos parece algo mejor, salvo por el excesivo peso definitorio del combate, la definición ofertada por Fulvio Attinà para el *Diccionario de Política* coordinado por Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, quien prefiere consignar que “la guerrilla es un tipo de combate que se caracteriza por el encuentro entre formaciones irregulares de combatientes y un ejército regular. Los objetivos que con ésta se persiguen son más políticos que militares” (Attina, 1981, A-J: 769). La combinación de los fines políticos y militares en la acción guerrillera no es ajena a sus marcas culturales, por ello, la guerrilla nos obliga a ensanchar su universo de sentido. Si la táctica aleatoria del terror supone la construcción del miedo paralizante en el imaginario del enemigo, ésta se logra gracias a la eficacia simbólica de una usualmente sorpresiva acción aniquiladora ejemplar y/o una potencial amenaza de exterminio. Esta práctica, sin lugar a dudas, es más recurrente desde el campo contrainsurgente que desde el propio accionar guerrillero; en todo caso, exhibe en lo general una bidireccionalidad asimétrica de impacto variable en la depredación de vidas humanas, además de sus costos psicoculturales. Al respecto,

3

---

<sup>3</sup> Los cinco sentidos que porta el término guerrilla según el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua muestran no sólo su campo polisémico, sino también el legado de las tradiciones y sus tiempos, sea el juego de naipes, la batalla juvenil a pedradas o la partida irregular que practica escaramuzas u hostiga y molesta al enemigo.

resulta ilustrativo el accionar guerrillero del M-26 de Julio en Cuba, ya que en su seno se dibujó el debate y el acuerdo interno sobre los costos y distancias frente a los atentados cometidos por otros grupos de oposición, al mismo tiempo que asumía la ejemplaridad y positividad de los ajusticiamientos selectivos. La otra cara nos remite al régimen dictatorial de Fulgencio Batista y su peculiar estilo de practicar el terrorismo de Estado contra los integrantes o simpatizantes del M-26 de Julio y una más amplia gama de opositores políticos; vela su abierta o latente permanencia que va más allá del dictador Gerardo Machado.

Desde el lado de nuestros protagonistas, podemos comprender que el ajusticiamiento de “orejas”, “sapos” y “traidores” ha cumplido una función disuasiva hacia dentro y fuera de la mayoría de las guerrillas latinoamericanas, al mismo tiempo que ha fijado los estrechos límites de la tolerancia armada. Más discutibles han sido los usos guerrilleros de explosivos en blancos ciegos, que borran las fronteras en que se mueven tanto la población civil, como las bases de apoyo de uno y otro bando. Recapitulemos afirmando que la guerrilla es algo más que su táctica terrorista eventual o recurrente, tanto como el Estado contrainsurgente es algo más que el puro terror institucionalizado.

En lo general, la significación de las guerrillas y de los movimientos guerrilleros ha potenciado las más variadas líneas de investigación en las ciencias sociales y algunas disciplinas humanísticas, a la que habría que sumar algunas controversiales ramas especializadas como la psicología militar y/o antisubversiva (Watson, 1982). Sin embargo, pocos saben que la violencia guerrillera ha servido de soporte principal para la constitución de un saber transdisciplinario muy latinoamericano; nos referimos a la denominada “violentología”, nacida no por casualidad en los espacios académicos colombianos de los años sesenta (Guzmán y otros, 1962) y expandida más tarde a varias academias nacionales del continente. ¿Cómo olvidar ese texto fundante para los profesores de la UNAM elaborado a mediados de los ochenta por el desaparecido Enrique Valencia sobre la guerrilla latinoamericana, tan deudor de ese saber emergente y polémico de su tierra natal? En los ochenta, la violentología latinoamericana marcaba implícitamente sus distancias frente a la heterodoxa tanatología política, ese saber sobre la agresión y la muerte de inspiración freudiana y marcusiana que se apropia y recrea de la vieja propuesta de Elie Metchinikof (1901), o ante la más convencional “polemología”, o saber militar acerca de las guerras y los conflictos armados, fundada por Gastón Bouthoul y asumida por la ONU desde los primeros años de la posguerra o más propiamente del comienzo de la Guerra Fría. Al cierre de ésta última fase histórica, cobró notoriedad la doctrina Reagan sobre la seguridad hemisférica al popularizar al terrorismo como su más preciada categoría ideológica, la cual, además de haber trascendido los límites coyunturales de su primigenia enunciación, viene operando en la actualidad como el prisma omnicomprensivo de muchos de los estudios sobre

las guerrillas latinoamericanas. No nos quepa duda de que las entradas teóricas y metodológicas sobre las guerrillas constituyen un capítulo de estos saberes en proceso de construcción y por ende en debate abierto en América Latina. Los historiadores que quieran aproximarse al estudio de las guerrillas en México o en el continente deberían abrir el diálogo con sus pares de otras disciplinas o transdisciplinas, bajo riesgo de esclerotizar precozmente sus lecturas o caer en la levedad empirista o historicista, o peor aún en la simplificada lectura reaganiana, muy de moda tras los sucesos del 11 de septiembre.

Debo advertir, coincidiendo con Villaveces, que “la conceptualización de la violencia borra en sí misma el hecho violento”, su lado humano, y estos saberes como la violentología y otros, más allá de lo que pretenden explicar, deben a su vez ser interpelados por la función que cumplen en nuestro tiempo y en nuestra sociedad (Villaveces, 1996: 1). Este hecho viene a cuento, toda vez que la producción de los estudios sobre las guerrillas o acerca de la guerra sucia en México y América Latina moviliza socialmente, en nuestros imaginarios, discursos e imágenes contradictorias sobre la violencia, bajo la lógica del descubrir y velar lo que pretende significar. Estos discursos e imágenes se alimentan o confluyen con los que por vía mediática o institucional ya circulan, volviendo más complejos los campos de significación en que nos hemos movido, moveremos y debatiremos (Guthmann, 1991). Recuperemos, pues, la fuerza heurística de una obviedad, que el contexto desde el cual venimos construyendo nuestras preguntas sobre el pasado o presente guerrillero y las respuestas emergidas de nuestros avances o resultados de investigación también filian su función social, por lo que resulta obvia nuestra ausencia de neutralidad ideológica y de asepsia teórica y documental. Cada quien se ubicará donde deba, pueda y/o quiera estar. Nuestras preocupaciones por lo que contienen o no contienen los archivos oficiales letrados sobre la guerra sucia en México no son gratuitos, tampoco nuestros encantos y desencantos temáticos o teóricos. Si bien la Guerra Fría ha perdido fuerza en el escenario global, en México y América Latina no han desaparecido sus representaciones y prácticas duras, llámense políticas y militares, documentales e investigativas; diríamos que más bien se han actualizado, aggiornato. A partir de los años setenta, la traducción de la doctrina de la seguridad hemisférica en la doctrina de seguridad nacional no escamoteó la elaboración y aplicación de proyectos subregionales de coordinación antiguerrillera y anticomunista como los de la CONDECA para el área centroamericana o del Plan Cóndor para los países de la Cuenca del Plata y del Cono Sur. Del otro lado, permite explicar la necesidad de la construcción de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar y su estrategia multilateral: en los años ochenta, a veinte años del fallido primer proyecto continentalista guerrillero del Che Guevara.

Quizá por ello, entre la cómoda visión etic, que pretende traducir el habla de los protagonistas, y la visión emic, que apunta ingenuamente a otorgar voz coral e interpretación nativa a los que muchas veces temen hablar o no quieren, hay muchas mediaciones y posibilidades. La visión emic del quehacer guerrillero, es decir, de nuestros privilegiados protagonistas, ya que no los únicos, dista de guardar homogeneidad y da juego a sus diversas tradiciones culturales e ideológicas. A partir de la segunda mitad de los años setenta, la circulación e intercambio de tradiciones guerrilleras puede y merece ser seguida desde cada experiencia nacional. Este proceso de intercambios y reelaboraciones de experiencias y tradiciones tiene que ver, en parte, con la formación de nuevas organizaciones guerrilleras a las que concurrieron varios cuadros sobrevivientes del primer periodo (1958-1975), pero también gracias a sus políticas de alianzas o frentes armados, así como a la asimilación de algunos exiliados o combatientes internacionalistas. A partir de allí, quizá podemos hablar más propiamente de una cultura guerrillera latinoamericana, al punto que en la actualidad algunos analistas, después de recorrer las webs guerrilleras y sus muchos links, hablan de que ya les llegó la globalización.

El panorama del último medio siglo permite constatar que la recepción continental de las experiencias guerrilleras internacionales no fue pasiva y que su particularidad ha estribado en sus cuotas de heterodoxia y creatividad, emergidas del ámbito cultural y popular en que quedaron inscritas. La visión emic de las guerrillas latinoamericanas se ha movido y se mueve entre sus tradiciones letradas, orales e iconográficas. Esta visión ha generado una frondosa producción de manuales y escritos no siempre convergentes sobre sus modos de categorizar su accionar político y militar, fuera de obviar sus tensiones frente a la oralidad de los saberes prácticos legados a los combatientes de relevo. Transitamos así de *La Guerra de Guerrillas* del Che, pasando por el *Minimanual del guerrillero urbano* de Carlos Marighella, a la menos consultada y sumergida tradición oral. Así las cosas, resulta verosímil aquel pasaje que relata el modo en que el Viejo transmite a Lucio Cabañas añejas experiencias armadas bajo los mandos de Amadeo Vidales y Silvestre Mariscal y sus consejos sobre las mañas políticas y militares del gobierno (Montemayor, 1994: 107). Además de ello, la visión emic de la guerrilla se ha afirmado con base en un diálogo experiencial no siempre explícito frente al saber y accionar de sus perseguidores, incluido el manejo de armas aprendido por un número significativo de cuadros guerrilleros que pasaron por el servicio militar obligatorio o la voluntaria formación castrense. De otro lado, la contrainsurgencia busca capitalizar el saber de los guerrilleros que, por vía de la desertión, la infiltración, el chantaje o la tortura, se alinean con el ejército. Sin embargo, el viejo apotegma de conocer al enemigo tanto o mejor que la propia organización opera más como representación que como saber; no lo olvidemos.

El campo de la recepción del saber guerrillero en América Latina es más viejo de lo que suponemos, independientemente de que la particularidad de su recepción y uso radique en expresarse en sus planos tácticos y estratégicos de manera discontinua. Recordemos uno de sus primeros antecedentes letrados. Cuando comenzó a circular el texto cominternista titulado la *Insurrección Armada* (1931); elaborado por un colectivo que usó el seudónimo de Neuberg, la sistematización de los caminos de la violencia revolucionaria confería a este manual revolucionario cierto espacio a las fuerzas irregulares (las guerrillas, pues), aunque cargado de exageradas virtudes disciplinarias e ideológicas. Aunque los ecos de esta obra llegaron a través de España a los escenarios latinoamericanos, fueron bastante opacados por el coetáneo y más difundido texto de Arnold Losovsky, *De la huelga general a la toma del poder*. Recuérdese que este texto de fines de los años veinte orientó uno de los virajes de los ochenta cumplidos por el EPL maoísta colombiano, llegando a pesar más que los escritos militares del propio Mao (Villaraga y Plazas, 1994: 241). De otro lado, debemos mencionar a Julio C. Guerrero, el único latinoamericano invitado a la URSS por el Estado Mayor del Ejército Rojo con motivo de su décimo aniversario en 1928, quien cuatro años más tarde redactó lo que podríamos llamar nuestro primer clásico de este original saber práctico y particular acerca de la violencia intitulado *La guerra de guerrillas, una modalidad de lucha del futuro* (1932), aunque entre los especialistas andinos haya sido más conocida su segunda edición boliviana de 1940. Guerrero implícitamente tomó distancia frente a los textos de Neuberg y de Losovsky, obras que conocía de primera mano, apreciando mejor las experiencias nacionales e internacionales desde el tiempo largo. Guerrero, antes de fallecer, participó en dos cerrados grupos de discusión sobre los límites de las experiencias guerrilleras peruanas de los sesenta, entre cuyos integrantes se encontraban algunos cuadros de las dos principales guerrillas de los años ochenta<sup>4</sup>. Tampoco podemos olvidar al experimentado militar republicano español Alberto Bayo Giraud (1892-1967), quien aportó a los expedicionarios del M-26 de Julio sus conocimientos en guerra irregular, sistematizándolos en sus *150 preguntas a un guerrillero* (1959). Por todo ello, la historia particular de cada guerrilla o movimiento guerrillero, que no es lo mismo, no debe sobrestimar su expresión coyuntural regional, nacional o internacional sin aproximarse a sus otros espejos del siglo XX y sin desestimar el debate mayor que los involucra en los no consensuados campos teóricos y metodológicos de los saberes anteriormente aludidos. Los espejos cruzados de la Revolución Rusa, de la Guerra Civil en España, de la lucha de liberación nacional en Argelia y Vietnam, de la Revolución China, de la Revolución Mexicana y de la Revolución Cubana, han

7

<sup>4</sup> Comunicación personal de N1, militante del PCP, Lima, 27 de abril de 1972; Comunicación personal de N2, militante del MIR, Lima, 8 de enero de 1979. Todas las entrevistas serán marcadas por un numeral que acompañará a la letra N, omitiendo así los referentes de identidad.

gravitado de diversas maneras en los imaginarios y las lógicas de la recepción guerrillera latinoamericana. Las redes internacionalistas, además, abrieron juego tanto a los relatos sobre los martirologios como a los saberes guerrilleros en desarrollo.

## 1.2. La violencia, la nueva izquierda y la Guerra Fría

Tratemos ahora de situar la problemática histórica de nuestras guerrillas bajo los signos de un tiempo compartido y sus múltiples escenarios supranacionales. Hannah Arendt en su conocido ensayo *Sobre la violencia* (1969) se extrañaba que ésta, la violencia, no obstante su ostensible gravitación en la historia del siglo XX como lo predijo Lenin, fuera tan poco atendida y estudiada por los intelectuales al punto que ni siquiera fuese objeto de conceptualización en el *Diccionario Internacional de las Ciencias Sociales*; tardarían un decenio en llegar otros aires y las primeras conceptualizaciones. Pesaba más el estereotipo de la violencia guerrillera, al suponer que toda acción política violenta o revolucionaria contra el gobierno y/o el Estado era sinónimo de acción guerrillera o terrorismo y que toda acción guerrillera o terrorista era producto de una infiltración y conspiración extranjera o del otrora denominado internacionalismo proletario. Esta visión simplista, que fue popularizada por los medios a partir de los sesenta, puede ser filiada como un subproducto ideológico de la Guerra Fría Este/Oeste, Occidente/Oriente. La guerrilla sería, así, convertida en metáfora oriental y símbolo comunista, siendo su más temible referente la Cuba socialista.

En el curso de los sesenta, decía Arendt y no sin razón como lo refrenda el cuadro latinoamericano, la nueva izquierda venía glorificando la violencia apoyándose en autores como Fanon, Sartre y Mao y aun en el viejo Sorel, distanciándose de las tradiciones políticas de sus antecesores y opositores marxistas, reformistas o pacifistas (Sorel, 1935; Marcuse, 1968)<sup>5</sup>. La cultura política de los guerrilleros y revolucionarios de todo el mundo quedó así marcada por este acontecimiento ideológico, que operó como un parteaguas en la historia de la izquierda mundial. El elogio de la violencia, como remedio frente al reformismo obrerista de la vieja izquierda proclamado por Daniel Cohn Bedit, atenuó los efectos del estigma leninista sobre “el izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo”, aunque no siempre, si recordamos el caso de los “enfermos”, la controvertida guerrilla mexicana de Sinaloa a inicios de los setenta.

El escenario latinoamericano obligaría a matizar tal juicio por tres circunstancias y movimientos que van en sentido divergente en la nueva izquierda latinoamericana a partir de la Revolución Cubana y la traducción del Mayo del 68

---

<sup>5</sup> En cuanto a las reediciones militantes de los escritos de Mao en América Latina, distan de haber sido inventariadas.

francés o la Revolución Cultural China, en el 68 mexicano, el 69 argentino (Sarlo, 1998) y los poderes insulares del maoísmo en las universidades ecuatorianas y peruanas. La primera, que a pesar de la censura política mayor o menor según los países, el decenio del sesenta comenzó a ensanchar la cultura letrada y militante gracias a una oferta editorial expansiva de viejos y nuevos textos de la izquierda occidental, oriental y latinoamericana, la cual fue acompañada, no sin tensiones, por los productos ideológicos de las maquinarias radiofónicas y propagandísticas de los escindidos socialismos realmente existentes. La segunda reconoce que, si bien un sector significativo de la nueva izquierda latinoamericana se adhirió a la vía armada en sus diversas variantes, no se puede desdeñar sin más a la vieja izquierda, ya que algunos partidos comunistas, como el colombiano o el guatemalteco, encontraron puentes entre sus viejas tradiciones y su novísimo accionar guerrillero, a las que habría que sumar las escisiones proguerrilleras cumplidas en otros países de la región. No es novedad decir que la gravitación de la Revolución Cubana fue decisiva, aunque también contaron las experiencias revolucionarias en China, Corea y Vietnam, más que la retórica soviética sobre la coexistencia pacífica Este/Oeste, a las que hay que sumar los ciclos de entrenamiento internacionalista. Bajo esa agitada atmósfera ideológica y cultural de la segunda mitad de los años sesenta, el Che Guevara no tardó en convertirse en el icono emblemático de la nueva izquierda latinoamericana, es decir, en la imagen salvacionista del guerrero de los pobres y oprimidos, figura no muy distante de las que para otro tiempo y escenario Le Goff encuentra en las representaciones sobre el proletariado, el partido, el gran líder, como recreaciones socialistas o comunistas de una tradición utópica de larga duración. La tercera vertiente es menos visible y revela una nueva izquierda latinoamericana filogramsciana que no fue seducida por la vía guerrillera, prefiriendo optar por el proyecto de minar la cultura autoritaria de la que formaba parte, a favor de construir una inédita polifonía de tradiciones olvidadas, reprimidas y emergentes, orientada a configurar un inédito movimiento intelectual y político a favor de la democracia socialista (Aricó, 1999).

Arendt pretendía en su ensayo salir al paso a la nueva izquierda por otro camino, el de dislocar la categoría de la violencia y sus relatos y prácticas de la más genuina y occidental tradición marxista, además de reabrir como nueva la discusión sobre medios y fines, obviando la discusión sobre la violencia institucionalizada del poder. Mucho antes que ella, Walter Benjamin, en su ensayo *Para la crítica de la violencia*, nos daba otra versión. Para Benjamin, la conceptualización y crítica de la violencia no podía ser dissociada del debate sobre la justicia y el derecho ni de los eslabonamientos existentes entre los diversos géneros de la violencia real o representada. Nuestro ensayista constataba las contradicciones del derecho positivo de querer encasillar los géneros de la violencia en el campo de los medios legítimos e ilegítimos, independientemente de sus fines como ingenuamente antes había

sostenido el derecho iusnaturalista. Benjamin destacaba el hecho de que tal planteamiento suponía una premisa no discutida, un poder que ejercía el monopolio jurídico de la violencia y por ende de los aparatos de sanción y represión, incluida la discrecional muerte del trasgresor del orden legitimado. Consideraba que frente a este poder se oponía una violencia que potencialmente era creadora de derecho, es decir, que gracias a la alteración del orden se abrían las compuertas a la posibilidad de configurar uno distinto. Los casos de Cuba y Nicaragua dicen mucho de los orígenes de un nuevo derecho, más allá de sus aspectos controversiales. Benjamin veía con perspicacia el eslabonamiento entre el derecho de huelga con otros géneros más duros de la violencia política revolucionaria y, aunque no refería el caso particular de la práctica guerrillera, la abstracción de su planteamiento bien podría incluirla (Benjamin, 2001: 109-112).

Por su lado, la Arendt, recuperando una apreciación del viejo Engels, recordaba que un rasgo constitutivo y diferencial de la violencia radicaba en que ésta “siempre requiere implementos” y que éstos, a su vez, quedan subordinados a la historia de sus cambios tecnológicos (Arendt, 1970: 9). Aquí nuestra aguda y controvertida ensayista subrayaba que la producción de implementos de la violencia estaba ubicada en el campo bélico, monopolizado tendencial e históricamente por las grandes potencias. Ella consideraba que el tiempo de la nueva izquierda estaba anudado con “el extraño desarrollo suicida de las armas modernas; esta es la primera generación crecida bajo la sombra de la bomba atómica” (Arendt, 1970: 18). Agregaríamos que el viejo referente simbólico de la violencia como hecho de sangre, es decir, de su derramamiento justificado o prohibido, se contrajo gracias al poder aniquilador no sólo de la bomba atómica, sino también de las bombas de napalm, fósforo y otras sustancias letales. Sangre y violencia no serán ya sinónimos en el arte de la guerra y de la violencia contemporánea. Este no es un hecho menor, ya que este técnico desvanecimiento, ocultamiento o desaparición cromática, visual y textual de la sangre derramada, entendida como el sentido simbólico que anuda a los géneros de la violencia, niega su carga mítica, sagrada y valorativa (Chevalier y Gheerbrandt, 1999: 909-910). Los despliegues mediáticos de las guerras del Golfo y Afganistán han logrado una asepsia de la imagen aceptable e interesada frente a los hechos de sangre de la violencia social o política; quizá asistimos a la producción occidental de una nueva simbólica y retórica acerca de la aniquilación del otro. Hasta aquí hemos seguido el razonamiento de la autora, pero no las conclusiones a las que arriba, selladas por el confeso occidentalismo de su teoría política y su arbitraria hermenéutica de la obra de Marx, Engels y Lenin, ni su sobreestimación de la concentración y control de implementos técnicos de la violencia en manos del Estado contemporáneo.

Recordemos que el común denominador de las estrategias guerrilleras latinoamericanas de cara a su propio armamento suscribía la apuesta de proveerse

del mismo por diversos medios de los propios aparatos de fuerza de los Estados a los que confrontaba o enfrenta, además de su adquisición en el mercado subterráneo de armas, antes que depender de la ayuda cubana como interesadamente la reinventa y sobredimensiona Jorge Castañeda en su *Utopía Desarmada* (1993). El uso de armamento pesado convencional forma parte más bien del proceso de desarrollo y conversión de la guerra de guerrillas en guerra de movimientos y principalmente de posiciones. Las guerrillas latinoamericanas, vistas en su conjunto y en el ciclo de cuatro decenios, han transitado gradualmente del uso de revólveres, carabinas y fusiles máuser al uso de las escuadras de 9 milímetros y los “cuernos de chivo”, y del uso de los cartuchos de dinamita y las molotov al empleo de las granadas y bombas de plástico, dinamita pura o del anfo bajo dispositivos de explosión retardada.

Una revisión de los testimonios y memorias de los guerrilleros latinoamericanos indica que han tenido fundadas razones para dedicar pasajes especiales a sus modos de eludir o atacar a helicópteros y aviones adaptados a la guerra contrainsurgente. La acción guerrillera tiene sus lógicas diferenciales de valorar los medios técnicos de la acción armada; variando de organización a organización, de corriente a corriente, sus extremos se ubican entre el voluntarismo que va en busca de las armas y el determinismo técnico de su acumulación<sup>6</sup>. Cuentan igualmente los intercambios de experiencias o las acciones conjuntas, que suscitan reelaboraciones y préstamos culturales y técnicos altamente apreciados. Un cuadro del EPL dice sobre una experiencia inédita en América Latina, vinculada al Batallón América de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar:

Fue una experiencia valiosa en términos de intercambio de vivencias. Por ejemplo, podemos decir que el M-19 nos dio grandes enseñanzas en el campo militar, nos enseñó a pelear mejor, a ser mejores guerreros. Ellos tenían una concepción de la lucha menos guerrillera, le decían no a aquella táctica de la pulga que muerde y escapa. Se trataba de plantársele al enemigo en el terreno, de desafiarlo, de hacer operaciones grandes; poner al servicio de la guerra la técnica, por ejemplo, en las comunicaciones, en explosivos y en otras cosas que a ellos se les ocurría. Si era necesario sacar a un compañero en helicóptero, ellos se conseguían el aparato y sacaban al compañero de la zona” (Villarraga y Plazas, 1994: 198-199).

---

<sup>6</sup> N5, un cuadro regional del ERP argentino en el exilio sobrestimaba el peso del novísimo arsenal militar que habían adquirido, –real o inventado– consideraba que gracias a él su organización podría remontar los reveses sufridos en la última fase de su accionar guerrillero, la realidad fue más dura que su determinismo técnico. El espejo paradigmático seguía siendo Vietnam. Comunicación personal, México, 14 de abril de 1977.

Pero volvamos al escenario mundial que dibuja la Arendt para entender la atmósfera que condicionó la glorificación de la violencia desde la nueva izquierda; aunque desde otro mirador, Wolf-Dieter von Ebenweing en su ambicioso balance de los conflictos armados sobre el siglo XX ha sostenido que, durante los años de 1966 a 1976, se triplicó la cantidad de conflictos armados en el escenario mundial y se dobló el número de países involucrados, que los acaecidos en los seis decenios precedentes. Los escenarios continentales más violentos fueron Asia y Medio Oriente, mientras que América Latina fue pintada como la segunda región más pacífica del mundo después de Oceanía, ni más ni menos cuando florecían sin fusionarse nuestras emergentes izquierdas de nuevo tipo y nuestras ahora recordadas guerrillas. El lenguaje de las armas de nuestras guerrillas primigenias, salvo el cubano, no pesó en esta cartografía internacional del conflicto armado. El mirador geopolítico mundial nos permite redimensionar el peso real de nuestro accionar guerrillero frente al desplegado por los vietcong, por ejemplo, olvidándonos de los nada piadosos khmer rojos en sus respectivos tiempos y escenarios.

Creemos que una cartografía y cronología guerrillera a partir de la posguerra complementaría la recortada visión de von Ebenweig, pero no alteraría sustantivamente su visión del cuadro mundial del conflicto o de la violencia armada. De otro lado, esta visión nos recordaría que, a pesar de los limitados alcances de las guerrillas latinoamericanas, éstas fueron objeto de puntual seguimiento y control hemisférico por parte de los ejércitos y países adheridos al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) liderado por Estados Unidos bajo la lógica de la Guerra Fría. La reciente apertura de fuentes otrora consideradas confidenciales en Estados Unidos, México y otros países de la región, permiten repensar la guerrilla local por su contradictoria articulación con las coordenadas de la seguridad hemisférica. El asedio mexicano a la avanzada de la guerrilla guatemalteca liderada por Yon Sosa hasta su aniquilamiento revela claves interamericanas, así como la muerte de Rubén Jaramillo en 1962 (Hernández, 2001), para no referir el más conocido caso del Che Guevara (Ratner y Smith, 1997: 256-295).

Reiteramos que las guerrillas latinoamericanas no sólo se enfrentaron a los poderes locales, regionales y nacionales; también resintieron los embates y las estrategias contrainsurgentes del TIAR. La Guerra Fría se tradujo en asesorías político-militares interamericanas, cursos de entrenamiento bajo el Comando Sur de Estados Unidos, venta o donación de implementos técnicos propios para la guerra contrainsurgente, que las guerrillas latinoamericanas para sobrevivir debieron ponderar con desigual fortuna.

Historiar las guerrillas requiere compenetrarse con algo más que nuestras historias nacionales, pero sorteando las trampas del deductivismo y la otra cara de la historia conspirativa haciendo más diestra y eficaz de lo que realmente es a la

mano imperial. El Movimiento 26 de Julio, a fines de los años cincuenta, y el Frente Sandinista de Liberación Nacional, a fines de los setenta, nos dan luces al respecto.

La mayoría de las guerrillas rurales en los países andinos y mesoamericanos ha dejado entrever las dificultades de su acción en contextos interétnicos, así como la dificultad aún mayor de ensanchar en ellos sus bases de apoyo. Un comandante del Ejército Guerrillero de los Pobres recuerda que en la región del Ixcán, él y sus compañeros escucharon: “por vez primera la palabra macá, vocablo terrible que para nosotros significaba entonces algo más que el simple no hay, adoptando toda una connotación de rechazo con raíces de siglos” (Payeras, 1981: 35). No fue diferente la incapacidad de las guerrillas colombianas para arraigarse en la sierra de Santa Marta. Otra suerte no menos dramática por su aislamiento han corrido las guerrillas de explícita filiación indígena como las del Quintín Lame en la región del Cauca en Colombia, la guerrilla katarista en el altiplano boliviano o la de la ORPA en la región del Ixcán en Guatemala, antecesoras de las del ERPI mexicano. El caso de la guerrilla indígena en la Costa Atlántica de Nicaragua no puede ser reducido tan fácilmente a la lógica de los contras antisandinistas y la infiltración de la CIA. El cuadro se dibuja mejor al considerar a los frentes guerrilleros de base étnica de organizaciones como Sendero Luminoso entre los ashaninkas en la Amazonia o en la región chanka de los Andes peruanos. Frente a ellas, el costo depredador de la guerra contrainsurgente en las zonas indígenas ha tenido un curso genocida y etnocida, a lo que se agrega una cuota de exclusión étnica, sea en los acuerdos de paz o en el fracaso de su aplicación como lo evidencian los casos de Nicaragua y Guatemala. Más recientemente, las fracasadas negociaciones de paz en Colombia ya habían dejado fuera al gobierno autónomo de la región indígena del Cauca, que sigue resintiendo la presión de dos fuegos y acaso el indeseado fantasma de los acuerdos guatemaltecos.

A manera de breve balance del sinuoso periplo guerrillero, podemos afirmar que sus particulares búsquedas de legitimidad intentaron apoyarse en los signos ideológicos propios de la corriente hegemónica de la nueva izquierda, en la lectura de su problemática nacional e internacional, así como en la reapropiación de tradiciones de resistencia popular, fuera de su no siempre convergente accionar político y militar. Desde América Latina, podríamos particularizar diciendo que nuestro paso por el siglo XX fue marcado por revoluciones como la mexicana, la boliviana, la cubana y la nicaragüense, guerras entre Colombia y Panamá, Bolivia y Paraguay, Perú y Ecuador, Honduras y El Salvador, múltiples resistencias armadas contra las ocupaciones militares norteamericanas en el Caribe y América Central, las prácticas terroristas y guerras sucias libradas por nuestros Estados autoritarios y las guerrillas rurales y/o urbanas. Las guerrillas tuvieron su ciclo más importante y generalizado en América Latina en los marcos de la Guerra Fría, particularmente entre los años sesenta y ochenta del siglo pasado. No hay país que no haya

registrado experiencias guerrilleras de izquierda en el curso de esos tres decenios; en cambio, las filiadas como de derecha están por ser estudiadas. Otras guerrillas, muchas, en clave liberal o conservadora, nos remiten al siglo XIX.

La historia y cartografía guerrillera en el continente está por hacerse y de la nuestra, la mexicana, no se diga. Pero hemos de advertir que no hay nada más paradójico que someter a la guerrilla latinoamericana a un proceso ordenador, el cual marca nuestro quehacer académico. Leer la guerrilla es conferirle orden, identificar protagonistas, adscribirle acotados sentidos de representación y acción, marcar sus tiempos y lugares. No se dude que la guerrilla, como metáfora del caos social y político, nos hará ruido de muchos modos; dista de ser un objeto pasivo y desligado de la problemática contemporaneidad que nos toca vivir. México vive un nuevo ciclo guerrillero, discreto y fragmentado pero real, cuyas señas cobran más visibilidad en el istmo y el altiplano central. Sobra decir que el escenario chiapaneco en que se mueve el EZLN reviste un perfil más complejo de definir, pero que no renuncia a sus sentidos de proximidad con el universo guerrillero mexicano y latinoamericano.

Diremos, por último y a manera de cierre, que el carnaval afecta el propio saber sobre la guerrilla latinoamericana en el que nos hemos involucrado, por acartonadamente serio, por quemante de muerte y violencia elusivas o descarnadas, por juicios fáciles y conceptos evanescentes. Por todo ello, olvidémonos carnavalescamente de las conclusiones para abrir juego al postergado diálogo sobre lo políticamente nombrable y lo culturalmente sumergido o viceversa.

14

## **2. Muerte, martirologio y mitología del renacer en las guerrillas latinoamericanas**

### **2.1. Simbolización y ceremonialización de la muerte**

La violencia política en su desarrollo, y aquí mirada desde el ámbito guerrillero, despliega su propia simbólica dentro de sus procesos rituales (iniciación, combate, muerte) y, a veces, ésta los trasciende. La construcción cultural de las virtudes violentistas en las guerrillas latinoamericanas, exaltan un patrón de simbolización fuertemente masculinizado, que juega con la equivalencia entre lo viril y lo heroico, combatir como ofrendar o perder la vida es cosa de machos, independientemente de que hayan o no guerrilleras ejemplares o heroicas. Los referentes femeninos tienen que ver con el reposo del guerrero, la muerte incluida, y quizás y en su contradictoriedad, con la mitología del renacer que veremos más adelante. Una conocida canción nos recuerda dos de sus sentidos fuertes con aquello de “a parir madres latinas, a parir más guerrilleros”. En el imaginario guerrillero, la muerte heroica entendida como objeto de deseo, parece tener esta olvidada y densa

carga simbólica. Sin embargo, nuestra entrada a la simbolización y ceremonialización de la muerte nos orienta a retomar de otro modo un peldaño previo, es decir, uno de los rostros más duros de la violencia. Es así que consideramos que en América Latina, una cadena semántica inclusiva vincula la violencia, la crueldad y la muerte bajo los órdenes etnoclasistas excluyentes y opresores de cada país. Pero esta lógica no es patrimonio exclusivo de nuestros escenarios nacionales como nos lo ha recordado Barrington Moore cuando escribe que

La crueldad hacia los estratos bajos encuentra su justificación en la idea de que, en cierto sentido, no son verdaderos seres humanos. Principios similares se dan en el combate. Ahí donde el enemigo se define como inhumano o inferior, las crueldades más severas pueden aparecer como justificadas moralmente, y no producen irritación (Moore, 1989: 41).

En la medida en que las guerrillas se involucran con los estratos populares y marginales de la sociedad, experimentan en mayor grado las caras de la crueldad de los de arriba y sus aparatos de fuerza hacia los de abajo, las cuales potencian, a su vez, sus replicantes extravíos y excesos<sup>7</sup>. El ejercicio de la crueldad parece revelarnos la más oscura frontera de la violencia patriarcal al paso de los tiempos, aunque dista de explicar sus variadas y conmovedoras expresiones. Otras veces, la violencia simbólica asume contornos salvacionistas desde el inframundo, la noche y el reelaborado tiempo mítico del retorno, a veces con Votán Zapata, en 1994, que viene del mundo de los muertos acompañando a los mayas alzados en armas, o más atrás, en 1966, con Incarrí entre los pobladores de una localidad andina en Perú, quien apareció redivivo a través de un aislado sobreviviente de la ya derrotada guerrilla del ELN a quien consideraron uno de sus mensajeros. Los comuneros quechuas protegieron al guerrillero y lo acompañaron en una mesiánica acción de resistencia local hasta el aniquilamiento de su poblado y su gente mediante inclemente bombardeo aéreo<sup>8</sup>. También potenciaron un mito sobre la invulnerabilidad del guerrillero como sucedió con Horacio Juárez por las mismas fechas en una zona andina cercana al accionar guerrillero de 1965<sup>9</sup>.

Hugo Blanco, un dirigente campesino cuzqueño convertido en episódico guerrillero a fines de los años cincuenta y todavía bajo la posibilidad de que le

---

<sup>7</sup> N4, un excomandante del EPL y más tarde del M-19, argumentaba con la pasión de su propia experiencia armada regional, que el límite del terrorismo de Estado estaba determinado por la fuerza disuasiva del incrementado terror replicante y ejemplar de la guerrilla, obviaba acaso la diferencia entre los escenarios de mayor envergadura y sus lógicas de fuerza. Comunicación personal, México, 6 de octubre de 1982.

<sup>8</sup> Versión escuchada entre los estudiantes migrantes de la Universidad Nacional de Huánuco en Perú, adheridos al Frente Estudiantil Revolucionario (FER), verano de 1967.

<sup>9</sup> Comunicación personal del antropólogo Juan José García Miranda, 9 de agosto de 2002.

aplicaran la condena a muerte, escribió en la prisión un texto alusivo a nuestro tema y en él ratificó la adhesión a la vida como una obligación revolucionaria que es premisa para hablar de la muerte misma. Se trata de un acto inevitable de reelaboración ideológica y cultural que considera a la muerte violenta como un riesgo propio de este modo de “vivir peligrosamente” que hay que asumir, dice Blanco:

Ser revolucionario es amar al mundo, amar la vida, ser feliz, por eso no huye de la vida, sabe que es su obligación vivir para luchar y le gusta vivir.

¡Pero tampoco huye de la muerte!

Porque también muriendo se combate; porque también muriendo se transforma al mundo. ¡Porque también muriendo se ama la vida! Porque también muriendo se vive. Por eso también le gusta morir.

Y para el revolucionario peruano no es desgracia morir. No puede ser desgracia que mi sangre vaya a ese río combatiente y rojo por donde está corriendo y luchando la sangre de Lucho Zapata, de De la Puente, de Lobatón, de Heraud, de Vallejos, de Velando.

No es desgracia dar un abrazo ¡Tierra o Muerte! a Remigio Huamán en la sangre Padre, la de Túpac Amaru el eterno (Blanco, 1972:104).

Esta representación simbólica de la muerte que ofrece Hugo Blanco no se agota en la retórica marxista faccional de separar el martirologio guerrillero más allá de sus filiaciones orgánicas o espontáneas, del más amplio inserto en la cultura política de la izquierda peruana o latinoamericana. La visión de Blanco revela también una clave etnocultural alusiva a Túpac Amaru, ese personaje que años más tarde daría nombre a la más famosa guerrilla urbana de América Latina en la lejana Montevideo de los años setenta, así como a la última guerrilla peruana de los ochenta. La representación guerrillera de Túpac Amaru que configura Hugo Blanco tiene una carga mítica fuerte y expansiva en Perú, la cual une la vida y la muerte en el ciclo del renacer del héroe cultural andino, borrando por un lado la frontera entre los relatos orales y escriturales y, por el otro, la distancia entre los referentes de la cosmovisión inca y la cristiana. No es accidental que en 1958, justo cuando Hugo Blanco se dedicaba a la tarea de la agitación y organización del campesinado quechua en el Cuzco, el poeta Alejandro Romualdo, uno de los primeros en adherirse a la corriente guevarista peruana, desde otro escenario regional escribiera su Canto Coral a Túpac Amaru que es la libertad; leamos la primera estrofa y un fragmento de la última:

Lo harán volar / con dinamita. En masa, / lo cargarán, lo arrastrarán. A golpes / le llenarán de pólvora la boca./ Lo volarán: / ¡Y no podrán

matarlo! (...) Querrán volarlo y no podrán volarlo. / Querrán romperlo y no podrán romperlo / Querrán matarlo y no podrán matarlo / Al tercer día de los sufrimientos, / cuando se crea todo consumado, / gritando ¡libertad! Sobre la tierra, / ha de volver, / ¡Y no podrán matarlo! (Romualdo, 1974: 329-330).

La dialéctica de la violencia guerrillera y la violencia contrainsurgente, simbólica o no, no son ajenas a los otros géneros de la violencia realmente existente. En el curso de los años ochenta, las canciones de combate de los kaibiles guatemaltecos como expresión de la violencia simbólica abren el cauce para su acción depredadora de vida contra los guerrilleros de las fuerzas de la URNG y sus bases y redes de apoyo en la región mayanese: “¡Kaibil!, ¡Kaibil!, ¡Kaibil!, ¡mata, mata, mata!, ¡qué mata kaibil! ¡Guerrillero subversivo! ¡Qué come kaibil! ¡Guerrillero subversivo!” (Sandoval, 1999: 4). Función análoga por los mismos años asume la canción de combate de los “sinchis” peruanos durante su prolongado asedio a las poblaciones que servían de base social a Sendero Luminoso en Ayacucho: “Terroristas de mierda, entraremos esta noche a sus casitas, comeremos sus tripititas, beberemos su sangrecita, cortaremos sus cabecitas, picaremos sus ojitos, aplastaremos sus tobillos” (Montiel, 1985:78).

De otro lado, la construcción cultural del gorila militar en el imaginario de la izquierda latinoamericana de los años sesenta se ha ubicado en la misma dimensión de la confrontación simbólica que venimos comentando (Piretz, 1988: 959-960). Así las cosas, los guerrilleros, militares y paramilitares quedan inmersos como actores en una espiral de violencia simbólica y real de difícil pronóstico que tiene a la muerte como centro, alcanzando de diversas formas a los demás actores sociales. A la construcción y usos de las mitologías sobre la naturalización y bestialización del enemigo y que legitiman su muerte, habría que sumar la aguda advertencia de Benjamin acerca de la importancia de estudiar los orígenes, la lógica y los usos del dogma sobre la sacralización de la vida que considera de reciente, interesado y fallido intento occidental a favor de su resacralización (Benjamin, 2001:128).

Considerar la cultura guerrillera presenta diversos problemas de una representación compartida emic-etic; el principal es cierto reduccionismo clasista y doctrinario de la cultura popular y guerrillera (Chartier, 1999: 13-44). Lo ilustran las FARC, en una paradójica justificación que intenta abarcar sus prácticas culturales revolucionarias y su retórica acerca de su “cultura de la paz con justicia social”. De la primera, destaca la obra narrativa titulada *La luna del forense* que le otorga una insoslayable presencia simbólica y positiva de la muerte entre los vivos (Resistencia, No. 29, marzo-junio de 2002:1). La muerte no es ajena a las expresiones de la cultura guerrillera de las FARC, como no lo es tampoco a los modos en que se expresa la cultura popular que filia a su vez algunas particularidades de sus

respectivos frentes. En general, la muerte gravita también en la más estricta tradición letrada guerrillera, la cual a su vez queda inserta en su campo cultural.

En otro tiempo, el “vivir peligrosamente” signó en palabras de José Carlos Mariátegui a los revolucionarios del mundo en ese ciclo insurreccional que transitaba de la Revolución Rusa al nuevo curso guerrillero de la Revolución China que se iniciaba en 1927 y que tuvo expresiones próximas en México y Brasil. Tres decenios más tarde, el “vivir peligrosamente” de los guerrilleros latinoamericanos los ponía de cara a la muerte en su quehacer cotidiano, por lo que los involucraba en una reelaboración simbólica de la misma, mediada muchas veces por la construcción de rituales de protección de sus vidas, del aprendizaje de los modos de aniquilamiento de los presuntamente traidores y enemigos, de la construcción de una política de la memoria frente a los caídos y sus héroes culturales. El propio Hugo Blanco el 24 de noviembre de 1966, de cara al impacto de las ya disminuidas acciones guerrilleras del MIR y del ELN, producto de sus bajas, debilidades y errores y que preludiaban su derrota en Perú, reitera la gravitación de la muerte en términos elocuentes: “No es desgracia la muerte militante. Para el revolucionario eso es morir de muerte natural.”

Desde otro tiempo y contexto diferente, esa imagen de la muerte reaparece en las representaciones de un guerrillero sandinista aunque explayándose sobre otros sentidos:

...aquí se puede morir un montón de gente, pero hay que seguir luchando para derrocar al enemigo; porque definitivamente, ser guerrillero, es estar contra la Guardia, aunque murás, ser guerrillero es una actitud moral de vergüenza. Tu muerte es una protesta en sí (Cabezas, 1982: 165).

Las organizaciones guerrilleras tuvieron que enfrentar de diversas maneras el riesgo de muerte entre sus miembros, asunto que reviste muchas aristas según las circunstancias y tradiciones. El ir al frente de la columna, por ejemplo, revela la exigencia de una elaboración ideológica y de una política frente al riesgo, como lo señala un perspicaz registro del EGP:

Alguna vez lloró amargamente, durante cierta reunión de crítica y autocrítica, confesando que siempre le había provocado aprehensión marchar en los primeros puestos de la vanguardia. Aquel sentimiento fue motivado para que esa vez hiciéramos algunas reflexiones en colectivo acerca del llamado destino. Éramos materialistas y, como tales, sabíamos que la muerte era una forma dialéctica del azar, y nadie puede presentirla aunque sí preverla científicamente dentro del cálculo de probabilidades en la guerra (Payeras, 1981: 71-72).

La relevancia del tema del riesgo de muerte algunas veces devino en un capítulo clave de la formación de cuadros guerrilleros; así lo hacía el EPL colombiano a mediados de los setenta. A las lecturas y charlas sobre la muerte al servicio del pueblo y de la revolución, seguía en la ciudad un encierro de tres días en cuarto oscuro marcado con símbolos mortuorios, caja incluida, donde se inducía al aspirante a guerrillero a asumir la muerte como riesgo natural y hasta ideológicamente deseable en combate. En el frente rural, el aprendizaje de la muerte se iniciaba con la muerte de un mono, cuyo cadáver había que cargarlo hasta el campamento para proveer de alimento a los compañeros. El acto de matar al mono simulaba dramáticamente la experiencia de matar un semejante, un enemigo. Una y otra experiencia, al decir de uno de los comandantes del EPL, coadyuvaban en la modelación de los nuevos combatientes<sup>10</sup>.

En el interior del universo guerrillero, cobra visibilidad la ceremonialización de la muerte, uno de cuyos capítulos centrales tiene que ver con la construcción de su martirologio en un complejo proceso de repolitización, resemantización y apropiación de sentidos y valores propios de la religiosidad y la cultura popular. La muerte como campo simbólico se expresa como posibilidad y realidad a través de los campos de adscripción individual y colectiva de la guerrilla y sus integrantes como con el de sus adversarios políticos y militares y sus instituciones. Si bien es cierto que la construcción cultural de la muerte en las guerrillas tiene rostros particulares marcados por las tradiciones, los escenarios y las coyunturas, su tematización y problematización en esta breve comunicación nos obligará a desligarnos parcialmente de ellos.

Veamos ahora un caso ejemplar sobre la representación guerrillera de la muerte en una tradición letrada por muchos conocida. En *La Guerra de Guerrillas* (1962) y en el *Diario* (1967) del Che Guevara, el tema de la muerte aparece bajo distintos signos y entradas. Empecemos por el segundo y más popular. En el *Diario*, el tema de la muerte como riesgo cotidiano y real de la condición de guerrillero expresa la lógica diferencial desde la que éste debe apreciar ideológica, táctica y personalmente, las sucesivas pérdidas de sus compañeros de armas. Hay muertes más sentidas que otras y que no necesariamente se corresponden con las que afectan en mayor grado la capacidad de la unidad guerrillera. La muerte disemina sus sentidos en los referentes de pérdida, desgaste, hambre, enfermedad, más que en los más explícitos de las acciones de armas. En el *Diario*, la muerte ronda las propias notas sobre la supervivencia y el renacer de la propia guerrilla.

El otro libro en realidad es un manual operativo que exhibe una particularidad adicional. Guevara, desde el inicio de la obra, le confiere un sesgo novedoso a la construcción del martirologio guerrillero a través del personaje

<sup>10</sup> Comunicación personal de N3, excomandante del EPL, México, 24 de junio de 2002.

simbólico de Camilo Cienfuegos, convertido en capital letrado dedicado a la guerrilla revolucionaria. Se trata de cómo la palabra escrita potencia la praxis y la simbólica guerrillera guevarista y cómo la heroicidad, gracias a un juego de equivalencias ideológicas y simbólicas, deviene en revolucionaria y popular. En este libro, se pretende sintetizar la experiencia armada cubana para que sirva de espejo a los afines de otras latitudes; allí se habla del combate y sus modos, también del castigo ejemplar al trasgresor, es decir, de la función disuasiva del recorte de la soñada y escasa ración de comida a la muerte misma. Queda explícita la motivación del Che que anima la escritura y la dedicatoria del libro cuando afirma que se basa en el recuerdo y homenaje que dedica al desaparecido líder Camilo Cienfuegos. La muerte como capital simbólico había quedado en entredicho político tras el accidente aéreo que le costó la vida a Camilo Cienfuegos, por lo que Guevara siente la necesidad de tomar posición frente a la acusación de un presunto “ajuste de cuentas”. Camilo, al decir del Che, está retratado en el espíritu del manual, porque: “él le dio a la armazón de las letras aquí expuesta la vitalidad esencial de su temperamento, de su inteligencia y de su audacia, que sólo se logran en tan exacta medida en ciertos personajes de la Historia” (Guevara, 1985: 26). Para Guevara es más político y más homenaje a Camilo, la redacción y difusión de un manual operativo que un anecdotario guerrillero. La condición del héroe en Camilo, en la visión del Che, sugiere el camino a seguir mediante el legado que auspicia el manual, por lo que reclama que

20

no hay que ver a Camilo como un héroe aislado realizando hazañas maravillosas al solo impulso de su genio, sino como una parte misma del pueblo que lo formó, como forma sus héroes, sus mártires o sus conductores en la selección inmensa de la lucha, con la rigidez de las condiciones bajo las cuales se efectuó (Guevara, 1985: 27).

Pero Guevara debe decir lo suyo sobre la muerte particular de Camilo en la perspectiva de repolitizar el infausto accidente y delinear su ingreso al panteón en construcción de los héroes guerrilleros. Por ello, el Che cambia la pregunta de “¿Quién lo mató?” por otra, cerrando con un juicio que bien puede retratar al propio autor y a muchos líderes guerrilleros; así dice:

Podríamos mejor preguntarnos: ¿quién liquidó su ser físico? porque la vida de los hombres como él tiene su más allá en el pueblo; no acaba mientras éste no lo ordene. Lo mató el enemigo, lo mató porque quería su muerte, lo mató porque no hay aviones seguros, porque los pilotos no pueden adquirir toda la experiencia necesaria, porque, sobrecargado de trabajo, quería estar en pocas horas en La Habana... y lo mató su carácter. Camilo no medía el peligro, lo utilizaba como una

diversión, jugaba con él, lo toreaba, lo atraía y lo manejaba; en su mentalidad de guerrillero no podía una nube detener o torcer una línea trazada (Guevara, 1985: 27).

La proximidad discursiva y ritual entre esta postura del Che frente a la muerte de Camilo Cienfuegos y la asumida en 1967 por Fidel Castro ante la noticia de la muerte del Che no parece ser casual. Ahora nos toca agregar una pregunta a partir del martirologio construido: ¿desde el mirador guerrillero quiénes conforman el universo de los muertos y cuál es su función simbólica? El asunto reviste cierta complejidad en la medida en que no hubo un patrón aceptado por los diversos contingentes guerrilleros latinoamericanos. Sin embargo, podemos observar algunas constantes: en primer lugar, el peso simbólico y ritual de los considerados inmortales, hayan sido o no guerrilleros, salvando los campos faccionales de sus adherentes, nos remiten a Marx, Engels, Lenin, Trotski, Stalin o Mao. Este puente abre juego al horizonte de la cultura política de la izquierda latinoamericana, pero se distancia en el modo y contenido de su ceremonialización. Cuentan también los muy latinoamericanos y guerrilleros como el Che, el legendario Sandino y el proteico y resimbolizado Mariátegui. Pero los dos primeros tienen otra entrada: el interesado ocultamiento de sus restos (Tamayo, 1997)<sup>11</sup>. El derecho a los restos y a la tumba, pensados como anudados campos de simbolización y ritualización guerrillera, ha fijado los términos de otra confrontación muy simbólica y política, aunque somos conscientes de que su alcance político es mucho más amplio; así lo refrenda el sonado caso de Evita Perón en Argentina. Recordemos otro caso de confrontación sobre restos y tumbas que borra la frontera entre México y Guatemala. Nos referimos a los casos de los comandantes guerrilleros Marco Antonio Yon Sosa, Mario Payeras y de los capitanes Fidel Rascacoj Xitumul y Enrique Cahueque Juárez, cuyos restos y algunos objetos rituales fueron sustraídos en febrero de 1996 y la placa de bronce de su mausoleo colectivo fue robada en noviembre del mismo año<sup>12</sup>. La significación de la tumba aparece de manera elocuente en las palabras de Yolanda Colom, la esposa de Payeras:

En este caso la tumba también era vida, era solidaridad. En este proceso me fui dando cuenta de que muchas cosas que yo antes

---

<sup>11</sup> El gobierno sandinista realizó infructuosos esfuerzos para develar la ubicación de los restos de Sandino, mantenido como preciado secreto de los Somoza. El muy difícil camino de recuperación de los restos del Che, ahora ubicados en Santa Clara, se logró gracias a la ruptura del secreto mantenida por el agente de la CIA Gustavo Villoldo, su enterrador.

<sup>12</sup> Seis militantes de la URNG presos desde 1992 en la cárcel de Cerro Hueco conmovidos por tal evento declararon a los medios: “Podrán sacar hasta la última pizca del polvo de sus huesos y convertir sus tumbas en lugares vacíos, pero nunca podrán sacarlos de nuestros corazones ni borrar su ejemplo de lucha y resistencia, ni mucho menos sacarlos de nuestra histórica revolución” (Cerigua, No. 102, noviembre de 1996).

atribuía sólo a gente del pueblo, a gente muy religiosa o con supersticiones, me estaban pasando a mí. A mí que me asumía atea, materialista, a mí que pensaba “un muerto, muerto está”. Y estas cosas me hicieron más humana, me hicieron comprender un montón de cosas del comportamiento de la gente. Y también me di cuenta de que estaba embarcada en una locura, en un absurdo si se quiere, pero en un absurdo que no propicié yo sola sino que la gente con su solidaridad, su apoyo, su afecto, su respeto, participó conmigo. Como el pintor que gratuitamente hizo los vitrales o el arquitecto que diseñó la tumba. De alguna manera esta tumba debía significar ‘vida’ porque por algo la profanaron y la dejaron limpiita. No se llevaron los vitrales, que es lo más usual robar para vender. Se llevaron las cenizas de Mario, los objetos, las cositas que los militantes me habían hecho llegar para su tumba, plumas de aves de la selva, piedras de los ríos de la región, hojas, ollitas de barro, hijolitos colorados, semillas de las frutas que comíamos en las hambrunas (Revista del Sur, noviembre de 1997: 2).

Cada panteón guerrillero realiza los propios filtros y ajustes ideológicos y rituales de su jerarquizado martirologio. A ellos se suman los considerados héroes del pueblo, caídos o no en acciones guerrilleras. Un ejemplo, cuando en 1985 fue asesinado Guillermo Quiroz, alias Teacher, el principal dirigente del PC ML de Colombia y de la Unión Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), las unidades guerrilleras locales del EPL dirigidas por el partido participaron en un politizado ritual mortuario. Un guerrillero dio su testimonio:

Junto con Aníbal Palacio y otros dirigentes regionales, locales y autoridades del lugar, asistimos a los preparativos del entierro. Fue una experiencia muy impactante, pues llegamos de noche y al circular la versión en el pueblo de la presencia de voceros nacionales del partido y del EPL, se concentraron en pocos minutos un millar de pobladores. Nos subimos en un muro y Aníbal habló. Al terminar se hizo silencio; de pronto, todos, me miraron y yo improvisé otro discurso. Al día siguiente el entierro fue majestuoso, se volcó San Jacinto a las calles y vinieron campesinos de lugares cercanos a acompañar el cortejo. Eran cinco mil personas, que en un municipio de ese tamaño es un gran gentío. En medio de banderas, consignas y pujas con los militares terminó el acto con intervenciones de voceros del EPL, de la ANUC y de algunos sindicatos (Cit. por Villarraga y Plazas, 1994: 18).

Otras organizaciones guerrilleras han optado por un doble anudamiento entre la retórica celebratoria de los caídos en armas y una acción armada de carácter recordatorio. Rememora a contracorriente las imágenes celebratorias del soldado desconocido por las fuerzas castrenses. Lo ilustra Sendero Luminoso al ceremonializar dos fechas luctuosas en homenaje a sus más de trescientos prisioneros muertos por las fuerzas armadas peruanas: en el penal de Lurigancho el 4 de octubre de 1985 (Día del Prisionero de Guerra) y el 19 de junio de 1986 (Día de la Heroicidad) en los penales del Frontón, Lurigancho y Santa Bárbara (mujeres). La segunda conmemoración fue acompañada de una declaración que entre otras cosas asume un eslabonamiento sutil entre una clave sacrificial y otra propia de la mitología del renacer; veámoslo en las palabras del Presidente Gonzalo:

Así, los prisioneros de guerra, como el personaje de la historia, siguen ganando batallas más allá de la muerte, pues viven y combaten en nosotros conquistando nuevas victorias; su recia e imborrable presencia la sentimos palpitante y luminosa enseñándonos hoy, mañana y siempre a dar la vida por el partido y la revolución. ¡Gloria al Día de la Heroicidad! (CC del PC de P, 1989).

## 2.2. Las tradiciones del renacer, del no morir y el carnaval

23

La ceremonialización de la muerte en el universo guerrillero latinoamericano se constituye, como ya lo hemos podido apreciar, desde una mitología política del renacer de los caídos, cuya persistencia y generalización habla de su eficacia simbólica en los imaginarios sociales en la medida en que se engarza con las tradiciones etnoculturales. *Maíz*, aquella popularísima canción ayacuchana elaborada en uno de los momentos más álgidos de la guerra interna de los ochenta, retrataba el expandido sentir popular sobre la mitología del renacer colectivo. El compositor Carlos Huamán fue elocuente cuando escribió: “remando en nuestro ataúd, volveremos, volveremos”. Lo refrendan muchos otros relatos populares sobre el renacer y deambular del alma del Che en las zonas rurales de Bolivia (Taibo II, 1997: 845-849) o sobre “San Ernesto de la Higuera” como dice otra canción popular. Igualmente, otras figuras menos conocidas a nivel internacional reaparecen en otros relatos procedentes de otros escenarios culturales y otras coyunturas. Dicen los campesinos colombianos a sus pares y a los guerrilleros que por ahí andan Pedro León Arboleda y Camilo Torres en los campos, potenciando un diálogo que cruza los referentes modernos del martirologio guerrillero con los no modernos sobre el retorno o la presencia de los muertitos, muy propios de las culturas populares subalternas. La propia narrativa letrada y militante apela a la hibridación de estas mitologías del renacer del guerrillero. Gabriel Angel, el escritor guerrillero de las FARC, oculto tras su seudónimo de anunciador del Mesías pero también del Juicio

Final, en su obra *La luna del forense* ficcionaliza el encuentro entre los combatientes muertos y los vivos. Aclaramos que no pretendemos confundir los planos de lo verosímil del relato literario con lo real, sólo anotar la copresencia de los sentidos fronterizos de esta mitología del renacer. En la obra, el Negro habla desde el más allá por los guerrilleros muertos:

En adelante, cada uno será el espíritu guardián de la región donde cayó. Ustedes van a ayudar a los guerrilleros vivos para que puedan conservar a su lado la pareja que aman. La misión principal es mantener viva la llama de la esperanza en la conciencia de los combatientes, Jefe. Ellos nunca nos verán, pero sentirán nuestra presencia. Lo de la promesa es un favor al que tenemos derecho. Yo voy a ayudar a los guerrilleros vivos para que nunca les falten los cigarrillos, mi hermano. Los días en la Franco fueron difíciles (Angel, 2001: 36-37).

Diversos testimonios de líderes y cuadros guerrilleros latinoamericanos han hecho alusión explícita a la presencia en el propio seno de las guerrillas de las tradiciones populares, aun aquellas que, siendo religiosas, transitan entre las representaciones y los rituales de la muerte y las creencias y los rituales de protección de vida.

Contrastan las versiones de los líderes guerrilleros latinoamericanos. Así Héctor Béjar Rivera, del ELN en Perú de 1965, considera al “campesinado peruano, sumamente atrasado, sujeto a antiquísimas creencias y prejuicios. Muchas de estas creencias son conservadoras y negativas para cualquier proceso revolucionario; otras son positivas y pueden ser el germen de una futura evolución política” (Béjar, 1969: 73).

Esta visión de Béjar contrasta con la sostenida por Rolando Morán, del EGP de Guatemala, un decenio más tarde; dice con provocadora heterodoxia: “Hasta ahora, la idea era que el ejercicio del materialismo dialéctico excluye el idealismo. Nosotros pensamos que eso no es así. Lo hemos visto en la práctica, tanto por nuestros compañeros indígenas como por la integración de lo religioso” (Perales, 1990: 76).

El doctrinarismo marxista de los líderes guerrilleros cede con respeto frente a las tradiciones culturales de sus bases de apoyo rural indo-mestizas desde los años sesenta. La construcción de sentidos y símbolos asociados a la muerte y la vida, no pueden ser circunscritos a los fueros de la razón moderna, ni a los cartabones ideológicos del marxismo de las direcciones guerrilleras.

Los rituales de protección de vida brindados por los curanderos indígenas y espiritualistas mestizos al comandante guatemalteco Yon Sosa y a los integrantes de su guerrilla varían según da cuenta un testigo presencial. “En otra aldea donde la mayoría eran espiritistas, los campesinos hicieron una ‘limpia’ al comandante Yon

Sosa, para protegerlo de los espíritus enemigos” (Gilly, 1986: 79). Decían los pobladores que no lo agarraban a Yon Sosa porque estaba protegido, hasta brujo pensaban que tenía en la guerrilla, que sabía escapar del cerco militar como nagual o convertirse en racimo de guineos (Ídem). Sin lugar a dudas, la recepción cultural del guerrillero va más allá de su prédica ideológica y armada en las poblaciones en que opera. Veamos otro caso. Douglas Bravo, el conocido guerrillero venezolano que estuvo en armas entre 1960 y 1972, rememora su experiencia en la región afroestiza del Norte de Falcón. Douglas narra sus limpias con el brujo Andrés, pero también la recepción de una piedra protectora donada por un brujo de la Portuguesa que lo buscó expresamente. Cuando el mismo Douglas relata sus diálogos y rituales y además cuenta que “dicen que soy brujo y que estoy ensalmado”, nos llevan a repensar la densidad de estos referentes que rebasan los marcos de los rituales de protección de vida. En otro plano, puede apreciarse este diálogo intercultural entre dos hombres de conocimiento, el intelectual tradicional, es decir, el brujo y su par letrado y moderno, quien también sabe por otros medios sobre cómo proteger la vida de los combatientes y la suya propia desde el saber guerrillero. Douglas Bravo recupera algunas de las reiteradas prevenciones brindadas con oportunidad premonitoria por el brujo Andrés; citemos una de ellas:

A nosotros nos impresionaban las facultades del brujo Andrés. Una vez llegó al campamento y me dijo: ‘He tenido un presentimiento... soñé que la guerrilla era atacada por fuerzas enemigas’. Hablé con Leonardo Quintana, psicólogo, que no se burlaba de las creencias de los campesinos. Y en ese particular siempre he sido muy respetuoso de las creencias del pueblo. Acordamos, entonces, tomar mayores medidas de vigilancia. En efecto, uno de los destacamentos que estaba situado al oeste del nuestro fue atacado precisamente el día y la hora en el que el brujo Andrés nos había dicho (Peña, 1972: 155).

La quiebra de los rituales de protección que revela la muerte de los guerrilleros ensalmados resulta desmoralizadora, a veces inexplicable. Jaime Bateman, el legendario comandante Pablo del M-19, protegido por las cadenas mentales y de afecto de una activa red de gnósticos liderada por su mamá, alimentó muchos anécdotas y relatos contados por el propio Bateman, los guerrilleros del eme y la gente de sus bases de apoyo. Bateman en una entrevista había dicho:

Lo que pasa en el fondo es que mi mamá es gnóstica, mi mamá fue responsable de la organización de la gnosis en Santa Marta. Y ellos hacen todos los sábados una cadena para protegernos a nosotros, a la organización...Yo no sé si la cadena es o no eficaz. Pero a mí me ha funcionado muy bien...ahí hay algo raro. Yo me siento seguro. Yo he

estado en situaciones muy difíciles, muy desesperadas... Y nada, hermano, ahí sigo (Molano, 1983: 1).

Un fatal accidente aéreo sobre el Darién rumbo a Panamá acabó con la cadena de protección y la vida de Jaime Bateman. Como sostiene una de las más penetrantes crónicas de la guerrilla colombiana: “Con su muerte quedaba a oscuras no sólo Fayad –el relevo en el mando del M 19 [RM]–, sino todo el M-19” (Restrepo, 1986: 37).

Al desplazarse el sentido ideológico-político desde el cual se asume la muerte hacia la recepción concreta de los compañeros caídos, se abre un abanico de sentidos no siempre explícitos. El diario del Che y muchas otras memorias y crónicas de los guerrilleros latinoamericanos dejan evidencia de que la elaboración individual y colectiva de la pérdida y duelo frente a un combatiente caído reviste cierta complejidad.

Algunas guerrillas como el EPL colombiano a fines de los setenta asumía la tradición de recuperar los cadáveres de sus combatientes, no sólo por el prurito de cumplir un ritual político-mortuorio o, como creía el ejército, para velar las identidades de sus integrantes y los costos reales de sus pérdidas. En realidad, había una fundada elaboración simbólica de reintegrar al combatiente a sus filas y elevar la moral de la unidad guerrillera. El proceso ritual de rendir honores y enterrar al guerrillero abría juego a su renacer simbólico tras la reapropiación de su nombre y/o seudónimo por alguno de los sobrevivientes, así como sus renovadas virtudes de combatiente heroico<sup>13</sup>. El propio Marcos en 1994 recordaba que su nombre tenía simbólica deuda con un compañero mayor, un desaparecido guerrillero mexicano a quien conoció y apreció por sus enseñanzas. Un nombre de relevo supone acaso los sentidos de emular, recordar y renacer y su carga es mayor si hay lazos de parentesco o de pareja. Minerva Armendáriz, la guerrillera del MAR en México, relata que eligió Karla como nombre de combate en sentido homenaje a Carlos, su hermano muerto en acción de armas (Armendáriz, 200: 15). No resulta diferente la acción simbólica de renombrar a las unidades de combate y a los frentes guerrilleros con los nombres de los héroes guerrilleros regionales, ni convertir anualmente ciertas acciones de combate en celebratorias de los mismos.

Desde otros miradores guerrilleros, la mayor o menor elaboración política y simbólica de las pérdidas significativas puede afectar a los sobrevivientes. Omar Cabezas narra de manera descarnada el efecto duro de la pérdida de un respetado mando guerrillero sandinista:

Te voy a contar lo que yo sentí cuando oí la noticia de que Tello había muerto: sentí miedo cuando Tello murió. Sentí miedo porque a Tello

---

<sup>13</sup> Comunicación personal de N3, excomandante del EPL, México, 24 de junio de 2002.

yo me lo había copiado en alguna medida; me había enseñado a caer, las posiciones de tendido, me había enseñado qué hacer cuando llegara la Guardia, qué hacer cuando la Guardia se fuera acercando... Y de repente, el hombre que cae es Tello, el que me enseñó todo. ...Hubo momentos en que pensé: todo lo que me enseñó no sirve... Qué ganamos con sus enseñanzas si lo matan a él primerito, ni siquiera matan a un compañero de los que nos entrenamos juntos, pues entonces hubiéramos podido decir: no asimiló los conocimientos que nos enseñó Tello (Cabezas, 1982: 160).

Si la muerte opera como un símbolo dominante para el movimiento guerrillero es por su asociación a un valor de alta densidad política y simbólica como la patria o la tierra adjetivadas, la soñada patria socialista, la imaginada autonomía y territorialidad étnica, la ciudad reinventada, la carnavalizada fábrica o mina. Todas ellas operan como algo más que ideas-fuerza; el pathos revolucionario que las acompaña se nutre de sus símbolos y de sus modos de asumir el principio-esperanza como lo diría Marc Bloch. De cara al principio-esperanza, la muerte del guerrillero queda resituada en su dimensión sacrificial como una posibilidad y como un deber deseable cargado de positividad. La preciada vida y la sangre son los dones que los miembros de la colectividad guerrillera desean entregar en el ritual del combate, más que en ninguna otra acción prevista o accidental frente al enemigo. No hay relato guerrillero que no esté cargado de esa imagen voluntarista y sacrificial que eslabona los sentidos de sus penurias cotidianas, sus hambres, sus heridas, sus enfermedades y su propia muerte con la idea del renacer. La propia representación del hombre nuevo es prístina cuando Omar Cabezas, el guerrillero sandinista, escribe en campaña:

El hombre nuevo empieza a nacer con hongos, con los pies agusanados, el hombre nuevo empieza a nacer picado de zancudos, el hombre nuevo empieza a nacer hediondo. Esa es la parte de afuera, porque por dentro, a fuerza de golpes violentos todos los días, viene naciendo el hombre con la frescura de la montaña... (Cabezas, 1982: 119).

La presencia de la mitología del renacer ha sido reseñada por su importancia en el ritual de pasaje de escuelante a guerrillero en una de la escuela de combatientes del ELN de Colombia (Cárdenas y Duarte, s/f). Por ello, no son gratuitos los gritos de orden reinantes entre los fines de los cincuenta y principios de los sesenta que hacen de la muerte un deseado valor sacrificial al mismo tiempo que sugiere la posibilidad del viaje y/o del nacimiento del héroe: “¡Patria o muerte!, ¡venceremos!” de los guerrilleros del Movimiento 26 de Julio en Cuba y el “¡Tierra o

Muerte! ¡Venceremos!” de los guerrilleros del Frente de Izquierda Revolucionaria en Perú. La voz de orden sandinista de los años setenta va en la misma dirección que las anteriores: “¡Patria libre o morir!” o la añeja consigna de “¡Liberación o Muerte!” del ELN de Colombia. Por último, la retórica del retorno de la muerte con que se presentaron los del EZLN en su única gran acción de armas del EZLN en 1994, no parece muy distante de esta resemantización política de la muerte; los zapatistas dicen venir de la muerte para seguir siendo.

La distancia se expresa en la búsqueda de este grupo alzado en armas que no busca el combate, la acción de armas, el más letal medio de ritualizar la muerte, pero que sabe de la muerte real y simbólica. Las voces de orden que movilizan el sentido de la muerte se traducen tácticamente en la búsqueda de diversos modos de combate; donde la sorpresa, la ventaja y el límite de la acción deberían quedar idealmente del lado guerrillero, la historia real es más compleja, los reveses pesan como plomo. La retórica de la muerte en las organizaciones guerrilleras ha tenido notas y experiencias próximas a las del EZLN. Así la ORPA guatemalteca recupera el tiempo del no combate como deseable y posible; en cierta manera, es una forma de carnavalizar la propia lógica de la guerrilla de la muerte a la vida, del desgaste a la acumulación de fuerzas; así dicen:

Se ha dicho con demasiada frecuencia y seguridad que 'la guerrilla que no combate no puede subsistir y mucho menos ampliarse'. Esta posición, que había adquirido carácter de dogma, ha sido desmentida por los ocho años de preparación en los que nuestra organización no disparó un solo tiro (Perales, 1990: 48).

Cerremos nuestra última ventana al universo guerrillero y con él nuestro texto, con dos referentes polares. El primero alude a una de las caras más duras de la muerte en la cultura guerrillera; nos referimos a los ajustes de cuentas, comprensibles unos en aras de la supervivencia del colectivo, sin coartada, y coherencia en otros. El segundo, alusivo a los caminos guerrilleros del carnaval, es decir, la otra cara de la subversión de los órdenes en la retórica y la acción ligadas a las representaciones de la vida y la muerte.

Los ajustes de cuentas dentro del movimiento guerrillero con los disidentes, desertores, infiltrados y traidores pasan la mayoría de las veces por la lógica de las armas, que no es necesariamente la lógica de la política. La yuxtaposición o confluencia de la tradición estalinista, la disciplina guerrillera, aunadas a las más añejas sedimentaciones culturales autoritarias, potenciaron esta lógica autodepredatoria intra-guerrillera. Muchas de esas muertes son objeto devalorativo, una excrecencia guerrillera.

En la cultura política de la izquierda colombiana el apelativo de “sapo”, marca al infiltrado o informante como un ser despreciable en el seno de la guerrilla o en las

bases de apoyo o su radio y redes más amplias. En la guerrilla, la práctica de ajusticiar “sapos” está consensuada y legitimada, análogo trato recibe el informante guerrillero que opera en el seno de las fuerzas del orden o en su entorno. La presunción de traición en muchos casos tiene desenlaces fatales; pareciera que no hubiera tiempos para la investigación y el juicio justo. La lógica militar se impone a la política; así también los campos de la disidencia, el incumplimiento, la baja y la transferencia revelan cuotas significativas de arbitrariedad, pero que no son muy distintas a las que prevalecen en las instituciones castrenses al servicio del Estado. El ejercicio de la violencia en cierto sentido se vuelve contra sus cultores y es que la guerrilla debe sobrevivir a los acosos externos y eternos, lo cual endurece la conducta de sus mandos y muchas veces la complicidad de los demás. El caso de Roque Dalton es elocuente, pero no el único. Hay un caso extremo en la historia de las guerrillas latinoamericanas, que convierte a la disidencia colectiva en traición y masacre. Es el sonado caso internacional de la muerte de 164 integrantes de una facción disidente del frente guerrillero Ricardo Franco de las FARC en la región del Cauca, acusados y sancionados por su máxima jefatura, Javier Delgado, de ser “mercenarios” y “asesinos del pueblo” (Villarraga y Plazas, 1994: 192). Hay otro más muy sonado internacionalmente, el asesinato de la Comandante Ana María y el suicidio del Comandante Marcial en las guerrillas salvadoreñas. Los otros ajustes de cuentas pasan inadvertidos en los grandes relatos de la historia guerrillera de América Latina como si no contaran para explicar su universo. Pero, claro, los usos de los ajustes de cuentas como los ajusticiamientos de la mala clase en el seno del pueblo no escapan a los usos de la guerra psicológica promovidos por las fuerzas del orden en tiempos de guerra interna. Un comandante del FMLM, refiriéndose a los segundos, antepone la recepción popular de los mismos en términos autocríticos:

...en la época de ORDEN –grupo paramilitar que operaba en 1970 [RM]– nosotros, a mi modo de ver cometimos errores en lo que dice relacionado con el tratamiento dado a los miembros de las bandas paramilitares. Esto tuvo repercusiones negativas más tarde. En ese tiempo, los compañeros organizados llegaban a los cantones, sacaban a los hombres detectados como pertenecientes a ORDEN y frente a su familia los ajusticiaban. A causa de esto, en muchas zonas la población empezó a vernos como enemigos. Pero esa experiencia nos hizo reflexionar y nos dimos cuenta que mucha gente estaba ahí por miedo, reclutada a la fuerza y no estaba ganada por la causa de la oligarquía. Según mi criterio, todo eso se explica, precisamente, porque no habíamos estudiado a fondo el fenómeno, porque desconocíamos al enemigo (Harnecker y Perales, 1990: 136).

Veamos ahora nuestro cierre carnavalesco. La carnavalización de la muerte puede ser reconciliada con el campo celebratorio del martirologio guerrillero, según podemos verlo a través de una exitosa experiencia de los Tupamaros en Uruguay, una de las más importantes guerrillas urbanas del continente. El MLNT se abocó a preparar un evento espectacular en homenaje al Che Guevara el 8 de octubre de 1969, el cual, al mismo tiempo, debería alcanzar fines más concretos de propaganda armada y obtención de recursos materiales.

El Che, al cumplirse el segundo aniversario de su muerte, había ingresado al martirologio de la nueva izquierda latinoamericana y los convencionales ritualismos conmemorativos. Pero los Tupamaros prefirieron celebrarlo de otra manera. Lo hicieron a través de la exitosa toma de la pequeña ciudad de Pando, de cincuenta mil habitantes y ubicada a 30 kilómetros de Montevideo (Labrousse, 1971: 135). Los objetivos particulares consistían en el copamiento y asalto de la comisaría, el cuartelillo de bomberos, la central telefónica y tres bancos. La unidad encargada de la operación movilizó a 49 cuadros armados distribuidos en seis comandos. El despliegue de las unidades tupamaras se realizó bajo la cobertura de un fingido y bien montado cortejo fúnebre que llevaría los restos de un pariente muerto en Buenos Aires repatriado para efectos de enterrarlo en el panteón familiar del Cementerio de Soca. El 8 de octubre a las 10 de la mañana, nueve familiares y un “cura” llegaron a la funeraria contratada en Montevideo, portando la urna y las ofrendas florales. Se distribuyeron en cinco coches además de la carroza fúnebre, y avisaron al encargado de la funeraria que en el kilómetro 36.5 serán recogidos diez familiares y así lo hicieron. Se sumó al cortejo una camioneta combi. En el kilómetro 40, fueron reducidos los siete empleados de la funeraria. Después de salvar algunos problemas de coordinación y logística, lograron alcanzar con éxito sus seis objetivos –aunque llegando casi a Montevideo– la guerrilla fue alcanzada por las fuerzas del orden y sufrió varias bajas (MLNT, 1971: 137-178; Labrousse, 1971: 135-140). El recordatorio de la muerte del Che ensanchó el martirologio tupamaro con los caídos en la Operación Pando, mientras por otro lado reveló las limitaciones de operar fuera de Montevideo aun en poblaciones cercanas.

Pero el carnaval guerrillero en sus marcos lúdicos y festivos de las fiestas pueblerinas y campamentos guerrilleros no debe ser olvidado aunque prescindamos de su ejemplificación. En lo que concierne a la retórica guerrillera, Jaime Bateman, desde el M-19, ha dejado una copiosa cantidad de relatos sobre la manera en hacer del accionar guerrillero y revolucionario una fiesta (Restrepo, 1986: 38), acaso una manera lúdica y celebratoria de la vida. Con otros tonos y desde nuestro mirador mexicano, Marcos, el subcomandante, prefiere carnavalizar la muerte y a un mes de la rebelión zapatista declara a la corresponsal Blanche Pietrich lo siguiente:

(la muerte) Para nosotros es vida, en esa lógica tan absurda de una muerte cotidiana que se hizo normal en estas situaciones. Es vivir pues, es una alegría. Cuando cumplimos un mes de que empezara la guerra se hizo fiesta para recordar a los compañeros que murieron. Decían: es que su muerte la vemos con alegría porque es vida para otros, en ese lenguaje tan críptico, pero tan rico al mismo tiempo. La muerte pues, como gozne entre dos épocas, como disputa por la soberanía y el destino y como semilla de la vida nueva. Pero no como apología de la violencia ni como terrorismo, sino como lucha contra la política que es muerte, por eso frente al combate han hecho política (La Jornada, 6 de febrero de 1994).

Diremos, por último y a manera de cierre, que el carnaval afecta el propio saber sobre la guerrilla latinoamericana en el que nos hemos involucrado, por acartonadamente serio, por quemante de muerte y violencia elusivas o descarnadas, por juicios fáciles y conceptos evanescentes. Por todo ello, olvidémonos carnavalescamente de las conclusiones para abrir juego al postergado diálogo sobre lo políticamente nombrable y lo culturalmente sumergido o viceversa.

## **Bibliografía**

Arendt, H. (1970): Sobre la violencia. México, Cuadernos de Joaquín Mortiz.

Aricó, J. (1999): Entrevistas 1974-1991. Córdoba, Ediciones del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba.

Armendáriz Ponce, M. (2001): Morir de sed junto a la fuente. Sierra de Chihuahua 1968. Testimonio, Universidad Obrera de México.

Attiná, F. (1981): “Guerrilla”, en Bobbio, N. y N. Matteucci, Diccionario de Política, vol.1. México, Siglo XXI Editores, pp. 769-771.

Béjar Rivera, H. (1969): Perú 1965: Una experiencia libertadora en América. México, Siglo XXI.

Blanco, H. (1972): Tierra o muerte. Las luchas campesinas en Perú. México, Siglo XXI.

Cabezas, O. (1982): La montaña es algo más que una inmensa estepa verde. México, Siglo XXI.

Cárdenas, C. y C. Duarte (s/f): Fusiles de madera. Disponible en web: <http://www.antropologiavisual.cl/>

Castañeda, J. G. (1993): La utopía desarmada. México, Joaquín Mortiz.

Chartier, R. (1999): El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación. Barcelona, Gedisa editorial.

Chevalier, J. y A. Gheerbrandt (1999): Diccionario de los Símbolos. Barcelona, Herder.

Ejército de Chile (2000): Apreciación Combinada de la situación subversiva en el Continente, XXIV Conferencia de Ejércitos Americanos 2000-2001 (secreto).

Fanon, F. (1963): Los condenados de la tierra. México, Fondo de Cultura Económica.

FARC (2002): “La cultura guerrillera es cultura popular”, Resistencia, 29, pp. 1-4. Disponible en web: <http://www.FARC-ep.org./Revista/Resistencia29/Web/cultura.html>

Gabriel, A. (2000): La luna del forense. Santa Fe de Bogotá, Ediciones Magdalena Medio Internacional.

Garrido, L. (1997): “Desde Guatemala Eternamente Yolanda”, Revista del Sur, 73, 2 pp. Disponible en web: <http://www.revistadelsur.org.uy/revista.073/central.html>

Gilly, A. (1986): La senda de la guerrilla. Por todos los caminos 2. México, Editorial Nueva Imagen.

Guevara, E. (1977): Escritos y discursos 3. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Guevara, E. (1985): La Guerra de Guerrillas. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Guthmann, G. (1991): Los saberes de la violencia y la violencia de los saberes. Montevideo, Nordan Comunidad.

Guzmán Campos, G.; O. Fals Borda y E. Umaña Luna (1962): La violencia en Colombia. Bogotá, Editorial Punta de Lanza.

Hernández, A. (2001): La muerte de Rubén Jaramillo y la paranoia anticomunista del régimen de López Mateos 1960-1963. Tesis de maestría en Historia Contemporánea,

Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Cuernavaca.

Labrousse, A. (1971): Los Tupamaros. Guerrilla urbana en el Uruguay. Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo.

Marcuse, H. (1968): El fin de la utopía. México, Siglo XXI.

Molano, A. (1983): Cuando Jaime Bateman habló de su muerte, SPI. México, multicopiado por simpatizantes del M-19 (publicado originalmente en La Semana de Colombia), 2 pp.

Montiel, E. (1985): “7 señales en el accidentado sendero de la democracia peruana”, Nuestra América, 13, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la UNAM, pp.75-89.

Moore, B. (1989): La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión. México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

MLNT (1971): Actas Tupamaras, Buenos Aires, Sahrpore editor.

Montemayor, C. (1994): La guerra en el paraíso. México, Editorial Diana.

Payeras, M. (1981): Los días de la Selva. México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Peña, A. (1972): Conversaciones con Douglas Bravo. Caracas, Editorial Ateneo.

Perales, I. (1990): Guatemala Insurrecta (Entrevista con el Comandante en jefe del Ejército Guerrillero de los Pobres). Madrid, Editorial Revolución.

Piretz, P. T. (1988): “Gorilismo”, en S. del Campo (coord.), Diccionario UNESCO de Ciencias Sociales II. Barcelona, Planeta-Agostini, pp. 959-960.

Presidente Gonzalo (1987): ¡Día de la heroicidad! Dar la vida por el partido y la Revolución. Reproducido por el Comité Central del Partido Comunista del Perú, Tercer Aniversario (junio de 1989). Disponible en web:

<http://www.maoism.org/misc/peru/doh/spanish/heroismo15.htm>

RAE (2001): “Guerrilla”, en Diccionario. Disponible en web: <http://www.rae.es/>

Rama, C. (1988): “Guerrilla (erismo)”, en S. del Campo (coord.), Diccionario UNESCO de Ciencias Sociales II, Barcelona, Planeta-Agostini, pp. 979-981.

Ratner, M. y M. S. Smith (comps.) (1997): El Che Guevara y el FBI. El expediente de la policía política de Estados Unidos sobre el revolucionario latinoamericano. México, Siglo XXI.

Restrepo, L. (1986): Historia de una traición. Bogotá, Plaza & Janes.

Romualdo, A. (1974): “Canto Coral a Túpac Amaru qué es la libertad”, en J. Ortega, Realidad Nacional II. Lima, Retablo de Papel Ediciones, pp. 329-330.

Sandoval, A. M. (1999): “El mito y sus hibridaciones como soporte literario del testimonio”, en M. R. Morales, Señores bajo los árboles. Departamento de Español y portugués de la Universidad de Iowa, 9(2).

Sorel, G. (1935): Reflexiones sobre la violencia. Santiago de Chile, Editorial Ercilla.

Sarlo, B. (1998): “Mayo 68/mayo 98. Tríptico revolucionario”, La Nación (Buenos Aires, abril 12. Disponible en web: [www.literatura.org](http://www.literatura.org).

Taibo II, P. I. (1997): Ernesto Guevara también conocido como El Che. México, Grupo Editorial Planeta.

Tamayo, J. A. (1997): “Yo enterré al Che”, en El Nuevo Herald, 21 de septiembre.

Villarraga, Á. y N. Plazas (1994): Para reconstruir los sueños (una historia del EPL). Bogotá, Colcultura-Fundación Progresar-Fundación Cultura Democrática.

Villaveces, S. (1996): “La invisibilidad de la violencia”, Utopías <http://www.upaz.edu.uy/procesos/panamerica/colomb/invisb.htm>.

Watson, P. (1982): Guerra, persona y destrucción. Usos militares de la psiquiatría y la psicología. México, Nueva Imagen.

**Fisonomía de la resistencia en contra de las dictaduras del Cono Sur.  
Balances de una revisión historiográfica**

Physiognomy of the resistance against the Dictatorships of the Southern Cone.  
Balances of a historiographic review

**Pedro VALDÉS NAVARRO<sup>1</sup>**

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile  
pedroalfonsovaldes@gmail.com

**Resumen**

El presente artículo tiene por objetivo revisar el panorama historiográfico en torno a las resistencias en contra de las Dictaduras militares del Cono Sur. El mapeo desarrollado persigue evidenciar los avances de las distintas historiografías locales, de tal forma de poder registrar lo que se ha escrito en torno a las diferentes formas militantes que buscaron oponerse a la anulación de la vida política, a partir de los golpes cívico militares de Paraguay, Brasil, Bolivia, Uruguay, Chile y Argentina. El comentario bibliográfico también nos permite observar los vacíos y los posibles espacios abiertos para nuevas perspectivas de estudio, no sólo en clave local, sino que también hacia una lectura continental y transnacional. Es factible evidenciar la existencia de una amplia gama de usos historiográficos en torno a la idea de resistir, lo que nos indica que estamos frente a la presencia de un concepto polisémico que abarca diferentes dimensiones históricas. Aun cuando los estudios sobre las resistencias no se han constituido como un campo articulado de estudio, sí creemos que los avances sistemáticos de las distintas historiografías locales pueden avanzar hacia la delineación de patrones comunes y visiones de conjunto.

**Palabras clave:** Historiografía; Resistencias; Dictaduras; Cono Sur.

---

<sup>1</sup> Dr. (c) en Historia. Becario ANID.

Pedro VALDÉS NAVARRO

Fisonomía de la resistencia en contra de las dictaduras del Cono Sur. Balances de una revisión historiográfica

Sur y Tiempo. Revista de Historia de América, Nº4, julio-diciembre 2021, pp. 35-69.

ISSN 2452-574X

DOI: 10.22370/syt.2021.4.2935



## Abstract

This article aims to review the historiographic panorama around the resistance against the military dictatorships of the Southern Cone. The developed mapping aims to show the advances of the different local historiographies, in order to record what has been written around the different militant forms that sought to oppose the annulment of political life, from the civic military coups of Paraguay, Brazil, Bolivia, Uruguay, Chile and Argentina. The bibliographic commentary also allows us to observe the gaps and possible open spaces for new study perspectives, not only in a local key, but also towards a continental and transnational reading. It is feasible to show the existence of a wide range of historiographic uses around the idea of resisting, which indicates that we are facing the presence of a polysemic concept that covers different historical dimensions. Although the studies on resistance have not been constituted as an articulated field of study, we do believe that the systematic advances of the different local historiographies, can advance towards the delineation of common patterns and visions of set.

**Keywords:** Historiography; Resistance; Dictatorships; Southern Cone.

## Introducción

Es ampliamente observable el interés historiográfico que ha despertado la aparición de la lucha armada en el Cono Sur, a partir del triunfo de la Revolución Cubana, y con mayor énfasis en el accionar de las distintas orgánicas durante la larga década de los sesenta. Por otro lado, la instalación de regímenes dictatoriales a partir de diferentes golpes de estado protagonizados por las fuerzas armadas en su conjunto, también ha motivado un interés académico por conocer sus intenciones, identificar las etapas de estos gobiernos autoritarios, los vínculos con los EE.UU. y los detalles represivos en contra de la militancia y población civil. Sin embargo, observamos una debilidad en la relación existente entre el accionar de las izquierdas, por una parte, y la represión autoritaria frente a estas, por otra. En otras palabras, cómo resistió, no sólo la militancia, sino que otros sectores de la sociedad, a los embates de los dispositivos represivos, y cuál fue la naturaleza de esa resistencia. Esta dinámica es un tema todavía fértil para el debate.

El propósito de este panorama es observar cuáles han sido los enfoques de la historiografía para referirse al fenómeno de la resistencia en contra de las dictaduras militares del Cono Sur y determinar los acentos y junto con ello, los vacíos y los espacios menos explorados. Esta necesidad historiográfica nace del convencimiento de que es relevante detallar no solamente los pilares autoritarios en los cuales se anclaron los regímenes militares, o tampoco redundar en la victimización de la militancia, sino más bien resaltar el rol de la respuesta de la

militancia y de la población afectada ante la instalación de esa represión autoritaria. Como todo ejercicio de revisión, existirán vacíos en la consideración final de cuales destacar. La omisión es un riesgo que vamos a cometer. Sin embargo, la intención es observar las diferentes expresiones de resistencia y acrecentar la visión heterogénea que sobre el concepto es necesario observar, más que la precisión sobre el catastro logrado.

Desde el punto de vista metodológico, la frontera que definimos abarcar está marcada por la instalación y durabilidad de las dictaduras del Cono Sur que se rigieron en distintos grados por la Doctrina de Seguridad Nacional y que comenzaron por el golpe militar de Brasil de 1964 hasta el golpe en Argentina de marzo de 1976. Dentro de estas experiencias autoritarias encontramos el caso de Bolivia en 1971, Uruguay en 1973 y Chile del mismo año. Si bien la dictadura de Alfredo Stroessner en Paraguay es anterior a este ciclo y más bien se vincula con las características de los regímenes personalistas de mediados del siglo, la sintonía que logró establecer durante la década de los setenta, sobre todo a través del Plan Cóndor, amerita su inclusión en esta revisión.

Uno de los primeros nudos que debemos resolver es qué entenderemos por resistencia. Si bien la acepción puede ser identificada con una actitud de desacato ante el orden establecido, la naturaleza misma de esa desobediencia es la que tiene importantes matices. Una primera idea que nos parece interesante exponer tiene relación con la delimitación del concepto mismo. Si bien una de las premisas de las ciencias sociales y disciplinas afines es la definición de un encuadre con el cual trabajar, la resistencia se rehúsa como concepto histórico a ser encasillada, convirtiéndose así en una idea que cobra fuerza por su praxis histórica. Tal como advierte Howard Caygill: “Una filosofía de resistencia tiene que resistir por sí misma la presión de la formación del concepto, de la reducción de las prácticas de resistencia a un único concepto dispuesto a la legitimación y apropiación por parte de la misma forma de Estado de la que empezó siendo un desafío (Caygill, 2016:22)”.

Para Caygill entonces, no existe una sola expresión de resistencia, entendida esta inicialmente como una respuesta contestataria a un orden impuesto desde arriba. Podemos hablar entonces de distintas formas de respuestas, de resistencias en plural y que se van articulando en torno a un sentir del deber de desobedecer frente a la opresión. Hay en juego no solamente un desafío ideológico, de choque de visiones políticas, sino que se configura una moral de resistencia que tal como señala Caygill, debe también impugnar el intento de apropiación del poder que comenzó contraviniendo.

Tomando en cuenta lo anterior, las formas que adoptó y de la cual los sujetos históricos que protagonizaron la resistencia en contra de las dictaduras del Cono Sur también se apropiaron como tal, fueron diversas y complejas, todas ellas necesarias de considerar a la hora de realizar un balance historiográfico, y ver cuál ha sido el

recorrido investigativo sobre el fenómeno. Por cierto que este enriquecimiento del problema trae como consecuencia el ensanchamiento de los límites de su estudio, y por ende, una dificultad al momento de abarcar todo lo cognoscible. No obstante, para no desdibujar el nudo central y tomar en cuenta los resguardos de cualquier reflexión, es posible encontrar en las prácticas de resistencia de la militancia armada, de las acciones de sindicatos, de las protestas estudiantiles, de las expresiones artísticas y literarias de los presos políticos, de la insistencia en la labor informativa de los medios de comunicación opositores, como así también en el resguardo de la identidad cultural de las comunidades étnicas frente a la violencia explícita de los militares, una constante labor por impedir la anulación de su identidad política, eje central del accionar autoritario del período.

La desobediencia se expresa no solamente a través del componente armado, esta es una de las expresiones del accionar político, pero no la única. La militancia armada protagonizó una variante específica de lucha en contra de algunas dictaduras y se alimentó necesariamente de otras acciones no armadas, que forman parte del universo más amplio de desacato al autoritarismo. En las expresiones de sindicatos, universitarios, organizaciones civiles y otras orgánicas, se edificó una retórica moderada en donde se utilizó la idea de la violencia en contra de las dictaduras imperantes. No se invisibilizó de su horizonte textual, se entrelazó muchas veces con las acciones armadas, la identificación más clásica de la resistencia formó parte de un universo gris, de un eslabón invisible de oposición al autoritarismo.

Una tercera cuestión central, tiene que ver con el carácter histórico de la resistencia en relación a su continuidad temporal y la carga consiguiente de su significado. Rápidamente las oposiciones a las dictaduras del Cono Sur, conceptualizaron a estas como regímenes fascistas aliados con los monopolios foráneos. Esta categorización conllevó a elaborar una estrategia de enfrentamiento a través de un discurso y una acción, en donde la lucha antifascista conminaba a buscar las alianzas necesarias para conseguir la derrota. Se configuró así, una evocación histórica con las iniciales luchas en contra del avance del fascismo primero en España bajo el contexto de la Guerra Civil, y luego contra el nazismo alemán y el fascismo italiano durante la Segunda Guerra Mundial.

La izquierda a través de sus distintas expresiones, tanto contra Franco, luego contra Mussolini y Hitler, continuaban luchando contra el fascismo ahora bajo el contexto sudamericano, construyendo una utopía alcanzable de victoria, sobre todo en el caso del nazismo, convirtiendo a los partisanos en figuras heroicas y modelos de continuación guerrillera.

La ubicación de la militancia que luchó en contra de las dictaduras, en un sendero histórico de largo alcance, les adicionaba un mayor peso y sentido histórico

a la empresa que estaban desarrollando, emulando muchas veces los ejemplos de las formas de lucha que adoptó la izquierda en contra del nazismo o del franquismo<sup>2</sup>.

## 1. Las resistencias del Cono Sur

### 1.1. La experiencia del Paraguay de Alfredo Stroessner

Una de las constantes en la historia de la izquierda en América Latina durante el siglo XX, es el protagonismo y la presencia de los Partidos Comunistas como ejes articuladores del avance y desarrollo del movimiento de trabajadores. Si bien ese protagonismo se dio con diferentes matices, en todos los países recogidos como experiencias de resistencias antidictatoriales, los comunistas tienen algún grado de incidencia en la forma que se dio la conducción de este proceso.

No obstante, a medida que diversos fenómenos transnacionales iban afectando las realidades locales, el concierto de diversificación de la izquierda, generó un panorama variopinto de herederos y reivindicadores del marxismo. Esta heterogeneidad en el continente produjo una respuesta también diversa en torno al tipo de enfrentamiento y resistencia antidictatorial. Para el caso paraguayo, la experiencia autoritaria más extensa del Cono Sur, la disruptiva vida democrática antecesora del gobierno de Alfredo Stroessner generó una aclimatación, no sólo del PC paraguayo, sino que del conjunto del movimiento de trabajadores, a la persecución y la clandestinidad. Esto devino en una temprana respuesta armada a la implantación del gobierno de Stroessner. Una de las revisiones más completas de este inicial proceso, es “La resistencia armada a la dictadura de Stroessner”, publicada por la revista *NovaPolis*. Este especial de la revista, se enfoca en describir las facetas que tuvo la larga y variada oposición a Stroessner, entregando a través de la revisión de documentos, fuentes orales, artículos y libros, un panorama detallado de quienes y en qué momentos, fueron los protagonistas de este periodo. Al abarcar una temporalidad extensa e intentar cubrir la mayor cantidad de experiencias, quedan espacios menos explorados como son el rol de género en dicha resistencia, las alianzas con otras fuerzas opositoras, o la intimidad de las orgánicas clandestinas, pero, sin embargo, el enfoque permite realizar una evaluación del proceso más allá del levantamiento de los mitos y mártires propios de estos enfoques. En este sentido podemos rescatar lo que señala Andrew Nickson:

---

<sup>2</sup> María Florencia Osuna (2015) menciona, por ejemplo, que varios militantes de organizaciones de la izquierda argentina buscaron referencias literarias para emular situaciones de lucha en contra de la represión, tal fue el caso del libro de Gilles Perrault “La orquesta roja”, relato que narra la experiencia de la red de espionaje clandestino soviético en contra de la Alemania Nazi. Este ejemplo es referenciado también por Anna Blasco Rovira y Vladimir Sierpe (2015) en su investigación sobre la clandestinidad del PS de Chile.

En resumen, al mirar hacia atrás, sería muy fácil criticar el fracaso de estos intentos de lucha armada contra el régimen de Stroessner. Sin embargo, sería injusto atribuir este fracaso a la locura de individuos egocéntricos, o al aventurismo político por partes de unos ingenuos, o a un intento muy simplista de copiar la revolución cubana o la resistencia al gobierno militar en Argentina. Estos movimientos surgieron como respuesta a circunstancias históricas específicas, tanto en términos nacionales como internacionales (Nickson, 2004: 39).

Dentro del mismo escenario paraguayo, destaca la indagación sobre la resistencia cotidiana de un grupo de indígenas del este del país, los Aché y de cómo ciertas prácticas culturales y sociales, también se convierten en formas de resistir. La investigación referida es “La resistencia cotidiana de los Aché durante el régimen cívico-militar de Alfredo Stroessner en el Paraguay”, de Paulo Alves Pereira, que tiene el mérito de rescatar a sujetos históricos relegados en distintos momentos de la historia americana, para dar cuenta del protagonismo político en circunstancias que ese rol se le asigna mayoritariamente a militantes, estudiantes, obreros e intelectuales. Según el autor, ante al autoritarismo estatal, muchos *Aché* resistieron al stonismo de distintas maneras:

A través de Asambleas Indígenas reivindicaron sus derechos territoriales y la valorización de sus culturas y de sus organizaciones socioeconómicas. Contando con el apoyo de determinados sectores de la prensa escrita nacional, de grupos político-sociales y de intelectuales, diversas comunidades que antes eran rivales pasaron a luchar contra un único enemigo: el régimen de Stroessner (Alves, 2017: 118).

Mediante la revisión de artículos, libros y documentación, el autor expande el universo de las lógicas de resistencia más clásicas para el período y aporta una visión cotidiana y minimalista de prácticas opositoras al autoritarismo, llevándolo al espacio de la intimidad de las comunidades indígenas.

Bajo el interés de buscar revitalizar una historiografía más tradicional en sus perspectivas analíticas, el trabajo de Alfredo Boccia, “Represión política y género en la dictadura paraguaya” apunta a engrosar los trabajos sobre militancia femenina durante las últimas dictaduras. En un enfoque reivindicativo del rol en la construcción de una resistencia más amplia a la dictadura paraguaya, el trabajo de Boccia recoge a través de documentación y fuentes secundarias, la doble dificultad que tuvieron que enfrentar las mujeres en contra del régimen de Stroessner. Por una parte, fueron objeto de las más duras acciones represivas de corte sexual, en un contexto social e histórico que se acostumbró e invisibilizó las prácticas abusivas en

contra de mujeres. Y, por otro lado, como menciona el autor, “las mujeres que resistieron activamente a la dictadura, fueron parte de aquellas que no siguieron el curso normal y esperable de sus historias. Rompieron con lo establecido y fueron protagonistas, aunque para eso debieron meterse en asuntos ‘de hombres’” (Boccia, 2010: 80).

Boccia recoge el rol organizativo de mujeres campesinas y de las ciudades a través de la constante generación de instancias de coordinación como fueron la Coordinación de Mujeres Campesinas, Mujeres por la Democracia y el Primer Encuentro Nacional de Mujeres que llevó a la concreción de la Coordinación de Mujeres del Paraguay.

## 1.2. La larga dictadura brasileña

Brasil inaugura una forma particular de instalación de régimen represor no sólo en la arquitectura que moldeó inicialmente el general Castelo Branco, sino también, desde sus escuelas castrenses nacerían los enfoques sustentadores de la lucha en contra del comunismo. Junto con lo anterior, es posible comenzar a delinear las variantes de la resistencia que se encumbraron en contra de la rotativa militar que gobernó desde 1964 hasta 1985.

A diferencia del caso paraguayo, el grado de desarrollo industrial y económico del Brasil, potenció la existencia de un movimiento obrero más poderoso y numeroso, lo que posibilitó, además, la existencia de un Partido Comunista más protagónico en el liderazgo de los trabajadores. No obstante, al igual que la dictadura de Stroessner, la duración de este ejemplo autoritario nos permite abarcar su examen a través de distintas etapas y con la presencia heterogénea de diversas resistencias. Quizás el estudio más acabado en estos dos sentidos, es el trabajo de Inés Nercesián, “Una aproximación a la izquierda brasileña de los años sesenta. Partidos y organizaciones armadas”. La autora categoriza y caracteriza la aplicación de la represión en distintos momentos, lo que tiene como respuesta la estructuración de diversas resistencias. Nercesián señala:

Es decir, mientras que las primeras actas institucionales se destinaban a clausurar la esfera de acción política de todas las organizaciones civiles...a partir del AI 5 (*Acto Institucional*) se terminaba de montar el aparato represivo que abría las puertas para la supresión más violenta de las libertades civiles. A partir de aquí, la represión iba a ser especialmente dura, sobre todo para las organizaciones armadas más radicales, e implicó en casi todos los casos, su disolución (Nercesián, 2005: 31).

En este sentido, un primer instante de máxima represión y, por ende, de mayor profundidad de la resistencia militante se produce durante los primeros años dictatoriales y expresados esta, en la implementación de organizaciones armadas todas ellas muy influenciadas por el foco rural.

Situación aparte merece el estudio del comportamiento del Partido Comunista de Brasil, que al igual que otros de la región, decidió adoptar una posición intermedia y dubitativa en torno a la oposición al régimen dictatorial. Nercesián detalla la disputa entre Luis Carlos Prestes y Carlos Marighella, en torno al camino opositor a definir. Para este último, la opción era la resistencia armada, situación que decantó en la división orgánica.

Otro de los sujetos preponderantes de la militancia brasileña fue el sector campesino, que, por las características del espacio geográfico del Brasil, jugó un rol activo en la defensa de sus intereses colectivos. Una trama interesante es indagar en las motivaciones de éstos a la hora de emprender un enfrentamiento directo en contra de la dictadura. Fabricio Telo en “Campesinos, emociones y tentativas de resistencia armada a la dictadura empresarial-militar de Brasil”, se interna en un camino íntimo de análisis de los motores para concretar el desafío del derrocamiento armado. El autor comenta que

...el objetivo de este artículo es analizar el impacto de las emociones en esas relaciones entre militantes de organizaciones guerrilleras y campesinos sin experiencia previa en la lucha armada... ¿Quién es, entonces, el que habla al campesino y qué es lo que comunican, lo que mueve al campesino a la acción política violenta? Los campesinos albergan un profundo sentido de injusticia, pero a este sentido de injusticia se le debe dar forma y expresión en la organización antes de que pueda activarse en la escena política (Telo, 2019: 13)

Tomando como referencia el estudio de la emocionalidad en los campesinos de El Salvador y su integración en la guerrilla, el trabajo desarrollado por Elizabeth Jean Wood “The Emotional Benefits of Insurgency in El Salvador”, sirve de referencia para Telo, que lo aplica también para el caso brasileño. El autor sostiene: “...los beneficios emocionales (por ejemplo, la alegría y el orgullo) consecuencia de la implicación en la lucha eran muchas veces más importantes que ciertos beneficios materiales, como el acceso a la tierra o más derechos. La lucha en sí misma era fuente de dignidad y respeto” (Telo, 2019: 2).

Aunque es una tesis doctoral y no un texto publicado, nos parece una aproximación muy interesante y nos permite mantener esta idea inicial de recoger el amplio espectro de la noción de resistencia. La autora Marcia Guena Dos Santos trabajó en 2014 a los *Afro-brasileños en lucha: historia de la resistencia negra a la dictadura militar en Brasil (1964-1985)*. Para Dos Santos, la participación de

militantes afrodescendientes en determinadas organizaciones clandestinas que lucharon en contra de la dictadura, fue una acción mayoritariamente en orgánicas pertenecientes a la nueva izquierda, ya que los partidos tradicionales marxistas, tenían una visión más conservadora sobre los “sujetos revolucionarios”. El estudio se interesa en recoger las variables étnico-raciales, de un conflicto político que atravesó el continente, mostrando como es el caso, las particularidades y complejidades propias de una sociedad que no resolvió determinadas temáticas, apareciendo estas de modo subterráneas en contexto de presión y sobrevivencia.

También pueden considerarse como estudios de interés: “As oposições à ditadura: resistência e integração” de Marcelo Ridenti; y *A Mulher que era o general da Casa. Histórias da resistência civil á ditadura*, de Paulo Moreira Leite. En una profundización sobre la resistencia de género en un contexto conservador y represivo, puede verse el trabajo de James N. Green y Renan Quinalha, *Ditadura e Homossexualidades: Repressão, Resistência e a busca da Verdade*. Sobre el rol de la cultura en la lucha por la libertad de expresión, ver, *Censura, Imprensa, Estado Autoritário (1968-1978)* de María Aparecida Aquino; y *Desmistificando a “Resistência democrática” a ditadura civil-militar (1964-1985)* de Natanael de Freitas Silva. En una apuesta similar a la investigación de Marcia Guena dos Santos sobre el rol resistente de las comunidades afrodescendientes, puede revisarse, de Ana Laura Horbach, *Autoria e resitencia negra na ditadura civil-militar no Brasil*.

43

### **1.3. Del histórico movimiento obrero boliviano, a la resistencia estudiantil en contra de Banzer. El balance historiográfico en Bolivia**

Como en varios ejemplos anteriores, la oposición de un sector considerable de la población a las políticas aplicadas por distintos gobiernos de carácter capitalista, sumada a la ancestral visión de la posición de explotados, conformó una presencia latente del movimiento obrero, en particular de los sectores mineros. A lo anterior, la maduración de los sectores campesinos de la década de los sesenta, y la masificación de un sujeto universitario cada vez más empoderado, aglutinó un componente opositor a los distintos gobiernos autoritarios. Con la irrupción de la dictadura de Hugo Banzer en 1971, mineros, campesinos y universitarios, van a conformar el principal movimiento de resistencia.

Dentro de los avances historiográficos destacados en ese ámbito podemos considerar el trabajo de Lawrence Whitehead, “Sobre el radicalismo de los trabajadores mineros de Bolivia”, quien recalca el rol de los mineros en el derrocamiento de la dictadura de Banzer, pero sobre todo en su afán como movimiento de lucha en pos de la autonomía sindical, la determinación de defender sus salarios, sus condiciones de vida. La fuerza de este sector radica en su asombrosa capacidad “para soportar la represión y continuar insistiendo con sus

demandas básicas, superando fácilmente en este respecto a la mayoría de los partidos políticos bolivianos. Este artículo ha identificado el carácter solidario de las organizaciones sindicales locales como un factor esencial para este tipo de logros...” (Whitehead, 1980: 1495).

Como en casos anteriores, el fin de los regímenes autoritarios estimuló el desarrollo más constante de diversas apuestas historiográficas. De 1980 se destaca la voluminosa obra de Guillermo Lora sobre el movimiento obrero boliviano. En el IV tomo, el dirigente trotskista repasa en un relato testimonial los detalles de la primera resistencia a la asonada gorila de Banzer, y las actuaciones de sindicatos y estudiantes. En *Historia del movimiento obrero boliviano. El proletariado en el proceso político, 1952-1980*, Lora describe el panorama más íntimo de la nueva etapa de sobrevivencia.

En Bolivia era inconcebible la reunión pública de un partido obrero o simplemente democratizante; incluso en 1977 sólo podían efectuarse pequeñas y rápidas reuniones políticas en la clandestinidad. La plana mayor revolucionaria estaba en las cárceles, en el exilio o llevando vida subterránea. Ningún izquierdista podía hacer política en el Prado de La Paz, cosa habitual en el pasado (Lora, 1980: 154).

En una similar descripción, del mismo autor, su trabajo sobre el Partido Obrero Revolucionario, el POR, Lora destaca el papel jugado por esta organización trotskista y por el resto de la izquierda, en crear los primeros núcleos de la resistencia que tuvo como gran componente de fuerza, la unidad no sólo política, sino que también militar de las organizaciones antifascistas. Lora en *Historia del POR. Contribución a la Historia política de Bolivia*, destaca la lucha del partido durante la dictadura, en distintos espacios, ampliando la lógica del accionar meramente partidista. Lora comenta: “No era cuestión de denunciar únicamente los atropellos gubernamentales y patronales, sino de orientar y dirigir políticamente a los trabajadores y a las vastas capas de la clase media, por esto se imponía aprobar y divulgar un programa de principios, pese a que ya existían las Bases Constitutivas” (Lora, 1978: 250).

En otro de los ejes de análisis sobre la resistencia boliviana, resalta el rol del indigenismo, también como actor constante de respuesta contestataria frente a la opresión, intensificada durante los momentos dictatoriales. En la obra de Silvia Rivera Cusicanqui, *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymará y quechwa 1900-1980*, la autora analiza la constante presencia del movimiento campesino-indígena durante el lapsus de persecución, cárcel y exilio, actuando en la clandestinidad y siendo la barrera de contención, además, de las intenciones políticas que buscaban una reorganización social, sobre todo del movimiento indígena. Es en este contexto que surge el Katarismo como expresión de articulación

política de una demanda concreta desde el mundo indígena. Rivera Cusicanqui comenta:

Durante el año 1976 los *kataristas* se hicieron presentes en varios eventos universitarios y obreros como representantes de la nueva tendencia reivindicativa del campesinado indio... La represión se extiende no sólo a los dirigentes del Centro Tupaq Katari que actuaban en la clandestinidad, sino a los líderes sindicales que habían logrado incrustarse en el aparato sindical oficialista (Rivera, 2010: 190).

Es con este tenor de constancia y atrevimiento directo, que la persistencia de un movimiento de resistencia indígena no sólo tenía relación con cuestiones culturales, sino que representó, además, un soporte político para el derrocamiento de la dictadura de Banzer.

Suerte dispar correrían los militantes del Ejército de Liberación Nacional boliviano, quienes se destacaron protagonizando una de las acciones de resistencia más espectaculares en contra de todos los golpes del Cono Sur, cuando un contingente fuertemente armado del ELN decidió evitar el golpe en contra del general Juan José Torres. El análisis de este evento, y lo que ocurriría después con esta organización y su intención de resistir, es parte de los distintos análisis que el historiador Gustavo Rodríguez Ostría ha hecho sobre el tema. En “Guerrilla, armas y campesinado: del Ejército de Liberación Nacional (ELN) al Partido Revolucionario de los Trabajadores en Bolivia (PRTB) (1967-1977)”, se relata la lenta caída en manos de la represión boliviana y también chilena y argentina, de los integrantes de la organización heredera del Che Guevara, y cómo sus intentos de mantener con vida a la estructura se superponen al intento por mantener la vida de sus militantes. El dramático y crítico escenario, es descrito por Rodríguez Ostría:

Entre fines de mayo y junio de ese año (1972), al menos una docena de sus militantes más importantes fueron asesinados en distintas cárceles o en lugares de detención. En los meses sucesivos las capturas continuaron, incluyendo a un grupo de chilenos que llegó a Bolivia para reforzar las actividades del golpeado ELN. La organización quedó prácticamente desmantelada” (Rodríguez Ostría, 2017: 194).

Sobre las luchas estudiantiles puede revisarse el trabajo de Juan Marcelo Verdueta, “El Movimiento Universitario frente a la dictadura en Bolivia. El caso de San Andrés del 71”, que indaga en el rol jugado por los universitarios durante la dictadura, y en la brutal represión sufrida por este sector. El autor recalca que la resistencia en contra de la dictadura de Banzer fue un proceso que se venía germinando desde mediados de los años sesenta, y que la desobediencia surgida en contra de la dictadura, a pesar de los duros golpes represivos, fue un eje articulador

de la identidad de estos universitarios. El influjo del proyecto revolucionario guevarista conformó un movimiento universitario de izquierda y con sólidas convicciones socialistas, lo que se mantuvo durante el período autoritario, posibilitando la permanencia y constante renovación militante durante los años más oscuros del banzerismo.

#### 1.4. La oscuridad en la Suiza de América del Sur. El golpe en Uruguay

Luego del golpe militar de Banzer en Bolivia, la escalada autoritaria asomó hacia los países más australes de la zona: Uruguay, Chile y Argentina. Casi con una sincronía defensiva de la amenaza roja, estos últimos ejemplos representaron también las muestras de la coordinación más peligrosa para la izquierda del continente.

En el caso uruguayo, la aparición desde fines de los sesenta de una izquierda revolucionaria que trastocó el panorama político del Uruguay se convirtió años más tarde en uno de los principales focos de estudio historiográfico. La presencia del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros en una sociedad que aparecía como un ejemplo de civilidad, vino a poner sobre el debate la discusión sobre las formas de hacer política y los caminos de la transformación social. Por otra parte, y desde un plano más orgánico, la adaptación guerrillera del ejemplo cubano al espacio urbano de Montevideo, generó un interés particular sobre la doctrina revolucionaria misma. Referentes importantes sobre el MLN-T son: *La Historia de los tupamaros* (3 volúmenes) de Eleuterio Fernández Huidobro; *La Guerrilla tupamara*, de María Esther Gilio; *Historias tupamaras. Nuevos testimonios sobre los mitos del MLN*, de Leonardo Haberkorn; *La revolución imposible. Los Tupamaros y el fracaso de la vía armada en el siglo XX*, de Alfonso Lessa; *Antecedentes ideológicos del Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros)* de Paula Peña Hasbún; y *Una historia de los Tupamaros: de Sendic a Mujica* de Alain Labrousse, entre otros. Sin embargo, paradójicamente, y tal como ocurre con el caso argentino, la detención y profundización sobre el fenómeno guerrillero, estuvo puesta mayoritariamente en el actuar bajo el contexto pre dictatorial, es decir antes de marzo de 1973, quedando en un rango de análisis secundario, la experiencia de resistencia durante la dictadura. Tal como veremos en las apreciaciones de los que han estudiado el tema, el desgaste previo en términos de la intensidad de la acción política de estas orgánicas, les restó fuerza al comenzar la dictadura uruguaya, llegando absolutamente disminuidos en su capacidad orgánica y militante, por lo que, en gran medida, la acción política más recurrente fue la salida al extranjero, para desde allí intentar reestructurar a los alicaídos Tupamaros.

La revisión de la izquierda uruguaya que resistió puede examinarse en el trabajo de Vicent Galiana I Cano, en “El triunfo del posibilismo: el MLN-Tupamaros

entre la revolución armada y la integración democrática (1970-1989)”, que revisa cuantitativamente las consecuencias de la represión entregando un panorama crudo y empírico del desarme. Así, Galiana cuenta en cerca de mil los tupamaros encarcelados, junto con unos cientos viviendo en la clandestinidad y otros cientos de miles exiliados ya tempranamente en Chile, Cuba, Argentina y Europa.

Uno de los estudios más acabados sobre esta orgánica político-militar, es el trabajo de Clara Aldrigui, *La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*. Tal como sostiene la autora y otros investigadores, la situación de Uruguay en términos de la estabilidad política e institucional, venía fisurándose ya desde fines de los sesenta y principios de los setenta. La incorporación paulatina de los militares al gobierno civil y con ello la instalación de un estado policial, dispuso de un modus operandi, en donde la suspensión de las garantías individuales junto con la persecución, el encarcelamiento y la tortura hacia la militancia de izquierda, fueron parte del nuevo escenario represivo. En ese sentido, los Tupamaros comenzaron desde temprano su accionar resistente en contra de las disposiciones del régimen, previo a la institucionalización del gobierno autoritario de Bordaberry. Ya con la suspensión de la vida política a partir de junio de 1973, los Tupamaros se sumergieron en la clandestinidad con un nivel de desgaste orgánico y militante, que se arrastraba desde dos años antes de 1973. Así, si bien el estudio de Aldrigui se sumerge en distintas dimensiones del actuar tupamaro, la debilidad en el trato durante el período 1973-1985, deja varias interrogantes en torno al accionar durante la dictadura. También de Aldrighi, *Memorias de insurgencia: historias de vida y militancia en el MLN-Tupamaros 1965-1975*, se centra no solamente en la lucha local de los Tupamaros en contra de la dictadura, sino que también ofrece una mirada a los rasgos internacionalistas de la identidad que la organización comenzó a delinear. Así, el escenario de resistencia se amplía, como parte de un objetivo de mayor rango: la lucha por la liberación del continente, y la búsqueda de coordinaciones transnacionales revolucionarias. En otro estudio sobre el tema, la resistencia dentro de un plano testimonial aparece reflejada en el libro de Hugo Cores, *Memoria de la Resistencia*, o el interesante planteamiento de la labor reconstructiva a través del plano cultural, en *Trincheras de papel. Dictadura y literatura carcelaria en Uruguay* de Alfredo Alzugarat. Este último comenta;

Sin embargo, en veinte años a esta parte, poco se ha insistido en la resistencia cultural que afortunadamente existió; en la osada respuesta, constructiva y colectiva, paciente y eficazmente forjada en esas cárceles, es decir, en el vientre mismo del enemigo. Resistencia y respuesta que abarcaron muchos ámbitos del saber y del quehacer, abierta a la amplísima gama de cuanto podemos reconocer como cultura de salvación (Alzugarat, 2007:5)

Dentro de la misma esfera, y uno de los primeros intentos de recrear la cotidianeidad uruguaya en contextos autoritarios, se inscribe la compilación de Saúl Sosnowski, *Represión, exilio y democracia: La cultura uruguaya*. Estas reflexiones surgieron en 1986, bajo el contexto de un encuentro intelectual, entre quienes estaban Eduardo Galeano, Leo Masliah, Mauricio Rosencof, entre otros. En estas miradas aparecen las escenas de la música popular y la censura, el silencio, los imaginarios sociales, los partidos políticos y la vuelta a la democracia, entre otros. Importante es también la compilación documentada de Alcira Legaspi de Arismendi, en *La resistencia a la dictadura. 1973-1975. Tomo I Cronología documentada. Contribución a la memoria popular sobre la historia reciente del Uruguay*, que es un esfuerzo temprano no sólo por describir las acciones, sino también por dilucidar tareas que en muchas ocasiones aparecen en un horizonte nebuloso para la ciudadanía.

### 1.5. El duro golpe al sueño de la vía chilena al socialismo

Con notables diferencias en relación a las características con que se dio en el resto de las experiencias del continente, en el caso chileno, se puede hablar y examinar una resistencia asentada y con múltiples expresiones, sólo a partir de la instalación del régimen dictatorial de Augusto Pinochet, entre septiembre de 1973 y marzo de 1990. Antes, la estabilidad del régimen democrático y la participación en el sistema partidista de los dos grandes partidos de la izquierda dejó en un protagonismo marginal a aquellas expresiones antisistémicas. Al pretender eliminar toda acción política del escenario nacional, la junta militar decretó la prohibición de toda organización partidista, encontrando los opositores al régimen, distintas formas de subvertir el orden impuesto, observándose estas señales de vida de manera más visible luego de la primera etapa de máxima represión, a partir de 1977/1978.

El Movimiento de Izquierda Revolucionario, MIR, fue posiblemente uno de los primeros objetivos de búsqueda, por lo que la represión inicial entre septiembre de 1973 y octubre de 1974 fue la más brutal y terminante. Análisis de estas señales de resistencia y las posteriores desde fines de los setenta y con mayor contundencia entre comienzos de los años ochenta, pueden verse en la descripción de Andrés Vera Quiroz en, *Tortura, clandestinidad y dictadura. Una mirada desde la militancia mirista, 1982-1984*. En un acto de justicia, de lucha contra la amnesia y como el mismo autor relata, en contra de la desaparición de la memoria, Eduardo Arancibia Ortiz en *Las milicias de la resistencia popular. El MIR y la lucha social armada en dictadura*, recalca no sólo las acciones y pretende con esto evidenciar la visibilidad del acto de resistencia, sino que además intenta demostrar la conexión con el movimiento popular que desde comienzos de los años ochenta estaba iniciando su rearticulación. Estos acercamientos, como otros, son miradas militantes que buscan

insertarse en la historia a través del rescate de la memoria de un período oscuro y subterráneo. Desde otros planos, la historiografía nacional se ha dedicado con un marcado acento a analizar el rol jugado por el MIR durante dichos años. Podemos destacar el libro de Igor Goicovic Donoso, *Trabajadores al poder. El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el proyecto revolucionario en Chile*. Goicovic plantea que, para el período en estudio, el mirismo rápidamente asimiló su estructura partidaria al contexto que se abría, de mejor manera incluso que comunistas y socialistas. El autor recalca: “Para poder desarrollar esta línea de intervención estratégica era imprescindible abordar una serie de objetivos preliminares: fortalecer y acerar el partido, reconstruir la FSR y dar origen al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) para, a partir de ello, derrocar a la Dictadura y conquistar el poder” (Goicovic, 2016: 123).

De similares características pueden encontrarse también los trabajos de José Antonio Palma, *El MIR y su opción por la guerra popular*, y la investigación de Mario Amorós, *La memoria rebelde. Testimonios sobre el exterminio del MIR de Pisagua a Malloco*. Robinson Silva Hidalgo, plantea en *Resistentes y Clandestinos. La violencia política del MIR en la dictadura profunda, 1978-1982*, que hay que entender que la violencia política y el movimiento social antidictatorial surgen en conjunto y motivados por una estrategia planificada desde los sectores radicales como forma de respuesta a la dictadura. En este sentido, comenta Silva, “...es en los sectores populares donde se centró la participación de la Resistencia, a través de múltiples actos de violencia de baja intensidad, ligados a las movilizaciones sociales donde se articuló una forma de protesta radicalizada, convocando al posicionamiento político de los pobres urbanos” (Silva, 2011: 89).

Finalmente, también es pertinente examinar principalmente el capítulo 4 de Sergio Salinas, *El Tres Letras. Historia y contexto del Movimiento de Izquierda Revolucionaria*, y de Cristian Pérez, “Historia del MIR. Si quieren guerra, guerra tendrán”.

La resistencia protagonizada por el Partido Comunista<sup>3</sup> durante el período se funda en algunos espacios temporales con las acciones perpetradas por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, FPMR. Si bien el alcance y el impacto causado por uno y por otro es muy disímil, la persistencia de los dirigentes y militantes del comunismo chileno de mantener con vida al partido en un primer momento de máxima represión, nos permite rastrear desde muy temprano la existencia de una resistencia pasiva a la dictadura. En este marco, los trabajos del historiador Rolando Álvarez son muy relevantes. En *Desde las sombras. Una Historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)* el autor señala en referencia a la idea de resistencia que:

---

<sup>3</sup> Sobre este tema existen dos balances historiográficos sobre los partidos de izquierda que merecen la atención: Rojas Flores (2000) y Álvarez (2017).

La relación entre la realidad de la vida cotidiana impuesta por la racionalidad del terror dictatorial, la cultura del miedo generada por este y la aparición desde un momento muy temprano de una subjetividad de la resistencia entre los militantes de izquierda y, por ende, entre los viejos y jóvenes comunistas chilenos, fue el embrión desde donde iban a incubarse unos nuevos modos de hacer y de vivir la política partidaria, que cristalizarían en los años ochenta con la política de rebelión popular (Álvarez, 2003: 12).

Es decir, la actividad clandestina de resistencia aparece marcada por experiencias previas y por convicciones que son parte de un acervo valórico e ideológico, que mantienen la vida del partido y de sus militantes, aun al borde de la extinción. Similares trabajos del autor pueden revisarse, por ejemplo, Rolando Álvarez, *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura. 1965-1990*; “Las Juventudes Comunistas de Chile y el movimiento estudiantil secundario: un caso de radicalización política de masas (1983-1988)” o “Clandestinos 1973-1990. Entre prohibiciones públicas y resistencias privadas”. De Viviana Bravo Vargas, *¡Con la razón y la fuerza, venceremos! La rebelión popular y la subjetividad comunista en los '80*. La autora sostiene:

La tónica hasta fines de 1976 fue esa, intentar sobrevivir, primero, físicamente, y luego, creando pequeños vínculos para la sobrevivencia orgánica. Tiempos de aprender a moverse en clandestinidad, de aprender de los errores y esquivar al enemigo, de reafirmar vínculos solidarios, de constatar el dolor de la traición y la desconfianza que viene por añadidura. Desde 1973 hasta 1976, fueron años en que la militancia aprendió a implementar normas de seguridad en su experiencia cotidiana. Es una etapa marcada por la tristeza, el miedo, la espera del fin de días aciagos que no terminaban jamás (Bravo, 2010: 163).

Cruzados entre la delgada línea que separó la formación de una política de enfrentamiento en contra de la dictadura y la creación del FPMR, se encuentran los trabajos de Claudio Pérez, “La Política de Rebelión Popular de Masas y el Movimiento Democrático Popular (MDP): Una mirada a la política de alianzas del Partido Comunista de Chile bajo Pinochet, 1980-1988”. *De la rebelión popular a la sublevación imaginada* de Luis Rojas Núñez y, *Carrizal. Las armas del PC, un recodo en el camino*, del mismo autor. Sobre el FPMR propiamente tal: *Frente Patriótico Manuel Rodríguez. El Tabú del conflicto armado en Chile* de Hernán Vidal, o los pasajes de la preparación y ejecución del atentado contra Pinochet: *Los fusileros*, de

Juan Cristóbal Peña. Completan esta parte de los testimonios y experiencias en el frente, el relato de Mauricio Hernández Norambuena, *Un paso al frente. Habla el comandante Ramiro del FPMR*. En un formato novelado, José Miguel Carrera nos cuenta las experiencias de jóvenes militantes comunistas que se entrenaron en Cuba, lucharon en Nicaragua y se prepararon para combatir a la dictadura de Pinochet: *Somos tranquilos pero nunca tanto...* De Tito Tricot, *Un sociólogo en el FPMR*, y Juan Soto Vergara, *El FPMR y el batallón 7*, se pueden apreciar en testimonios de primera fuente, sus experiencias en las luchas antidictatoriales como pertenecientes del Frente, actuando en distintos espacios de acción, desde el trabajo poblacional, hasta las tareas de solidaridad e inteligencia en el extranjero.

Para el caso del MAPU, un análisis profundo de la transformación política desde el plano ideológico puede verse en el trabajo de Cristina Moyano, *El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile 1973-1989*. Si bien el foco principal de la investigación de Moyano está en identificar las bases de la transformación política desde la revolución a la renovación, en relación al primer momento de reorganización de la colectividad que implicaba tácitamente la aceptación de la resistencia como base para desarrollar cualquier enfoque político a futuro, el MAPU destacó inicialmente que:

Tal como manifestaran un poco más tarde los documentos de los intelectuales, sería desde la propia cotidianeidad, desde los propios conflictos pequeños y presentes en el día a día, como lo eran la cesantía, el hambre y la falta de libertades, desde donde se podría gatillar la formación de un movimiento social de rechazo a la dictadura, que ampliara las fronteras de los grupos militantes que conformaban los partidos de la UP (Moyano, 2010: 276).

Así para el MAPU, continua la autora, el interés por formar alianzas con otros sectores políticos no era un objetivo primordial en sí, estas se conseguían como consecuencia de "...la lucha cotidiana, las acciones de resistencia en los lugares de vivienda, de trabajo o de estudio donde esas alianzas se volvían reales, y se agrupaban a todos quienes aborrecían a la dictadura militar" (Moyano, 2010: 277). Desde una mirada similar en términos del proceso de renovación, se puede examinar el trabajo de Esteban Teo Valenzuela, *Dios, Marx...y el MAPU*. Desde un enfoque más insurreccional, encontramos el estudio de Nicolás Acevedo Arriaza sobre el nacimiento del brazo armado en *MAPU-Lautaro*. También con este foco analítico, Ivette Lozoya: "Chile: Violencia política y transición a la democracia. El MAPU-Lautaro y la derrota de la vía revolucionaria en los 90".

De los intentos por rescatar la memoria de la resistencia socialista durante la dictadura, encontramos los trabajos de Eduardo Gutiérrez, *Ciudad en las sombras*,

*una historia no oficial del PS; Manuel Cortés, Yo patán. Memorias de un combatiente.* El mérito de ambas propuestas no sólo radica en la visión de primera persona, sino que además intentan examinar el período a través de un diálogo historiográfico, examinando otras fuentes de estudio, en particular el trabajo de Gutiérrez. Anna M. Blasco Rovira y Vladimir Sierpe en “Militantismo y Resistencia socialista chilena entre 1973 y 1975: Historia de un sacrificio”, recogen las características de la primera resistencia socialista, esa que se funde con la sobrevivencia y la necesidad histórica de mantener al partido con vida. Los autores comentan de manera crítica las condiciones y las debilidades de esta incipiente noción de desobediencia que se buscaba instalar:

Las condiciones en las que se desarrolló la militancia durante los primeros años de la dictadura evidencian que la falta de preparación fue una de las causas principales que determinó la casi total aniquilación del Partido en muy poco tiempo. Los jóvenes socialistas que se integraron en la lucha clandestina no habían recibido en su mayoría una preparación adecuada, muchos no sabían ni manejar un arma y prácticamente todos desconocían las reglas básicas de la clandestinidad (Blasco Rovira y Sierpe, 2015: 125).

En uno de los esfuerzos más contundentes de examen del socialismo chileno, la investigación de Edison Ortiz sobre el partido desde el triunfo de la Unidad Popular hasta el primer gobierno de Michelle Bachelet, nos ofrece una mirada estructural a los ejes políticos y socioculturales del partido. Así, *El socialismo chileno: de Allende a Bachelet*, evidencia las enormes dificultades que tuvo que sortear una colectividad que venía de una tradición de participación institucional y que de la noche a la mañana se vio en un escenario de persecución y acorralamiento.

Sobre las complejidades y rearticulaciones orgánicas pueden revisarse los trabajos de Ricardo Yoclevsky, “El Partido Socialista de Chile bajo la dictadura militar”. De Paul Drake, sobre todo el epílogo, *Socialismo y populismo, Chile 1936-1973*. Benny Pollack y Hernán Rosenkranz, *Revolutionary Social Democracy. The Chilean Socialist Party*. Juan Azócar Valdés, *Prometamos jamás desertar. Apuntes para un memorial de la militancia socialista en la resistencia*. Y el trabajo más reciente de Cristian Pérez, *La vida con otro nombre. El Partido Socialista en la clandestinidad (1973-1979)*. Pérez reafirma nuevamente el panorama de las vicisitudes por las que tuvieron que pasar los militantes del partido de gobierno. El autor sostiene: “Entre tanto, dentro de Chile la vida de los militantes socialistas, como las de toda la izquierda, sufre una aguda mutación. La inmensa mayoría de los cuadros partidarios no tenía ninguna experiencia en hacer política en la clandestinidad, porque desde su origen la organización había funcionado en libertad” (Pérez, 2021: 81).

Y es precisamente esa adaptación, uno de los rasgos más destacados del *arte de resistir*.

Estudios generales sobre la resistencia que abordan no solamente una organización en particular o balances historiográficos sobre el tema en cuestión, pueden verse en los trabajos de Víctor Figueroa Clark “The Forgotten History of the Chilean Transition: Armed Resistance Against Pinochet and US Policy towards Chile in The 1980”; Adriana Palomera Valenzuela y Pedro Rosas Aravena, “Presencia e impacto de las mujeres en la lucha armada contra la dictadura en la prensa oficialista. La Tercera 1978-1989”; Igor Goicovic Donoso, “Temas y debates en la historia de la violencia política en Chile”. Goicovic propone una profundización historiográfica fundamentalmente en torno a la resistencia armada desarrollada durante el período dictatorial en donde según el autor

...es posible observar un creciente desarrollo de la violencia política, tanto en la frecuencia alcanzada por las acciones de esta naturaleza, como en los altos niveles de especialización operados por los grupos armados al objeto de desplegar dichas acciones. Ello se corresponde con un enunciado discursivo que legitimaba el uso de la violencia política contra la dictadura militar, como con un diseño estratégico y táctico que viabilizaba el uso de la misma como recurso de la acción política (Goicovic, 2014: 2).

Otros trabajos compilatorios que pueden revisarse son: Patricio Herrera, “La vía revolucionaria en Chile. Entre democracia, dictadura y transición (1965-1994)” y Francisco García Naranjo, *Historias derrotadas. Oposición y obstinación de la guerrilla chilena (1965-1988)*.

En perspectiva de género, Cherie Zalaquett, en *Chilenas en armas. Testimonios e historia de mujeres militares y guerrilleras subversivas*, aborda la compleja relación entre la acción militar y el rol de género. Zalaquett nos propone

...una primera aproximación a una mirada crítica acerca de la presencia de la mujer chilena en organizaciones armadas desde la perspectiva de género. Pero, sobre todo, interrogar y problematizar la intervención femenina en el campo militar, un escenario de guerra o de guerrilla radicalmente masculinizado, que implica el ejercicio de la violencia y la agresividad cruentas hacia un enemigo mortal cuya destrucción debe procurarse” (Zalaquett, 2018: 9).

## 1.6. La vuelta de los generales argentinos

Nuestra última detención temporal corresponde a la última dictadura instalada que respondía a las lógicas represivas antiizquierdistas. Junto con ser el último examen sobre el estado del arte, es también el más contundente y enriquecedor espacio de trabajo y análisis sobre el tema. La historiografía argentina se ha dedicado a explorar facetas nuevas y diversas sobre la historia reciente, siendo un espacio de referencia para dichos temas a nivel continental. No obstante, y tal como veremos reflejado en las conclusiones de historiadores e historiadoras, la resistencia a la última dictadura argentina tampoco evidencia este interés privilegiado, tal como lo ha sido el examen previo sobre los fenómenos de violencia política anteriores a 1976. En otras palabras, hubo en la disciplina historiográfica una motivación reconocible y entendible por examinar las complejidades y los efectos múltiples de la aparición de la violencia política, en particular las organizaciones político-militares durante el ciclo 1966-1976. Este contexto está enmarcado en la instalación de la dictadura de Juan Carlos Onganía, la derrota de la guerrilla boliviana del Che y la insurrección obrera y popular de Córdoba, conocida como el Cordobazo de 1969. La aparición y masificación de organizaciones guerrilleras tuvo como consecuencia para el análisis posterior un enfoque ampliamente centrado en este período, dejando en menor intensidad la preocupación por las izquierdas durante la instalación del Proceso de Reorganización Nacional, durante la Dictadura desde marzo de 1976. No obstante, los últimos estudios han retomado el interés por conocer la acción política de los actores históricos durante los siete años de ejercicio del autoritarismo militar, tomando en cuenta inicialmente el rol de los partidos políticos de izquierda, marxistas, y las organizaciones político-militares. También se examina la actuación de los sectores sindicales, el surgimiento de un potente movimiento de defensa de los DD.HH., como así también otras expresiones de resistencia al régimen imperante, como la resistencia cultural.

Una mirada general sobre el tránsito de las organizaciones políticas puede verse en el trabajo de Gabriela Águila, “La izquierda argentina, entre la dictadura y la transición democrática: notas para su estudio”. La autora recalca uno de los elementos antes mencionado en relación al desbalance sobre los estudios temáticos. Águila comenta que

...a pesar de los avances en la historiografía del pasado reciente argentino que se registraron en estos últimos quince años (Águila et. al.), todavía persisten importantes vacíos en la construcción de conocimiento sobre el último medio siglo de la historia argentina que requieren ser abordados. Ejemplo de ello es el estudio de las

izquierdas, ampliamente analizadas en todas sus vertientes y matices para la primera mitad del siglo XX y sobre todo para las décadas que median entre 1955 y 1975 y prácticamente ignoradas para el período abierto por el golpe de estado de 1976 (Águila, 2019: 278).

Precisamente con esa intencionalidad, la historiadora ha trabajado en dilucidar las señales y los comportamientos de una serie de acciones que integran esta acción resistente. Una profundización sobre estos modos, de la misma autora, pueden revisarse en “Violencia política, represión y actitudes sociales en la historia argentina reciente”. Otro de los trabajos que intenta completar el panorama de las izquierdas durante el período represivo es la investigación de Ignacio Moretti, “Tiempo de verdugos: Los partidos de izquierda ante la instauración de la última dictadura cívico-militar argentina”. Moretti desarrolla un cuadro amplio en donde es posible observar y clasificar las reacciones de la militancia de izquierda, tanto de los pequeños partidos como de los más históricos, frente a las disposiciones autoritarias. El autor recalca que

Todos los partidos de izquierda aquí abordados, Partido Comunista (PC), Partido Comunista Revolucionario (PCR), Política Obrera (PO), Partido Socialista de los Trabajadores (PST), Frente Izquierda Popular (FIP) y Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), con sus particularidades y heterogeneidades, fueron objeto de la ilegalización, acechanza, represión, desaparición física y terror; merced a lo cual reorientaron su actividad política y militante a esferas subterráneas y hacia el movimiento estudiantil, el nacimiento de movimientos de derechos humanos y el quehacer con los trabajadores, tratando de avivar y agitar desde estas bases la oposición a la dictadura (Moretti, 2016: 26).

Si bien Moretti encuadra en un sólo casillero a toda la izquierda, es reconocida la actitud de los militares hacia el Partido Comunista Argentino. Gabriela Águila en “El partido comunista argentino entre la dictadura y la transición democrática (1976-1986)” realiza un balance crítico del accionar de los comunistas evidenciando al respecto el contraste entre las otras organizaciones de la izquierda. Águila señala que “...el partido siguió siendo legal, mantuvo la estructura organizativa y transitó esos años con menos dificultades. Por su parte, su actuación ha sido analizada muy críticamente, en tanto la línea que asumió frente al régimen militar fue calificada como moderada, complaciente e incluso de colaboración” (Águila, 2008: 58).

Esta visión también puede identificarse en parte con los otros actores del espectro político, donde según la autora, existió una ausencia de críticas abiertas

hacia los militares, en donde es posible observar un cierto grado de aceptación a la nueva situación política de restauración del orden y la paz social.

En uno de los estudios más profundos sobre el comunismo argentino, Natalia Casola, *El PC argentino y la dictadura militar. Militancia, estrategia política y represión estatal*, comparte la visión de Águila, y ahonda no sólo en las líneas estratégicas del partido, sino que también se sumerge en identificar la fisonomía de la militancia durante el período. Así, llega a la conclusión de que frente a las disposiciones del partido, los comunistas se adaptaron a esta “forma de resistir”. Casola señala

...ni antes ni después la incomodidad con la línea se transformó en fuente de explosiones internas. Por el contrario, la mayoría de la militancia, con algunas excepciones, se disciplinó a los mandatos partidarios, obedeció reglas y reprodujo la política tal cual era transmitida en los informes centrales. A lo largo y ancho del territorio, los y las militantes comunistas intentaron conservar sus rutinas habituales y llevar adelante algún nivel de vida partidaria (Casola, 2015: 144).

María Florencia Osuna analiza a otro de los actores políticos con cierta presencia en el panorama argentino, y que no había tenido la ocupación debida. El estudio más consistente sobre el trotskismo tiene un capítulo bajo el contexto represivo en “De la Revolución socialista a la revolución democrática. Las prácticas políticas del Partido Socialista de los Trabajadores/Movimiento al Socialismo durante la última dictadura (1976-1983)”. Uno de los objetivos de la autora es llenar el vacío sobre este tema, y en particular lo que Osuna apunta, observar la fisonomía orgánica que adoptaron los partidos, en este caso el PST. La historiadora señala que

La mayor parte de las producciones académicas citadas no da cuenta, por ejemplo, de las formas organizativas y actividades desarrolladas por las organizaciones en el marco de un régimen basado en el *terrorismo de Estado*. Si bien señalan las lecturas de los partidos sobre el gobierno de Videla, no analizan la compleja dinámica de adhesión y resistencia que atravesaba a grupos políticos que eran parte constitutiva del blanco del dispositivo represivo (Osuna, 2015: 14).

Una de las interesantes diferenciaciones que señala la autora, es sobre la intencionalidad de la estructura clandestina, en donde se observan disimiles propósitos. En el caso de las organizaciones guerrilleras, este entramado oculto, tenía un objetivo ofensivo de derrotar al enemigo, en cambio, en los grupos no armados, la estructura clandestina funcionaba como marco de protección frente al accionar represivo, y como posibilidad de continuar con la vida militante (Osuna,

2015: 46). Estas experiencias, señala la autora, estaban en parte inspiradas en las historias de resistencia del Partido Comunista Alemán, en contra del régimen nazi.

Tal como hemos observado, el accionar desgastado de las organizaciones guerrilleras una vez perpetrado el golpe de Jorge Rafael Videla, decantó en una mínima presencia activa durante gran parte de la dictadura. Esto se refleja en la preocupación historiográfica menos profunda sobre estas orgánicas durante el período de clandestinidad. Vera Carnovale ahonda solamente en el prólogo de uno de sus textos más renombrados sobre el PRT. Si bien se destaca la intención inicial de luchar por derrotar al nuevo régimen y se observaron durante los primeros meses acciones destinadas hacia ese foco, las disposiciones de la estructura del PRT de salir al exilio, y la consecuente división en 1978 de la organización, terminaron por diluir el rol resistente, por lo menos en forma orgánica. Estas conclusiones pueden revisarse en Vera Carnovale, *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*. Similar visión sobre la debilidad de esta organización puede verse en *Por las sendas argentinas. El PRT-ERP, la guerrilla marxista*, del historiador Pablo Pozzi. El autor recalca:

Los militantes del PRT-ERP se lanzaron a la lucha contra el golpe militar redoblando sus actividades militares y agitativas. Sin embargo, la organización no estaba preparada para esto...Lejos de fundirse con las masas para enfrentar a la represión, el PRT-ERP se lanzó hacia adelante exponiendo aún más a sus militantes y evidenciando un voluntarismo notable (Pozzi, 2004: 374).

La dirección decidió por medidas de seguridad salir al exterior, quedando en el país sólo algunos cuadros que resistieron con las mínimas condiciones los embates represivos. Ahondando sobre este último rasgo, Julio Santucho en *Los últimos guevaristas. La guerrilla marxista en la Argentina*, comenta que el grueso del accionar resistente de la izquierda armada, se trasladó hacia el extranjero, y desde allí, desplegaron las acciones de colaboración y solidaridad. Santucho sostiene que “muchos militantes políticos, activistas sindicales o intelectuales comprometidos con la voluntad de cambio de la generación de los 70’ se vieron obligados al exilio para preservar sus vidas...Esos hombres y esas mujeres siguieron su lucha en el exterior” (Santucho, 2004: 244).

Sobre el rol de los Montoneros durante el período en estudio puede verse el clásico trabajo de Richard Gillespie, *Los soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros*. Al igual que el resto de las organizaciones armadas, las disposiciones combativas iniciales no lograron mantenerse durante todo el periodo. Si bien como recalca Gillespie, existió un voluntarismo alojado en la experiencia armada, en dónde “...el papel del Ejército Montonero era ahora el de detener los avances del enemigo y hacer lo posible para que las masas se reorganizaran y resistiesen. Traducido en

términos prácticos, ello suponía el lanzamiento de ataques simples pero eficaces contra el centro de gravedad del enemigo” (Gillespie, 2011: 357). Tal como sostiene el mismo autor más adelante, esa experiencia desarrollada previamente fue infructuosa a la hora de enfrentar a las Fuerzas Armadas, volcándose entonces los Montoneros en un último acto de resistencia, en apoyo hacia las primeras señales de una oposición sindical.

Sobre este tema, uno de los principales estudios desarrollados es, de Pablo Pozzi, *Oposición obrera a la dictadura (1976-1982)*. Pozzi intenta desmitificar la imagen de un sector inmovilizado y silenciado por las disposiciones dictatoriales, y más bien mostrar un panorama de readecuación y recomposición de las prácticas sindicales, desarrolladas por uno de los movimientos más fuertes y centrales de la historia argentina. Al respecto, Pozzi sostiene que

...un análisis un poco más profundo muestra que la activada del movimiento obrero es muchísimo más compleja combinando, de acuerdo a condiciones cambiantes, actividad pública y subterránea. De hecho, es poco probable que un movimiento obrero en actitud de ofensiva y altamente movilizado, que viene cuestionando al sistema y a su representación sindical, caiga repentinamente en el inmovilismo, aun tomando en cuenta la represión (Pozzi, 1988: 25).

Estas prácticas subterráneas, esas acciones pasivas, esa resistencia gris, es lo que precisamente enriquece el análisis sobre este fenómeno, demostrado en este caso, en los modos readaptados del quehacer sindical.

Para una profundización sobre estas orgánicas, puede verse el trabajo de Daniel Dicósimo, “La resistencia de los trabajadores a la última dictadura militar. Un aporte a su conceptualización”, que no solamente describe el accionar de estos actores, sino que realiza un ejercicio también epistemológico sobre la naturaleza de dicho concepto. Al respecto Dicósimo se propone “repensar el concepto de ‘resistencia’ como sinónimo de conductas no consensuales de los trabajadores durante el período de la última dictadura cívico-militar en la Argentina, tanto respecto a las políticas económicas y laborales de la misma, como a las directivas patronales en el lugar de trabajo” (Dicósimo, 2015: 71).

El interés historiográfico sobre el movimiento de trabajadores es amplio y consistente, al respecto pueden revisarse también “Experiencias de lucha y resistencia obrera durante la última dictadura militar: el Gran Rosario 1976-78” de Andrés Carminati; “Conflicto Social y régimen militar. La resistencia obrera en Argentina” de Ricardo Falcón; “Las luchas sindicales contra el Proceso. 1976-1980: Cinco Años de Resistencia”, de Gonzalo Chaves, entre otros.

El fuerte impacto de la represión en Argentina, no sólo cualitativamente, sino que también en términos cuantitativos, generó rápidamente el desarrollo de un

fuerte movimiento de protección hacia los Derechos Humanos. Sobre este tema puede verse el trabajo de Luciano Alonso, “Las luchas pro derechos humanos en Argentina: de la resistencia antidictatorial a la dispersión del movimiento social”. Alonso refuerza la tesis sobre la diversificación en torno a la comprensión del fenómeno resistente. Al respecto el autor plantea: “Erigido en símbolo de la resistencia, el movimiento social había logrado una importante centralidad y efecto, pese a ser integrado por relativamente pocas personas en comparación con otros agentes colectivos y a estar muy desigualmente distribuido al interior del territorio nacional” (Alonso, 2013: 106).

La génesis de este colectivo incipiente, que finalmente se encumbró como un fuerte movimiento a nivel nacional y con repercusiones internacionales, muestra la persistencia de la resistencia y el matiz silencioso de su accionar. Sobre el mismo tema encontramos el trabajo de Mauricio Fernández Picolo, “Violencia institucionalizada, Derechos Humanos en Argentina”. Fernández Picolo rescata el rol de familiares y amigos de las víctimas, que sistemáticamente van erigiendo no sólo una orgánica de colaboración, sino que se convierten en espacios simbólicos de desobediencia. Al respecto el autor comenta: “En estos grupos hay dos actitudes frecuentes, por un lado, una práctica de la solidaridad social y una apelación permanente a ella y, por otro, un profundo reclamo de respeto de la pluralidad política y del derecho a disentir” (Fernández Picolo, 2000: 383). Para el autor, la lucha por los Derechos Humanos se convierte en la acción política de resistencia más significativa.

La resistencia cultural se transformó en uno de los elementos más reconocibles del fenómeno de oposición al régimen dictatorial argentino. El bagaje cultural vinculado a los espacios urbanos jugó un rol central en la conformación de un entramado de robustecimiento de distintas expresiones que surgieron y se adaptaron al espacio subterráneo. Mariana Eva Cerviño, en “Las revistas culturales como espacios de resistencia en la última dictadura militar argentina. De *El Expreso Imaginario* a *El Porteño*, 1976-1983”, se aproxima al estudio de determinados medios escritos durante el escenario autoritario, espacios que se transformaron en centros de intercambio de experiencias, atrevimientos y disputas hegemónicas de un saber. La autora refuerza esta noción al señalar que dichas expresiones fueron una fusión entre las prácticas antiguas de experimentación y vanguardia, propia de las década de los sesenta, y por otro camino de expresión: “...algunos espacios de producción de bienes simbólicos pudieron articular en su entorno grupos identificados con códigos estéticos alternativos y eventualmente opositores a todo lo que se percibiera como parte de la cultura dominante en el período” (Cerviño, 2012: 105). Surge la doble necesidad del rol rupturista de la expresión artística, sobre todo en contextos represivos, donde adquiere un cariz liberador por excelencia. En la misma línea de conexión, puede verse el trabajo de Federico Iglesias sobre los

creadores de estos relatos. En “Escritores, dictadura y resistencia: un estudio sobre la revista *El Ornitorrinco* 1977-1983”, Iglesias articula el rol de los escritores durante el período autoritario, entendiendo que los escritores en contextos dictatoriales reescriben su rol con la política, asumiendo nuevos lazos, señales simbólicas de resistencia y compromiso. Aparecen así, nuevas motivaciones y heterogéneas formas de expresión creativa.

En otro de los espacios de resistencia, quizás uno de los más ocultos, Santiago Garaño se aproxima al fenómeno del encierro político de mujeres bajo la dictadura. Entender los sentidos y la simbología que rodea al accionar de las encarceladas, como parte también de una acción política, es uno de los objetivos de la reflexión del autor. *“Romper la vidriera, para que se vea la trastienda”. Sentidos, valores morales y prácticas de “resistencia” entre las presas políticas de la cárcel de Villa Devoto durante la última dictadura militar argentina (1976-1983)”*, se adentra en los subterráneos más significativos de las actitudes de las presas militantes, ordenando el panorama de la resistencia, no sólo como actitud contestataria, sino que también como representación. El autor destaca que

La “resistencia” como valor moral se revela altamente polisémico y dinámico y debe ser analizado en el marco de sus transformaciones a lo largo del proceso social e histórico y a la luz de los contextos institucionales: no era lo mismo “resistir” a la tortura en los centros clandestinos de detención que “resistir” en la cárcel; no “resistieron” de la misma forma las detenidas que militaban en el PRT y las de Montoneros; y a su vez, en la cárcel, la “resistencia” no fue un concepto homogéneo, sino que se fue modificando frente a los regímenes aplicados. En este sentido, la “resistencia” ha operado, por un lado, como medio y fundamento de sus acciones y, por el otro, les ha permitido posicionarse y disputar entre sí (Garaño, 2010: 118).

Destacamos la utilización de la noción polisémica de la resistencia, ya que refuerza la intención inicial de este recorrido historiográfico, que pretende observar el fenómeno desde distintas dimensiones.

## **Balance final**

Uno de los primeros elementos que resaltan de esta revisión, es la distancia entre los panoramas historiográficos locales. En un punto del abanico se observan las realidades bolivianas y paraguayas con un menor desarrollo en volumen y cobertura de las temáticas. Desde el otro lado, la historiografía argentina y chilena han avanzado considerablemente en la revisión de diversos problemas históricos. Una de las razones que se pueden esgrimir, tiene que ver con los avances, aunque

siguen siendo insuficientes, en materia de reparación y justicia en torno a las violaciones a los Derechos Humanos. Estos procesos reparatorios fueron acompañados en algunos casos con la instalación de una institucionalidad que dio paso a la creación de archivos, clasificación y detección de fuentes y repositorios sobre la vida política durante los años represivos. En otro ámbito, se puede aventurar también como posible explicación sobre las distancias historiográficas, el rol de los centros de estudios, universidades y ONGs, en el impulso y estímulo para el avance en conocer aspectos de la Historia Reciente de los distintos países. El caso argentino es muy ejemplificador en este sentido, en donde se genera un circuito de reproducción y desarrollo de la historiografía, en donde confluyen editoriales, espacios de debate científico y los distintos centros de estudios.

Un segundo elemento dice relación con la amplitud con que se ha tratado el tema de la resistencia, saliendo de los márgenes más tradicionales vinculados generalmente al estudio de la lucha armada. Si bien este es un campo de estudio fructífero y en desarrollo, la heterogeneidad del concepto, lo polisémico, nos invita a observar las distintas vertientes del acto de resistir en contextos autoritarios. Esta obertura, es un ejercicio que ha realizado no sólo la disciplina histórica, como hemos observado, sino que se convierte también en un uso testimonial de quienes han protagonizado estos acontecimientos. Así, el resistir está vinculado no solamente a la organización política clandestina, también es un acto teatral en medio de las prohibiciones, la edición de un boletín o la creación musical en los subterráneos de la sociedad.

Un último elemento que nos parece interesante recalcar, es que los acentos historiográficos han estado marcados por la naturaleza misma de las sociedades que las protagonizan, y dan cuenta de los principales elementos identitarios de esos escenarios. En otras palabras, observamos el foco mayoritario de estudio de las comunidades indígenas bajo los contextos autoritarios paraguayos y bolivianos, un mayor rescate del rol de los obreros en Argentina, Brasil y Bolivia, un peso intencionado en el desenlace de las organizaciones de izquierda bajo la dictadura chilena, y un interés en conocer el rol de los militantes afrodescendientes brasileños en el contexto autoritario. Esto que pareciera ser algo elemental, nos permite observar, como contraparte, los nichos o espacios poco explorados sobre la resistencia en las distintas sociedades conosureñas. Surge la interrogante en relación a conocer sobre las comunidades indígenas en el Chile dictatorial, o la intelectualidad boliviana frente al gobierno de Banzer, entre otros acentos en que sería interesante adentrarse.

## Bibliografía

Acevedo Arriaza, N. (2014): MAPU-Lautaro. Concepción, Ediciones Escaparate.

Águila, G. (2008): “El partido comunista argentino entre la dictadura y la transición democrática (1976-1986)”, *Revista Historia Actual*, 6(6), pp. 57-69.

Águila, G. (2015): “Violencia política, represión y actitudes sociales en la historia argentina reciente” en *Pensar con la Historia desde el siglo XXI. XII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Universidad Autónoma de Madrid (ponencia).

Águila, G. (2019): “La izquierda argentina, entre la dictadura y la transición democrática: notas para su estudio”, *Revista Historia Social y de las Mentalidades*, 23(2), pp. 277-304.

Alonso, L. (2013): “Las luchas pro Derechos Humanos en Argentina: de la resistencia antidictatorial a la dispersión del movimiento social”, *Observatorio Latinoamericano* N° 12, dossier Argentina: 30 años de democracia.

Álvarez, R. (2001): “Clandestinos 1973-1990. Entre prohibiciones públicas y resistencias privadas”, en C. Gazmuri y R. Sagredo, *Historia de la vida privada en Chile*, Tomo III. Santiago, Taurus.

Álvarez, R. (2003): *Desde las sombras. Una Historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*. Santiago, LOM ediciones.

Álvarez, R. (2011): *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura*. Santiago, LOM ediciones.

Álvarez, R. (2014): “Las Juventudes Comunistas de Chile y el movimiento estudiantil secundario: un caso de radicalización política de masas (1983-1988)”, en R. Álvarez y M. Loyola, *Un trébol de cuatro hojas: Las Juventudes Comunistas de Chile en el siglo XX*, Santiago, Ariadna Editores.

Álvarez, R. (2017): “Historia e historiografía del Comunismo: debates y nuevos enfoques”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 21(2), pp. 11-29.

Alves Pereira, P. (2017): “La resistencia cotidiana de los Aché durante el régimen cívico-militar de Alfredo Stroessner en el Paraguay”, *Religación, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 2(7), pp. 112-125.

Alzugarat, A. (2007): Trincheras de papel. Dictadura y literatura carcelaria en Uruguay. Uruguay, Ediciones Trilce.

Amorós, M. (2008): La memoria rebelde. Testimonios sobre el exterminio del MIR de Pisagua a Malloco. Concepción, Ediciones Escaparate.

Aquino, M.A. (1999): Censura, Imprensa, Estado Autoritário (1968-1978). Brasil, EDUSC.

Arancibia Ortiz, E. (2015): Las milicias de la resistencia popular. El MIR y la lucha social armada en dictadura 1979-1984. Concepción, Ediciones Escaparate.

Azócar Valdés, J. (2007): Prometamos jamás desertar. Apuntes para un memorial de la militancia socialista en la resistencia. Santiago, Memoria y Futuro.

Blasco Rovira, A. M. y V. Sierpe (2015): “Militantismo y resistencia socialista chilena entre 1973 y 1975: Historia de un sacrificio”, Revista de Historia Social y de las Mentalidades, 19(1), pp. 107-128.

Boccia, A. (2010): “Represión política y género en la dictadura paraguaya”, en J. M. Pedro y C. Scheibe Wolff, Género, feminismos e ditaduras no Cone Sul. Florianópolis, Ed. Mulheres.

Bravo Vargas, V. (2010): ¡Con la razón y la fuerza, venceremos! La rebelión popular y la subjetividad comunista en los 80'. Santiago, Ariadna Ediciones.

Carminati, A. (2012): “Experiencias de lucha y resistencia obrera durante la última dictadura militar: el gran rosario 1976-78”, Avances del Cesor, 9(9), pp. 33-53.

Carnovale, V. (2011): Los combatientes. Historia del PRT-ERP. Buenos Aires, Siglo XXI.

Carrera, J. M. (2013): Somos tranquilos pero nunca tanto.... Santiago, Ceibo ediciones.

Casola, N. (2015): El PC argentino y la dictadura militar. Militancia, estrategia política y represión estatal. Buenos Aires, Imago Mundi.

Caygill, H. (2016): De la Resistencia. Una filosofía del desafío. España, Armaenia Editorial.

Cerviño, M. E. (2012): “Las revistas culturales como espacios de resistencia en la última dictadura militar argentina. De *El Expreso Imaginario* a *El Porteño*, 1976-1983”, *Desafíos*, 24(2), pp. 105-134.

Cháves, G. (1983): *Las luchas sindicales contra el Proceso. 1976-1980: Cinco Años de Resistencia*. Buenos Aires, La Causa.

Cortés, M. (2015): *Yo patán. Memorias de un combatiente*. Santiago, Ceibo ediciones.

De Freitas Silva, N. (2016): “Desmistificando a “Resistência democrática” a ditadura civil-militar (1964-1985)”, *Revista Dia-logos*, 10(1), pp. 60-69.

Dicósimo, D. (2015): “La resistencia de los trabajadores a la última dictadura militar. Un aporte a su conceptualización”, *Avances del Cesor*, 12(13), pp. 71-93.

Drake, P. (1992): *Socialismo y populismo, Chile 1936-1973*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso.

Falcón, R. (1982): “Conflicto Social y régimen militar. La resistencia obrera en Argentina”, en B. Galitelli y A. Thompson, *Sindicalismo y regímenes militares en Argentina y Chile*. Amsterdam, CEDLA.

Fernández Picolo, M. (2000): “Violencia institucionalizada, Derechos Humanos y resistencia en Argentina”, en S. Devalle, *Poder y cultura de la violencia*, El Colegio de México.

Figuroa Clark, V. (2015) “The Forgotten History of the Chilean Transition: Armed Resistance Against Pinochet and US Policy towards Chile in The 1980”, *Journal of Latin American Studies*, 3(47), pp. 491-520.

Galiana I Cano, V. (2018): “El triunfo del posibilismo: el MLN-Tupamaros entre la revolución armada y la integración democrática (1970-1989)”, *Naveg@merica*, Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas, 21, pp. 1-17.

Garaño, S. (2010): “‘Romper la vidriera, para que se vea la trastienda’. Sentidos, valores morales y prácticas de ‘resistencia’ entre las presas políticas de la cárcel de Villa Devoto durante la última dictadura militar argentina (1976-1983)”, *Historia crítica*, 40, pp. 98-120.

García Naranjo, F. (1997): Historias derrotadas. Oposición y obstinación de la guerrilla chilena (1965-1988). México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Gillespie, R. (2011): Los soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros. Buenos Aires, Ed Sudamericana.

Goicovic Donoso, I. (2014): “Temas y debates en la historia de la violencia política en Chile”. *Contenciosa*, 2(3), pp. 1-16.

Goicovic Donoso, I. (2016): Trabajadores al poder. El Movimiento de izquierda revolucionaria y el proyecto revolucionario en Chile. 1965-1994. Concepción, Ediciones Escaparate.

Green J. N. y Quinalha, R. (2014) Ditadura e Homossexualidades; Repressão, Resistência e a busca da Verdade. Rio de Janeiro, Edufscar.

Gutiérrez, E. (2003): Ciudad en las sombras, una historia no oficial del PS. Santiago, Colección memoria histórica.

Hernández Norambuena, M. (2016): Un paso al frente. Habla el comandante Ramiro del FPMR. Santiago, Ceibo ediciones.

Herrera, P. (2014): “La vía revolucionaria en Chile. Entre democracia, dictadura y transición (1965-1994)”, en VV.AA., El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996) Estado de la cuestión. El Colegio de Michoacán, Universidad de Santiago de Compostela.

Horbach, A. L. (2020): “Autoria e resitencia negra na ditadura civil-militar no Brasil”, *Nau Literária*, 17(1), pp. 158-176.

Iglesias, F. (2019): Escritores, dictadura y resistencia: un estudio sobre la revista El Ornitorrinco 1977-1983. Universidad Nacional de General Sarmiento, Universidad Nacional de La Plata, Universidad Nacional de Misiones.

Jelin, E. (2001): “Exclusión, memoria y luchas políticas”, en *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de Globalización*. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Lora, G. (1978): Historia del POR. Contribución a la Historia política de Bolivia. La Paz, Ediciones Isla.

Lora, G. (1980): Historia del movimiento obrero boliviano. El proletariado en el proceso político, 1952-1980. Tomo VI. Bolivia, Ediciones Masas.

Lozoya, I. (2012): “Chile: Violencia política y transición a la democracia. El MAPU-Lautaro y la derrota de la vía revolucionaria en los 90”, en P. Pozzi y C. Pérez, Historia oral e historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990. Santiago, LOM Ediciones.

Margiolakis, E. (2011): “Cultura de la resistencia, dictadura y postdictadura”, en VI Jornadas de Jóvenes Investigadores. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (ponencia).

Moreira Leite, P. (2016): A Mulher que era o general da Casa. Histórias da resistência civil á ditadura. Brasil, Arquipelago editorial.

Moretti, I. (2016): “*Tiempo de verdugos*. Los partidos de izquierda ante la instauración de la última dictadura cívico-militar argentina”, Revista de la Red de Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea, 3(5), pp. 24-39.

Moyano, C. (2010): El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile 1973-1989. Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Nercesián, I. (2005): “Una aproximación a la izquierda brasileña de los años sesenta. Partidos y organizaciones armadas”, Revista electrónica de estudios latinoamericanos, 3(10), pp. 27-40.

Ortiz, E. (2007): El Socialismo Chileno, de Allende a Bachelet, (1973-2005). Santiago, FIADELSON-PLA.

Osuna, M. F. (2015): De la Revolución socialista a la revolución democrática. Las prácticas políticas del Partido Socialista de los Trabajadores/Movimiento al Socialismo durante la última dictadura (1976-1983). Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Universidad Nacional de Misiones.

Palma, J.A. (2012): El MIR y su opción por la guerra popular. Concepción, Ediciones Escaparate.

Palomera Valenzuela, A. y P. Rosas Aravena (2018): “Presencia e impacto de las mujeres en la lucha armada contra la dictadura en la prensa oficialista. La Tercera 1978-1989”, Cuadernos de Historia, 48, pp. 89-125.

Peña, J. C. (2007): Los fusileros. Santiago, Debate.

Pérez, C. (2003): “Historia del MIR. Si quieren guerra, guerra tendrán”, Estudios Públicos, 91, pp. 5-44.

Pérez, C. (2013): “La Política de Rebelión Popular de Masas y el Movimiento Democrático Popular (MDP): Una mirada a la política de alianzas del Partido Comunista de Chile bajo Pinochet, 1980-1988”, Pacarina del Sur, 5(17).

Pérez, C. (2021): La vida con otro nombre. El Partido Socialista en la clandestinidad (1973-1979). Santiago, Catalonia.

Pollack, B. y Rosenkranz, H. (1986): Revolutionary Social Democracy. The Chilean Socialist Party. London, Palgrave Macmillan.

Pozzi, P. (2004): Por las sendas argentinas. El PRT-ERP, la guerrilla marxista. Buenos Aires, Imago Mundi.

Ridenti, M. (2014): “As oposições à ditadura: resistência e integração” en D. Aarao Reis, M. Ridenti y R. Patto Sa Motta, A ditadura que mudou o Brasil: 50 anos do golpe de 1964. Brasil, Zahar.

Rivera Cusicanqui, S. (2010): Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y quechwa 1900-1980. La Paz, Ediciones La mirada salvaje.

Rodríguez Ostría, G. (2017): “Guerrilla, armas y campesinado: del Ejército de Liberación Nacional (ELN) al Partido Revolucionario de los Trabajadores en Bolivia (PRTB) (1967-1977)”, en VV.AA., Los partidos de izquierda ante la cuestión indígena, 1920-1977. Bolivia, CIS.

Rojas Flores, J. (2000): “Historia, historiadores y comunistas chilenos”, en M. Loyola y J. Rojas (compiladores), Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos. Santiago, CENDA.

Rojas Núñez, L (2018): Carrizal. Las armas del PCch. Un recodo en el camino. Santiago, LOM ediciones.

Rojas Núñez, L. (2011): De la rebelión popular a la sublevación imaginada. Santiago, LOM ediciones.

Salinas, S. (2014): El Tres Letras. Historia y contexto del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Santiago, RIL editores.

Santucho, J. (2004): Los últimos guevaristas. La guerrilla marxista en la Argentina. Argentina, Ediciones B.

Silva Hidalgo, R. (2011): Resistentes y Clandestinos. La violencia política del MIR en la dictadura profunda, 1978-1982). Concepción, Ediciones Escaparate.

Soto Vergara, J. (2019): El FPMR y el batallón 7. Santiago, RIL editores.

Telo, F. (2019): “Campesinos, emociones y tentativas de resistencia armada a la dictadura empresarial-militar de Brasil”, Polis, 53, pp. 1-17.

Torres Montenegro, A. (2014): “Dictadura en Brasil (1964-1985) La militancia política, el encarcelamiento y la tortura”, Confluente, 6(2), pp. 167-200.

Tricot, T. (2015): Un sociólogo en el FPMR. Santiago, Ceibo ediciones.

Valenzuela, E. T. (2014): Dios, Marx...y el MAPU. Santiago, LOM ediciones.

Vera Quiroz, A. (2011): Tortura, clandestinidad y dictadura. Una mirada desde la militancia mirista, 1982-1984. Concepción, Ediciones Escaparate.

Verdueta, J. M. (2017): “El Movimiento Universitario frente a la dictadura en Bolivia. El caso de San Andrés del 71”, Revista Historia, 35, pp. 1-20.

Vidal, H. (1995): El Tabú del conflicto armado en Chile. Santiago, Mosquito editores.

VVAA (2004): “La resistencia armada a la dictadura de Stroessner”, NovaPolis, 8, pp. 4-26.

Whitehead, L. (1980): “Sobre el radicalismo de los trabajadores mineros de Bolivia”, Revista Mexicana de Sociología, 42(4), pp. 1465-1496.

Yoclevsky, R. (1986): “El Partido Socialista de Chile bajo la dictadura militar”, Revista Foro Internacional, 27(105), pp. 102-131.

Zalaquett, Ch. (2018): Chilenas en armas. Testimonios e historia de mujeres militares y guerrilleras subversivas. Santiago, Catalonia.

Fecha de recepción: 22 de abril de 2021

Fecha de aceptación: 1 de julio de 2021

## **Continuidades: Consenso y cooperación en la formulación de la seguridad transicional en Chile (1986-1994)<sup>1</sup>**

Continuities: Consensus and cooperation in transitional security formulation in Chile (1986-1994)

**Camilo MORA ZAVALA<sup>2</sup>**

Universidad de Santiago de Chile  
camilo.mora2@gmail.com

### **Resumen**

El presente artículo tiene por objeto relevar los aspectos de continuidad que intervienen en la construcción de una política de seguridad en la transición chilena a la democracia, durante el primer gobierno de postdictadura encabezado por Patricio Aylwin (1990-1994). Se sostiene que la adopción de esta política se habría dado gracias a un consenso político previo que se desarrolla en tres fases: consenso intra-oposición, consenso cívico-militar y consenso abierto, los que se extienden principalmente entre 1986 y 1994.

**Palabras Clave:** consenso; terrorismo; seguridad; transición.

### **Abstract**

The purpose of this article is to survey the continuity aspects that intervene in the construction of a security policy in the Chilean transition to democracy, during the first post-dictatorship government headed by Patricio Aylwin (1990-1994). It is argued that the adoption of this policy would have occurred thanks to a previous political consensus that is developed in three phases: intra-opposition consensus, civic-military consensus and widespread consensus, which developed mainly between 1986 and 1994.

**Keywords:** consensus; terrorism; security; transition.

---

<sup>1</sup> Este trabajo es una profundización temática del cuarto capítulo de nuestra tesis de maestría, titulada “Revolución, mito y transición: el mito transicional como disciplinamiento ideológico en Chile, 1988-1994” (2020).

Camilo MORA ZAVALA

Continuidades: Consenso y cooperación en la formulación de la seguridad transicional en Chile (1986-1994)

Sur y Tiempo. Revista de Historia de América, N°4, julio-diciembre 2021, pp. 70-89.

ISSN 2452-574X

DOI: 10.22370/syt.2021.4.2913



## 1. Introducción

En el mes de marzo del presente año 2021, los periodistas Dauno Tótoro y Javier Rebolledo publicaron su libro titulado *Rati*. En esta investigación periodística Tótoro y Rebolledo recogieron el testimonio de Jesús Silva San Martín, un exagente de la policía de Investigaciones y también agente de la coloquialmente conocida *Oficina*, organismo de seguridad durante el primer gobierno transicional.

Una de las tensiones más visibles en él es la delgada línea que separa a quienes fueron considerados por estos agentes como los *buenos* y los *malos*. Esto, precisamente porque, como señalan Tótoro y Rebolledo, la tarea de desarticular a las organizaciones subversivas “se había entreverado con una guerra sucia y soterrada, con informantes de un lado y otro, traiciones, crímenes, torturas, todo parte de una amalgama gris y opaca donde –aseguran los autores– los valores morales estaban condenados a morir de la peor forma” (Tótoro y Rebolledo, 2021: 11). Pero más específicamente, porque, como ellos sugieren, “al escucharlo nos dimos cuenta que estaba abriendo una caja de Pandora, donde habitan políticos reconocidos, policías, periodistas, empresarios, abogados y supuestos izquierdistas, todos con algo en común: habían excedido las consideraciones éticas que sostenían como inviolables” (Tótoro y Rebolledo, 2021: 12).

Las reflexiones hechas por esta investigación periodística nos invitan a relanzar algunas preguntas relativas a la naturaleza histórica de ese entrevero y la trama geopolítica que subyace al clima de violencia política y conflicto social durante el primer gobierno transicional conducido por Patricio Aylwin (1990-1994). Resulta evidente que algunos de los factores relevantes en la complejidad de las líneas divisorias en lo político y lo moral a comienzos de la década de 1990, vienen dados por algunos elementos de continuidad en torno a la construcción de una política de seguridad transicional que se balancea entre el desarrollo de un conflicto no resuelto, el consenso político y la cooperación.

La transición chilena a la democracia y el gobierno de Patricio Aylwin (1990-1994) se desarrolló en torno a cuatro desafíos estratégicos, los cuales buscaron asegurar las bases de un proyecto nacional, lograr gobernabilidad, consolidar la democracia y dar término a la transición (Boeninger, 1997: 379-385). Sin embargo, el esfuerzo por reorganizar las relaciones entre el Estado y la sociedad civil, así como el de reorientación de las FF.AA., no necesariamente proscribió el conflicto social precedente. Por un lado, persistió el temor a una regresión autoritaria y se introdujeron nuevas tensiones derivadas de la continuidad de Augusto Pinochet como Comandante en Jefe del Ejército y, luego, en las labores legislativas en calidad de senador vitalicio (Soto, 2009); por el otro, las acciones de algunas organizaciones

---

<sup>2</sup> Chileno. Estudiante de Doctorado en Historia, Becario ANID Doctorado Nacional 2021, folio N°21211791.

de la izquierda armada estimulaban las tareas de gobierno en materia de seguridad (Rosas, 2004), ponían en tensión la consecución de sus cuatro desafíos estratégicos y también sus relaciones con la derecha política.

De acuerdo a algunas investigaciones, constan dos cosas en el período que va del año 1990 a 1994: la primera, es que aumenta significativamente la preocupación pública por la violencia delictual y la seguridad ciudadana (Ramos y Guzmán, 2000; Acevedo, 2017; Dammert, 2004; De Rentemería, 2005); la segunda es que tiene lugar un cambio en la estrategia de seguridad interna, que puede verse materializada tanto en el distanciamiento de la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN), como, posteriormente, en la formación del Consejo Coordinador de Seguridad Pública (CCSP, “La Oficina”) y la posterior adopción de la Doctrina de la Seguridad Ciudadana (DSC).

A este respecto, sabemos que esta transición, en lo relativo a seguridad, se hizo mediante un tipo de asociación de la demanda social con el delito, en una política de contención del malestar social (Pincheira, 2014), una resignificación simbólica de la violencia política ahora comprendida como delictual (Celis, 2010), o asociando en el imaginario colectivo problemas sociales como la delincuencia común y la pobreza con la violencia política entendida como terrorismo, permitiendo la criminalización de la protesta social y su reinterpretación en clave de marginalismo (Acevedo, 2017). Sin embargo: ¿qué permitió esa asociación y cambio en la política de seguridad? ¿Qué posibilita implementar tales dispositivos? ¿Cómo se alcanza esa noción predominante de terrorismo en el período transicional?

Creemos que la transición en materia de seguridad comienza informalmente a mediados de 1980 con ideas generalizadas entre la oposición a la dictadura en torno a concepciones contrasubversivas de la violencia política, de la izquierda revolucionaria y de la protesta social. Esta generalización de ideas habría comenzado a tomar forma de consenso político y estuvo orientada por los principales actores de la elite política vinculada a la Concertación y cuyo registro conceptual valorizó el término *terrorismo*, propiciando el aislamiento social de los sectores rupturistas, con lo cual la posterior transformación doctrinaria y formación de los organismos de seguridad está posibilitado por parte de una estrategia política con desarrollo previo.

Asimismo, este consenso habría exigido colaboración cívico militar. Primero, ante la persistencia de grandes presiones políticas de los partidos de derecha y militares; segundo, para evitar la regresión autoritaria; tercero, buscando restablecer el equilibrio democrático en Chile, en función de la unidad del *Chile antagónico*. De este modo, el consenso se habría dado en tres etapas: Consenso intra-oposición 1983-1986; Consenso cívico-militar entre los años 1988-1990; Consenso abierto desde finales del año 1990 en adelante.

En este sentido, el presente artículo intentará desarrollar una reflexión histórica a partir de algunos antecedentes sobre consenso y cooperación en materia de seguridad de manera previa a la transición democrática en 1990, sugiriendo una posible categorización de esta dinámica, para finalmente introducirse en el análisis de algunos eventos relevantes que los ponen a prueba hasta el año 1994.

Para ello, hemos hecho revisión de fuentes primarias oficiales, fundamentalmente extraídas del fondo digital del período presidencial de Patricio Aylwin (abreviaremos: FPP), perteneciente al Archivo Institucional de la Universidad Alberto Hurtado, prensa y revistas de oposición, así como también algunas fuentes partidarias y otras secundarias que, producidas en el contexto histórico referido, tienen un valor testimonial e informativo. Las fuentes oficiales nos han permitido acceder a la óptica intra-gobierno, permitiéndonos dar seguimiento a las preocupaciones del mismo, pero también a las disposiciones adoptadas frente a los diferentes momentos que enfrenta a propósito del conflicto político, dando cuenta de los sujetos relevantes en la toma de decisiones y también la dirección de las tensiones que introduce. Mediante la prensa periódica, daremos seguimiento y reconstrucción parcial de algunos hechos, sumando voces y datos relevantes en relación a la discusión pública en materia de seguridad. Mientras que con las fuentes secundarias seleccionadas y la bibliografía específica, buscaremos elevar la reflexión hacia conclusiones parciales sobre los apartados ofrecidos.

## 2. Cuestiones generales

El núcleo de investigaciones existente en relación a las políticas de seguridad ha permitido establecer que las consideraciones en torno a esta variaron, implicando, en el plano nacional, la redefinición de la función militar de acuerdo al nuevo marco jurídico (Arévalo, 2003). También, que estas reestructuraciones en materia de seguridad en Argentina, Brasil, Perú y Chile derivaron en la creación de organismos nuevos o adecuaciones de los anteriores (Maldonado, 2002) y que, en una relación más amplia, estuvieron influidos por el cambio en el escenario estratégico mundial, por los procesos de democratización y los cambios en la política exterior norteamericana hacia América Latina (Hens y Sanahuja, 1995: 58-69).

Los estudios más focalizados en Chile sitúan el surgimiento de la llamada Doctrina de Seguridad Ciudadana (DSC) a inicios de la década de 1990. Y entre estos, hay quienes señalan además su importancia política en toda la postdictadura y como un elemento que se erige como relevante en la elaboración de políticas públicas, como un momento de implantación del miedo y delegación de responsabilidades sociales a la seguridad privada (Ramos y Guzmán, 2000; De Rentemería, 2005). Se ha planteado que, a diferencia de la anterior DSN, la DSC se preocupó de las diversas manifestaciones de criminalidad e inseguridad que alteraron los indicadores de

calidad de vida (Beroíza, 2016), caracterizado por el uso de los dispositivos legales, más que la coerción, para tratar tanto la violencia política como delictual (Sáez, 2017; Ramos y Guzmán, 2000). Sin embargo, queda pendiente desentrañar la relación política subyacente a una determinada lógica de seguridad y represión adoptada en este ciclo. Aquellas explicaciones que dan cuenta del cambio en el cuerpo doctrinario y han intentado explicar a partir de allí la represión hacia la izquierda armada no han indagado en las expresiones políticas consensuadas de ese cambio. Mientras que sobre el lugar de la violencia en este período las evaluaciones suelen ser dispares.

Por un lado, se ha planteado que las acciones armadas de las organizaciones revolucionarias, a inicios de los noventa, fueron combatidas con las “armas de la democracia” y concebidas como terrorismo (Goicovic, 2010) y que, de los resultados desestabilizadores de sus acciones surgió la necesidad de “destruirlos” (Sáez, 2017<sup>3</sup>; Beroíza, 2016: 161). Por otro, tanto en las evaluaciones de Frühling y Weise (1995) como las de Acevedo (2017), las acciones de violencia política no fueron un problema particularmente complejo para el gobierno transicional, ni por la envergadura de estas, ni por el riesgo de comprometer la estabilidad democrática y la seguridad del Estado. Según este enfoque, más influyeron las presiones de la oposición que pujaban por la participación de las FF.AA. en estos asuntos, a objeto de obtener un lugar más relevante en la iniciativa de la represión.

Estos enfoques son parcialmente correctos y pueden constatarse. Pero también cabe consignar que el enfoque que relaciona acción y reacción pierde perspectiva histórica y dificulta la observación del fenómeno de acuerdo a su desarrollo particular, anteponiéndole el *tiempo institucional*. Otra cosa, es que las presiones de la derecha son también permanentes producto del respaldo militar tanto en el ejercicio parlamentario como desde las FF.AA.

En términos generales, si revisamos un episodio clave de este período en esta materia podemos observar algunas líneas más transversales de nuestro problema. El asesinato de Jaime Guzmán el día 1 de abril de 1991, sí fue considerado excepcional o punto de inflexión, ya sea porque, dependiendo del análisis, precipita la adopción, por parte del gobierno, de una política de seguridad ante las presiones por involucrar a los militares en esta tarea (Acevedo: 2016), o porque implicó una cierta “derrota” para sus autores, o bien por que desplazó el debate sobre las violaciones de derechos humanos o el terrorismo de Estado, hacia la violencia política (Loveman y Lira, 2000: 524; Frühling y Weiser, 1995). De hecho, para Frühling y Weiser, en un libro compilatorio del año 1995 sobre estas materias, con el asesinato de Guzmán “se profundizó el consenso político en contra de las acciones terroristas” (Frühling y Weiser, 1995: 102). Esto, en primer lugar, sugiere la existencia de un consenso

<sup>3</sup> Esto está planteado en el marco de lo que considera como la “represión renovada”, proceso que se extiende de finales de los ochenta hasta 1994.

previo que tiende a profundizarse. Luego, ello abre preguntas acerca de los antecedentes de ese consenso, su naturaleza, los actores del consenso y su contenido.

Nuestra propuesta es: a) reconsiderar el factor político nacional de las motivaciones que dieron por resultado las transformaciones en esa lógica de seguridad para considerar la existencia de un consenso político previo; y b) superar las subsunciones del fenómeno al corte temporal y la superposición mutua a que tienden estos. Principalmente, porque el consenso político en torno a las nociones de terrorismo y seguridad, vinculado a los hechos de violencia, sugiere algo más que reacción y porque el cambio de políticas de seguridad sugiere que, anterior a un consenso, habría una o varias estrategias en desarrollo.

### 3. Consenso intra-oposición: democracia y antiterrorismo

Si bien las categorías de terrorismo y subversión movilizadas durante el período de dictadura en Chile y empleadas para denominar el fenómeno de la violencia política, pueden insertarse en una lógica de mayor escala temporal y geográfica (González, 2009: 119-137), es importante relevar las motivaciones locales en este aspecto.

Las nociones de violencia política fueron diversas y en cierto ámbito se incorporó las de terrorismo y subversión con rasgos de anticomunismo visibles. Esto último puede verse en diversas publicaciones destinadas a la circulación militar y civil, predeciblemente vinculados a la derecha política que, además, dan cuenta de una actividad política pública (Fuentes, 1981)<sup>4</sup>. Sin embargo, resulta más peculiar que se hallen también estas conceptualizaciones entre los sectores políticos que durante la década de los ochenta en Chile, conforman la oposición a la dictadura militar. Así, por ejemplo, durante las Jornadas Nacionales de protesta, entre 1983 y 1986, algunos de los sectores que posteriormente conformarían la Concertación de Partidos por la Democracia, adoptaron tempranamente estas ideas asociándolas al restablecimiento democrático. Es así como aparecen, durante la formulación del Acuerdo Nacional, expresas referencias al terrorismo (violencia política de los grupos armados de izquierda y de la dictadura) como conducta antidemocrática. Algunos prohombres de la democracia cristiana adoptaron también esta idea, difundiéndola como parte de su entramado de pensamiento (Frei, 1984; Velasco,

---

<sup>4</sup> También contamos, en este caso, con algunas fuentes secundarias, entre las que podemos destacar: Dirección de Instrucción del Ejército, “El Marxismo-Leninismo. Análisis Crítico”, Estado Mayor General del Ejército, 1984; Ministerio del Interior, “Latinoamérica Frente al Terrorismo”, Oficina del Abogado Procurador General de la República-Universidad de Chile, 1987; S/A, “Insurrección no violenta”, Instituto Nacional de Estudios Histórico-Culturales, Secretaría FEAL-CENSUR, Editorial Cono Sur, Asunción, sin año. En el caso de este último texto, dado que ninguna referencia supera en marco

1986). A juicio de Eduardo Frei Montalva, la dictadura había servido como caldo de cultivo para “otro extremo” de la violencia. Estos extremos no se distinguirían más que por su sentido (Frei, 1984: 18-23).

En un tono mucho más pragmático el documento Bases del diálogo para un Gran Acuerdo Nacional, de 1983, señalaba en su punto N°21 que “se garantizará la existencia y funcionamiento de todas las organizaciones políticas que se comprometan con los principios democráticos, condenándose toda acción terrorista que atente contra el régimen democrático y se promoverán las iniciativas judiciales para resguardar la vida de las personas y la integridad de sus bienes. Se tipificarán con rango constitucional las conductas antidemocráticas, con el fin de establecer penalidades en caso de que sea sobrepasada la legalidad. No se sancionarán las ideas sino los actos de personas y organizaciones que se consideren delictuales”<sup>5</sup>. Claramente comienzan a aparecer nociones de terrorismo asociadas a delito y su rechazo en calidad de antidemocrático.

Los diferentes sectores políticos de la oposición comenzaron a manifestarse sobre la violencia política bajo el rótulo común del terrorismo. Mario Sharpe, de la Social Democracia, señaló en 1984 que “no aceptamos el terrorismo de extrema derecha, de extrema izquierda o los excesos de la fuerza pública”. En esta misma línea defiende la transición pacífica recalcando que “condenamos la violencia, la del Régimen y la de cualquiera de los extremos”<sup>6</sup>.

Asimismo, el Bloque Socialista, en 1984, rechazaba el terrorismo de Estado y precisaba que “con igual claridad condenamos el uso del terrorismo como arma de la oposición, especialmente porque este se ejerce en forma indiscriminada y en contra de personas inermes, como ocurrieron en el reciente atentado a la Bolsa de Comercio”, pues según el documento estas acciones servirían a la dictadura para imponerse con mayor fuerza contra un supuesto estado social caótico<sup>7</sup>.

Durante 1986, el “Año Decisivo”, algunos documentos de la oposición reflejaban incipientemente algunos de estos consensos sobre violencia política.

Gabriel Valdés S. en carta a la Comisión Política del PCCh, a nombre del PDC, en 1986 sobre el atentado a Augusto Pinochet, señalaba: “a nuestro juicio, el P.C. viene sosteniendo una estrategia que juzgamos condenable.” Para precisar luego que “a lo largo de los últimos años, hemos reiterado una y otra vez, en cartas a la dirección de vuestro Partido, que la llamada estrategia de ‘rebelión popular’ sostenida por Uds. no sólo es conducente a actos terroristas –que siempre son infamantes para el que los comete sino que, además, divide profundamente a la

---

temporal el año 1984 y refiere permanentemente a las protestas nacionales, inferimos que su año de edición debe ser mediados de la década de los ochenta.

<sup>5</sup> “Bases del Diálogo para un Gran Acuerdo Nacional”, 22 de agosto, 1983, p. 5.

<sup>6</sup> Análisis, N°73, 17 al 31 de enero, 1984, p. 24.

<sup>7</sup> “El Bloque Socialista ante la Profunda Crisis que vive el País”, 20 de diciembre de 1984.

oposición...”<sup>8</sup>. Son principalmente los hechos de 1986 (atentado a Pinochet y decomiso de armas en Carrizal Bajo) los que estimulan las más claras declaraciones sobre la violencia política. De manera posterior Gabriel Valdés señala sobre un posible acuerdo con el PC que “ya es hora de que el PC adopte una definición, no solamente en las palabras sino en los hechos, frente a la violencia y el terrorismo”<sup>9</sup>.

Por su parte, el PSCh se sumaba a las declaraciones de rechazo, planteando que “no deseamos la violencia y por ello buscamos la construcción de un régimen en que las legítimas diferencias sean resueltas por medios políticos pacíficos y democráticos. [...] La izquierda rechaza el terrorismo y la militarización de la política”, de la cual sería principalmente responsable el régimen<sup>10</sup>.

El documento “Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia”, de 1986, señalaba que

en la medida en que la convivencia nacional garantice mayor justicia y seguridad para todos, será posible mantener el orden público, evitar el empleo de la violencia, contribuir a eliminar el terrorismo y sancionar las conductas antidemocráticas. En cualquier caso, el resguardo efectivo de los derechos humanos será una preocupación preferente en el quehacer de las autoridades públicas<sup>11</sup>.

Desde la óptica general del Acuerdo Nacional, la condena de la violencia política era requisito de cualquier posibilidad de futuro democrático, por lo cual la violencia política era esencialmente antidemocrática. Este documento puede considerarse como una expresión del consenso político y de carácter colectivo en torno a muchos temas relativos a la transición, la violencia política entendida como terrorismo, es uno de ellos.

Este breve repaso, nos permite observar la singular amplitud que había alcanzado ya hacia el año 1986 la idea del terrorismo como sinonimia de diferentes expresiones de violencia política.

#### 4. Consenso cívico-militar: Seguridad Nacional y Defensa Nacional

Los acercamientos entre civiles de la oposición y militares en materia de seguridad y defensa fueron previos a la restitución del Estado de derecho. De hecho, con la búsqueda de regulación de las relaciones entre civiles y militares, también vino la proyección estratégica de los militares con respecto a la defensa. No obstante,

<sup>8</sup> “Carta de respuesta del Partido Demócrata Cristiano a la Comisión Política del Partido Comunista”, 17 de septiembre de 1986.

<sup>9</sup> Apsi, N°186, 25 de agosto al 7 de septiembre de 1986, p. 8.

<sup>10</sup> Revista Unidad y Lucha, N°99, diciembre de 1986, p. 6.

<sup>11</sup> “Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia”, p. 141.

de manera posterior estos acercamientos también tuvieron expresiones más pragmáticas.

Por ejemplo, al alero del Centro de Estudios del Desarrollo (CED)<sup>12</sup>, se realizaron entre 1988 y 1989 algunos foros acerca de las relaciones entre militares y civiles, los cuales constituyeron los primeros acercamientos formales. Y hacia 1990, ya recuperada la democracia y con la intención de lograr un entendimiento con el mundo militar, se realizaron 11 talleres que contaron con la presencia de militares nacionales y extranjeros, así como académicos de la Pontificia Universidad Católica de Chile, la Universidad de Chile y especialistas de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) como Carlos Portales y Augusto Varas<sup>13</sup> (Fuentes Vera, 2009: 87-89).

En otros aspectos, este acercamiento tuvo expresiones materiales en medio de las tensiones al comienzo de la transición. Si bien la dinámica general onduló entre restricciones y concesiones nada impidió, por ejemplo, que, en noviembre de 1990, el Congreso aprobara, sin modificaciones, un presupuesto de \$1200 millones de pesos para la Defensa Nacional, destinado a mantener unos novecientos contratos de empleados civiles de la ex CNI que se incorporaron a la Dirección Nacional del Ejército, DINE<sup>14</sup>. Sin embargo, ese, a su vez, tampoco fue impedimento para que el ejército conservara su lugar de presión política. De manera posterior estos realizaron movimientos de tropa en Santiago, en los eventos conocidos como “ejercicio de enlaces”, del 20 de diciembre de 1990 y el “boinazo”, del 28 de mayo de 1993, destinados a amedrentar al poder ejecutivo y judicial en relación a las causas que se seguían contra el hijo de Augusto Pinochet y algunos de sus oficiales.

En este sentido, la cuestión relativa a seguridad transitaba dos vías a veces paralelas. Por una parte, estas relaciones transitaban las sendas del conflicto social y político que expresaba sus tensiones en un espacio más público y, por otra, se ensayaban las modificaciones y acercamientos de las FF.AA., y en particular del ejército, en relación a las tareas de gobierno en donde los militares buscaron un nicho de participación en el nuevo escenario.

Según el politólogo de la ANEPE, Juan Fuentes Vera, Pinochet instruyó al entonces coronel Juan Emilio Cheyre, Director de la Academia de Guerra, para que “transformara a su institución en una instancia de discusión, formación y acercamiento entre civiles y militares interesados en los temas de la defensa, contribuyendo así a constituir lo que después se denominaría “la comunidad de

<sup>12</sup> Fundado en 1980 por el demócrata cristiano Gabriel Valdés Subercaseaux.

<sup>13</sup> Varas mantuvo colaboraciones con la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos, creada en 1982. Cabe señalar que, previamente, la ANEPE se conoció como Academia de Defensa Nacional (1947) y luego Academia Superior de Seguridad Nacional, en 1974.

<sup>14</sup> Al mes de octubre de 1990, el personal civil contratado por el Ejército, proveniente de la disuelta CNI, ascendía a un total de 1.119 personas. Detalles en el documento “Reunión Ejército”, 18 de junio de 1991.

defensa” (Fuentes Vera, 2009: 92). Así, el 4 y 6 de septiembre de 1991 se realizaron las actividades en la Academia de Guerra, en el marco del Seminario sobre Política y Defensa.

Solo unos años más tarde, y depositando los problemas de la seguridad y la defensa nacional en las más altas esferas de lo político y militar, aparecerán, hacia el segundo gobierno de la Concertación, los Libros de la Defensa Nacional, cuyo objetivo sería la concreción de un consenso y superación de la polarización a este respecto (Fuentes Vera, 2009: 110-111). Una vez relativamente circunscritos los límites de la defensa y la seguridad nacional, la Concertación debió enfrentar la persistencia del conflicto político social.

## 5. Consenso abierto: colaboración, antiterrorismo y seguridad

Las relaciones cívico-militares se caracterizaron por sus tensiones, sin embargo, hubo algún grado de colaboración. Esta se desarrolló, con más o menos éxito, en torno al esclarecimiento de las violaciones de los derechos humanos, la normalización democrática y la lucha contra el ahora llamado terrorismo. El restablecimiento de las relaciones entre civiles y militares fue considerado como una tarea fundamental en la propuesta de “unidad nacional” del presidente Aylwin<sup>15</sup>.

Durante los primeros días tras la restitución democrática y a propósito de los atentados del día 22 de marzo de 1990 contra el ex Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, General del aire Gustavo Leigh, y el General Enrique Ruiz Bunge, el gobierno vio tensar sus relaciones con los militares, las que a juicio de la revista *Análisis* ya eran “excesivamente cálidas a los ojos de una parte de la población”<sup>16</sup>.

Pero pese a lo anterior, Enrique Correa, secretario general de gobierno, declaró para *El Mercurio* que Patricio Aylwin habría solicitado información a Pinochet sobre el cumplimiento en la disolución de la CNI y además “le requirió [...] que los antecedentes e informaciones que ésta acumuló durante su existencia legal sean puestos a disposición del Gobierno, al servicio de su acción para prevenir y combatir el terrorismo”<sup>17</sup>. Asimismo, en el contexto de estas tensiones y en cuanto a Carabineros, la revista *Hoy* consignaba que el general Rodolfo Stange (ex integrante de la Junta Militar), “ha optado por un cómodo accionar fuera del debate,

<sup>15</sup> El Mercurio, 22 de junio de 1990, p.1. Rodolfo Stange aseguró, más tarde, en correspondencia a Patricio Aylwin que, tras recibir una copia del Informe Rettig, tanto él como Carabineros “se esforzarán por buscar los mejores medios para lograr la reconciliación a que todos aspiramos”. Stange, R. “Correspondencia del General Director de Carabineros de Chile al Presidente Patricio Aylwin”, Archivo Período Presidencial, 3 de marzo de 1990, 1 pág.

<sup>16</sup> Análisis del 7 al 13 de mayo de 1990, p. 8.

<sup>17</sup> El Mercurio, 29 de marzo de 1990, Cuerpo A, p.12. En la misma noticia se recogen las declaraciones de Pinochet, en las cuales señala que “El Presidente pidió colaboración porque está complicado por este auge que ha tenido el terrorismo y la subversión. Yo le dije que muy bien, que lo iba a ver, que no hay ningún problema”. Ídem.

asegurándole a Carabineros un rol preponderante en el control del terrorismo y en la seguridad de la Presidencia”<sup>18</sup>.

Del mismo modo, los documentos oficiales de gobierno daban cuenta de las preocupaciones e iniciativas en materia de violencia política entendida como terrorismo. Algunos de sus estrategias, como Edgardo Boeninger, consideraban que “es importante tomar conciencia de que estamos frente a un fenómeno terrorista en Chile, el que actúa en forma permanente, con organización y recursos”, refiriéndose especialmente al FPMR<sup>19</sup>. Sin embargo, las propuestas políticas más concretas comienzan a aparecer hacia 1991, todavía antes del asesinato de Guzmán. En ellas, se observa ya la tendencia descrita al consenso, a las concepciones funcionalistas de la violencia y a la desactivación del conflicto social.

Genaro Arriagada presentó en un seminario organizado por la Comisión de Derechos Humanos sobre violencia y DD.HH. en enero de 1991, diez proposiciones para la lucha antiterrorista. Estas se basaron en: A) unidad frente a la “amenaza” y la concepción de que “el terrorismo es como una peste”; B) Aislamiento de la amenaza mediante marco jurídico y moral y “moderación del uso de la fuerza”; C) Táctica: Debe ajustarse al marco legal, pues si se los convierte en víctimas, la táctica del aislamiento se ve perjudicada; D) Moderación en el uso de fuerza, considerando que bajo su perspectiva, los terroristas usan la represión como un elemento de derrota hacia el Estado; E) La penalización no es el tema primordial, ya que, a su juicio “los terroristas son un tipo de fanáticos al que no le importa si su castigo va a ser mediano, grande o enorme”; F) eficacia de la policía y servicios de inteligencia, sobre la base de un código moral determinado, diferente de la dictadura. Esa eficacia se ve mermada por la destrucción de información acumulada de los servicios anteriores; G) Requerimiento de inteligencia tecnologizada (característica que atribuye a los grupos); H) Establece tres grupos de “alto riesgo”. Uno está constituido por el FPMR, MIR, MJL; el segundo la ultraderecha; el tercero son aquellos vinculados a las disueltas DINA-CNI; I) Propone metodologías como: delación e infiltración; J) Reforma al sistema carcelario, construcción de cárceles de alta seguridad, donde estén aislados<sup>20</sup>.

De manera posterior, estas expresiones se multiplicarían en la política oficial con participación de diversos sectores políticos, asentando el diagnóstico de la existencia de terrorismo y buscando “continuar la tarea de aislar política y moralmente a los terroristas”, así como “definir una política anti-terrorista con un servicio especial para el efecto”. En efecto, los diferentes sectores de gobierno

<sup>18</sup> “La fiebre cívico-militar”, Revista Hoy, N° 689, del 24 al 30 de septiembre de 1990, p., 6.

<sup>19</sup> Boeninger, E. “Informe de análisis al 25 de mayo de 1990”, Secretaría General de la Presidencia, FPP, 25 de mayo, 1990, p.7.

<sup>20</sup> Arriagada, G. “¿Cómo luchar contra la violencia política?”, FPP, p.1-7.

concordaban en que “se debe perder el ‘complejo’ respecto de una unidad anti-terrorista y proceder a su pronta creación.”

Es decir, las bases sobre las cuales el dispositivo CCSP se asienta, estaban previamente configuradas en lo relativo a la posterior Doctrina de Seguridad Ciudadana, pues los acuerdos tomados intra-gobierno también contemplaban: “Realizar los esfuerzos para que en Chile, se invierta en seguridad, tanto el sector público como privado”; y “aprovechar las organizaciones sociales existentes, para educar a la comunidad respecto de seguridad ciudadana”. De manera coherente con esto, otra de las tareas fijadas fue: “Mantener la idea fuerza que, quien realiza actos terroristas atenta contra el sistema democrático, y los hechos no gozarán de ningún privilegio”; e “incentivar a través de la Secretaría General de Gobierno, que los actos terroristas no tengan una difusión exagerada y que se evite el sensacionalismo en la información relativa a delitos comunes”. Y entre otras medidas, concordaron en que se aplique “régimen carcelario de delincuente común, y si las condiciones lo permiten en recinto de alta seguridad”<sup>21</sup>.

## 6. 1 de abril de 1991: excepcionalidad en la continuidad

Pese a la agitación por la explosión de la sensación de temor a inicios de los noventa, las encuestas CEP de 1988 habían demostrado que buena parte de aquellos que votaron por el NO, lo hicieron desconfiando de la capacidad de la Concertación en cuanto a mantener la seguridad pública (Ramos y Guzmán, 2000: 48-49), cuestión de la que buscó hacerse cargo. Sin embargo, junto con esto, 1991 vivió su momento más álgido con el asesinato del senador Jaime Guzmán y los 140 asaltos contabilizados a bancos, propiciando la idea de la existencia de una amenaza en militares, políticos y empresarios (Ramos y Guzmán, 2000: 56-57). De alguna forma el gobierno tuvo que verse compelido a responder por una parte a esa desconfianza que sobre él pesaba y, por otra, a los hechos y los grupos de presión.

En ese marco, Julio Dittborn, presidente de la UDI hacia 1991, consideró, tras los hechos, que “el gobierno ha tenido una actitud débil, poco enérgica frente al terrorismo porque no ha tenido el coraje moral de enfrentar al terrorismo en su propia ley”. A su juicio y en términos más drásticos, precisó que “hay gente que no le basta la democracia para exponer sus ideas, sino que siguen usando metralleta y a

---

<sup>21</sup> Aylwin, P. “Memorándum de Reunión sobre Delincuencia, Violencia y Terrorismo”, FPP, 19 de marzo, 1991, p. 6-13. Este memorándum corresponde a una reunión sostenida entre el Presidente Aylwin, el Ministro del Interior [SR], Ministro Secretario General de Gobierno y Ministro Secretario General de la Presidencia, a la que asisten además Andrés Allamand (UDI), Jorge Arrate (PS), Mario Astorga (PR), Julio Dittborn (UDI), Pedro Esquivel (Alianza de Centro), Gutemberg Martínez (DC), Roberto Muñoz (Social Democracia Progresista), Laura Rodríguez (Alianza Humanista Verde) y Erick Schnake (PPD).

esa gente se le combate con metralleta”<sup>22</sup>. Así comenzaron las disquisiciones públicas acerca de cómo debía enfrentarse la violencia política, descrita ampliamente como terrorismo.

La reacción inmediata del Senado fue la condena absoluta del hecho. En sesión extraordinaria redacta el día 2 de abril un acuerdo de siete puntos, entre los que se señala que, además de ser un atentado contra la vida de un senador, el hecho constituyó “un acto terrorista que atenta contra la democracia y la paz social”, formulando además “un llamado a todos los chilenos para que repudiemos en forma pública este tipo de acciones y logremos –asegura el documento– erradicar en forma definitiva la violencia, la delincuencia y el terrorismo de nuestra vida social y política”<sup>23</sup>.

Así, por ejemplo, la revista *Qué Pasa* ponía el acento en las experiencias europeas de lucha antiterrorista, asegurando que “así como en Chile el asesinato del líder de la UDI hizo cambiar la posición del gobierno, respecto del combate al terrorismo”, sucedió en Alemania y otros países de Europa<sup>24</sup>. No obstante, como hemos mostrado hasta acá, las orientaciones en seguridad y antiterrorismo tienen un lugar de desarrollo previo y de motivaciones locales, no siendo excluyentes.

La prensa daba cuenta de una reunión secreta en el Senado, en la cual “fue el senador designado Sinclair el encargado de explicarles a los ministros que, a su juicio, en Chile se requería un organismo nacional, más eficiente y moderno para dedicarse a este tipo de fines, tal cual lo hacen la mayoría de los países democráticos”<sup>25</sup>. Sin embargo, como hemos revisado hasta acá, tales inquietudes ya habían tenido la oportunidad de expresarse.

Lo cierto es que, pese a las consideraciones en torno a la actitud del gobierno, este ya venía adoptando y consolidando algunas concepciones en torno a la violencia política, sugiriendo planes de intervención y estrategias de “aislamiento” para los sectores que la practicaban. Como hemos venido exponiendo a través de los sucesivos documentos, estas iniciativas contemplaron la posibilidad de colaboración tanto de la policía, a expensas del posible material acumulado por la CNI, así como de los medios de comunicación. Por lo que, si en algo intervinieron de manera definitiva los hechos, fue precipitando la concreción de toda esta tendencia más general en una determinada política de seguridad que tiene elementos de continuidad y en transformación, presentando similitudes o avances hacia la DSC. De hecho, el propio gobierno aseguró el mismo mes de abril de 1991 que “el escenario que se ha ido configurando pasado el impacto inmediato del asesinato de Jaime

<sup>22</sup> Grunefeld, Mariana, entrevista a Julio Dittborn, revista *Qué Pasa*, N°1034, 8 de abril de 1991, p.6.

<sup>23</sup> Congreso Nacional, “Proyecto de acuerdo”, 2 de abril de 1991, p.1-2. Este documento tiene por fecha de publicación el 31 de diciembre de 1991.

<sup>24</sup> *Qué Pasa*, “El arsenal europeo”, N°1045, p. 16.

<sup>25</sup> *Qué Pasa*, N°1034, 8 de abril de 1991, p.12.

Guzmán está fuertemente marcado por la impresión generalizada de que se llegó a un punto de inflexión respecto del tema terrorista y su tratamiento”<sup>26</sup>.

La estrategia de gobierno fue clara. En sus documentos oficiales declara lo siguiente:

la estrategia político-policial del gobierno persigue (1) resistir la presión del Ejército, que se ha ejercido vía Pinochet, (2) separar aguas entre la derecha y el Ejército, evitando que aquélla se erija en articuladora de la presión de éste, y (3) ganar tiempo para desarrollar capacidades represivas y de inteligencia propias. Queremos insistir, no obstante, que en esta estrategia, tan clara hacia el Ejército y la derecha, no queda igualmente claro lo que debe hacerse con el sector de la izquierda extraparlamentaria<sup>27</sup>.

Entre sus propuestas se encuentra centrar las actividades antiterroristas en la policía de investigaciones y carabineros, sumando a ello una conceptualización democrática del problema, evitando y reemplazando la conceptualización militar de la guerra subversiva, pudiendo hacerse un tránsito más exitoso usando otra, “sin que ello implique un juicio de valor menos drástico del fenómeno, como por ejemplo, la categoría de delito y delincuente terrorista desarrollada por la criminología moderna.” No obstante, esta estrategia contemplaba otros dos ejes fundamentales, como por ejemplo el aislamiento de los grupos considerados terroristas respecto de sus bases sociales “toda vez que al asignarles contenidos subversivos, ideológicos o políticos, se contribuye a su mitificación”<sup>28</sup>. Esta tarea es considerada fundamental por el gobierno en la medida que, a su juicio, estimularía la colaboración ciudadana en las tareas policiales y el aislamiento. El segundo de esos pilares es la lucha ideológica mediante la descalificación de los grupos de izquierda “extraparlamentaria”, “o a partir de la divulgación de una concepción democrática de la seguridad, que sea capaz de sumarlos”<sup>29</sup>. Todo esto, bajo el entendido que “las posibilidades de éxito de la estrategia policial gubernamental dependen en gran medida de acelerar ese proceso de ruptura, para lo cual las dimensiones anotadas de lucha ideológica cobrarán relevancia en el mediano plazo, una vez pasada la urgencia de la actual fase de implementación de nuestra política”<sup>30</sup>.

De acuerdo a algunos especialistas en los temas de seguridad, violencia y derechos humanos, el asesinato de Guzmán “constituyó una derrota política de

<sup>26</sup> “Informe de Análisis 12 de abril de 1991”, Ministerio Secretaría General de la Presidencia, FPP, p. 2.

<sup>27</sup> Ídem. p.3.

<sup>28</sup> Ídem. p.7.

<sup>29</sup> Ídem.

<sup>30</sup> Ídem. p. 8.

proporciones para sus autores”, asegurando además que “se profundizó el consenso político en contra de las acciones terroristas. La muerte de Guzmán debilitó el debate nacional respecto de las violaciones a los derechos humanos ocurridas durante el gobierno militar y lo centró en la violencia terrorista...” (Frühling y Weiser, 1995: 102). Sin embargo, como hemos visto, si en algo este debate se debilitó, esto ocurrió en circunstancias en que el problema del temor ya era un tema central desde 1988, que mostraba un repunte hacia 1990 y que era parte de las tareas políticas asumidas por el nuevo gobierno, incluso antes de conformarse como tal. Y si constituyó un grado de derrota política, esto también se debió a la implementación de una cierta estrategia de consenso político previo que buscó la desvinculación de los actores políticos con los actores sociales y los combatió de forma simultánea mediante la persecución jurídico-policial, pero también ideológicamente.

## 7. Los balances

Recién pasados los hechos, los balances de gobierno se mostraron optimistas respecto del proceso transicional. En mayo de 1991 la Secretaría General de la Presidencia, consideraba que, con todo, “en el país se empieza a respirar un clima de ‘fin de transición’”<sup>31</sup>.

Aseguró también que “un claro ejemplo en este sentido, a la vez que un signo alentador, lo constituye el reforzamiento de la acción partidaria, desde la UDI hasta el PC, la que se encamina en forma creciente por un cauce de expresión democrática”<sup>32</sup>.

En cuanto a la izquierda, el gobierno valoró el carácter de las resoluciones del XVII Pleno del Comité Central del Partido Comunista “en cuanto a fortalecer la acción partidaria dentro de un cauce democrático”<sup>33</sup>.

En efecto, en dichas resoluciones el PCCh también sostuvo que con el asesinato de Guzmán se favoreció a quienes intentaron desplazar la importancia del Informe Rettig y prolongar la impunidad de los responsables por las violaciones de los derechos humanos<sup>34</sup>. Y también señaló que, junto con el terrorismo de Estado, condenaba “el terrorismo de grupos extremistas de izquierda que, infiltrados o no, facilitan enormemente con sus acciones irresponsables los planes de las fuerzas

<sup>31</sup> “Informe de Análisis 18 de mayo de 1991”, Ministerio Secretaría General de la Presidencia, FPP, p.2.

<sup>32</sup> Ídem.

<sup>33</sup> Ídem.

<sup>34</sup> PCCh, “Resoluciones del XVII Pleno del Comité Central”, El Siglo, 12 de mayo de 1991, Separata, p. 3.

reaccionarias"<sup>35</sup> y que "somos fervientes partidarios de desterrar definitivamente el uso de las armas y de la violencia política"<sup>36</sup>.

Ya en el año 2000 las memorias del Ministerio del Interior aseguraron que entre sus primeras tareas desde 1990 estuvo la desarticulación de los "grupos terroristas", y que "mediante una acción constante, se logró aislar las ideas violentistas dentro del escenario social, desarticular a estos grupos y poner a sus miembros a disposición de la justicia; nada de lo cual se habría logrado sin la adhesión de la sociedad a la acción del Estado"<sup>37</sup>. Finalmente, en el ítem "Terrorismo", señalan que "controlada la violencia política, el Ministerio del Interior ha desarrollado una serie de iniciativas preventivas", que son: Decreto Supremo 363 que creó el Consejo de Seguridad Pública en 1991; la figura del arrepentimiento eficaz por la ley 19.172 de 1992, la que "permitió ciertos beneficios a terroristas que entregaran información sobre las actividades relevantes de sus organizaciones, y tuvo vigencia cuatro años" y la creación de la Dirección de Seguridad Pública, mediante la Ley 19.212, en 1993<sup>38</sup>.

## 8. Conclusiones

A modo de conclusión, podemos señalar que en los ochenta se dio una tendencia a la "coerción de la idea"; que hay un consenso político interno y elaborado de manera previa, en base al supuesto coeficiente de terrorismo en las acciones de violencia política de la izquierda armada ya desde mediados de la década de 1980, el cual, de manera posterior, posibilita la represión del cuerpo orgánico de esos grupos. Es decir, la transposición de las políticas de seguridad de los noventa, que buscó la desarticulación de la izquierda armada, fue fruto de un consenso que apuntó hacia la supresión de las ideas consideradas terroristas, antidemocráticas e irracionales, permitiendo, a su vez, articularlo con concepciones delictuales de ese fenómeno durante la transición. De esta forma, el cambio hacia una nueva doctrina de seguridad (la DSC), está asegurado por ese elemento previo y estimulado por las coyunturas del momento, funcionando estos últimos como hechos propiciatorios de la coerción, que como problema se desarrolla en una larga trayectoria histórica (Valdivia, 2017).

En ese sentido y a propósito de los documentos expuestos, concluimos que el asesinato de Jaime Guzmán fue un hecho coyuntural y propiciatorio de la coerción, voluntad que ya se observaba desde al menos 1983 en los términos de un "terrorismo". Asimismo, estimamos que este proceso de más largo aliento tiende a la

<sup>35</sup> Ídem. p. 1.

<sup>36</sup> Ídem. p. 4. Estas citas fueron recogidas por el documento anteriormente citado, "Informe de Análisis 18 de mayo de 1991", y corroboradas por nosotros en el documento original.

<sup>37</sup> "Funciones, Políticas y Gestión 1990 - 2000", Ministerio del Interior, FPP, marzo del 2000, p. 81.

<sup>38</sup> Ídem. p. 86-87.

consolidación a partir de 1991. Esa consolidación material que se expresa en la creación del CCSP es, a su vez, expresión de la consolidación de un conjunto de ideas formuladas previamente a los hechos, a propósito de múltiples acontecimientos y en una escala nacional con motivaciones “endémicas”. No se niega en modo alguno la influencia doctrinaria exterior. No obstante, se puede observar y desprender de lo expuesto, las disputas políticas y proyectuales a la base de estas propuestas, como resultado del conflicto social cuya expresión más aguda es la violencia política.

Entre las derivadas más relevantes, se encuentra el componente estratégico observable en las iniciativas expresadas en los documentos políticos de gobierno. Nos referimos con esto a la tendencia de la desactivación del conflicto social en la búsqueda de la pacificación política y social. Es decir, la idea misma del aislamiento de los grupos armados de su base social, la criminalización y combate ideológico hablan de una cierta estrategia de contención y desactivación, permitiendo explicar esa transposición desde el CCSP hacia la DSC como un proceso históricamente coherente, en un marco que contiene hechos impredecibles y que propician la toma de algunas decisiones dentro de una relativa continuidad con los afanes represivos de la anterior doctrina contrasubversiva.

## 9. Bibliografía

Acevedo, J. (2017): De la violencia política a la violencia delictual: seguridad ciudadana en el Chile de post-dictadura. 1990-1997. Tesis para optar al grado académico de Magíster en Historia, Mención Historia de América, USACH, Santiago.

Arévalo, B., (2003): Democracia, seguridad y fuerzas armadas en Guatemala: Introducción a las relaciones civiles-militares. Guatemala, FLACSO.

Beroíza, F. (2016): Las Políticas de Seguridad Interna en Chile (1973-2000). Continuidades y readecuaciones en perspectiva histórica. Tesis para optar al grado de Magíster en Historia, Mención Historia de Chile, USACH, Santiago.

Boeninger, E. (1997): Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad. Santiago, Editorial Andrés Bello.

Castillo, J. (1986): Democracia y Derechos Humanos. Chile, Instituto de Estudios Humanísticos, Editorial Pehuén.

Celis, S. (2010): Rebeldía y utopía, castigo y represión. Políticas Represivas en el primer gobierno de la Concertación. Reportaje para optar al título de Periodista, USACH, Santiago.

Dammert, L. (2004): “El gobierno de la seguridad en Chile 1973-2003”, pp. 259-282, en L. Dammert (Ed.). Seguridad Ciudadana: experiencias y desafíos. Valparaíso, I. Municipalidad de Valparaíso, Red 14 “Seguridad Ciudadana en la Ciudad”, URB-AL.

De Rentemería, I., (2005): “El estado de la seguridad ciudadana en Chile”, Revista Polis, 11. Disponible en web: <http://journals.openedition.org/polis/5759> [consulta: 20 abril de 2021]

Dirección de Instrucción del Ejército (1984): El Marxismo-Leninismo. Análisis Crítico, Estado Mayor General del Ejército.

Frei Montalva, E. (1984): El mensaje humanista, serie Ensayos, “Libros de HOY”, suplemento Revista Hoy. Chile, Fundación Eduardo Frei, Chile.

Fuentes Vera, J. (2009): Los Libros de la Defensa Nacional de Chile 1997-2002 como instrumentos de la política pública. Chile, Academia Nacional de Estudios Estratégicos (ANEPE).

Frühling H. y M. Weiser (1995): “La violencia contra el Estado en Chile: 1976 – 1991”, en H. Frühling (Ed.), El Estado frente al terrorismo. Santiago, Centro de Estudios del Desarrollo, CED, Editorial Atena.

Fuentes Wendling, M. (1981): Terrorismo Comunista. Su accionar en Chile. Chile, Ediciones E.C.O.S., Serie Alerta.

Goicovic, I. (2010): “Transición y violencia política en Chile (1988-1994)”, Revista Ayer, 79, pp. 59-86.

Hens, M. y J. Sanahuja (1995): “Seguridad, Conflictos y Reconversión Militar en América Latina”, Revista Nueva Sociedad, N°138, pp., 48-69.

Loveman, B. y E. Lira (2000): Las ardientes cenizas del olvido: Vía chilena de reconciliación política 1932-1994, Lom-DIBAM, Santiago.

Maldonado, C. (2002): Servicios de inteligencia en Sudamérica. Estado de situación en perspectiva comparada, Instituto de Cooperación para la Seguridad Hemisférica.

Ministerio del Interior (1987): Latinoamérica Frente al Terrorismo. Santiago, Oficina del Abogado Procurador General de la República, Universidad de Chile.

Pincheira I. (2014). “La doctrina de seguridad ciudadana y la criminalización de la protesta social en Chile pos-dictadura”, en Miedo, vigilancia social, alteridad. A 40

años del Golpe de Estado en Chile. Actas VII Escuela Chile-Francia, Santiago, Universidad de Chile y Embajada de Francia.

Ramos, M. y J. Guzmán (2000): *La Guerra y la Paz Ciudadana*. Santiago, Lom.

Rosas, P. (2004): *Rebeldía, subversión y prisión política. Crimen y castigo en la transición chilena, 1990-2004*. Santiago, Lom.

Soto, A. (2009): “La larga sombra del dictador”, en F. Camacho Padilla, F. (Ed.), *Los legados autoritarios en el Chile post Pinochet*. *Stockholm Review of Latin American Studies*, 5, pp. 5-15.

Tótoro, D. y J. Rebolledo (2021): *Rati: Agente de La Oficina. La “Pacificación” en Democracia*, Ceibo, Chile.

Valdivia V. (2017): *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918-1932)*. Santiago, Lom.

Sáez, L. (2017): *Sociedad Civil en disputa*”. *Prácticas de gobierno y repertorios de gestión de la izquierda armada a inicios de la Transición democrática en Chile. 1990-1994*. Tesis para optar al grado de Magíster en Ciencias Sociales, Mención en Estudios de la Sociedad Civil, USACH, Santiago.

S/A. (s/f): *Insurrección no violenta*. Asunción, Instituto Nacional de Estudios Histórico-Culturales, Secretaría FEAL-CENSUR, Editorial Cono Sur.

Varas, A. (1989): “*Jaque a la democracia: Terrorismo y anti-terrorismo en las relaciones sociales e internacionales contemporáneas*”. Chile, Flacso, documento de Trabajo N°427.

## 10. Fuentes

### Documentos

Bases del Diálogo para un Gran Acuerdo Nacional”, 22 de agosto, 1983.

“El Bloque Socialista ante la Profunda Crisis que vive el País”, 20 de diciembre de 1984.

“Carta de respuesta del Partido Demócrata Cristiano a la Comisión Política del Partido Comunista”, 17 de septiembre de 1986.

Revista Unidad y Lucha, N°99, diciembre de 1986.

“Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia”. En: Tagle, M. “Acuerdo Nacional”, Corporación Justicia y Democracia, Santiago, 1995.

PCCh, “Resoluciones del XVII Pleno del Comité Central”, El Siglo 12 de mayo de 1991, Separata.

“Funciones, Políticas y Gestión 1990 - 2000”, Ministerio del Interior, República de Chile, Chile, marzo del 2000.

### **Fondo digital del Archivo Institucional de la Universidad Alberto Hurtado**

Stange, R. “Correspondencia del General Director de Carabineros de Chile al Presidente Patricio Aylwin”, Archivo Período Presidencial, 3 de marzo de 1990.

Boeninger, E. “Informe de análisis al 25 de mayo de 1990”, Secretaría General de la Presidencia, Archivo Período Presidencial, 25 de mayo, 1990.

Arriagada, G. “¿Cómo luchar contra la violencia política?”, Archivo Período Presidencial.

Aylwin, P. “Memorándum de Reunión sobre Delincuencia, Violencia y Terrorismo”, Archivo Período Presidencial, 19 de marzo, 1991.

Congreso Nacional, “Proyecto de acuerdo”, 2 de abril de 1991.

“Informe de Análisis 12 de abril de 1991”, Ministerio Secretaría General de la Presidencia, Chile.

“Informe de Análisis 18 de mayo de 1991”, Ministerio Secretaría General de la Presidencia, Chile.

“Reunión Ejército”, 18 de junio de 1991.

### **Revistas y Periódicos**

Análisis, N°73, 17 al 31 de enero, 1984.

Apsi, N°86, 25 de agosto al 7 de septiembre de 1986.

El Mercurio, 29 de marzo de 1990.

El Mercurio, 22 de junio de 1990.

Análisis, del 7 al 13 de mayo de 1990.

Revista Hoy, N°689, del 24 al 30 de septiembre de 1990.

Qué Pasa, N°1034, 8 de abril de 1991.

Qué Pasa, N°1045, 1991.

Fecha de recepción: 5 de abril de 2021

Fecha de aceptación: 19 de junio de 2021

## Conciencia de clase en la Central Unitaria de Trabajadores y subordinación de clase en la democratización chilena (1990-1996)

Class consciousness in the Central Unitaria de Trabajadores and class subordination in the Chilean democratization (1990-1996)

**Gabriel A. ASTUDILLO<sup>1</sup>**

Investigador independiente, Chile  
astudillolar.g@gmail.com

### Resumen

El presente artículo aborda la subordinación de los sectores populares en Chile durante los años de democratización, caracterizados como un contexto de alta desigualdad. Para ello se analiza el tipo de conciencia de clase presente en la Central Unitaria de Trabajadores –principal organización de la clase trabajadora– respecto de la identidad de clase, de los intereses materiales y de la reflexión sobre la estructura social. Se identifica allí un tipo de conciencia de clase que se propone denominar como hipoconflictiva, caracterizada por la evasión del conflicto entre capital y trabajo, la idea de que coexisten intereses contradictorios e intereses compartidos entre propietarios y asalariados, y una reflexión sobre la estructura social chilena que combina elementos de crítica y de justificación del modelo económico neoliberal. La propuesta de este trabajo es entender que la conciencia es producto de las experiencias de clase con la influencia ideológica de los partidos que dirigen la organización sindical, lo que tiene amplias consecuencias en el marco teórico-moral desde el cual la CUT juzga las experiencias de clase y desarrolla orientaciones de acción colectiva.

**Palabras clave:** Conciencia de clase; Trabajadores; Desigualdad; Conflictividad social.

---

<sup>1</sup> Sociólogo chileno.

Gabriel A. Astudillo

Conciencia de clase en la Central Unitaria de Trabajadores y subordinación de clase en la democratización chilena (1990–1996)

Sur y Tiempo. Revista de Historia de América, N°4, julio-diciembre 2021, pp. 90-117.

ISSN 2452-574X

DOI: 10.22370/syt.2021.4.2914



## Abstract

This article explores the subordination of popular sectors in Chile during the years of democratization, characterized as a context of high inequality. To this purpose it's analyzed the type of class consciousness present in the Central Unitaria de Trabajadores –main organization of the working class– regarding class identity, material interests and reflection on the social structure. It's identified a type of class consciousness that is proposed to be called hypoconflictive, characterized by the avoidance of the conflict between capital and labor, the idea that contradictory interests and shared interests coexist between owners and employees, and a reflection on the Chilean social structure that combines elements of criticism and justification of the neoliberal economic model. The proposal of this work is to understand that consciousness is the product of class experiences with the ideological influence of the parties that lead the union organization, which has broad consequences in the theoretical-moral framework from which CUT judges class experiences, and develops guidelines for collective action.

**Keywords:** Class consciousness; Working class; Inequality; Social Conflict.

## 1. Introducción: desigualdad y conflictividad social

A lo largo del siglo XX en Chile, la desigualdad fue uno de los principales temas que articularon tanto a los movimientos sociales como el sistema de partidos. Desde los motines populares a comienzos de siglo (Garcés, 2003), pasando por el proyecto político de la Central Única de Trabajadores fundada en 1953 (Gaudichaud, 2005), hasta las protestas contra la dictadura convocadas por el Comando Nacional de Trabajadores (Araya, 2014; De la Maza y Garcés, 1985; Rojas, 2011; Manzano, 2014) había un reclamo explícito contra la desigualdad –aunque con distintas formas y grados de elaboración–, el cual motivaba la organización y la movilización.

En el mismo sentido, durante la primera mitad del siglo nacieron y se desarrollaron los partidos Comunista y Socialista, anclados en los sectores populares y la clase trabajadora organizada (Faletto y Ruiz, 1970). En ellos el marxismo se convirtió en la arquitectura teórica y moral desde la cual interpretar la sociedad, desarrollar orientaciones de acción de carácter conflictivo, y proponer proyectos de sociedad fuera de las relaciones capitalistas, precisamente como una respuesta al problema fundamental de la desigualdad.

Al término de la dictadura militar cambia radicalmente la problematización de la desigualdad que hacen los partidos que condujeron la democratización y que asumen los primeros gobiernos civiles. El Partido Socialista y la Democracia

Cristiana dejan de lado las críticas al sistema capitalista –fundamentadas en la cuestión de la desigualdad–, para adoptar dentro de su propio ideario un neoliberalismo que ha sido calificado como corregido (Garretón, 2012), abandonando la pretensión de construir estructuras sociales de carácter comunitario o socialista.

Esto se tradujo en que los gobiernos de la Concertación dieron continuidad al modelo económico implementado por la dictadura. Si bien autores afines a esta coalición han sostenido que el complemento del mercado mediante una acción estatal que califican como decidida a mejorar las condiciones de vida de los sectores más vulnerables, es algo que no cabe calificar como modelo neoliberal (Garretón, 2012; Ffrench-Davis, 2003), otros autores han argumentado que las políticas sociales focalizadas no mitigan las consecuencias de desigualdad para la población, y tampoco alteran la centralidad del mercado y la empresa privada, siendo éstos los aspectos definitorios del neoliberalismo (Moulián, 1997; Ruiz y Boccardo, 2014).

En ese sentido, los gobiernos de la Concertación no abordaron explícitamente el tema de la desigualdad, sino el de la pobreza (Espinoza, 2012), para lo cual plantearon políticas sociales focalizadas, que tenían como objetivo garantizar un nivel de subsistencia mínimo (Raczynski, 1995). Ello tendría como consecuencia el mantenimiento de altos niveles de desigualdad en la década de los 90.

Según datos de la encuesta CASEN, el coeficiente de Gini sube desde 0,57 en 1990 a 0,58 en 2000 (Ministerio de Desarrollo Social, 2012). Alvaredo, Atria, Flores, Mayer y Sanhueza (2016), basados en datos de impuestos internos, muestran que los ingresos del 0,01% más rico se habrían visto inalterados desde 1990 en adelante, mientras que Larrañaga (2001) demuestra que la desigualdad aumenta en el periodo neoliberal, sin diferencia significativa entre las aplicaciones que hicieron de éste la dictadura o la Concertación.

En ese contexto, la impugnación a la desigualdad generada por el modelo económico durante la dictadura fue uno, entre otros, de los reclamos que estaban a la base de las protestas contra la dictadura (Manzano, 2014; De la Maza y Garcés, 1985; Baño, 1985), especialmente en el involucramiento que tuvo el Comando Nacional de Trabajadores y la Coordinadora Nacional Sindical (Araya, 2014; Rojas, 2011), mientras que por contraste, en el retorno a la democracia no parece haber una impugnación explícita a la desigualdad por parte de movimientos populares masivos. Esta ruptura puede describirse en términos de desmovilización popular (Oxhorn, 1994; Hipsher, 1996; De La Maza, 2002).

Este artículo tiene como objetivo fundamental comprender la subordinación de los sectores populares en un contexto de alta desigualdad, en ruptura con un periodo inmediatamente anterior de altos niveles de movilización. Ello se hace desde el análisis de la conciencia de clase presente en la Central Unitaria de Trabajadores, principal organización de la clase trabajadora.

Al respecto hay diferentes hipótesis en la literatura. Por una parte, hay trabajos que han enfatizado que las reformas neoliberales produjeron un contexto de precariedad y flexibilidad del empleo que dificultó las capacidades de acción sindical (Drake, 2003; Muñoz, 2012; Julián, 2014) de un movimiento que venía de ser duramente reprimido por los militares (Drake, 2003; Álvarez, 2010).

Sin embargo, esta no parece una explicación suficiente. Aunque indudablemente hayan tenido efectos, tanto la represión como el giro neoliberal fueron obstáculos superados durante la dictadura, y se pudo desplegar un ciclo de movilización que tuvo como convocante público a los sindicatos y como epicentro a las poblaciones. En ese sentido, hay trabajos que han argumentado que el giro neoliberal y la represión a los sindicatos contribuyeron a la poblacionalización de la protesta (Álvarez, Pinto y Valdivia, 2008; Rojas, 2011; Moulián, 1997; De la Maza y Garcés, 1985; Iglesias, 2007), mientras que la existencia de redes “subterráneas” de organización territorial (Garcés, 2013) así como menores grados de institucionalización que dificultaron el control por parte de la dictadura (De la Maza y Garcés, 1985), fueron factores clave para que la explosión social en dictadura tuviera a las poblaciones como escenario más que los centros de trabajo. Por otra parte, de ser acertada la explicación de la baja conflictividad sindical como efecto del neoliberalismo –en estos términos–, en la posdictadura el movimiento población pudiera haber resistido en mejores condiciones organizativas, cuestión que de hecho no sucedió (Angelcos y Pérez, 2017; De La Maza, 2002; Paley, 2001).

En la literatura existe una segunda hipótesis para interpretar la baja conflictividad social en la postdictadura: la influencia política sobre las organizaciones. Los trabajos que han propuesto esta interpretación concluyen que, en la Central Unitaria de Trabajadores, principal organización de la clase trabajadora primó una orientación de defensa de la transición a la democracia, para lo cual se desarrolló una política de moderación del movimiento sindical y su capacidad reivindicativa (Zapata, 2004; Frias, 2008; Osorio y Gaudichaud, 2016). En ese sentido Zapata (2004: 148) sostiene que “los gobiernos de la Concertación consiguieron que los sectores populares hicieran suyas las prioridades de la ‘nueva democracia’ y auto-limitaran su capacidad contestataria, para pasar de una lógica de enfrentamiento a una lógica de consenso”.

Este planteamiento parece especialmente relevante, considerando que no solo entre 1988 y 1998 el presidente de la CUT fue Manuel Bustos, militante demócratacristiano, sino que además, como evidencia Osorio (2015), la concertación fue la fuerza hegemónica en el mundo sindical.

Tabla 1: Resultados de elecciones CUT por partidos políticos (1988 – 2000).

|              | <b>1988</b> | <b>1991</b> | <b>1996</b> | <b>1998</b> | <b>2000</b> |
|--------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|
| <b>DC</b>    | 38,4%       | 43,1%       | 25,8%       | 9,2%        | 47,6%       |
| <b>PS</b>    | 24,1%       | 34,9%       | 34,9%       | 46,0%       | 26,4%       |
| <b>PC</b>    | 22,2%       | 19,7%       | 28,1%       | 37,1%       | 24,7%       |
| <b>Otros</b> | 15,30%      | 2,30%       | 11,20%      | 7,70%       | 1,30%       |

Fuente: Osorio, 2015.

Analizando las tendencias electorales en Chile, Torcal y Mainwaring (2003) observan que en la posdictadura la clase trabajadora tendió a apoyar a los partidos de la Concertación. Considerando ello, Roberts (2002) ha sugerido que la mejor explicación para comprender la coexistencia en Chile de baja conflictividad social en el altísimo nivel de desigualdad, es que la DC y el PS habían dejado de movilizar políticamente los temas de clase.

Este artículo continúa esta misma línea de investigación para explorar qué factores posibilitan la subordinación de los sectores populares en un contexto de alta desigualdad. En ese sentido esta investigación no se enmarca en los estudios sobre sindicalismo o movimiento de trabajadores, sino en los estudios de clase. Para tal objetivo estudiar una organización sindical, por representativa que esta fuere, es un ejercicio incompleto, dejando pendiente otras dimensiones en que se expresa la clase trabajadora como son el movimiento poblacional o sus organizaciones políticas.

Sin embargo, estudiar una organización con altos niveles de institucionalización y mecanismos de carácter representativo de un entramado social que constituyen una parte significativa de la clase trabajadora organizada, presenta ventajas metodológicas para comprender los mecanismos de subordinación de clase. La organización política de una clase es un fenómeno cuyo estudio presenta una serie de problemas teóricos y empíricos como la disparidad de criterios para conceptualizar esa relación, la necesidad de demostrarla, y posteriormente discriminar con qué sectores existen lazos.

Por el contrario el caso del movimiento poblacional, donde la pertenencia de clase, si bien ha sido cuestionada, se puede argumentar desde la noción de experiencias de clase (Cury, 2018), presenta el problema de que en este periodo ha sido caracterizado como un archipiélago (De La Maza, 2002), lo que tiene la consecuencia de que establecer conclusiones generales no solo tiene el problema de reconstruir una muestra representativa en términos de fuentes, sino que también implica sistematizar esa fragmentación.

Si bien esos problemas deben enfrentarse para llegar a una interpretación robusta sobre el periodo, es razonable comenzar por el análisis de una organización cuya pertenencia de clase puede demostrarse desde sus propias definiciones, pero que además en el periodo de interés dejó cristalizadas sus posiciones en la

documentación producida: actas de conferencias, documentos de congresos y el periódico Unión y Trabajo (1990-1996) fueron las fuentes analizadas en esta investigación.

## 2. Conciencia de clase

Dentro de la literatura previamente citada llama la atención la interpretación que presenta Zapata (2004), donde propone que la subordinación de los sectores populares tendría una mezcla de influencia gubernamental y auto-constricción, exclusión o represión. Esta tesis parece estar en sintonía con lo propuesto por Erik Olin Wright (2000: 193-195) en relación a que las formas de conciencia empírica de clase son la variable explicativa de las tendencias a la movilización o desmovilización. En ese sentido, una deficiencia presente en varias de las investigaciones citadas (Zapata, 2004; Frias, 2008; Osorio y Gaudichaud, 2016; Torcal y Mainwaring, 2003; Roberts, 2002) es que no explicitan el esquema conceptual desde el cual es posible –o no– especificar las relaciones entre clase, experiencias de clase, conciencia, acción y partidos.

Por ello, la presente investigación busca no solo aportar nueva evidencia a una línea de investigación ya iniciada, sino que también proponer un esquema teórico para entender de manera más amplia el entrelazamiento entre la clase trabajadora en el neoliberalismo, la Concertación y un tipo específico de conciencia que tiene como consecuencia la subordinación de los sectores populares.

En los estudios de clase se ha usado la noción de conciencia de clase para describir aquellos aspectos subjetivos asociados a la desigualdad. El concepto puede rastrearse hasta los trabajos de Marx (1987; Marx y Engels, 1974), aunque no solo ha sido trabajado dentro del campo de los marxismos (Wright, 1994; Thompson, 2012; Lukács, 1978), sino que también ha sido relevante para algunos de los principales teóricos de la tradición weberiana (Parkin, 1978; Giddens, 1996; Lockwood, 1958).

Ambas tradiciones tienen un importante nivel de consenso sobre las principales dimensiones para estudiar. En los trabajos de Giddens (1996), Mann (1973) y Katznelson (1986) se encuentran sistematizadas aproximaciones que tienen al menos tres elementos comunes: identidad de clase, intereses materiales, y reflexión sobre la estructura social.

La identidad de clase no ha variado mucho de como fuera propuesta por Thompson (2012), en tanto que es el reconocimiento común de un grupo social diferenciado de otro en función de la posición que ocupan en la estructura social.

Si bien los intereses materiales generalmente están presentes, puede variar mucho la forma en que son conceptualizados. Así, mientras algunos autores se han centrado en la discusión de si los intereses materiales son objetivos o subjetivos

(Wright, 1993), otros se han enfocado en medir el nivel en que subjetivamente los grupos sociales ven que sus intereses se encuentran en oposición a los de otros grupos (Mann, 1973). Giddens (1996) plantea un aspecto particularmente relevante: que parte de las distintas formas de conciencia contienen diferentes formas de conceptualizar los intereses materiales: pueden ser atribuidos a los individuos, estructurados en clases, armónicos entre clases o conflictivos entre clases.

La reflexión sobre la estructura social es donde menor consenso hay. Mann (1973) y Giddens plantean que la idea –por vaga que sea– de una sociedad alternativa con la cual reemplazar la existente, constituyen una conciencia de tipo revolucionaria. El problema es que esa es una posibilidad –de hecho, la menos frecuente–, y no encajan bien aquellos tipos de conciencia que entienden el orden social como legítimo.

Esto lleva al problema del sistema de valores con el cual las personas juzgan lo que es justo y lo que no, y desarrollan consecuentes orientaciones de acción. Si bien el sistema de valores es recurrente en los trabajos sobre conciencia de clase (Thompson, 2012; Wright, 2000; Katznelson, 1986; Mann, 1973), suele ser mencionado, pero sin ocupar un lugar específico en la arquitectura conceptual.

Al respecto hay una posibilidad de diálogo muy fructífero con aportes teóricos provenientes desde diferentes perspectivas. Sumariamente, hay un importante consenso en los trabajos de Axel Honneth (2011) y Boltanski y Chiapello (2002). En ambos trabajos, la conciencia opera como un marco teórico-moral a partir del cual se juzgan como injustas determinadas experiencias.

Los grupos sociales subalternos suelen no ser capaces de expresar estas experiencias en forma de valores generalizables, sino en forma de reproche moral (Honneth, 2011) asociado a sentimientos de indignación que derivan directamente desde la experiencia. Desde ambas perspectivas los sentimientos de injusticia no devienen por sí mismos en crítica articulada. Para que eso suceda se requiere de apoyo teórico-argumentativo que sea capaz de interpretar las experiencias de injusticia: desarrollando un proceso de reconocimiento, identificación y codificación de aquello que es fuente de indignación, y de los principios de organización social en que se basa (Boltanski y Chiapello, 2002). De esta manera, el marco teórico-moral liga las situaciones de indignación con un sistema de valores y orientaciones de acción, hegemónicas, negociadas o radicales (Parkin, 1978) dependiendo si asuman los principios de los grupos sociales dominantes, en una corrección desde los principios hegemónicos o desde unos principios distintos.

De este modo para analizar la reflexión sobre la estructura social, como una dimensión de la conciencia de clase, se debe observar las críticas y valoraciones del orden social para, a partir de ellas, reconstruir el marco teórico-moral desde el cual se juzgan las experiencias de clase en términos de justicia o injusticia y se plantean orientaciones de acción colectiva.

Uno de los principales debates en el campo de estudios sobre clase es si los procesos de formación y conciencia de clase se desarrollan de manera espontánea a partir de la experiencia de vivir las estructuras capitalistas (Thompson, 2012; Wright, 2000; Giddens, 1996; Katznelson, 1986) o si, al contrario, estos procesos requieren de una intervención externa para adquirir expresión política (Przeworski, 1988; Parkin, 1978).

Al respecto Mann (1973), Boltanski y Chiapello (2002) y Honneth (2011) convergen en la idea de que existe una interacción entre las experiencias de clase y las ideologías elaboradas que operan como un análisis de estructuras en que se insertan las experiencias vividas, pudiendo legitimarlas, corregirlas o imaginar otras estructuras sociales alternativas.

Siguiendo este supuesto, estudiar la conciencia de clase de la Central Unitaria de Trabajadores requiere, necesariamente, ponerse en relación con los procesos de conversión ideológica y teórica que vivieron los dos principales partidos que dirigen la organización sindical en este periodo: la Democracia Cristiana y el Partido Socialista.

### **3. La renovación socialista y demócratacristiana**

El golpe de Estado de 1973 fue el catalizador de la conversión ideológica de la mayor parte de los sectores que en 1970 proponían alternativas no capitalistas para el país.

En el caso del PS, en 1979 se divide entre un sector que proclama la renovación, liderado por Carlos Altamirano y otro que la postergará hasta una década más tarde, liderado por Clodomiro Almeyda. Según relata Carlos Altamirano a Gabriel Salazar (2010), la división estuvo marcada por la convergencia de varios temas: alineaciones internacionales, la lectura de la derrota de la Unidad Popular, la política de alianzas que permitiera poner término a la dictadura, y la cuestión del marxismo. Podría resumirse el planteamiento inicial de la renovación en algo así como ruptura con los países socialistas, la interpretación de que la Unidad Popular había fracasado por la debilidad de no conformar un bloque por los cambios con la DC, lo cual señalaba la necesidad de la alianza estratégica con la Democracia Cristiana para retornar a la democracia. La cuestión del marxismo tenía dos problemas: por una parte, Altamirano sostiene que “nosotros cuestionábamos abiertamente la validez del marxismo-leninismo para interpretar la nueva realidad histórica que estábamos viviendo” (Salazar, 2010: 194), y por otra, la alianza con la Democracia Cristiana implicaba descartar el marxismo.

Así, podría condensarse la transformación ideológica del socialismo en tres elementos: el abandono del marxismo, la orientación a la democracia como proyecto político, y la renuncia a la transformación del capitalismo.

Primero, como señala Alvear (2013) el marxismo proveía una arquitectura conceptual para interpretar la realidad social en términos de oposiciones de clases además de una meta política a alcanzar. Conceptualizar la sociedad en términos de antagonismos fundamentales implicaba una concepción en la cual los intereses de clases se conciben como irreconciliables con las formas políticas e ideológicas de las clases dominantes. En ese sentido, aparece la meta política de sustituir el orden social capitalista, definido como ilegítimo e inhumano, y construir “sobre sus ruinas una sociedad socialista” (Almeyda, 1986: 185).

Alvear (2013: 64) plantea que el abandono del marxismo debilita progresivamente el abordaje de la problemática de la injusticias en el ámbito de la distribución de las riquezas y el trabajo, que a fines de la década de los ochenta sería conceptualizada con referencia a la “equidad”, en el lenguaje de los gobiernos concertacionistas y que la CEPAL (1992) elaborará como la orientación hacia el crecimiento con equidad.

El segundo punto es la relación de socialismo y democracia. Moulián (1997) señala que esta problemática fue el puntapié inicial de la renovación. Alvear (2013: 75) plantea que de hecho la idea de democracia reemplazó como meta política a la idea de socialismo, de manera que se puso “el problema del régimen político por sobre el problema del modo de producción”. Esto reforzaba el abandono de la concepción política vinculada al marxismo, en la medida en que había aspectos que no terminaban de estar alineados con el objetivo democrático, como era el pensamiento leninista que argumentaba la idea de dictadura del proletariado y podía justificar un régimen despótico. Moulián (1993) plantea que la necesidad imperiosa de desembarazarse del leninismo era dotarse de armas ideológicas contra la dictadura militar que enfrentaban en Chile.

Baño (1985) señala que este conjunto, acaba por vaciar de contenido propio la idea de socialismo, y la reduce a la posibilidad de existencia de un régimen democrático.

Una de las consecuencias de esta transformación de meta política y arquitectura conceptual, es la transformación de las formas de acción política. Si el socialismo antes de la renovación se basaba en la lucha de clases, en función de lo cual ponía a los sectores populares y la clase obrera como agentes privilegiados de la posibilidad de la transformación social; luego la renovación plantea la interpretación de que una de las causas del golpe de Estado fue la falta de articulación con el centro político, que los cambios no pueden ser impuestos por una minoría, sino que deben sostenerse con mayorías institucionales (Salazar, 2010; Valenzuela, 2014). Ello es lo que fundamenta inicialmente la búsqueda de alianza con la Democracia Cristiana. Pero tiene implícito un cambio en la lógica política, donde se abandona la conflictividad y la movilización social, y se reemplaza por la construcción de consensos, y negociación a nivel de élites al interior de las instituciones. En ese

contexto, se abandona el discurso popular del PS, y pasa a hablarse de un partido amplio, abierto a toda la sociedad, incluyendo las clases propietarias. El actor privilegiado por el PS ahora será sencillamente “la ciudadanía” (Valenzuela, 2014; Alvear, 2013).

Nótese que en la categoría de ciudadanía no existe una contradicción fundamental de intereses, lo cual implica una redefinición en la cual lo político en general, y el PS en particular, dejan de ser representantes del conflicto de intereses materiales entre clases (Alvear, 2013).

El corolario de la renovación socialista fue el abandono de las críticas sustanciales al capitalismo (Moulián, 1997), más allá todavía, no acepta la existencia de este modo de producción solo en términos instrumentales sino que en buena medida se incorpora a su propio ideario (Alvear, 2013), y lo hace en su versión neoliberal: “se asume la economía de mercado, hay duda con la intervención estatal, se prefiere optar por políticas que mejoran la capacidad emprendedora de las personas por sobre un Estado activo” (Valenzuela, 2014: 193).

En el caso de la Democracia Cristiana ha sido menos estudiada su transformación ideológica. En los años sesenta, respecto de la estructura social la DC proponía la “sustitución del régimen capitalista por un nuevo orden en el cual los trabajadores tengan la propiedad del capital y el goce de los beneficios de la producción; transformación, en consecuencia, del sistema capitalista en un sistema comunitario” (Instituto de Estudios Políticos del PDC, 1962: 20).

Moulián (1997) sostiene que este partido estuvo atravesado por las disputas entre una corriente socialcristiana que va a continuar propugnando por el comunitarismo, y una corriente que va progresivamente liberalizándose. En los ochenta, la posición oficial del partido ya no cuestiona el orden capitalista en general, pero sí la mercantilización extrema del neoliberalismo. En ese sentido se puede leer la producción de CIEPLAN, centro de investigación de la DC. Por ejemplo, Alejandro Foxley (1985) sostenía que el neoliberalismo no constituía una opción de desarrollo y crecimiento, dado su carácter excluyente, y debía ser reemplazado por un nuevo contrato social que reconstruyera una comunidad. En *Chile Actual* (1997), Moulián contrasta esas posiciones con el recuerdo de que pocos años más tarde, cuando el mismo Foxley fue ministro de hacienda de Aylwin, Andrés Allamand expresó que hubiera sido un excelente ministro de Pinochet, en referencia a la continuidad en la política económica que pocos años antes criticaba.

Al igual que en el caso del PS no se trata de una adaptación pragmática, sino la interiorización del neoliberalismo a la ideología propia. En la década del dos mil en un documento de síntesis del pensamiento partidario se sostenía que:

El mercado es el principal instrumento de asignación de los recursos.  
Debe ser lo más competitivo y transparente que sea posible. Se valora

en general la conveniencia de mercados abiertos e integrados (...) Valora en especial su capacidad demostrada para crear riqueza, favorecer el ascenso social e incentivar la innovación tecnológica y el avance científico (ICHEH, 2003: 63).

De esta cita se puede inferir una justificación de que el capitalismo es un sistema económico no solo beneficioso para los propietarios, sino para el conjunto de la sociedad. Además, se expresa una concepción de que los intereses en la sociedad son convergentes: no existen intereses distintos ni conflictivos entre clases.

En el próximo apartado se examinará en detalle la conciencia de clase presente en una CUT dirigida por militantes socialistas y demócratacristianos, y que, por lo tanto, fueron partícipes de estos procesos de conversión ideológica, y la influencia es notable.

#### **4. La conciencia de clase en la Central Unitaria de Trabajadores**

##### **4.1. Identidad de clase**

El carácter sindical de la organización, así como el nombre escogido marcan una cierta identidad de clase trabajadora, pero no es evidente cuál es el contenido de esa identidad. Sistematizando diferentes documentos, es posible destacar tres elementos.

En primer lugar, la clase trabajadora se define como aquella que vive de su propio trabajo: “(...) agrupa en su seno a todos los trabajadores manuales e intelectuales, sea que realicen su trabajo en forma dependiente o independiente – siempre que en este último caso vivan de su propio trabajo–”<sup>2</sup> (Central Unitaria de Trabajadores, 1990). Esto es relevante, puesto que derriba distinciones que tradicionalmente la literatura ha puesto de relieve para distinguir a la clase trabajadora de la clase media, como son la frontera entre trabajo manual y no manual, y entre asalariados e independientes y entre el sector industrial y manufacturero, el cual ni siquiera es mencionado (Braverman, 1981; Poulantzas, 2005; Goldthorpe y Erikson, 1992).

Luego, esta posición en la estructura social es descrita como un lugar que tiene cierta homogeneidad en sus condiciones de vida: los trabajadores corresponden a “los sectores de menores ingresos”<sup>3</sup> o una situación abiertamente de pobreza.

Tercero, además de homogeneidad en las condiciones de vida, se identifica que las personas que viven de su propio trabajo en Chile tienen una cierta

<sup>2</sup> Central Unitaria de Trabajadores, 1990. Primer Congreso Nacional Ordinario. Unidad para profundizar la democracia, Punta de Tralca: CUT.

<sup>3</sup> CUT, 1991. Tareas futuras de los trabajadores. Unión y Trabajo, Diciembre.

experiencia de clase compartida que es descrita como “la sufrida clase trabajadora chilena”<sup>4</sup>.

Es relevante destacar que, además, para la CUT la identidad de la clase trabajadora se distingue de otra clase: los empresarios. Las referencias encontradas entienden que esta posición en la estructura social comparte unas condiciones de vida que los sitúan como “grupos y sectores privilegiados”<sup>5</sup>, los que son beneficiados por el modelo económico<sup>6</sup>.

Sobre esto hay un elemento interesante. Si los trabajadores son definidos como quienes viven de su propio trabajo, la oposición lógica es que no son trabajadores quienes viven del trabajo ajeno, o lo que es lo mismo, viven de la explotación del trabajo. Sin embargo, no se encontró ninguna evidencia que describiera explícitamente en esos términos a la posición de los propietarios, por lo que es un elemento latente, que va describiendo un tipo de conciencia de clase que evade el conflicto entre clases.

## 4.2. Intereses materiales

De acuerdo a lo señalado por Giddens (1996) la primera pregunta es cuál es la unidad de la realidad social que es portadora de intereses materiales: los individuos o colectividades. Al respecto, se puede observar que la conciencia de clase presente en la CUT entiende que los intereses materiales son de orden colectivo y que se encuentran ordenados por las posiciones en la estructura social. Así, los trabajadores presentan unos intereses comunes y diferentes de los propietarios. La misión de la Central establece que ella “representará los intereses generales de los trabajadores”<sup>7</sup>, lo cual es reafirmado en diversas ocasiones en que se define “la representación de los intereses de los trabajadores, haciendo sentir su voz, luchando por sus reivindicaciones”<sup>8</sup>, o “asegurar la autonomía de nuestras organizaciones y elevar la eficacia de su acción en defensa de nuestros intereses comunes”<sup>9</sup>.

En el otro polo de la estructura social también se puede identificar la existencia de intereses colectivos: “los intereses de las castas privilegiadas”<sup>10</sup> o “intereses de las transnacionales y de los grandes empresarios”<sup>11</sup> los cuales aparecen representados por la dictadura militar y los partidos que la apoyaron.

<sup>4</sup> CUT, 1990. Nuestro interés por las reformas laborales. Unión y trabajo, Septiembre, p. 1.

<sup>5</sup> CUT, 1990. La tarea continúa. Unión y trabajo, Agosto, p. 1.

<sup>6</sup> CUT, 1993. Una modernización social. Unión y Trabajo, Julio.

<sup>7</sup> Central Unitaria de Trabajadores, 1990. Primer Congreso Nacional Ordinario. Unidad para profundizar la democracia., Punta de Tralca: CUT

<sup>8</sup> CUT, 1992. 25 de febrero, día de los mártires sociales. Unión y Trabajo, Febrero.

<sup>9</sup> CUT, 1992. Legalización de nuestra central. Unión y Trabajo, Abril.

<sup>10</sup> Central Unitaria de Trabajadores, 1992d. Propositiones Comisión n°1. s.l., s.n.

<sup>11</sup> CUT, 1992. Democracia como participación. Unión y Trabajo, Julio.

En este primer nivel de análisis hay un elemento imprevisto. La conciencia de clase de la CUT plantea la existencia de intereses nacionales, entendiendo que su acción colectiva debe “compatibilizar la defensa de nuestros intereses particulares con el interés general del país”<sup>12</sup>. Esto implica que son intereses que trascienden a las clases y son compartidos entre capital y trabajo.

En segundo lugar, se analiza específicamente cuáles son los intereses de cada categoría. Respecto de los intereses de la clase trabajadora, la multisindical establece como horizonte “alcanzar el reconocimiento pleno –político, social y laboral–, en igualdad de derechos, condiciones y posibilidades para su íntegra realización e incorporación al mundo laboral, al fruto mismo, por sueldos dignos y justos”<sup>13</sup>, lo que significa concretamente preocuparse “del mejoramiento económico, social y cultural de ellos, de sus familias y del pueblo en general, a través de su participación protagónica en los distintos ámbitos de la actividad social”<sup>14</sup>.

Esta definición contiene fundamentalmente dos elementos: el bienestar material de los trabajadores y la participación política. Ambos aparecen en oposición a la experiencia de clase caracterizada por la pobreza y la exclusión política en que se encuentran los trabajadores, y la estrategia para realizar esos intereses en este contexto es el mejoramiento mediante la corrección de la estructura social existente, incorporando políticas redistributivas.

Un tercio de los chilenos sigue viviendo en situaciones de pobreza y ellos no pueden seguir esperando. Se requiere desde ya una política redistributiva que corrija las tremendas diferencias y desigualdades que subsisten en el país, pese a los éxitos macroeconómicos conseguidos con el esfuerzo de todos, especialmente con el aporte de los trabajadores<sup>15</sup>.

Tenemos que ser capaces de sacar adelante las justas aspiraciones de los trabajadores y terminar pronto con la situación de pobreza que afecta a un tercio de chilenos y lograr una justa distribución de la riqueza<sup>16</sup>.

Nótese además que la organización de trabajadores pide permiso para plantear la crítica correctiva al modelo económico en función de sus intereses de clase. Allí se evidencia que existe una subordinación voluntaria de la clase trabajadora. Esta posición será especialmente notable entre 1990 y 1992, en que se

<sup>12</sup> CUT, 1994. Ante los cambios que vienen. Unión y Trabajo, Enero-Febrero.

<sup>13</sup> Central Unitaria de Trabajadores, 1992. Anexo 2. Coincidencias generales. s.l., s.n.

<sup>14</sup> Central Unitaria de Trabajadores, 1990. Primer Congreso Nacional Ordinario. Unidad para profundizar la democracia., Punta de Tralca: CUT.

<sup>15</sup> CUT, 1994. Los silencios del ministro de hacienda. Unión y Trabajo, Septiembre.

<sup>16</sup> CUT, 1996. Editorial. Unión y Trabajo, Abril.

desarrollan los acuerdos marco y la política de concertación social convocando diálogos entre los gremios empresariales, la CUT y el ministerio del trabajo.

Sin embargo, la experiencia de la Central es que esa política de diálogos entre Estado, capital y trabajo favoreció sistemáticamente a los empresarios, y la participación de los trabajadores fue meramente simbólica. En función de ello, hay un declive de esta conciencia ambigua, que “pide permiso” y se va delineando una crítica más explícita a lo injusta de la distribución de la riqueza en el modelo económico neoliberal, dándole relativamente menos importancia a su capacidad de producir riqueza. En consecuencia, va surgiendo más nítidamente el objetivo de un modelo redistributivo: “ya no queremos, ni tampoco aceptaremos, que estas se sigan postergando con la excusa de que los cambios solo son posibles en la medida que lo permita el modelo económico, que ha beneficiado principalmente a los empresarios”<sup>17</sup>.

Con respecto a la dimensión política en los materiales analizados la conciencia de la CUT enlaza participación y democracia. Se argumenta que esta última constituye un interés de clase para los trabajadores y, por lo tanto, que el movimiento sindical debe luchar por ella. La visión de la central es que la democracia instaure un campo de igualdad entre las personas que pone límites a la concentración del poder en la esfera de económica y que las instituciones democráticas debieran ser un contrapeso al poder empresarial. De esta manera se entiende a la democracia como el régimen político idóneo para que los trabajadores puedan realizar sus intereses de clase. En sus palabras:

Nuestro objetivo principal ... es la consolidación y profundización del sistema democrático, que es el único que nos permite luchar con eficacia por nuestras legítimas reivindicaciones<sup>18</sup>.

(...) debe tenerse presente nuestra férrea voluntad de defender esta Democracia que avanza y el desarrollo con participación y justicia, para que nunca más grupos y sectores privilegiados abusen y exploten sin contrapeso a los chilenos indefensos ante la ley y el poder del dinero de los egoístas y antisociales<sup>19</sup>.

Luego de determinar que en la conciencia de la CUT existía la visión de unos intereses comunes a los trabajadores, de acuerdo a las discusiones teóricas, cabe la pregunta de si esos intereses son diferentes a los que portan los propietarios. En ese sentido, en los materiales analizados son relativamente pocas las referencias explícitas que den cuenta de cuáles serían, para la CUT, los intereses específicos de

<sup>17</sup> CUT, 1993. Una modernización social. Unión y Trabajo, Julio.

<sup>18</sup> CUT, 1990. Crecimiento de un 40 por ciento en 2 años. Unión y Trabajo, Agosto, p. 4.

<sup>19</sup> CUT, 1990. La tarea continúa. Unión y trabajo, Agosto, p. 1.

los empresarios. Esto profundiza la interpretación presentada en la dimensión identidad de clase, con respecto al tipo de conciencia que evade nombrar y abordar el antagonismo entre capital y trabajo.

Por otra parte, esta situación de escasa evidencia implica que para discriminar cuáles percibe la central que serían los intereses materiales de los propietarios, éstos deben inferirse de manera indirecta a través de la acción colectiva de los gremios empresariales.

Entre las formas de acción de clase de los propietarios que identifica la Central se puede destacar la persecución y represión sindical: “En la mayoría de los casos los empresarios mantienen una conducta de abuso y atropello a nuestros derechos, persecución a nuestras organizaciones. La concertación sindical-empresarial que el país requiere sigue esperando una contribución más decisiva del empresariado”<sup>20</sup>.

Una segunda forma de acción tiene que ver con la defensa pública de una institucionalidad laboral ampliamente beneficiosa para los propietarios, realizando “una campaña propagandística de algunas organizaciones de empresarios y sectores políticos en contra de las reformas”<sup>21</sup>. Sin embargo, la multisindical evidencia que no se trata de una mera defensa de la legalidad, puesto que “[...] incluso esta mala legislación es violada en los hechos por muchos malos empresarios, sin que el gobierno ejecute un masivo y riguroso plan de fiscalización”<sup>22</sup>.

También se menciona el pago de bajos salarios como una acción deliberada, “pensamos que ningún empleador, empresario o patrón debería pagar a sus trabajadores menos de lo que él sabe que no alcanza para sobrevivir”<sup>23</sup>.

En esto caben algunos puntos de la mirada conjunta que tiene la CUT sobre la acción empresarial, que se describe como un “poder patronal y empresarial frecuentemente intransigente”<sup>24</sup>, donde “existen sectores –sobre todo entre el empresariado– que se niegan a aceptar condiciones de igualdad que permitan encontrar soluciones negociadas y consensuadas”<sup>25</sup>.

Aquí caben dos observaciones más. La primera es que llama la atención la búsqueda de diálogo por parte del movimiento sindical frente a la experiencia de un empresariado intransigente y que no está dispuesto a ello. La segunda es que, aunque no es definido explícitamente en estos términos, parece razonable interpretar que la idea latente en la conciencia de la CUT es que el interés material que le da sentido a la acción colectiva de los propietarios es la maximización de la

<sup>20</sup> CUT, 1992. Un balance necesario a 1992. Unión y Trabajo, Diciembre.

<sup>21</sup> CUT, 1990. La tarea continúa. Unión y trabajo, Agosto, p. 1.

<sup>22</sup> CUT, 1992. Diálogo y movilización por nuestros intereses. Unión y Trabajo, Septiembre.

<sup>23</sup> CUT, 1991. Informe Rettig. Unión y Trabajo, Marzo.

<sup>24</sup> CUT, 1991. Desarrollo institucional. Unión y Trabajo, Agosto.

<sup>25</sup> CUT, 1993. Con el pasado se construye el presente y el futuro. Unión y Trabajo, Abril.

ganancia. En ambas observaciones puede notarse que la conciencia de clase presente en la CUT se encuentra tensionada, evadiendo una relación conflictiva que en la práctica experimentan de manera sistemática.

Como se mencionó previamente, resulta imprevisto encontrar una tercera categoría de intereses materiales no fundados en las clases: intereses nacionales. En relación a ellos la organización sindical define “la necesidad de que todos los chilenos asumamos un compromiso de velar por los intereses generales del país, especialmente en términos de consolidar la democracia y de mantener un crecimiento económico sostenido, con justicia y equidad”<sup>26</sup>.

El crecimiento económico aparece como resultado de la cooperación entre capital y trabajo, de tal manera que ambas partes se ven beneficiadas y pueden mejorar su bienestar material. Nótese que la organización no se limita a identificar analíticamente que la creación de riqueza se produce por la cooperación de dos partes, sino que hay una valoración y un reconocimiento moral tanto al “(...) aporte del sector privado al crecimiento económico”<sup>27</sup> como el que realizan los propios trabajadores, aun cuando no hay referencias que detallen en qué consistiría específicamente tal aporte.

Con respecto a la democracia es llamativo que se le define al mismo tiempo como un interés de la clase trabajadora y como un interés nacional. Si en el primer caso se argumentaba que es el sistema que mejor permite la lucha de los trabajadores, en este nivel se plantea que es un fin y un valor en sí mismo, no reductible y no instrumental. Es una forma institucional basada en la igualdad de derechos y valor de las personas: “La democracia, entendemos, es una forma de vida y relación entre hombres y mujeres, definida por el valor de la libertad y de los límites a los grupos que concentran el poder. Sin duda, no es solo un método de elección, sino el ejercicio pleno de los derechos de todos”<sup>28</sup>.

Si bien no se utiliza la palabra igualdad para describir las instituciones democráticas, la idea del ejercicio pleno de los derechos de todos permite interpretar en esa dirección la concepción de la CUT, en el sentido de que “la participación democrática implica la manifestación de todos los sectores. Es así, que en el libre espacio que otorga la democracia, surgen cuestionamientos, demandas que deben encontrar los canales de expresión necesarios”<sup>29</sup>. De esta manera el imaginario que existe sobre la democracia es que las desigualdades surgidas en el ámbito del mercado no se proyectan hacia las instituciones que canalizan en igualdad de condiciones las demandas de los grupos sociales.

Esto es de tal importancia para la multisindical que expresa la subordinación

<sup>26</sup> CUT, 1994. Ante los cambios que vienen. Unión y Trabajo, Enero-Febrero.

<sup>27</sup> CUT, 1994. El rol de las empresas públicas. Unión y Trabajo, Noviembre.

<sup>28</sup> CUT, 1992. Democracia como participación. Unión y Trabajo, Julio.

<sup>29</sup> CUT, 1992. Democracia como participación. Unión y Trabajo, Julio.

del bienestar material de los trabajadores: “La CUT ya hizo su aporte a la transición democrática al aceptar la forma gradual en que se está tratando de dar respuesta a los problemas de los trabajadores”<sup>30</sup>.

Aquí hay dos fisuras discursivas que destacar. Primero, esta concepción implica que para la Central los intereses de los propietarios no solo son legítimos de ser expresados y realizados, sino que se asume que ello es beneficioso no solo para el capital, sino para el conjunto del país, por ello es un interés nacional.

Y lo es porque, como se evidenciará en los siguientes apartados, la organización defiende la tesis de que una economía basada en la empresa privada ha tenido una gran capacidad de creación de riqueza que beneficia a toda la comunidad. En ese sentido la democracia expresa un mecanismo de mediación consensual entre los intereses de capital y trabajo, lo cual maximiza el bienestar material de ambos. Ello se plantea en oposición a la experiencia de la dictadura, donde los intereses del capital se impusieron en el Estado mediante la violencia. En ese sentido, no cabe interpretar la conciencia de la Central como una conciencia hegemónica, en tanto que no asume que el interés de la clase dominante como un interés nacional, sino que el interés nacional es que la dominación de clase no recurra a la violencia, sino que se exprese por mecanismos consensuales. Es, por ello, una conciencia subordinada.

Esto abre la segunda fisura. Si la democracia es un interés nacional implica que es un interés compartido por los capitalistas. El problema es que si la democracia es definida como un sistema que pone límites a los sectores privilegiados –de tal modo que los grupos subordinados puedan participar de la igualdad de derechos–, no es evidente por qué una democracia participativa sería un interés concreto para las élites. En las fuentes consultadas para esta investigación no se encontró ninguna respuesta a esta cuestión, sin perjuicio de que ella pudiese encontrarse en otras fuentes.

Luego de haber constatado que en la conciencia de la organización sindical existían tanto intereses nacionales como intereses de clase, la pregunta teórica que sigue es cómo se entendía la relación entre los intereses materiales de capital y trabajo. Al respecto se plantea que en la conciencia de la Central coexisten relaciones de contradicción y de convergencia.

En principio el problema de la distribución de la riqueza es una dimensión en que hay contradicción de intereses, pero recuérdese que la tesis de la CUT es que los intereses económicos de los trabajadores se realizan en la medida en que hay instancias de participación democrática, y ellas consisten en contrapesos a los grupos de poder. En ese sentido a nivel político también hay –en cierta forma– contradicción de intereses.

<sup>30</sup> CUT, 1992. Constituidas las comisiones tripartitas. Unión y Trabajo, Junio, p. 15.

Sin embargo, parte de la concepción de democracia que plantea la organización va en la línea de la institucionalización de intereses contrapuestos entre grupos sociales, y abordar esas diferencias por medio de la negociación y la búsqueda de consensos, sin recurrir a la confrontación. De ahí puede deducirse la noción de que, si bien el carácter interrelacionado de las posiciones de riqueza y pobreza impone cierta estructura de contraposición de intereses, no está dado que ellos sean antagónicos, sino que es posible la convergencia. Si la relación entre los intereses es de contradicción o convergencia es una cuestión contingente donde interviene también la voluntad de los propietarios: “Pero pedimos a los empresarios que hagan un esfuerzo mayor al que han hecho hasta ahora”<sup>31</sup>.

Los intereses nacionales, la democracia y el crecimiento económico aparecen como instancias que no solo son resultado de la cooperación entre trabajadores y capitalistas, sino que son contextos que facilitan la convergencia entre clases maximizando el beneficio mutuo de bienestar material, aún dentro del marco desigual del neoliberalismo. De manera más general puede inferirse que lo que la conciencia de la multisindical propone como su horizonte de justicia consiste en corregir las desigualdades existentes mediante complementos a las relaciones capitalistas existentes de modo tal que haya equilibrios entre clases, y no su transformación o reemplazo por otra estructura que supere la existencia de las desigualdades de clase, como propusiera en su declaración de principios la antigua Central Única de Trabajadores, fundada en 1953 (Gaudichaud, 2005: 83).

Hay evidencia que permite sostener razonablemente que esta concepción de justicia es producto de la influencia demócratacristiana, militancia predominante en la dirección de la organización hasta 1996.

La llamada “Doctrina Social de la Iglesia” (...) proclama la dignidad del Hombre, de todo hombre, establece los deberes generales del Estado en torno al bien común, el respeto a la dignidad de los obreros, el principio de salario justo como una relación entre lo convenido y lo necesario, la relación entre propiedad privada y el bien común, el derecho de asociación de todo ciudadano y, en general plantea la sociedad como un todo armónico con equilibrios de las clases sociales, afirmando que los deberes de justicia son imperativos en la sociedad humana. Deberes de obreros y patrones<sup>32</sup>.

Nótese que allí se plantea el horizonte normativo de una sociedad armónica, la cual consiste en desigualdades dentro de cierto margen de equilibrio que permita condiciones de vida dignas a la fuerza de trabajo. Esta idea de

<sup>31</sup> CUT, 1994. Lo que viene. Unión y Trabajo, Diciembre.

<sup>32</sup> CUT, 1991. Día internacional del trabajo. Unión y trabajo, Abril.

equilibrio supone un tipo de relación de reconocimiento mutuo entre propietarios y trabajadores que fundamenta la cooperación y la construcción de consensos, en oposición a una relación de confrontación. Es especialmente relevante que esta sea la orientación de valor del movimiento sindical, puesto que, como se verá más adelante, la experiencia de clase de los trabajadores en el neoliberalismo no solo se distancia de esta concepción, sino que ella pone en duda las premisas sobre las cuales descansa la posibilidad del consenso entre capital y trabajo.

### 4.3. Reflexión sobre la estructura social

El referente empírico para analizar esta dimensión de la conciencia de clase es el juicio que existe sobre el modelo neoliberal, desde la clave de lectura que proponía Honneth (2011): que los grupos subordinados expresan sus concepciones morales propias en forma de criterios de reproche, antes que como valores generalizables argumentados.

La organización sindical caracteriza al neoliberalismo por aspectos comúnmente mencionados en la literatura (Garretón, 2012; Ffrench-Davis, 2003): predominio del sector privado, apertura económica exterior, primacía de los mecanismos de mercado y relaciones laborales desequilibradas en favor del empresariado: “(...) el sector privado se constituye en el pilar absoluto de la modernidad y desarrollo”<sup>33</sup>; “(...) intentan demostrar que los salarios de los trabajadores están bien y, por lo tanto, no es necesaria ninguna reforma de las leyes laborales, por cuanto el “mercado” resolvería las cosas”<sup>34</sup>.

Este modelo tiene una misma consecuencia en múltiples dimensiones de la vida social, la producción de desigualdad:

Cotidianamente verificamos las diferencias que existen en la calidad de la educación, en las prestaciones de servicios de salud, en el tipo de vivienda que se construyen, en la seguridad social que se recibe y en general en la desigual distribución de la riqueza que el país produce<sup>35</sup>.

El mejoramiento de los sueldos ha beneficiado fundamentalmente a los gerentes y ejecutivos de alto nivel<sup>36</sup>.

Además de la desigualdad en la distribución de la riqueza y las condiciones de vida, en los documentos de la CUT se puede identificar la crítica al neoliberalismo respecto de la distribución del poder económico que produce:

<sup>33</sup> CUT, 1994. El rol de las empresas públicas. Unión y Trabajo, Noviembre.

<sup>34</sup> CUT, 1995. Mentiras y embestida empresarial. Unión y Trabajo, Marzo.

<sup>35</sup> CUT, 1993. Una modernización social. Unión y Trabajo, Julio.

<sup>36</sup> Central Unitaria de Trabajadores, 1992a. Anexo 2. Coincidencias generales.. s.l., s.n.

“Rechazo de la CUT al control del sistema previsional por parte del sector empresarial y, en particular, de los grupos económicos y las transnacionales”<sup>37</sup>; “una tendencia neoliberal que margina a las organizaciones de los trabajadores y presenta nuestros legítimos derechos como un obstáculo para el desarrollo económico”<sup>38</sup>.

También se observa evidencia de críticas del movimiento sindical a los fundamentos del modelo económico, en relación al mercado como principal forma de asignación de los recursos y de distribución del bienestar en la sociedad. Así ya se advertía en la crítica a la fijación de los salarios por mecanismos de oferta y demanda, pero más en general plantean que: “Seguir pensando que el sector privado es capaz de resolver los problemas de mala distribución es un error. (...) los grandes problemas que afectan a la sociedad no han encontrado solución en base al libre mercado dirigido por el sector privado”<sup>39</sup>.

Sin embargo, son escasas las propuestas en otra dirección que se pueden encontrar en los documentos. En términos generales se propone “impulsar una estrategia de desarrollo económico que esté al servicio de las grandes mayorías”<sup>40</sup>, y hay innumerables referencias en la línea de “un sostenido crecimiento económico con justicia y equidad”<sup>41</sup>. Nótese que este proyecto de sociedad es precisamente el elaborado por los intelectuales concertacionistas (CEPAL, 1992; Garretón, 2012; Ffrench-Davis, 2003)

Sin embargo, el horizonte de crecimiento con equidad no es desarrollado por la CUT más que en dos aspectos: la necesidad de políticas redistributivas y unas relaciones laborales equitativas entre trabajadores y empleadores.

Sobre ello, a partir de la oposición lógica de los elementos de definición y crítica del neoliberalismo, podría proponerse una hipótesis estructural de la estructura social alternativa que podría haber estado latente en la conciencia de la multisindical: no predominio del sector privado, presencia de medidas proteccionistas, el uso de mecanismos de asignación de recursos distintos del mercado, y una participación deliberativa de los trabajadores. Todos son elementos dentro del marco de las relaciones capitalistas, y buscan una mejora en las condiciones de negociación entre capital y trabajo.

En ese sentido, llama la atención que casi la totalidad de las críticas sobre la estructura social refieren al concepto de neoliberalismo, y casi no existen referencias sobre el sistema capitalista más en general. La única referencia explícita encontrada plantea que “el capitalismo busca incrementar la producción reduciendo

<sup>37</sup> CUT, 1991. II Conferencia nacional. Unión y Trabajo, Mayo.

<sup>38</sup> CUT, 1994. Otro año construyendo futuro. Unión y Trabajo, Agosto.

<sup>39</sup> CUT, 1994. El rol de las empresas públicas. Unión y Trabajo, Noviembre.

<sup>40</sup> CUT, 1991. II Conferencia nacional. Unión y Trabajo, Mayo.

<sup>41</sup> CUT, 1990. Las proyecciones y metas se superaron. Unión y Trabajo, Agosto, pp. 2-3.

la cantidad de trabajadores empleados. Esto no sería grave si el gobierno y los empresarios, simultáneamente, crearan nuevos puestos de trabajo”<sup>42</sup>. En ella se puede observar dos cosas.

Primero, que no hay una comprensión de la estructura que produce desigualdad en función de las relaciones sociales. No parece que la reducción de los trabajadores empleados sea una definición del sistema capitalista. Puede que efectivamente sea una consecuencia de la aplicación de lógicas capitalistas al interior de las unidades productivas, pero no describe ni las relaciones sociales que lo constituyen, como ha hecho el marxismo para definir el capitalismo; como tampoco describe aquellas lógicas de acción económica típicas del capitalismo, como por ejemplo ha planteado la tradición weberiana.

Segundo, en términos políticos, esta interpretación de crítica por las externalidades negativas que existen, no solo podrían hipotéticamente ser corregidas al interior de relaciones capitalistas (en este caso, si los mismos propietarios o el gobierno crearan nuevos puestos de trabajo); sino que, de hecho, la problemática del empleo, generación y pérdida de puestos de trabajo, es uno de los temas más recurrentemente abordados en los discursos hegemónicos, por ejemplo en la idea de “la creación de empleo”.

Por último, es preciso señalar que también hay formas de justificación del neoliberalismo que van a ser particularmente relevantes entre 1990 y 1992. Éstas se encuentran como matiz a las críticas antes señaladas, oponiéndoles los logros del modelo en términos económicos.

Aunque reconocemos la necesidad de medidas antiinflacionarias y valoramos la estabilidad de las variables macroeconómicas, no podemos aceptar que nuevamente el control futuro de la inflación sea realizado a través de la pérdida del poder adquisitivo de los trabajadores<sup>43</sup>.

El país exhibe logros macroeconómicos que son indiscutibles y que es preciso valorar, pero que no son suficientes para resolver la dramática situación de pobreza que afecta a un tercio de los chilenos<sup>44</sup>.

## 5. Conclusiones

A lo largo del desarrollo de este artículo ya es posible apreciar varios elementos que permiten comprender la subordinación de los sectores populares en el contexto de alta desigualdad que caracterizó el periodo de postdictadura.

<sup>42</sup> Central Unitaria de Trabajadores, 1992. Anexo 2. Coincidencias generales. s.l., s.n.

<sup>43</sup> CUT, 1990. Ya hemos sido sometidos a sacrificios que son excesivos. Unión y Trabajo, Octubre, p. 12.

<sup>44</sup> CUT, 1992. Un balance necesario a 1992. Unión y Trabajo, Diciembre.

Sumariamente, en la principal organización de la clase trabajadora existía una conciencia marcada por una identidad de clase trabajadora que, si bien se atribuye a una posición en la estructura social que tiene unas condiciones de vida homogéneas, y diferentes de otro grupo social que no vive de su propio trabajo, se evade el nombrar esa relación en términos que pudieran explicitar un conflicto latente. Con respecto a los intereses materiales, estos no son taxativamente diferentes y opuestos entre capital y trabajo, como señalaba Thompson (2012). Por el contrario, hay intereses nacionales que son comunes a explotadores y explotados, y se insiste – contra la experiencia– en la posibilidad de convergencia de los intereses de trabajadores y capitalistas. Junto con ello hay un juicio ambiguo de la estructura neoliberal, donde convive la crítica correctiva con la justificación. Se propone denominar este tipo de conciencia de clase como una conciencia hipoconflictiva.

Desde esta forma de conciencia se comprende la apuesta por formas de acción de clase mediante la argumentación racional hacia los gremios empresariales y el gobierno, y la canalización institucional de demandas bajo la nueva administración civil del Estado.

Pero esa no es, todavía, la explicación completa. Especialmente en la reflexión sobre la estructura social se observan exigencias de justicia cuya elaboración teórico-moral es fragmentaria. No es que no exista un apoyo teórico argumentativo que reconozca, identifique y codifique las experiencias de injusticia (Boltanski y Chiapello, 2002) vividas en el marco de relaciones de clase, sino que el apoyo teórico-argumentativo que está presente busca deliberadamente la convergencia entre capital y trabajo.

Como se argumentó previamente, de acuerdo a la propuesta de Honneth (2011) las experiencias de injusticia interactúan con las ideologías elaboradas que intervienen sobre la clase trabajadora, por lo que se debe hacer el ejercicio de conectar los procesos de transformación ideológica en los partidos que presidieron la organización sindical. Al respecto la renovación socialista reemplaza la arquitectura conceptual que entendía los procesos sociales y políticos en términos conflictivos, por una concepción que ya no tiene como tema principal a la estructura social, sino el régimen político, y que no solo abandona la idea de reemplazar el capitalismo por otra estructura social, sino que valora positivamente el neoliberalismo, aunque le plantea correcciones parciales.

En el caso de la Democracia Cristiana, hay una postura histórica de rechazo a las interpretaciones de lo social basadas en antagonismos de clase. Pero esa negativa en los años sesenta se expresó en un proyecto de sustitución del capitalismo por otra estructura social que resolviera las problemáticas de la clase trabajadora mediante formas de propiedad colectiva de los medios de producción, la cual es abandonada por el partido y, al igual que en el PS, se interioriza el capitalismo neoliberal en el propio ideario demócratacristiano.

Así, puede entenderse la renuencia de la Central Unitaria de Trabajadores dirigida por la Democracia Cristiana a la conflictividad social, y que, por el contrario, insista en la posibilidad de convergencia de los intereses entre propietarios y trabajadores, aún en contra de la experiencia sistemática que la misma organización describe.

En el caso de la evaluación del modelo neoliberal también puede rastrearse la influencia ideológica de los partidos en la medida en que está presente exactamente la misma justificación en la reflexión de los partidos y la CUT: la eficiencia y su capacidad de producir riquezas. También es compartida la crítica a los efectos en desigualdad y la referencia a una posible estructura alternativa de corrección dentro del marco neoliberal, definido como un modelo de “crecimiento con justicia”. Este horizonte explícito en la conciencia de clase de la CUT fue imaginado por los partidos de la Concertación en su programa fundacional (Fazio, 1996: 32-33), como también fue trabajado posteriormente por intelectuales y economistas cercanos a esta coalición (CEPAL, 1992; Ffrench-Davis, 2003; Garretón, 2012).

Al examinar así, punto a punto, la influencia ideológica y política de la Concertación sobre el movimiento de trabajadores, parece una simple correa de transmisión. Y aunque es posible que algo de eso haya existido, sería una visión simplista del proceso, especialmente en el contexto de los matices planteados por los trabajadores, e incluso las disputas que surgieron con los gobiernos de esta coalición.

Parece más explicativo sostener que la subordinación popular en el contexto de alta desigualdad se debe a que la adopción del sistema de valores dominante – parafraseando la expresión de Parkin (1978)– que se produjo en el Partido Socialista y la Democracia Cristiana dejó a la clase trabajadora organizada sin un referente que le permita interpretar su situación en términos radicales. Más en profundidad, de acuerdo a las reflexiones de Honneth (2011) y Boltanski y Chiapello (2002), la renovación tendría como consecuencia la desvinculación de las experiencias de injusticia de una comprensión teórico-moral que realice el proceso de identificación y codificación, y comparación con otras estructuras sociales posibles, y que de hecho históricamente hicieron ambos partidos con las ideas de socialismo y comunitarismo.

De esta manera se puede argumentar que la comprensión teórico-moral orientada hacia la convergencia de clases presente en la conciencia hipoconflictiva, es consecuencia del proceso que viven los partidos que lideran las organizaciones de la clase trabajadora. Ello tendría como consecuencia el impedir que las demandas de justicia sean articuladas y expresadas políticamente.

## 6. Referencias

Almeyda, C. (1986): *Pensando a Chile*. Santiago: Terranova.

Alvaredo, F. y otros, (2016): "Top incomes in Chile: a historic perspective of personale-income inequalities (1962-2014)", en Conferencia Internacional 2016 Desigualdades COES-LSE. Santiago, COES-LSE, pp. 468-502.

Álvarez, R., Pinto, J. y Valdivia, V. (2008): *Su revolución contra nuestra revolución*, Vol. II. Santiago, LOM.

Álvarez, R. (2010): "¿Represión o integración? La política sindical del régimen militar. 1973-1980", *Historia*, 43, pp. 325-355.

Alvear, F. (2013): *Genealogía de una ruptura*. Tesis de grado. Santiago, Departamento de sociología, Universidad de Chile.

Angelcos, N. y M. Pérez (2017): "De la "desaparición" a la reemergencia: Continuidades y rupturas del movimiento de pobladores en Chile", *Latin American Research Review*, (52).

Araya, R. (2014): "Cambios y continuidades en el movimiento sindical chileno en los años 80. El caso del Comando Nacional de Trabajadores", *Historia (Santiago)*, pp. 11-37.

Baño, R., (1985): *Lo social y lo político*. Santiago, FLACSO.

Boltanski, L. y É. Chiapello (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid, AKAL.

Braverman, H. (1981): *Trabajo y capital monopolista*. México, D.F., Nuestro Tiempo.

CEPAL (1992): *Equidad y transformación productiva*. Santiago, CEPAL.

Cury, M. (2018): *El Protagonismo popular chileno. Experiencias de clase y movimiento sociales en la construcción del socialismo, 1964-1973*. Santiago, LOM.

De La Maza, G. (2002): "Los movimientos sociales en la democratización de Chile", en P. Drake e I. Jaksic (comp.), *El modelo chileno: democracia y desarrollo en los noventa*. Santiago, LOM.

De la Maza, G. y Garcés, M. (1985): *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional 1983-1984*. Santiago, ECO.

Drake, P. (2003): "El movimiento obrero en Chile: de la Unidad Popular a la Concertación", *Revista de Ciencia Política*, 23(2), pp. 148-158.

Espinoza, V. (2012): El reclamo chileno contra la desigualdad de ingresos. Explicaciones, justificaciones y relatos, *Izquierdas*, pp. 1-25.

Faletto, E. y E. Ruiz (1970): Conflicto político y estructura social, en *Chile Hoy*. México/Santiago, Siglo XXI, pp. 213-254.

Fazio, H. (1996): El programa abandonado: balance económico social del gobierno de Aylwin. Santiago, LOM.

Ffrench-Davis, R. (2003): Entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad. Santiago, LOM.

Foxley, A. (1985): Para una democracia estable. Santiago, Editorial Aconcagua.

Frias, P. (2008): Desafíos del sindicalismo en los inicios del siglo XXI. Santiago, Clacso.

Garcés, M. (2003): Crisis social y motines populares en el 1900. Santiago, LOM.

Garcés, M. (2013): "Las luchas urbanas y la política chilena", *Trashumante*. *Revista Americana de Historia Social* (1), pp. 74-95.

Garretón, M. A. (2012): Neoliberalismo corregido y progresismo limitado. Santiago, ARCIS-CLACSO-PROSPAL.

Gaudichaud, F. (2005): "Construyendo "Poder Popular": El movimiento sindical, la CUT y las luchas obreras en el periodo de la Unidad Popular", en J. Pinto (ed.), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*. Santiago, LOM, pp. 81-105.

Giddens, A. (1996): La estructura de clases en las sociedades avanzadas. Madrid, Alianza Editorial.

Goldthorpe, J. y Erikson, R. (1992): *The constant flux*. Oxford, Claredon Press.

Hipsher, P. (1996): "Democratization and the Decline of Urban Social Movements in Chile and Spain", *Comparative Politics*, 28, pp. 173-197.

Honneth, A. (2011): *La sociedad del desprecio*. Madrid, Editorial TROTT.

ICHEH (2003): ABC: El pensamiento político de la Democracia Cristiana. Santiago, ICEH.

Iglesias, M. (2007): El movimiento de pobladores contra la dictadura. Santiago, Ediciones Radio Universidad de Chile.

Instituto de Estudios Políticos del PDC (1962): El ABC de la Democracia Cristiana. Concepción, Instituto de Estudios Políticos.

Julián, D. (2014): "Legados del momento socialista en Chile: Una mirada al sindicalismo en los gobiernos de Lagos y Bachelet (2000-2010)". *Teoría e sociedade*, 22, pp. 118-140.

Katznelson, I. (1986): "Working-class formation: constructing cases and comparisons", en I. Katznelson y A. R. Zolberg (eds.), *Working-class formation: nineteenth-century patterns in Western Europe and United States*. Princeton, Princeton University Press, pp. 3-41.

Larrañaga, O. (2001): *Distribución de Ingresos en Chile: 1958 – 2001*. Documento de Trabajo N°178. Departamento de Economía.

Lockwood, D. (1958): *The Blackcoated Worker. A Study in Class Consciousness*. Londres, Allen y Unwin.

Lukács, G. (1978): *Historia y conciencia de clase*. México, Grijalbo.

Mann, M. (1973): *Consciousness and Action among the Western Working Class*, Londres, Macmillan.

Manzano, C. (2014): *La asamblea de la civilidad*. Santiago, Londres 38.

Marx, K. y Engels, F. (1974): *La ideología alemana*. Barcelona, Coedición Grijalbo y Pueblos Unidos.

Marx, K. (1987): *La miseria de la filosofía*. México, Siglo XXI.

Ministerio de Desarrollo Social (2012): *Distribución del Ingreso*. Casen 2011. Santiago, Ministerio de Desarrollo Social.

Moulián, T. (1993): "El marxismo en Chile: producción y utilización", en VV.AA., *Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile*. Santiago, FLACSO.

- Moulián, T. (1997): Chile actual. Anatomía de un mito. Santiago, LOM.
- Muñoz, M. (2012): "Plan Laboral y reformas post dictatoriales", Revista ICAL, 14, pp. 21-50.
- Osorio, S. y F. Gaudichaud (2016): "Los caminos del movimiento sindical ante la democracia neoliberal y el legado de la dictadura, 1990-2015", en A. Pinol Bazzi (ed.), Democracia versus neoliberalismo. 25 Años de Neoliberalismo en Chile Santiago, ICAL, pp. 236-258.
- Osorio, S. (2015): Trayectoria y cambios en la política del movimiento sindical en Chile, 1990-2010. Tesis para optar al grado de Magíster en Historia, Universidad de Santiago de Chile, Santiago.
- Oxhorn, P. (1994): "Where did All the Protesters Go?: Popular Mobilization and the Transition to Democracy in Chile", Latin American Perspectives, 21, pp. 49-68.
- Paley, J. (2001): Marketing Democracy: Power and Social Movements in Post-Dictatorship Chile. Berkeley, University of California Press.
- Parkin, F. (1978): Orden político y desigualdades de clase. Madrid, Debate.
- Poulantzas, N. (1971): Fascismo y dictadura. México D.F., Siglo XXI.
- Poulantzas, N. (1998): La crisis de las dictaduras. México D.F., Siglo XXI.
- Poulantzas, N. (2005): Las clases sociales en el capitalismo actual. México D.F., Siglo XXI.
- Przeworski (1988): Capitalismo y socialdemocracia. Madrid, Alianza Editorial.
- Raczynski, D. (1995): "Focalización de programas sociales", en C. Pizarro, D. Raczynski y J. Vial, Políticas económicas y Sociales en el Chile Democrático. Santiago, CIEPLAN, pp. 217-255.
- Roberts, K. (2002): "Social Inequalities Without Class Cleavages in Latin America's Neoliberal Era", Studies in Comparative International Development, 36, pp. 3-33.
- Rojas, L. (2011): De la rebelión popular a la sublevación imaginada. Santiago, LOM.
- Ruiz, C. y G. Boccardo (2014): Los chilenos bajo el neoliberalismo. Santiago, NODO XXI y El Desconcierto.

Salazar, G. (2010): Conversaciones con Carlos Altamirano. Memorias críticas. Santiago, Debate.

Thompson, E. (2012): La formación de la clase obrera en Inglaterra. Madrid, Capitán Swing.

Torcal, M. y S. Mainwaring (2003): "El conflicto democracia/autoritarismo y sus bases sociales en Chile, 1973-1995: un ejemplo de redefinición política de un cleavage", Revista Española de Investigaciones Sociológicas, pp. 51-82.

Valenzuela, E. (2014): La conversión de los socialistas chilenos. Santiago, El Desconcierto.

Wright, E. (1993): Reflexionando una vez más sobre el concepto de estructura de clases. Zona Abierta, pp. 17-125.

Wright, E. (1994): Clases. Madrid, Siglo XXI.

Wright, E. (2000): Class Counts, student edition, Cambridge University Press.

Zapata, F. (2004): "De la democracia representativa a la democracia "protegida". Movimiento obrero y sistema político en Chile". Enfoques, 2(3), pp. 25-55.

117

Fecha de recepción: 2 de mayo de 2021

Fecha de aceptación: 9 de julio de 2021

**“De la sala de clases a la lucha de clases”: Apuntes sobre movimiento secundario, izquierdas y violencia política en la protesta antidictatorial. Santiago de Chile, 1983-1990.**

“From the classroom to the class struggle”: Notes on secondary movement, left and political violence in the anti-dictatorial protest. Santiago de Chile, 1983-1990.

**Gustavo PALMA CASTRO**<sup>1</sup>

Investigador independiente, Chile  
gustavo.palma.usach@gmail.com

**Resumen**

Este trabajo caracteriza la relación e incidencia que tuvieron el Partido Comunista de Chile, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria y el MAPU-Lautaro en el movimiento estudiantil secundario, espacio y actor que fue parte del movimiento popular antidictatorial y que se plegó a las jornadas nacionales de protesta que se desarrollaron entre 1983 y 1990. De la articulación entre historia oral e historia del tiempo presente, y relevando la violencia y conflictividad política, se resaltan las dinámicas y problemáticas de los estudiantes secundarios, en una etapa que refundó las estructuras económicas y políticas de Chile y que fue rechazada por los sectores populares y clases subalternas.

**Palabras claves:** izquierdas; protestas; movimiento estudiantil secundario; violencia política; dictadura.

---

<sup>1</sup> Licenciado en Historia y Ciencias Sociales por la Universidad de Santiago de Chile. Ayudante de investigación y personal técnico de los proyectos FONDECYT (Regular) N°1212034 y FONDECYT (Iniciación) N°11180315.

Gustavo PALMA CASTRO

“De la sala de clases a la lucha de clases”: Apuntes sobre movimiento secundario, izquierdas y violencia política en la protesta antidictatorial. Santiago de Chile, 1983-1990

Sur y Tiempo. Revista de Historia de América, Nº4, julio-diciembre 2021, pp. 118-137.

ISSN 2452-574X

DOI: 10.22370/syt.2021.4.2915



## Abstract

This work characterizes the relationship and incidence that the Communist Party of Chile, the Revolutionary Left Movement and the MAPU-Lautaro had in the secondary student movement, space and actor that was part of the popular anti-dictatorial movement and that joined the national days of protest that took place between 1983 and 1990. From the articulation between oral history and the history of the present time, and highlighting the violence and political conflict, the dynamics and problems of high school students are highlighted, in a stage that re-established the economic and political structures of Chile and that was rejected by the popular sectors and subordinate classes.

**Keywords:** lefts; protest; secondary student movement; political violence; dictatorship.

## 1. Introducción

Entre 1983 y 1987, se vivió el periodo más álgido de la lucha antidictatorial, ciclo que finalizó en 1990 con el término de la dictadura militar y el inicio de la transición democrática (Pinto et al., 2006; Pinto et al., 2008; Bravo, 2012). En esta etapa se desarrollaron las jornadas nacionales de protesta (JNP), que sumaron a trabajadores, pobladores y estudiantes secundarios y universitarios que buscaron acabar con la dictadura cívico-militar, destacando por la transversalidad y masividad de su convocatoria e incluyendo a la violencia como un elemento de carácter político, que vislumbraba la posibilidad de concluir con el régimen de Augusto Pinochet.

Al constatar el quehacer del movimiento estudiantil secundario (MES) desde los estudios que abordan al movimiento popular antidictatorial (Thielemann, 2011; Álvarez, 2005; Labrín, 2005), aparecen una serie de inquietudes, que se acrecientan al considerar su participación en las JNP y la interacción que generó con organizaciones como el Partido Comunista de Chile (PCCh) (Varas et al., 2000; Pérez, 2008; Venegas, 2009; Corvalán, 2000; Heinecke, 1996; Rojas, 2011; Álvarez, 2011; Álvarez, 2003; Bravo, 2008), el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) (Goicovic, 2002; Goicovic, 2007; Goicovic, 2012a; Goicovic, 2012b; Pinto, 2006; Pinto et al., 2004; Gaudichaud, 2004) o el MAPU-Lautaro (Moyano, 2008; Moyano, 2010; Lozoya, 2012; Vitale, 1995; Rosas, 2008; Rosas, 2013; Valenzuela, 2011; Acevedo, 2006); partidos que respaldaron la idea de “todas las formas de lucha” (Rojas, 2011: 5-6) y el uso de la violencia con fines políticos. Así, el MES sólo es visto como un actor de segundo orden en el movimiento popular, sin abordar sus características,

expresiones y perspectivas propias. No profundizan las formas concretas que adquirió la violencia política dentro del MES. Los análisis sólo son “de arriba-abajo”: los espacios de masas que aparecen son meros receptores y no explican la articulación entre nichos de masas, actores específicos, organizaciones políticas y su relación con cuestiones ideológicas y proyectos societales propuestos desde el movimiento popular. Y las interpretaciones realizadas sólo se acotan a su mera descripción (Boric, 1985; Garcés, 2001; Schneider, 1990; Valenzuela, 1984; Tironi, 1987; De la Maza y Garcés, 1985; Agurto, 1985; Weinstein, 1989; Oxfhorn, 2004; Yocelovsky, 2002).

En contraparte a estas afirmaciones proponemos que el MES fue influenciado en sus acciones, concepciones y proyecciones políticas por el PCCh, el MIR y MAPU-Lautaro. Esta es resultado de una nueva lectura del ciclo político que se abrió en 1980, donde estas tres organizaciones coincidieron en la idea de derrocar a la dictadura militar. Incide el aporte a la reconstitución del tejido político-social desde los partidos acá señalados y la inserción que estos desarrollaron en el MES, encontrando acá un nicho de desarrollo y actores que receptionaron el discurso de la violencia política. Y se funda en un contexto específico de politización donde cuestiones objetivas (represión política, tortura y crisis económica) y subjetivas (pérdida del temor al régimen traducida en rearticulaciones socio-culturales y políticas) marcaron una diferencia entre la generación de jóvenes de la izquierda chilena de la década de los 70' y los años 80'.

120

## **2. Desde un pasado aún presente y en voz de los estudiantes: historia oral e historia del tiempo presente**

Recurrimos a la historia oral (Necoechea y Pozzi, 2008) como herramienta que permite estructurar y explicar las problematizaciones previas. En primer lugar, por ser la forma más antigua de la transmisión del saber histórico: a través de ella accedemos a elementos constitutivos centrales de los modos de ser, actuar y pensar de las sociedades. También, porque legitima un determinado tipo de sociedad, cuestión que a nuestro juicio abre la ventana de la disputa entre orden establecido, realidad a transformar y sociedad que se quiere cimentar. Además, porque ella crea un puente entre presente y pasado, permitiendo un ejercicio reflexivo y crítico, a través de la memoria, la transmisión de experiencias y la relación entre lo que sucede actualmente y lo que aconteció previamente. Porque nos permite explicar desde la subjetividad y experiencia propia de los actores, la creación de historias compartidas que han ido constituyendo identidades colectivas, modos específicos de ver y entender la realidad y en última instancia, proyectos societales transformadores. Por remitirnos a la pesquisa de sentimientos, percepciones, críticas, controversias y lugares comunes,

tanto y en relación a acciones y procesos de dominación, como a iniciativas de liberación de los oprimidos. Por su capacidad de articular conjuntamente lo pasado y lo actual de las experiencias de vida, de los posicionamientos políticos y de las certezas y polémicas, las que decantan y marcan los ejercicios de memoria (Necoechea y Pozzi, 2008: 6).

La entrevista en profundidad<sup>2</sup> permitió no sólo registrar las impresiones de nuestras y nuestros protagonistas, sino también fue la vía en la cual (y desde la oralidad) pudimos acceder a la subjetividad de ellos (Gattaz, 2008: 35), que se entrelazan con interpretaciones más amplias y profundas del devenir de los protagonistas. Fueron estudiantes que entre 1983 y 1990 desarrollaron su educación secundaria y desde este espacio, se articularon y organizaron en términos políticos con el claro afán de acabar con la dictadura militar. Desde esa óptica, pasaron de la cotidianidad de la vida secundaria –en un contexto complejo, marcado por la represión, la persecución y la falta de libertades cívicas; el desempleo y la pobreza–, a involucrarse activamente en los partidos que aquí se estudian (ya sea como militantes o como ayudistas) y que validaron las tesis de violencia con fines políticos.

Los relatos de nuestros protagonistas se interpretan desde la *historia del presente* (Aróstegui, 2000) que los entiende como instrumento de autocomprensión de la sociedad existente desde cuatro dimensiones: una, registrando el sentido histórico de la generación viva y activa en cada momento; otra, como una opción factible de institucionalización y de registro del hecho sociológico fundamental de la memoria colectiva; una nueva, como registro y calibración de la experiencia existencial de los individuos; y una última, como elemento previo para la comprensión plena del presente (Aróstegui, 2000: 108 y 109). Estas cuatro dimensiones, sellan la idea sobre la función de la *Historia del Presente*, en cuanto búsqueda –tanto en el pasado como en el presente– de elementos para la proyección del futuro, dándole a este enfoque teórico, la posibilidad y vocación de “mirar lo histórico-pasado para explicar mejor lo histórico-presente; y de aplicar un método de lo historiográfico a la naturaleza del presente y a su prospección del futuro” (Aróstegui, 2000: 110).

---

<sup>2</sup> Entrevistas realizadas a Leslie Maxwell (estudiante secundaria entre 1985 y 1988, del Liceo 1, luego de Liceo 7 y posteriormente del Liceo Lord Cochrane. Militante de las Juventudes Comunistas y luego miembro del Frente Patriótico Manuel Rodríguez Autónomo y presa política durante el gobierno de Patricio Aylwin); Marco Paulsen (estudiante secundario entre 1982 y 1985, del Liceo Chilean Eagles College, Liceo 12 y Liceo Lord Cochrane. Preso político entre 1989 y 1993 y que fue relegado a Bélgica bajo pena de extrañamiento. Militante del Movimiento Juvenil Lautaro); Cristian Del Campo (estudiante secundario entre 1984 y 1988 del Liceo de Aplicación. Militante de la Juventud Socialista y luego de la Juventud Rebelde Miguel Enríquez) y Paula Talloni (estudiante secundaria entre 1985 y 1989 del Liceo Alianza Francesa, Liceo Lord Cochrane y Liceo Ámsterdam, militante de las Milicias Rodriguistas). Todas ellas fueron realizadas durante el primer semestre de 2016, en el proceso de elaboración de la tesis de pregrado del autor de este artículo, para optar al grado de Licenciado en Historia y Ciencias Sociales, por la Universidad de Santiago de Chile.

### 3. La violencia política como uno de los ejes articuladores y explicativos del quehacer del MES

Nuestra definición de violencia política toma forma en jóvenes chilenos, estudiantes de enseñanza media que militaron en el PCCh, el MIR o el MAPU-Lautaro y que fueron actores protagónicos de las JNP y de las acciones desarrolladas en sus contextos específicos, que estuvieron encaminadas a terminar con la dictadura, desde sus espacios de inserción y desenvolvimiento social. Nos interesa este grupo en específico, pues generacionalmente fueron un sector de la sociedad chilena que nació y creció cuando la dictadura militar despuntaba en nuestra historia reciente. La gran mayoría vivió su infancia en los primeros años del régimen militar y en función de aquella experiencia que entrecruzó al grueso de la población de nuestro país, desarrollaron los procesos de politización y disposición de su experiencia para luchar contra la dictadura militar. Cada uno de estos elementos generales, los enmarcamos dentro de un proceso histórico mayor: la dictadura cívico-militar que entre 1973 y 1990 refundó las estructuras políticas, sociales, económicas y culturales; y la oposición y resistencia que generó en los sectores populares y clases subalternas de Chile. Los acontecimientos y la pugna del periodo dan cuenta de la apertura de un ciclo de violencia política y de alta conflictividad social, que tiene en las JNP de 1983 su punto de partida. Esta conceptualización de violencia política toma como principales elementos los aportes de Julio Aróstegui (1994: 19) en torno a la violencia entendida como: “toda acción no prevista en reglas, realizada por cualquier actor individual o colectivo, dirigida a controlar el funcionamiento del sistema político de una sociedad o a precipitar decisiones dentro de ese sistema” (Aróstegui, 1994: 19).

Se agrega el carácter *relacional* de la definición, en el entendido de la interacción multidimensional que generan los actores que se involucran en este fenómeno. Es también una definición *estructural* (Cadarso, 2001: 195-199), pues se enmarca en una posición que entiende la génesis de la violencia desde una situación global de dominación, que trae consigo injusticias y desigualdades sociales. Además, se desarrolla y adquiere connotación dentro de la existencia de un *conflicto*, el cual busca ser resuelto a través de la violencia (Cadarso, 2001: 195-199). Se proyecta como un *tipo especial de comunicación* (González, 2017: 105-107) que mediante su acción puede modificar el comportamiento del otro. De la misma manera, se comprende y se explica como un *hecho social* que salta a escena en un contexto histórico determinado y que a través de este se proyecta temporal y socialmente; esto lo convierte en un fenómeno *historizable* que se inserta en procesos sociopolíticos, económicos y culturales mayores y profundos, otorgándole la posibilidad de estudiarlo. Lo anterior le otorga a la violencia y a la violencia política un *rol estructurante* en lo político y

social, cuestión que la convierte en un hecho trascendental en el quehacer de las sociedades (Aróstegui, 1994: 211-215; González, 2017: 195-199).

Es tributaria de las *perspectivas sistémicas*, ya que su centro caracterizador, comprensivo y crítico, se sitúa en los significados que emergen de la confrontación entre gobernantes y gobernados y que se enmarca en la lucha por el poder y en contra del Estado. A su vez, se nutre con fuerza de las ideas sugeridas por la *violentología* (González, 2017: 81-82), corriente investigativa y de vocación interdisciplinar que entiende la violencia como un proceso dinámico y fenómeno histórico, que no es ajeno, ni anómico, ni patológico en las relaciones sociales; sino más bien como un hecho que sigue determinadas reglas de desarrollo, que obedece a motivaciones y a fines concretos específicos. Por último, encuentra en los postulados del *materialismo histórico* y del *marxismo* una sólida base, pues comprende al “hecho social” como una acción y un proceso que lleva inserta dinámicas conflictivas y violentas, que se relacionan con la sucesión de modos de producción, cuestión que produce contradicciones y tensiones entre fuerzas productivas y relaciones de tipo social, políticas y culturales. Estas son complementadas por los aportes de Eric Hobsbawm (2001), Edward Palmer Thompson (2012) y George Rudé (1981), en tanto los repertorios de protesta y violencia política, se sustentan en tradiciones, concepciones valóricas y experiencias de movilización de los sujetos populares y de la clase trabajadora, que los lleva a constituirse como sujetos de clase, con conciencia clasista (Cadarso, 2001: 239).

123

#### **4. De la sala de clases a la lucha de clases: el MES y la experiencia de nuestros protagonistas**

El escenario político chileno y los cauces que comenzaron a decantar desde la irrupción de las JNP en 1983, lograron involucrar a una parte significativa y –en algunas ocasiones– mayoritaria de la población nacional. Ya no era sólo la sensación de un cambio en una situación acotada. Ahora, se instalaba un nuevo escenario político que a la luz del conflicto político asentado en el territorio chileno, entremezclando incertidumbres con nuevas expectativas y combinando además, el gran rechazo al régimen dictatorial, era posible proponer un camino para revertir tal escenario, mediante la movilización y principalmente a través de la protesta para acabar con la dictadura. A pesar de las controversias y de vacíos de orden político en torno a una estrategia común para la conducción del nuevo escenario que abría la coyuntura de las JNP, el panorama de reconstitución del tejido social y político de la izquierda chilena, y en particular de los partidos acá relevados (PCCh, MIR, MAPU-Lautaro), parecía traer consigo más cuestiones favorables que perjudiciales. Lo anterior delinó

una proyección positiva del objetivo trazado de acabar con la dictadura. La protesta popular y la movilización social inauguraban un nuevo ciclo para este sector, que comenzó a fraguar una perspectiva de rechazo y derrocamiento de la dictadura, por sobre una salida de negociación y que, más allá de sus diferencias en las concepciones políticas y estratégicas, tenía como elemento común, la centralidad adquirida por los sectores populares y clases subalternas. Desde sus perspectivas comenzaba a perfilarse un incipiente horizonte político de cariz popular.

El periodo donde se fundan los pilares estructurales de la actual política y economía chilena, en ningún caso fue una etapa pasiva que pasó inadvertida o que haya estado exenta de conflictos en su implementación. El cambio de las matrices políticas y económicas del país significó la apertura de un ciclo de violencia política que con distintas intensidades y con dinámicas de participación variables, involucraron a una parte significativa de las clases populares chilenas y a los partidos de izquierda acá señalados en el conflicto abierto por la derecha chilena, los militares y una elite empresarial e intelectual, en el proceso de construcción de un nuevo modelo político-económico, al finalizar la década de los 70' e iniciarse la de los 80 (Bravo, 2012; Goicovic, 2006).

Lo interesante de este periodo es que no sólo se reconstruyeron los patrones de acumulación de riqueza; también vio la luz una parte significativa de la actual clase económica-empresarial y del bloque en el poder<sup>3</sup> que asumiría la conducción del modelo construido en dictadura y de las normativas jurídicas y legales que rigen en el país hasta el presente. Fue una etapa donde la violencia política actuó como un articulador central de las relaciones sociales y de poder en Chile. La protesta y movilización social permitió el desarrollo de experiencias políticas y colectivas que colocaron en el horizonte de los partidos acá abordados, la expectativa de finalizar con la dictadura militar, dándole a este proceso político un tinte popular y que encontraba en la violencia política y en la idea de construcción de movimiento y de poder popular (Mazzeo y Stratta, 2014; Bravo, 2008; Bravo, 2012) una alternativa de derrocamiento y superación de la dictadura militar chilena. Así, la coyuntura inmediata abierta con las JNP, era un aliciente que parecía hacer coincidir protagonismo popular con participación y decisión política.

Resaltamos la fuerte presencia de las organizaciones políticas y partidos de la izquierda chilena –en especial de aquellas que nos hemos detenido a estudiar– en la enseñanza media. No podemos comprender el ciclo que va desde 1983 a 1990, en el mundo secundario (en particular, de la zona metropolitana de Santiago), sin la

---

<sup>3</sup> Entendido como la clase que controla, ejerce el poder y se beneficia del actual modelo político-económico chileno y que más allá de las diferencias políticas (o de la división entre derecha, centro izquierda e izquierda parlamentaria institucional) y valóricas, tienen como elemento en común la legitimación y defensa del actual sistema.

participación del PCCh, del MIR y del MAPU-Lautaro. Más allá de las diferencias entre sus concepciones políticas y sus definiciones estratégicas, estas tres organizaciones fueron capaces de tener una incidencia relevante en el mundo secundario. De esta forma, tuvieron una importante inserción en liceos y colegios, intentando darle una traducción práctica a sus más importantes objetivos, independiente al logro o consecución de los mismos. No obstante, podemos afirmar que el mundo secundario y en especial el de aquellos liceos que contaron con la presencia de los militantes, ayudistas o colaboradores de los partidos y organizaciones acá señalados, fueron espacios de recepción, difusión y amplificación de tales políticas. Los partidos políticos en cuestión, dinamizaron de forma interesante el espacio escolar secundario, pues a las características propias de los estudiantes chilenos de aquella época, se le añadieron las directrices políticas de estos, que los incorporaron como sujetos colectivos y activos del panorama político nacional del periodo 1983-1990.

Estas definiciones distan mucho de una planificación pensada desde las bases hacia estructuras intermedias y superiores. Mas bien y a nuestro juicio, eran asumidas, significadas y adaptadas a la realidad específica de cada liceo, colocando como ejes centrales de las mismas, lo sucedido en la coyuntura nacional. De esta forma, el derrocar a Pinochet era la principal tarea. Sin embargo, dentro de los objetivos que se traducían en acciones de movilización, encontramos reivindicaciones tan variables como los procesos de municipalización y de democratización de los Centros de Alumnos, la rebaja del pase escolar, el “copamiento” de las estaciones de servicio del Metro de Santiago (“metradas”)<sup>4</sup>, la realización de trabajos voluntarios en periodos estivales, y vinculaciones territoriales con espacios poblacionales y sindicales a través de conexiones partidarias. Además, la participación en las jornadas de protesta, desplegando las acciones propias de su repertorio: tomas de colegios, uso y despliegue de barricadas, bombas molotovs, “miguelitos”, granadas caseras, manejo de armamento convencional y artesanal; también, enfrentamientos con carabineros, militares y fuerzas de seguridad e inteligencia, acciones de propaganda armada, espacios para la formación y práctica de la autodefensa de masas, además de las actividades culturales que gravitaban en las aulas y patios de los liceos y escuelas.

El periodo de 1983 a 1990 es representativo de las dinámicas políticas, estratégicas y proyectuales de la izquierda chilena y en particular de los partidos que legitimaron la violencia política para acabar con la dictadura militar. A nuestro juicio, el MES dio cuenta de los aciertos políticos de este sector durante esta etapa, entre los que se cuentan la inclusión de los sectores populares y en particular de la juventud chilena de aquel momento como actores políticos relevantes; el posicionamiento y la

---

<sup>4</sup> Las acciones de protestas de los estudiantes secundarios, que antecedieron la revuelta chilena del 18 de octubre de 2019, incluyeron las “metradas”: acciones de protestas, evasión y sabotaje al interior de las estaciones del Metro de Santiago. Preliminarmente, planteamos una continuidad histórica de los repertorios y métodos de protesta del MES.

apertura de un nuevo escenario, que desde la acción de movilización y de protesta, buscó darle forma a la idea de derrocar a la dictadura militar; la visualización de horizontes políticos que iban más allá de derrocar a Pinochet, en perspectiva de construcción de proyectos políticos de carácter popular y socialista, de raigambre marxista; y el aprovechamiento de las condiciones constatables de miseria, pobreza y precariedad en general que afectaron a las clases subalternas y sectores populares del Chile de inicios de los 80', como factores de aglutinamiento y movilización política.

Pero también, dio cuenta de las limitantes que este mismo sector enfrentó en torno a la incapacidad de elaborar un proyecto político-estratégico-unitario, que materializara la definición de vencer y derrotar a la dictadura militar. Notificó, además, las enormes diferencias ideológicas, políticas y orgánicas que se hicieron patente en las organizaciones acá estudiadas y que en términos generales, demostró que la mentada unidad de la izquierda con perspectiva, vocación popular y revolucionaria, que adscribió a las tesis de violencia política para terminar la dictadura, tuvo mucho más sentido de apariencia y discurso, que una acción política practica y concreta que permitiera fortalecer y profundizar estas determinaciones.

Es paradójico en este sentido, observar desde el presente y en una panorámica general, cómo esta parte de la izquierda chilena iba quedando marginada del escenario político principal, aquel que marcó el lustro de la negociación pactada y de la posterior salida de la transición democrática. En lo específico, se tradujo en una sostenida disminución y pasividad de la manifestación popular, dándole finalmente una abierta intencionalidad, dirección y uso electoral, el que fue finalmente aprovechado por los sectores moderados de la oposición a la dictadura. Mientras que a nivel de base y en paralelo, la movilización estudiantil secundaria se mantenía activa y comenzaba a correr por un carril diferente al del escenario general y más estructural. De esta forma se mostraba un panorama de enormes disparidades entre las definiciones estratégicas que los partidos de izquierda acá estudiados comenzaron a implementar, una vez que falló el atentado a Pinochet y la posterior relegación a un plano de menor importancia que este mismo sector vivió, a raíz de la persecución, delación y represión que las instituciones estatales de seguridad y orden dejaron caer contra su militancia. Así, la izquierda chilena que optó por la vía armada iba perdiendo injerencia de las grandes decisiones políticas que marcaron la implantación y legitimación del modelo político y económico que construyó la dictadura militar, era aislada y perdía el vigor de los vasos comunicantes que había logrado desplegar en las sendas jornadas de movilización y protesta popular y terminaba en una posición donde se vio mermada la conexión y empatía que históricamente había consolidado con los espacios de base del movimiento popular: lugares de trabajos, sindicatos, federaciones estudiantiles, juntas de vecinos.

Nos atrevemos a señalar que es en este instante donde comienza el declive político de la izquierda que acá se estudió, pues los factores que hicieron posible su

cénit y éxito en las JNP, comenzaron a perder relevancia, no encajando las impresiones y lecturas a nivel de bases, con las evaluaciones y proyecciones de los partidos y organizaciones que se estudiaron. Esto explicará a nuestro parecer, la disminución en los grados de inserción e influencia política que experimentó este sector.

No fue menor en este sentido, el adverso escenario de persecución, represión, criminalización y muerte de sus militantes que experimentaron los partidos políticos aquí señalados, impulsado por la dictadura militar (que vivía sus últimos momentos en el poder) como posteriormente, por la oposición moderada –luego Concertación de Partidos por la Democracia– que desde la década de los 80’ apostó por una salida más tenue, dialogante con la dictadura militar y que rechazaba cualquier perspectiva insurreccional. Es interesante notar como este mismo sector que se hizo del poder una vez iniciada la transición a la democracia en el año 1990, continuó operando en márgenes represivos y persecutorios muy similares a los de la dictadura militar para con los grupos y organizaciones que continuaron reafirmando las tesis de lucha armada y violencia política (Rosas, 2013; Goicovic, 2010: 59-86).

Señalamos también, que el entramado desarrollado a partir de la interacción entre las organizaciones y partidos políticos de la izquierda chilena, que validaron la idea de movilización y protesta popular, enmarcada en una concepción de la violencia con fines políticos, al menos desde el mundo estudiantil secundario acá estudiado, es mucho más complejo y aún más variado en características y particularidades de lo que pensábamos inicialmente. De esta forma, dimos cuenta de la relevante influencia ejercida por el PCCh a través de las Juventudes Comunistas y de las Milicias Rodriguistas. Pero también, de la relevancia que adquirió el MIR a través de Juventud Rebelde Miguel Enríquez y del MAPU-Lautaro a través del Movimiento Juvenil Lautaro.

Los trabajos que sirvieron como base bibliográfica de lo acontecido en el ámbito secundario, tendían –a nuestro juicio– a sobredimensionar el aporte del partido PCCh. No contravenimos esta impresión, pues observamos la enorme injerencia lograda por esta histórica colectividad en el espacio secundario. Pero esta influencia no era unívoca, incluyó también a los otros dos partidos acá mencionados. De esta forma, la presencia mayoritaria de los comunistas chilenos en el movimiento estudiantil, en ningún caso eclipsa el influjo y protagonismo de las otras dos organizaciones: MIR y MAPU-Lautaro. A diferencia de otros espacios de base, las tres orgánicas reseñadas tuvieron un notable protagonismo en el movimiento estudiantil secundario, dándose paradójicamente y de forma muy acotada en la práctica, la “unidad” entre estas colectividades. Lo anterior, creemos, grafica la enorme distancia entre los espacios de base, las directrices de estas orgánicas y las particulares características que adquirió el MES.

El espacio de la enseñanza media sirvió como lugar de politización y de captación de nuevos sujetos políticos: jóvenes que fueron colaboradores y “ayudistas” o aquellos que se convirtieron en militantes que ocuparon roles no menores en sus

organizaciones y en episodios y conatos de abierta violencia a posteriori. Grafica esta afirmación tanto la experiencia relatada por nuestros protagonistas, quienes asumieron desde roles dirigentes de segundo orden y de coordinación con organizaciones similares, hasta responsabilidades mucho más complejas como liderar procesos de inserción, formación y dirección de autodefensa en el ámbito secundario y en los espacios donde esta encontró condiciones para su desarrollo. Pero esta experiencia iba mucho más allá de las formas prácticas que adquirió la violencia con fines políticos en el entorno secundario, pues también se enriqueció de la enorme diversidad que los jóvenes estudiantes fueron capaces de imprimirles a través de actividades culturales y de extensión mediadas y posibilitadas por las organizaciones acá estudiadas, donde además establecieron vínculos con el mundo poblacional. En este sentido y como característica del periodo, gran parte del proceso de politización de nuestros protagonistas tiene en las escuelas y liceos un punto de partida importante. Pero en muchas ocasiones, encontró un punto de inicio previo, pues la cotidianidad y experiencia más íntima e inmediata de sus vidas y de sus familias, se vio cruzado por las dinámicas de violencia estatal, el contexto de precarización de las condiciones laborales y de subsistencia, las cuales sirvieron como aliciente para la inmersión de nuestras y nuestros sujetos en el MES y posteriormente como militantes de los partidos acá observados.

Sin querer perder este espíritu, los procesos de politización que aquí se vindican, estuvieron marcados con mucha fuerza por la relación dialéctica que se establece entre percepciones, subjetividades y experiencias tanto colectivas como individuales, que sirven como puntapié inicial de la comprensión y crítica del contexto en el que crecieron y se desarrollaron nuestros sujetos de estudios. En paralelo o a posteriori, fue desarrollándose la incorporación de elementos doctrinarios e ideológicos, los cuales vinieron a reforzar las convicciones e ideas más fuertes que fueron señalados por estos como factores de politización y posterior agudización de la violencia con fines políticos.

Siendo más directos, creemos que los procesos de politización de la juventud chilena de la década de los 80', que desde el MES y posteriormente, desde los partidos que promovieron la violencia política como definición estratégica para acabar con la dictadura militar, son la combinación tanto de elementos objetivos (condiciones de desarrollo social, político y económico, escenario de dictadura, precariedad y pobreza; y las consiguientes tensiones y conflictos que abrió la imposición de nuevo modelo económico, político y de sociedad); como de factores de índole subjetiva (recepción, comprensión y crítica del panorama político y económico que se vivía en aquel instante con la consiguiente explicación de lo sucedido, del rol que estos debían asumir y de las acciones específicas que tomaban forma en su persona; relaciones y vivencias colectivas, formación identitaria y proyecciones personales, mediadas por el entorno familiar, barrial y escolar). Así, la politización acá estudiada fue la conjunción de ambas

dimensiones (objetiva y subjetiva) encontrando en esta nueva generación de estudiantes, condiciones óptimas para encarnar en estos, acciones de profundización y agudización de la violencia política desde el ámbito escolar secundario, todas ellas enmarcadas en definiciones mucho más complejas, como lo fueron la idea de derrocar a Pinochet y de sentar bases para la construcción de un proyecto popular, socialista y de carácter marxista.

Resaltamos las explicaciones entregadas por nuestros protagonistas, tanto del devenir que vivió el movimiento estudiantil secundario y el movimiento antidictatorial, como de los partidos acá reseñados. Al ir profundizando el calibre de los relatos y enmarcándolos en los ejes explicativos de este trabajo, pudimos encontrar respuestas desde los mismos actores, que dan cuenta de la derrota de la izquierda política chilena acá estudiada, colocando los énfasis en: a) el aislamiento que vivió este sector, posterior al fallido atentado a Pinochet; b) los profundos vacíos ideológicos y proyectuales-estratégicos que le impidieron dar con una propuesta coherente de conducción y logro de sus objetivos políticos; c) la distancia experimentada con los lugares de inserción y desarrollo de las bases sociales; d) la falta de lecturas más acabadas y decantadas de lo sucedido en el contexto político inmediato una vez emprendida la negociación y posterior transición democrática; e) el distanciamiento que marcó el destino de la izquierda, a través de la pérdida de vinculación con el nicho histórico de desarrollo de la izquierda chilena: sindicatos, poblaciones y espacio territorial, centros de alumnos y federaciones estudiantiles; f) las enormes transformaciones del panorama social, gatilladas a través de la implementación del proyecto neoliberal y de la puesta en vigencia de un nuevo orden político; g) la mezcla de los factores anteriormente mencionados, con ideas y argumentos que explican el curso reciente de la historia chilena, desde finales de la década de 1980 hasta el presente.

## 5. Conclusiones

Las experiencias y relatos de nuestros protagonistas constituyen una interpretación valiosa respecto a elementos de orden cualitativo sobre la historia reciente de nuestro país. Sus contextos y dinámicas de desarrollo político, tienen enormes diferencias con procesos similares y anteriores al golpe de Estado de 1973, vividos por jóvenes secundarios. Creemos que la generación a la cual pertenecieron nuestros personajes posee enormes distancias con la izquierda del periodo de la Unidad Popular y que puede considerarse como su antecesora directa. Las distinciones tienen que ver con el contexto específico marcado por la miseria social y económica (crisis de inicio de los 80') que afectó a las condiciones de vida de los sectores

populares y clases subalternas; la fuerte represión y persecución que colocó en juego la vida de personas y que golpeó con especial fuerza a las militancias de la izquierda acá abordada; un contexto internacional inmediato (revolución en Nicaragua y guerra en El Salvador) que alentaba la insurrección popular; el autoconcebirse como una generación que podía marcar diferencias sustantivas en el curso de los hechos políticos e históricos de aquel instante; y la adscripción a las tesis de violencia política, poder popular y movimiento popular. La conjunción de estos factores incidió en un proceso que involucró a los sectores populares y clases subalternas, en disposición de ser protagonistas y ejecutores de la violencia política para acabar con el gobierno de Pinochet; de ahí la agudización del conflicto y la participación de jóvenes adolescentes en esta dinámica. Finalmente, buscamos reconocer a los estudiantes que fueron parte del MES y que engrosaron la militancia de los partidos aquí estudiados, como actores relevantes de la historia reciente de Chile. Más allá de la derrota política y proyectual vivida por este sector, el devenir de la dictadura militar, pero principalmente la imposición de la agenda y proyecto neoliberal (y su correlato político, económico, social y cultural que modificaron de manera profunda y estructural la fisonomía de Chile) fue un proceso resistido desde los sectores más precarizados de nuestra sociedad, lugar donde se insertan nuestros protagonistas. Tal idea contraviene los vacíos y limitantes intelectuales identificadas en la revisión bibliográfica en torno al papel de los jóvenes en las jornadas nacionales de protesta y durante la década de los 80' en nuestro país. Y toma distancia de posiciones patologizantes y/o superficiales que explican bajo este prisma el accionar de los secundarios y secundarias en el Chile de los 80'.

Acá pudimos observar los motivos, aciertos y límites detectados en su actuar. De la misma manera y de forma modesta, creemos que este ejercicio de amplificar crítica y empáticamente la voz y centralidad de sujetos de la historia que hasta ahora han permanecido distantes de los relatos hegemónicos (aquellos que precisamente legitiman el actual orden vigente) colocan en entredicho los relatos construidos en torno a la idea, que el retorno a la democracia fue un proceso de consenso y exento de controversias. La década de los 80' se vio marcada a fuego por el conflicto y la violencia política, tanto en perspectiva de imponer un nuevo orden sociopolítico y económico, como de resistir tal imposición y de querer derrocar a la dictadura militar.

## 6. Bibliografía

Acevedo, N. (2006): El Mapu-Lautaro en las protestas nacionales (1978-1985). Tesina para optar al grado de Licenciado en Historia y Ciencias Sociales, Universidad ARCIS, Santiago.

Agurto, I. (1985): “Una historia por hacer”, en I. Agurto, Juventud chilena. Razones y subversiones. Santiago, ECO-FOLICO-SEPADE.

Álvarez, R. (2011): Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura. 1965-1990. Santiago, LOM.

Álvarez, R., K. Donoso, S. Leiva, J. Pinto y V. Valdivia (2008): Su revolución contra nuestra revolución, Vol. II, La pugna marxista-gremialista en los ochenta. Santiago, LOM.

Álvarez, R. (2005): El movimiento estudiantil secundario bajo dictadura y las juventudes comunistas: un caso de radicalización políticas de masas en Chile (1983-1988), Alternativa, 23.

Álvarez, R. (2003): Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista. Chile 1973-1980. Santiago, LOM.

Aróstegui, J. (2008): El análisis histórico social y la naturaleza de la historia del presente. Madrid, Universidad Complutense.

Aróstegui, J. (1994): “Violencia, política y sociedad: la definición de la violencia”, Revista Ayer, 13, pp. 17-55.

Boric, A. (1985): “La Juventud Popular y las Protestas: un Enfoque Psicosocial”, en I. Agurto, Juventud chilena. Razones y subversiones. Santiago, ECO-FOLICO-SEPADE.

Bravo, V. (2012): Neoliberalismo, protesta popular y transición en Chile, 1973-1989. México, UNAM.

Bravo, V. (2008): “El tiempo de los audaces: la Política de Rebelión Popular de Masas y el debate que sacudió al Partido Comunista de Chile (1973-1986)”, en R. Álvarez, A. Samaniego y H. Venegas, Fragmentos de una historia: el Partido Comunista de Chile en el siglo XX: democratización, clandestinidad, rebelión. (1912-1994). Santiago, ICAL.

Cadarso, P. (2001): “Principales teorías sobre el conflicto social”, en P. Cadarso, Fundamentos teóricos del conflicto social. Madrid, Siglo XXI de España.

Corvalán, L. (2000): “Las tensiones entre la teoría y la práctica en el Partido Comunista en los años 60 y 70”, en M. Loyola y J. Rojas, Por un rojo amanecer: Hacia una historia de los comunistas chilenos. Santiago, Impresora Vals.

De la Maza, G. y M. Garcés (1985): La explosión de las mayorías. Protesta nacional 1983-1984. Santiago, Eco.

Garcés, A. (2001): Los rostros de la protesta. Actores sociales y políticos de las jornadas de protesta contra la dictadura militar (1983-1986). Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Santiago.

Gattaz, A. (2008): “La búsqueda de la identidad en las historias de vida”, en G. Necochea y P. Pozzi, Cuéntame cómo fue. Introducción a la historia oral. Buenos Aires, Imago Mundi.

Gaudichaud, F. (2004): “El MIR y el resultado electoral”, Punto Final, suplemento del N°115, Santiago, 13 de octubre de 1970, en F. Gaudichaud, Poder popular y cordones industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970-1973. Santiago, LOM.

Goicovic, I. (2012a): Movimiento Izquierda Revolucionaria. Concepción, Ediciones Escaparate.

Goicovic, I (2012b): “El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y la irrupción de la lucha armada en Chile, 1965-1990”, En P. Pozzi y C. Pérez, “Historia oral e historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990”. Santiago, LOM.

Goicovic, I. (2010): Transición y violencia política en Chile (1988-1994). Revista Ayer, 79, pp. 59-86.

Goicovic, I. (2007): “La Estrategia de Guerra Popular Prolongada en el diseño político militar del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (1978-1988)”, en XVII Jornadas de Historia de Chile, Pucón, Universidad de La Frontera.

Goicovic, I. (2006): “La refundación del capitalismo y la transición democrática en Chile (1973-2009)”, Revista Historia Actual, 10.

Goicovic, I. (2002): “Teoría de la violencia y estrategia de poder en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria 1967-1986”, Palimpsesto, Revista de Historia y Ciencias Sociales, 1(1).

González, E. (2017): Asalto al poder. La violencia organizada y las ciencias sociales. Madrid, Siglo XXI.

Heinecke L. (2006): Verdad y justicia en caso arsenales y atentado presidencial. Operaciones subversivas político-militares. Chile-1986. Santiago, Centro de Estudios Nacionales Cono Sur.

Hobsbawm, E. (2001): Rebeldes primitivos: estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX. Barcelona, Crítica.

Labrin, F. (2005): Movimiento Estudiantil Secundario en Santiago de Chile (1983-1986). Tesis para optar al grado de licenciatura en historia. Universidad de Chile, Santiago.

Lozoya, I. (2012): "Chile: Violencia política y transición a la democracia. El Mapu-Lautaro y la derrota de la vía revolucionaria en los '90", en P. Pozzi y C. Pérez, Historia oral e historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990. Santiago, LOM.

Mazzeo, M. y F. Stratta (2014): Reflexiones sobre el poder popular. Introducción. Buenos Aires, Tiempo Robado Editoras.

Moyano, C. (2010): El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile. 1973-1980. Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Moyano, C. (2008): "La retórica de la renovación hasta su paroxismo. Del Mapu Renovado al Lautaro", Revista de Historia Social y de las Mentalidades, 12(2), pp. 123-147.

Necoechea, G. (2008): "El análisis en la historia oral", en G. Necoechea, y P. Pozzi, "Cuéntame cómo fue. Introducción a la historia oral". Buenos Aires, Imago Mundi.

Oxhorn, P. (2004): "La paradoja del gobierno autoritario: Organización de los sectores populares en los ochenta y promesa de inclusión", *Política*, Vol. 43, pp. 57-83.

Peñañiel, O. (2010): ¡A tomarse las comunas! La táctica del MIR para el periodo de las Jornadas de Protesta Nacional, momento de constitución de Movimiento Popular (1983-1984). El caso del Paro Comunal de Pudahuel (26-27 de julio, 1984). Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Universidad de Santiago de Chile, 2010.

Pérez, C. (2008): "Violencia política en las publicaciones clandestinas bajo Pinochet: La palabra armada en el FPMR. Chile, 1983-1987", *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 12(2).

Pinto, J. (2006): "¿Y la historia les dio la razón? El MIR en dictadura, 1973-1981", en R. Álvarez, J. Pinto y V. Valdivia, *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierda y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)*. Santiago, LOM.

Riquelme, A. y M. Casals (2000): "El Partido Comunista y la transición interminable (1986-2000)" en A. Varas, A. Riquelme y M. Casals, *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*. Santiago, Catalonia.

Rojas, L. (2011): *De la rebelión popular a la sublevación imaginaria. Antecedentes de la Historia Política y Militar del Partido Comunista de Chile y el FPMR 1973-1990*. Santiago, LOM.

Rosas, P. (2013): “De la lucha contra Pinochet a la ‘Democracia cartucha’. Representaciones y semblanza histórica del Mapu-Lautaro”, Historia, Voces y Memoria. Revista del programa de Historia Oral, Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.

Rosas, P. (2008): “Jóvenes, rebeldes y armados. Una mirada a la identidad y la memoria de los jóvenes rebeldes durante la transición.” Revista de Historia Social y de las Mentalidades. Violencia popular y mecanismos de control social, siglos XIX y XX. 12 (2).

Rudé, G. (1981): Revuelta popular y conciencia de clase. Barcelona, Crítica.

Schneider, C. (1990): “La movilización de las bases poblaciones marginales y resistencia en Chile autoritario”, Propositiones, 19, pp. 223-243.

Thielemann L. (2011): Para una periodificación del Movimiento Estudiantil de la transición (1987-2011). Santiago, Pretérito Imperfecto.

Tironi, E. (1987): “Pobladores e integración social”, Propositiones, 14, pp. 64-84.

Valenzuela Van Trek, E. (2011): Cristianismo, Revolución y Revolución en Chile: El Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) 1969-1989. Tesis de Postgrado, Universitat de Valencia, Valencia.

Valenzuela, E. (1984): La rebelión de los jóvenes. Un estudio de anomia social. Santiago, Ediciones SUR.

Venegas, H. (2009): “Trayectoria del Partido Comunista de Chile. De la crisis de la Unidad Popular a la política de Rebelión de Masas”, Universum 24 (2).

Vitale, L. (1995): De Martí a Chiapas. Santiago, Editorial Síntesis-Cela.

Weinstein, J. (1989): Los jóvenes pobladores en las protestas nacionales (1983-1984). Una visión sociopolítica. Santiago, CIDE.

Yoclevsky, R. (2002): Partidos políticos, democracia y dictadura 1970-1990. Santiago, Fondo de Cultura Económica.

Fecha de recepción: 2 de mayo de 2021

Fecha de aceptación: 19 de julio de 2021

## Vestigios para una historia musical de la sociedad chilena en la historia reciente: El Fondo Documental Sello Alerce

Vestiges for a musical history of Chilean society in recent times: The documentary collection of the Alerce music label

César ALBORNOZ CUEVAS<sup>1</sup>

Universidad Católica de Chile, Chile  
cealborn@uc.cl

### Resumen

El sello Alerce fue uno de los más importantes factores en la evolución de la historia de la música popular chilena durante el último cuarto del siglo XX. Su existencia le dio al período de la dictadura de Pinochet y a los inicios de la transición, una imagen sonora registrada en soportes musicales que permite disponer de fuentes para la comprensión de aquel tiempo desde la historia. Este artículo trata sobre la recuperación de sus documentos como patrimonio archivístico nacional, reflexiona sobre cómo se podría comprender nuestra historia reciente desde los vestigios musicales, y devela la historicidad que ofrece un conjunto de síntomas sobre pasado cultural organizados a modo de archivo. Asimismo, este escrito enseña el cómo desde la archivística, en su dimensión más práctica, se recupera, restaura y conserva un archivo musical importante para la historia reciente de Chile.

**Palabras clave:** Industria musical; fuente; archivo; sello discográfico; historia cultural; documento.

---

<sup>1</sup> Este artículo es producto de una investigación financiada por el Fondo FAIP 2016, Proyecto FAIP-N-76-INV “La figura de Ricardo García como factor determinante en la industria fonográfica chilena independiente de los últimos cincuenta años”. Parte del contenido fue expuesto en la ponencia “Rock chileno: fuentes, archivos y fondos”, realizada en el marco del IV Encuentro Iberoamericano de Archivos Musicales y Sonoros, organizada por el Archivo de Música de la Biblioteca Nacional entre el 26 y el 30 de octubre de 2020.

César ALBORNOZ CUEVAS

Vestigios para una historia musical de la sociedad chilena en la historia reciente: El Fondo Documental Sello Alerce

Sur y Tiempo. Revista de Historia de América, N°4, julio-diciembre 2021, pp. 138-160.

ISSN 2452-574X

DOI: 10.22370/syt.2021.4.2917



## Abstract

The Alerce label was one of the most important factors in the evolution of the history of Chilean popular music during the last quarter of the 20th century. Its existence gave to the period of the dictatorship of Pinochet and to the beginnings of the transition a recorded sound image in musical supports, that allows to have sources for the understanding of that time from the history. This article deals with the recovery of its documents as national archival heritage; reflects on how our recent history could be understood from the musical vestiges, and reveals the historicity that offers a set of symptoms about cultural past organized as a file. This paper also shows how, in its most informal dimension, archives are recovered, restored and preserved in an important musical archive for the recent history of Chile.

**Keywords:** Music industry; source; archive; record label; cultural history; document.

## Introducción

La historiografía ha considerado la relevancia de la fuente escrita desde su constitución como disciplina profesional. Sin embargo, en las últimas décadas del siglo XX, gracias a revisionismos epistemológicos más constructivos que demolidores, se ha reconocido en su real potencia la calidad de vestigios cuyo mensaje se propone desde distintos formatos y soportes y hacia diferentes capacidades de percepción, no sólo visuales ni racionales. Es así como el mentado giro cultural de alguna forma sistematizó una serie de experiencias prácticas que encontraban en atípicos síntomas de tiempo, como expresiones plásticas o sonoras, fuentes válidas para la disciplina histórica. Desde la década de 1990 en Chile, las fuentes trabajadas no se restringirían al formato escrito; podrían ser sonoras, particularmente musicales.

Esto implicó que una disciplina paralela y complementaria como la archivística, se preocupara también del documento musical como objeto de elaboración profesional. Fue así que se fueron consolidando como instancias: el Archivo Sonoro de Música Tradicional Chilena (AMTCh), el Fondo de Documentación de la Música Chilena y el Centro de Documentación de la Música Popular, todos pertenecientes a la Universidad de Chile; el Archivo de Música Popular Chilena de la Pontificia Universidad Católica de Chile (AMPUC), el Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares (ALOTP) y el Archivo de Música de la Biblioteca Nacional. A esta última institución se donó en ceremonia del 14 de julio de 2016, el fondo documental Sello Alerce. Así quedó custodiada, conservada, pero también difundida y desarrollada, parte importante de la documentación de la historia cultural de la

sociedad chilena desde el último cuarto del siglo XX. Entendiendo por música popular

una música mediatizada, masiva y moderna. Mediatizada en las relaciones entre la música y el público, a través de la industria cultural y la tecnología, pero también entre la música y el músico, quien adquiere una práctica musical a través de grabaciones, de las cuales aprende y recibe influencias. Es masiva, pues llega a millones de personas en forma simultánea, globalizando sensibilidades locales y creando alianzas suprasociales y supranacionales. Es moderna, por su relación simbiótica con la industria cultural, la tecnología, las comunicaciones y la sensibilidad urbana, desde donde se desarrolla su capacidad de expresar el presente, tiempo histórico fundamental para la audiencia juvenil que la sustenta y que al crecer, la atesora en la memoria (González y Rolle, 2005: 26).

La irrupción para el patrimonio nacional de este cuerpo documental implicaba desafíos y problemas que había que enfrentar en lo inmediato. La sociedad chilena, ahora sí, contaba con posiblemente el conjunto más sistematizado de vestigios que daban cuenta de aquellas tres cualidades que según la definición expuesta, constituyen la música popular –masividad, mediatización, modernidad–, por lo que era necesario desde ya activar su estudio. ¿Qué atributos contiene este fondo? ¿Se puede comprender en su historicidad? ¿Cómo puede un cuerpo documental vinculado a un sello de música popular, ser significativo para el estudio de la historia de Chile? ¿Qué nuevas posibilidades de comprensión, ofrecen las fuentes existentes en el fondo del sello Alerce? O más simple, ¿qué características nos ofrece un cuerpo documental emanado de la industria musical chilena? Son éstas algunas de las preguntas que motivan el ejercicio crítico que a continuación se presenta.

Un fondo documental emanado de la industria musical no tiene solamente la dimensión vital en cuanto sus componentes tienen una creación, una selección y una voluntad de custodia; también la tiene en cuanto su perfilamiento público forma parte de historias de vida. Los conjuntos de documentos –algunos más, otros menos– poseen una dimensión vital inalienable en todos sus momentos. El Fondo Documental del sello Alerce tiene, en ese sentido, una historia que le otorga su especificidad y fortaleza. Esto por tres aspectos: la historia del sello como empresa vinculada a la figura y familia de Ricardo García; la producción documental de la empresa, compuesta principalmente de registros sonoros que fueron develados desde un proceso de investigación académico, y cuya diferencia con otros está marcada por su contexto histórico social y su propuesta política; y la historia descriptiva sobre la sistematización, restauración y resguardo patrimonial que

permitió que la documentación del sello Alerce sea parte del Archivo de Música de la Biblioteca Nacional. Esta es la historia de un fondo documental, estructurada sobre aquellos tres aspectos.

## 1. Alerce y Ricardo García

La primera dimensión vital dice relación con que el sello fue creado desde la voluntad de Ricardo García y que, con el paso del tiempo, adquirió un cariz familiar donde las hijas, yernos y amigos terminaron conformando una industria atípica según los códigos mercantiles y empresariales, constituyendo cada documento o vestigio emanado parte de la propia historia del clan<sup>2</sup>. No se puede obviar del sello Alerce su rasgo personalizado –no hablamos de aquel criterio de interés biográfico de los estudios musicales que desarrolla Sara Thornton (1990), quien define cuatro criterios mediante los cuales habitualmente se le otorga importancia histórica a un evento cultural mediatizado: nivel de consumo, nivel de mediatización, interés biográfico y aclamación crítica. Estas cuatro estrategias para ordenar el pasado: cuantificar, mediatizar, personalizar y canonizar, están en la base de toda investigación histórica sobre música popular que haya considerado como fuente las ventas, la media, el artista o el repertorio ‘clásico’ respectivamente” (González, 2001)– ni su entorno familiar. Esto no por hacer un panegírico, sino por entender a cabalidad los documentos.

Juan Osvaldo Larrea García, nombre oficial de Ricardo García, fue uno de los más importantes hombres de la industria musical chilena del siglo XX. Consagrándose desde 1959, luego de reemplazar como voz característica del primer programa-tocadiscos de la historia de Chile, “Discomanía”, al fundador Raúl Matas, García fue protagonista de muchas de las experiencias sociales de la música popular que quedarían en la memoria colectiva. Fue el primer locutor del Festival de Viña del Mar, el año 1960; fue el primer animador del emblemático y fundacional programa de música televisada Música Libre, el año 1970; fue fundador del concepto Nueva Canción Chilena al ser organizador del primer festival del movimiento al amparo de la Pontificia Universidad Católica de Chile en 1969, y, lo que atañe especialmente a este trabajo, fue fundador el año 1976 del sello Alerce. Sobre su sentido, explicaba: “debía ser el rescate de una serie de valores dispersos. Restos de un movimiento –la Nueva Canción– ligado a mi propia vida” (García, 1996: 51-52).

No fue extraño por lo mismo, que el logo del sello estuviera formado por dos alerces, “árbol de madera dura, resistente a todos los climas, muy útil y generosa” (García, 1996: 51-52); uno talado y, en primer plano, el otro alto y fuerte. Era el

---

<sup>2</sup> Bien da cuenta de aquello que, entre la documentación del fondo, parte importante no tiene que ver directamente con el sello, sino que con la vida profesional de Ricardo García previa a 1976, año de fundación de la empresa.

símbolo de los restos de ese desarrollo cultural unipopular que la dictadura había intentado eliminar, pero que se proyectaba en otro similar que se erguía con igual ímpetu. Era la metáfora de la robusta resistencia de la música popular chilena de raíz folclórica con compromiso social.

Alerce editaría cientos de discos hasta el año 2010<sup>3</sup>, acogiendo y perfilando tres de los movimientos más importantes en la historia de la música popular chilena: la Nueva Canción –en tiempos de exilio y dictadura–, el Canto Nuevo y el Nuevo Rock Chileno de mediados de la década de 1990.

Junto a Carlos Necochea, músico integrante de Los Curacas, García daba inicio a un sello con dos primeros grupos editados: Chamal y Ortiga. La música chilota y la fusión latinoamericana fueron los primeros sonidos. Del primero fue el primer disco del sello, con título elocuente de todo lo que hemos señalado: *Tierra de alerces* (1976). De fusión latinoamericana fue el segundo disco larga duración del sello, *Ortiga*, del grupo homónimo, verdadero testimonio de la resistencia de los códigos de la Nueva Canción en los tiempos más salvajes de la represión dictatorial.

Independientemente de que el sello proyectara dentro de sus posibilidades la música de una Nueva Canción Chilena que se encontraba perseguida, apresada, asesinada o exiliada, el primer movimiento musical perfilado en su origen desde la firma fue el Canto Nuevo, concepto que se consagró en 1977 cuando el sello editó un disco de larga duración titulado bajo el mismo nombre. El L.P. *Canto Nuevo* llevaba por carátula una paloma multicolor, símbolo de la libertad y la esperanza<sup>4</sup>, y fue la irrupción histórica del término, el bautizo del movimiento. El nombre se repetiría para cuatro compilados más y algunas antologías posteriores, todas recuperando y presentando el mismo símbolo. Fue, al fin, la consolidación histórica de la tendencia musical cuyas raíces se podían remontar a la música tradicional folclórica, a la música popular masiva, a la Nueva Trova cubana, al jazz y a la música docta.

Después de más de una década trabajando en difíciles condiciones, con represión y censura a la orden del día, había esperanzas en que, con el retorno a la democracia, las cosas cambiarían para bien. Empero, el inicio de la última década del siglo XX, a pesar de lo que se pensaba, fue amargo. Si bien se había acabado la dictadura política cívico-militar y se iniciaba una transición hacia la democracia, los significativos continuismos de la obra pinochetista se hacían evidentes en

<sup>3</sup> El sello Alerce sigue en pleno funcionamiento.

<sup>4</sup> La paloma fue un símbolo sumamente presente durante la dictadura. Además de los discos del sello Alerce que llevaron su figura en la carátula, el muralismo resucitado desde la década de 1980 también la incorporó como motivo recurrente en sus composiciones estéticas. Gran parte de los murales realizados en poblaciones como La Victoria o Villa Francia, tenían a la paloma entre los motivos más llamativos. A su vez, era objeto recurrente en piezas artesanales que se comerciaban en calles, ferias y mercados informales de todo Chile. Sería interesante realizar un catastro sobre cuantas niñas que nacieron entre los años 1973 y 1989 fueron bautizadas con el nombre Paloma. Es probable que fueran miles.

dificultades que el sello debía enfrentar. La apertura económica implicó una competencia desigual para con las transnacionales que encontraban en este humilde país un interesante mercado, y la esperanza en el acceso a la masificación –negada hasta entonces por el régimen militar– terminó siendo una quimera. El mayor ejemplo de aquello, especie de metáfora de los tiempos finiseculares, fue cuando el sello y el propio Ricardo García vieron cómo eran invisibilizados mientras Silvio Rodríguez se presentaba ante una multitud en el Estadio Nacional en marzo de 1990.

Efectivamente, Alerce fue en gran parte el responsable de la escucha social de la Nueva Trova cubana en Chile durante las décadas de 1970 y 1980. La cercanía de García con el Partido Comunista de Chile y el gobierno cubano, además de la amistad con Silvio Rodríguez, permitió que este tuviera un contrato de distribución con el sello, lo que derivó en que todos los registros –casetes por ese entonces– editados en Chile del cantautor cubano, fueran del sello Alerce. Tras él, todos los artistas del movimiento musical caribeño fueron entrando a un pequeño y a veces subterráneo mercado, donde la cinta pirata era parte constitutiva de la experiencia social de la música. La omisión de García y su sello en la primera visita de Silvio a Chile luego del fin de la dictadura, fue un golpe duro de absorber.

La frustración fue mayor. A pesar de las gestiones que personalmente realizó el disc-jockey en Cuba para conseguir la gira a Chile de la estrella isleña, los esfuerzos fueron vanos. El magno recital fue organizado por la productora Providencia Televisión a través de Fernando Meza y Luis Venegas, luego de negociaciones con el representante Tito Márquez y el jefe de prensa Pedro de la Hoz. Fue esa misma agencia la que aprovecharía la ocasión para publicitarse y generar subproductos. “Dos volúmenes con una selección de 80 canciones considera el libro ‘Silvio Rodríguez en Chile. La obra completa’. (Es una recopilación de temas entre 1966 y 1989, con arreglos para guitarra). La publicación es responsabilidad de Ediciones la Cigarra y Providencia Televisión”, informaba la prensa de la época<sup>5</sup>. Y de Alerce, nada. El sello que se había atrevido a editar música que era considerada por el régimen de Pinochet como subversiva y por lo mismo reprimida, y había tenido el coraje político de sugerir la resistencia y oposición desde la música en álgidos tiempos, tenía la ocasión para atender el reconocimiento del pueblo chileno, y nada. Es más, al poco tiempo Silvio Rodríguez abandonaría la casa disquera<sup>6</sup>.

El evento fue simbólico para un cambio de tiempo: retornaba la democracia, abandonaba el sello uno de sus artistas consulares, y moría su fundador, Ricardo García, un 2 de junio de 1990. Se concluyó así un ciclo y se inició uno nuevo con la dirección asumida por Viviana Larrea, su hija, debiendo ahora enfrentar nuevos desafíos. Por una parte, el mercado brutal se hacía patente con la arremetida de Emi,

<sup>5</sup> *La Época*, 29 de marzo de 1990, s/p.

<sup>6</sup> En círculos íntimos y familiares se suele comentar que una de las causas de la muerte de Ricardo García, el 2 de junio de 1990, fue el dolor causado por esta situación.

Warner y otras transnacionales que obligaba a generar estrategias de alianzas corporativas para aunar esfuerzos. Por otra, los soportes analógicos perdían terreno y obligaban a la edición digital, situación en la que Alerce publicó su primer disco compacto en enero de 1990: *Para mis amigos*, del pianista Roberto Bravo.

En este marco irrumpió el Nuevo Rock Chileno, movimiento que se fraguó hacia mediados de la década de 1990, en plena transición hacia la democracia. La escena musical chilena había cambiado: la censura se había atenuado hasta casi extinguirse, la represión se estaba transformando en un mal recuerdo (...), la canción social (Díaz, 2007) nuevamente se presentaba desde escenarios públicos y mediáticos, y el rock había revivido desde la década de 1980 para no extinguirse. En ese marco el sello, luego de una estratégica alianza con la transnacional Sony Music<sup>7</sup> –obteniendo la primera recursos que no tenía y la segunda la participación de artistas de gran proyección–, presentó en un gran recital en el Estadio Nacional a ocho bandas que bajo el rótulo antes mencionado, irrumpían en la escena musical desde la marginalidad urbana, con un mensaje social y una irreverencia reflejada en el hardcore, el rap, el funk o el rock: Chanco en Piedra, La Floripondio, Mal Corazón, Santiago Ludwig Band, Los Morton, Panteras Negras, Los Miserables y Pozze Latina, fueron los referentes del Nuevo Rock Chileno.

A través de estos tres movimientos, Alerce daba continuidad a la historia musical de la sociedad chilena durante casi cuarenta años. Sus registros sonoros, material gráfico, recortes de prensa o informativos, se transformaban en potenciales vestigios para ser interrogados por las ciencias sociales en su intento permanente por saber quiénes somos a través de comprender quiénes fuimos, es decir, a través de la historia. ¿Qué fue de esos documentos? ¿Qué es de estos documentos?

144

## 2. El sello Alerce y su historia en dictadura

Parte importante de los 17 años de dictadura pinochetista tuvo en la invisibilización de la cultura anterior una característica capital (Donoso, 2019). La censura y represión eliminaron algunas experiencias sociales y culturales, mitigaron otras y muchas las prohibieron bajo el garrote de la represión. Ello implicó que se perdieron, o no existieron, muchos vestigios; muchos de sus años son difíciles de comprender desde la historia por no plasmarse en indicios accesibles, cotidianos, oficiales, efectivos; en fin, fuentes. En medio de una historia en estado mudo, que se expresaba desde lo oficial, lo permitido, sólo de modo parcial y hasta a veces desde una mordaza, en medio de ello, las fuentes convencionales no hablaban de lo real a plenitud. No daban cuenta de pobreza, violación sistemática de derechos humanos, censura, coerción u omisión.

<sup>7</sup> *Alerce Informa*, noviembre de 1995, p. 2.

Corría el año 1981, febrero, verano. En Chile hacía pocos meses se había aprobado en un plebiscito sin ninguna garantía de legitimidad, una nueva constitución que reemplazaría a aquella que regía los destinos jurídicos de la nación desde el año 1925. Si bien la dictadura de Pinochet había atenuado su coerción desde un salvajismo vergonzoso hasta una represión controlada, los estados de excepción seguían formando parte de una vida cotidiana donde una generación entera había sido afectada por el Golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, y una siguiente no conocía otra vida que no fuera la permanencia en censura, actos cívicos, control policial, rumores de asesinato y tortura, temor y latente rebelión.

Febrero era el año del Festival de la Canción de Viña del Mar, emblemático evento de música popular masiva en Chile. En aquella versión de 1981 se presentó en la competencia folclórica la canción “Linda la minga”<sup>8</sup>, composición de Richard Rojas interpretada por el conjunto Santiago del Nuevo Extremo que obtendría el segundo lugar. Era una de contadas ocasiones en que una canción popular de raíz folclórica asomaba desde un medio de comunicación masiva<sup>9</sup>. La canción aparecería algunos meses después como el tercer tema del lado B en la primera publicación del grupo, en formato casete, editado por el sello Alerce.

Se juntaron, entonces, dos fenómenos. Por un lado, una industria cultural que desde la audiovisualidad y la producción en masa generaba la atmósfera sonora de una época. Segundo, un movimiento cultural de música popular de raíz folclórica que provocaba desde los sonidos, sobre la base de la contingencia, la denuncia y la protesta. Este, como veíamos, conocido como Canto Nuevo y que se acreditaba como digno sucesor de la emblemática Nueva Canción Chilena, tenía en Richard Rojas y Santiago del Nuevo Extremo dos dignos exponentes. Ambos fenómenos se sintetizarían desde un emblemático sello que acogería muchas de aquellas expresiones que el modelo dictatorial imperante, por decir lo menos, omitía.

Pues bien, entre ambos fenómenos, dando cuenta de ambos atributos, irrumpía Santiago del Nuevo Extremo, que sí se podía leer, contemplar y escuchar desde su casete *A mi ciudad*, el primero del grupo y donde aparecía aquella canción

---

<sup>8</sup> Santiago del Nuevo Extremo. “Linda la minga”. Por Santiago del Nuevo Extremo. *A mi ciudad*. Alerce, 1981. Casete.

<sup>9</sup> En vista de las condiciones que ofrecía el modelo económico implementado desde 1974 en Chile, la industria musical nacional sufrió una merma importante que impidió a los artistas chilenos grabar para tener presencia en las radios y, en general, en el mercado. Ello implicó que la televisión, a través de los festivales y programas de concursos principalmente, se transformara en uno de los medios más importantes de desarrollo musical. Producto del control autoritario de la dictadura, pocas expresiones de canto con contenido social fueron emitidas desde el sistema de comunicación de masas. Sin embargo, desde la televisión se pudo escuchar en el Festival de Viña de 1978 a Mariela González cantando en la competencia internacional “Un motivo para cantar”, de propia autoría; a Santiago del Nuevo Extremo con el tema antes mencionado y con “El trauco” el año siguiente; o al grupo Abril, intérpretes de “La semilla” de Patricio Valdivia, en 1982.

concurante en el Festival de Viña. El mismo tema que le daba el nombre al disco<sup>10</sup> era una excelente postal de la capital chilena de aquel entonces, y de la necesidad de denunciar el agobio del militarismo (“en mi ciudad murió un día el sol de primavera, a mi ventana me fueron a avisar”). Era un vestigio de la dictadura, una fuente.

El tiempo, reconocido por Tomás Moulian como la “fase terrorista” de la dictadura (Moulian, 2002) y caracterizado por Luis Errázuriz (2012) como “de corte y limpieza”, fue cubierto para los investigadores de la sociedad con una bruma. “La penumbra de mi ciudad no es paso bajo de la bruma/es manto negro que cubre las verdades desnudas”<sup>11</sup> cantaba el grupo Abril, uno de los referentes del Canto Nuevo. Buscar fuentes que nos hablaran de sus actores, procesos y tendencias era una verdadera aventura, pero había algunas pistas, la música una de las importantes, de las cercanas: como objeto y como instrumento de lectura; como medio y como mensaje. “A mi ciudad” y “La penumbra” hablaban de aquello.

Parte de la heurística natural al ejercicio musicológico histórico es el encuentro con la fuente. ¿Dónde encontrar? Es el problema de muchos investigadores para comprender tiempos invisibilizados como, por ejemplo, gran parte de la dictadura militar de Pinochet.

Todo cuerpo documental tiene una dimensión vital, más sutil, menos evidente. Dice relación con su encuentro, recuperación, conservación y aprovechamiento, asunto que tiene directa relación, en primer lugar, con el encuentro entre el investigador y sus fuentes, y, segundo lugar, con la voluntad consensuada de rescate de las mismas, aunándose voluntades de personas naturales y jurídicas con el objetivo de incrementar el patrimonio documental chileno y, sobre esa base, con que nuestro país tenga más y mejor historia.

Sergio Araya es un investigador con formación de pregrado entre los años 1987 y 1994, en Licenciatura en Historia del Arte en la Universidad de Chile. “A mi ciudad” fue parte de la banda sonora de aquella vida universitaria junto a “Homenaje”<sup>12</sup> del mismo conjunto –en honor de Víctor Jara– o “Tic tac”<sup>13</sup>, tema instrumental del grupo Ortiga que sonaba como cortina musical de uno de los más emblemáticos programas radiales de las décadas de 1970 y 1980: “Nuestro canto”, conducido por Miguel Davagnino en radio Chilena todos los domingos desde las 22 hrs. Araya contaba:

Yo tenía originales del sello, que se prestaban para su copia. Era muy significativo: hasta hoy tengo la colección del sello Alerce. Así de

<sup>10</sup> Santiago del Nuevo Extremo. “A mi ciudad”. Por Santiago del Nuevo Extremo. *A mi ciudad*. Alerce, 1981. Casete.

<sup>11</sup> Abril. “La penumbra de mi ciudad”. Por Grupo Abril. *Grupo Abril*. Alerce, 1982. Casete.

<sup>12</sup> Santiago del Nuevo Extremo. “Homenaje”. Por Santiago del Nuevo Extremo. *A mi ciudad*. Alerce, 1981. Casete.

<sup>13</sup> Ortiga. “Tic Tac”. Por Ortiga. *Ortiga*. Alerce, 1976. L.P.

importante. Eso, junto a la revista *La Bicicleta*, crecí en esta área. Junto al café del Cerro. La trilogía era: casetes Alerce, *La Bicicleta* y el Café del Cerro<sup>14</sup>.

El investigador mencionado empezó a cursar el Magíster en Musicología el año 2013, instancia en que el tema de tesis terminó definiéndose como “Industria discográfica en Chile 1973-1989”, problemática surgida desde el enfrentamiento al concepto establecido, controvertido y equívoco, de “apagón cultural”. Ello, pues desarrollo musical existió y ha existido siempre, pero de modo subterráneo, marginal, solapado, producto del control coercitivo, del corte y limpieza. Pues, apagón cultural no hubo; sí, merma en la industria cultural chilena. Producciones de todas las artes se vieron inhibidas por causas estructurales –refundación económica y política– que dieron una apariencia de vacío, pero “la verdad es que música había, y mucha” (Araya, 2016). Mas, ¿cómo se escuchaba si la producción había mermado tanto?

Efectivamente, el período comprendido entre 1973 y 1984, tuvo sus bemoles en cuanto a la industria musical. En 1972 se producían 6,3 millones de discos; ocho años después sólo se produjeron 968 mil, siendo la participación de música chilena en el mercado de menos del 30%. A continuación, un cuadro que da cuenta de porcentajes de música radiodifundida y música adquirida en el mercado, construido con estimaciones solicitadas a entrevistados vinculados a la industria fonográfica (Fuenzalida, 1985: 18), del año 1985:

147

| Género musical     | Porcentaje promedio de ejecución radial | Porcentaje promedio de ventas |
|--------------------|---|-------------------------------|
| Internacional      | 90                                      | 60                            |
| Nacional           | 1                                       | 2                             |
| Música clásica     | 2                                       | 1                             |
| Música ligera      | 3                                       | 7                             |
| Canto Nuevo        | 0,5                                     | 5                             |
| Rock chileno       | 0,5                                     | 3                             |
| Folklórica chilena | 1                                       | 2                             |
| Popular masiva     | 2                                       | 20                            |
|                    | 100%                                    | 100%                          |

Es evidente que las cifras de música chilena estaban en desmedro frente a la extranjera (“internacional”, según el cuadro), no dejando de llamar la atención que

<sup>14</sup> Conversación con Sergio Araya, Biblioteca Nacional, 3 de enero de 2017.

dentro de la nacional se especifiquen tres géneros: rock chileno, folclórica chilena y Canto Nuevo. Hubo un sello y un soporte que se identificaba con los tres por ese entonces: Alerce y el casete.

Había una experiencia personal de historia social de la música para el período objeto de análisis, que era la audición desde el casete re-grabado, informal, “pirata”. Era parte de un proceso de copiado infinito que bien podía escudriñarse en la versión original, la que probablemente era una casete del sello Alerce. Un procedimiento sensible y doméstico, como era la audición musical, se transformaba en otro subversivo, alternativo y subterráneo. Era otra música en todos los aspectos sociales que la experiencia sonora implicaba: en creación, grabación, distribución, adquisición y audición. Era la experiencia social de la música, pero también era el indicio de su época. Había, entonces, que ir al sello de la otra música: Alerce.

La investigación musicológica de Araya condujo, pues, a los actores que pudieran dar testimonio del sello. Qué mejor que sus actuales ejecutivas quienes, además, eran las hijas del fundador. Viviana y Mónica Larrea habían asumido, sobre todo la primera, la dirección de Alerce desde comienzos de la década de 1990. La recuperación de su testimonio era fundamental para la reconstrucción de su tiempo. Era menester el trabajo hacia la memoria, era necesaria la construcción de la fuente oral (Araya, 2016)<sup>15</sup>.

Elocuente fue la disposición absoluta de ambas para hablar sobre Alerce, en el sentido que había consciencia de que la relevancia del sello para la historia debía conocerse y había que trabajar en aquello. La complicidad e interés mutuo entre el investigador y su fuente, permitió la irrupción de un tesoro. Irrumpió la información: “La Vivi tiene N material y lo tiene en la casa, en un container”<sup>16</sup>. Es menester advertir que hubo una intención de resguardo no sólo por las necesidades de una empresa, sino en parte importante por la dimensión afectiva del material. La documentación rescatada era Alerce, pero también era un padre; era una empresa, pero también una familia. Elocuente era, en este sentido, que se hubiera custodiado en el hogar de Viviana Larrea.

La información se transmitió a la brevedad a la institución pertinente. Araya estaba realizando una pasantía en el Archivo de Música de la Biblioteca Nacional, que había nacido oficialmente el 18 de diciembre de 1970, pero que se consolidó luego de la reformulación de la sección Música y Medios Múltiples, recién durante el siglo XXI. Era, por cierto, la instancia encargada de hacerse cargo de aquel legado que generosamente se estaba poniendo a disposición de la sociedad chilena.

El contacto entre la directora del archivo, Cecilia Astudillo, y las hermanas Larrea fue presto, fluido y fructífero. La conclusión era un consenso evidente: había

<sup>15</sup> Las susodichas fueron entrevistadas para la realización de la tesis de Araya, y además en el marco del proyecto de investigación que da a luz este artículo.

<sup>16</sup> Mónica Larrea. Entrevista realizada en 7 de diciembre de 2016.

que rescatar todos los documentos para el Archivo pues era el patrimonio musical chileno de los últimos 35 años. Grata fue la sorpresa para la familia Larrea, que una institución tan consolidada como la Biblioteca Nacional, a través del Archivo de Música, se preocupara de aquello. La urgencia de la situación implicó que la operación de reconocimiento, primero, y luego traslado para su restauración y conservación, fuera realizada a la brevedad.

La primera inspección ocular fue inmediata y el diagnóstico inicial fue adverso. Se vieron cajas, góndolas con cintas reel y VHS, con una estimación a priori de un 20% de material estropeado, insalvable, todo en medio de un somier, bicicletas, esquís y cachureos varios. Había cierta sistematización del material acopiado, pero las condiciones de almacenamiento hacían imperativa la acción de rescate, pues el peligro de pérdida total era inminente.

Se decidió el siguiente paso: hacer el conducto regular sobre la base de un manual de procedimientos de las donaciones. Paso uno, establecer contacto con el posible donante y establecer grados de confianza. Luego, la inspección de la documentación, también efectuada. A continuación, paso tres, se redactó y presentó un informe al Comité Receptor. Éste era un consejo resolutorio compuesto por la entonces directora de la Biblioteca Nacional Ana Tironi, y el Grupo de Archivo de Música GAMUS, comité a su vez conformado por Gabriel Matthey como representante de la Asociación Nacional de Compositores ANC; Marisol García, desde el sitio de música [www.musicapopular.cl](http://www.musicapopular.cl); Jorge Mahud, de la Sociedad Chilena del Derecho de Autor SCD, y Germán Torres, del área patrimonio de los sellos independientes. La aprobación no se hizo esperar

Así, el 6 de noviembre de 2015 empezó el traslado en vehículo oficial de la institución, del material desde la casa de Viviana Larrea, ubicada en el sector Lo Cañas, hasta las dependencias del Archivo de Música en la Biblioteca Nacional, en el centro de Santiago. Se definió la necesidad de asistencia de un musicólogo, un conservador y el jefe del archivo, independiente de colaboradores, todos bienvenidos. Fue así como participaron de la tarea: Cecilia Astudillo, directora del Archivo de Música; Sergio Araya, musicólogo, descubridor del hallazgo, y Javiera Rodríguez, conservadora. Además de ellos: Jorge Canales, musicólogo; Marusela Ramírez, investigadora y encargada del registro fotográfico, y Claudio Camilo, funcionario del archivo. El equipo, sobre todo Araya y Astudillo, se encontraba con piezas que reconocían desde casi siempre. El máster del disco “La alegría ya viene”, himno de la campaña por el No para el plebiscito de 1988, algún máster del conjunto Congreso, las maquetas para la carátula de algunos discos de Santiago del Nuevo Extremo, casetes de Schwenke y Nilo, Patricio Manns y Patricio Liberoni, eran sólo ejemplos de miles de documentos cuya relevancia era evidente, en un ambiente lleno de hongos y polvo. Parecía el descubrimiento de un tesoro en el fondo del mar.

Se realizaron dos viajes de mudanza desde la casa, más uno desde la oficina de Alerce donde también se había acumulado una cantidad importante de material, de tal modo que en enero de 2016 toda la documentación se encontraba apilada en cajas que debían ser examinadas y sometidas a cuarentena para establecer lo que debía ser eliminado –pues por estado podía contaminar el resto– y lo que finalmente iría a depósito. Dos tercios del material original tuvieron que ser desechados, sometiéndose el porcentaje restante a estabilización para su posterior trabajo de catalogación y restauración.

Todo el proceso fue emotivo. Viviana estuvo siempre presente, al igual que otros miembros de la empresa o de la familia. Eran sentimientos encontrados; se sabía que iban a estar mejor resguardados todos aquellos vestigios del pasado, pero era también desprenderse de algo muy íntimo, algo así como las cenizas del padre.

Pero su trascendencia no era sólo íntima o familiar. Era un conjunto de vestigios que se constituían desde lo musical, pero cuya capacidad de dar cuenta de la dimensión temporal de la sociedad iba más allá que lo sonoro. Este ámbito, en cuanto texto, ciertamente que daba cuenta de un tiempo pasado; la lírica de algunos movimientos como el Canto Nuevo o el Nuevo Rock Chileno era protesta, crónica, denuncia y relato íntimo, así como los sonidos hablaban de sensibilidad subcontinental latinoamericana o memoria a través de la cita del sampler.

Pero no sólo el texto; el soporte era también fuente para la historia. Cintas reel, discos de vinilo, casetes, además del arte de carátula, bosquejos, diseños y textos introductorios, daban cuenta no solamente de una obra musical, sino de actitudes, mentalidades y valores de más de veinte años de historia reciente de Chile. La bomba molotov en la portada del casete *Te mataré con amor* de Los Miserables, era tan elocuente para dar cuenta del año 1995 como lo que cantaba Santiago del Nuevo Extremo sobre Santiago para 1981; la celda que encarcelaba a los Panteras Negras en su casete *Reyes de la Jungla* (Alerce, 1995), hablaba tanto de su año como los sonidos de *La Gran Noche del Folklore* para el año 1983.

Una tercera dimensión testimonial de estos vestigios para la historia era su experiencia social, su audición. Advertida principalmente desde recortes de prensa y boletines corporativos (y sutilmente desde documentos contables, administrativos y comerciales), la dimensión del público también estaba contenida desde las fuentes que ahora se instalaban en un espacio público para su resguardo, conservación y disposición. Texto, soporte y audición se evidenciaban como factores asibles para el ejercicio crítico desde la investigación, en el momento de trabajar los documentos generados por un sello musical para comprender la historia reciente de la sociedad chilena.

### 3. El tratamiento del documento musical desde el archivo<sup>17</sup>

La base de un archivo son los conjuntos de documentos: los Fondos Documentales. Tienen siempre un único productor: los documentos representan lo que éste ha realizado en el ejercicio de sus funciones. Todo vale si es producido por esta entidad o persona en el ejercicio de sus funciones.

Entendiendo como fondo documental un conjunto de documentos – independiente del soporte o tipo de éstos– producidos orgánicamente y acumulados por una persona física, familia o entidad en el transcurso de sus actividades y funciones como productor, la archivística también reconoce para aquél una dimensión diacrónica, una vida desde un aspecto técnico. En este sentido se identifican tres edades de un archivo (Astudillo, 2016; Cruz Mundet, 2003; Gómez González, 2018).

La primera edad se reconoce como Archivo de Gestión y corresponde a los momentos de vida útil del documento. Esta estimación es de unos cinco años, correspondiente al tiempo de los documentos en su fase de tramitación y con uso frecuente para la gestión. Es el tiempo cuando la documentación está bajo la responsabilidad directa de las unidades administrativas. En el caso específico del sello Alerce, dentro de este tiempo cabría toda la información contable, legal y comercial, pero hay que advertir una especificidad. Cuando el productor es una industria discográfica, como es el caso, no sólo se genera ese documento convencional. También forma parte de esta vida la generación de documentos sonoros y gráficos que se transforman en insumos del producto final, y que también tienen una vida útil. Es así como masters, maquetas, bocetos, diseños y pruebas de sonido constituyen también parte de la documentación perteneciente a esta edad.

La segunda edad corresponde al Archivo Intermedio. En esta instancia se guardan los documentos que no se usan en la inmediatez, pero que pueden ser consultados dependiendo de las circunstancias y necesidades del productor, pues aún no pierden completa vigencia. Dejan de ser utilizados con frecuencia, pero asumen la cualidad de medio probatorio, siendo posible el hecho de que un recurso o problema sobre un asunto determinado, los haga regresar a la edad anterior. Por lo mismo, no se eliminan. En esta etapa se hace un expurgo: se elimina información y se guarda lo que se piensa que en algún momento se puede utilizar. Es un proceso natural, un darwinismo documental.

La tercera edad constituye el Archivo Histórico, la conformación definitiva del fondo documental; luego de una expurgación natural, se guarda lo que se considera

---

<sup>17</sup> En el desarrollo de este acápite fueron de particular utilidad los informes realizados por Nicolás Salas, Pablo Maldonado, Nicolás Galindo y Javiera Vergara, todos pasantes y/o practicantes en el Archivo de Música al momento de desarrollarse la investigación que generó este artículo, y quienes realizaron todas las labores descritas en esta parte del texto.

tiene un valor para la historia. Es el momento en que se realiza la selección por su valor informativo, histórico y cultural. Es el momento en que irrumpe el valor de la conservación a perpetuidad, en condiciones que garanticen su integridad y transmisión a generaciones futuras. Mas, como todo ente en tercera edad, puede quedar a la deriva, en manos del destino, a su propia suerte.

Alerce no era un organismo productor cualquiera (bueno, ninguno lo es). Era una empresa construida con un sentido político que la hizo particularmente significativa en su primer tiempo y espacio (1976-1990); era obra de uno de los personajes más importantes en la historia de la música popular chilena, y en ella el modo de operar cercano, cómplice y comprometido le agregó un cariz familiar que pocas industrias musicales poseían. Fue esa la característica que implicó que la primera edad del archivo se conformara sobre los materiales funcionales a la empresa, los que, como decíamos, no consistían sólo en documentación escrita convencional sino también, y por sobre todo, en material sonoro consistente en cintas reel y dat –sostenes de los fonogramas editados a lo largo de las tres décadas de gestión– y material gráfico que abarcaba desde bocetos, dibujos, maquetas y pruebas de imagen, hasta carátulas, portadas y afiches en sus versiones finales.

No sólo eso. El productor editó también el informativo corporativo *Alerce informa*, donde se daba cuenta de las actividades del sello en cuanto a lanzamientos, recitales, festivales, giras o conferencias de prensa<sup>18</sup>; y se preocupó de ir recolectando *in situ* toda la información aparecida en la prensa escrita vinculada al sello<sup>19</sup>. Fue así como se fue componiendo un corpus documental que parecía ser su funcionalidad inmediata, la proyección hacia el futuro. En el caso del fondo presente, la primera edad del archivo se ligaba desde su generación, a la segunda; la función práctica de este último tipo de documentación no era otra que dar cuenta de su desarrollo. Fue, pues, un fondo documental conformado con conciencia histórica. No sería extraño, por lo mismo, su donación al patrimonio nacional.

La segunda edad del archivo para el sello Alerce, pues, tiene también una distinción frente a otras empresas productoras: su conciencia de la relevancia de su acontecer para su tiempo y espacio. Más allá de la necesidad administrativa y posibilidad de utilidad práctica del documento (administrativo, sonoro o gráfico), Alerce hizo partícipe de esta etapa a todo ese material de prensa cuyo único sentido era acreditar presencia. De alguna forma, el sello tuvo conciencia de la necesidad de

<sup>18</sup> *Alerce informa*. Alerce: Santiago, 1995-2000.

<sup>19</sup> *El Tiempo*, 21 de marzo de 1977, s/p. “Se Inicia Serie de Recitales Folklóricos. El sello Alerce anuncia una serie de recitales folklóricos. El primero de ellos se efectuará el viernes 25 en el salón auditorio Don Bosco (...)”. *Las Últimas Noticias*, 9 de marzo de 1978, s/p. “Regresó García. Luego de un mes y medio de visitar diversos centros artísticos europeos regresó Ricardo García, director de sello Alerce. Este es su boletín noticioso (...)”. Son dos ejemplos de documentación resultado de la labor apuntada.

generar vestigios para los historiadores del futuro. Y esa sensibilidad histórica no se plasmó sólo en esa acción; parte significativa de los recortes de prensa y fotografías conservadas, fueron previas al año 1976.

Efectivamente, parte importante de la documentación de la segunda vida del archivo, es previa al tiempo del productor. ¿Cómo se explica? Por la especificidad histórica que asumió la empresa, y la identidad familiar y política de la misma. Toda la documentación aludida tiene que ver con la vida de su fundador, Ricardo García.

Sobre la tercera edad, en vista de los atributos de la documentación advertida, el proceso de ordenamiento y catalogación se estructuró desde un cuadro de clasificación ordenado en tres secciones: documentos sonoros y audiovisuales, documentos administrativos y sección gráfica.

Para la primera sección de documentos se identificaron dos series, entendidas técnicamente como conjuntos de documentos organizados, homogéneos en su tipo documental (Astudillo, 2016). La primera se identificó como Máster e incluía aquellos cuyo mensaje era efectivamente sonoro. Por lo mismo, sus subseries fueron: C.R. (cintas reel), VHS, CASETES, B.CAM y DAT. La segunda, sin embargo, merece una observación que alumbra sobre el fondo en particular. Esta segunda serie se identificó como Notas de Prensa y Spot, identificándose sus subseries de la misma forma que la serie anterior. La observación se refiere a que, técnicamente, la archivística se ve de alguna forma con una camisa de fuerza disciplinaria al deber atenerse a la homogeneidad del tipo documental para dar cuenta de categorías y cualidades de documentos diferentes, para el caso específico de la experiencia musical. Efectivamente, masters, prensa y spot pueden dar cuenta de sonido e imagen, pero el sentido y la lectura a la que apelan es distinto. Obliga, en este caso, al investigador a diferenciar el estímulo, ergo el contenido, pero descubriéndolo desde el encuentro con el documento y no desde su catalogación.

La siguiente sección es aquella propia de toda empresa: documentos administrativos. Se le otorgó una serie, Contables, con subseries: Exportaciones, Facturas emitidas, Facturas recibidas y Boletas. Pocas veces el investigador de cultura, y específicamente de música, puede realizar un análisis cliométrico de la experiencia musical desde el documento cuyo contenido es cuantitativo. La posibilidad, por lo tanto, que ofrece esta sección es notable y debería motivar el desarrollo de una perspectiva metodológica afín a ese objeto.

La dimensión gráfica constituye la última sección construida en este fondo, destacándose por su contundencia y calidad de conservación. En ésta se incorpora una categoría que amerita y que bien alumbra sobre la calidad de la documentación resguardada: la de Documento Compuesto o Expediente. Ésta se refiere al conjunto de documentos referidos a un mismo tema, actividad o asunto, reunida desde la incorporación sucesiva de éstos en la edad primera del archivo. No importa en esta categoría el tipo de documento, el soporte en que se sostenga, el sentido al que apele

ni el tipo de lectura que ofrezca. Todos juntos constituyen el sentido. Por lo mismo, la extracción de cualquiera de ellos conduce irremediablemente a su pérdida.

El cuadro de catalogación de esta última sección quedó conformado por tres series: afiches, fotos y carátulas. Para cada una de ellas se definieron las siguientes subseries: documentos, para la serie afiches; negativos, diapositivas, fotos, “Ricardo García” y “20 años”, para la serie fotos; dvd, casetes y cd’s para la serie carátulas. Cada una de las series y subseries incluye expedientes junto a los documentos, películas, masters, fotos y disquetes.

Por un requerimiento pragmático y en vista de las posibilidades ofrecidas por el cuerpo profesional del Archivo de Música, la labor de catalogación, restauración y conservación fue transversal a las secciones recién descritas y se parceló en tres áreas: sonora, gráfica y prensa.

Respecto a los documentos sonoros, se revisaron cintas reel de distintos tamaños, principalmente de 10 pulgadas, advirtiéndose un estado de conservación entre regular y malo. Su contenido correspondía a variadas grabaciones de estudio que luego serían comercializadas en formato casete, y conciertos en vivo de música chilena entre los años 1960 y 1980 aproximadamente.

Respecto a las cintas reel, siendo su estado de conservación aceptable, el estado de sus contenedores variaba entre regular, malo y muy malo. Las cajas originales presentaban deficiencias como: rasgones, manchas, erosiones, adhesivos, corchetes, deformación del plano, humedad, faltantes, ataque de xilófagos y hongos. Todo esto hacía imperativo el cambio de embalaje, labor que se realizó durante un período de tres meses para lo cual se elaboraron 150 nuevos contenedores, confeccionados con cartón forrado libre de ácido, de 210 grs.

Debido a que la manipulación de hongos es altamente riesgosa para la salud –poseen esporas de tamaños invisibles, que pueden llegar a cualquier lugar del cuerpo humano y alojarse ahí (piel, uñas, ojos, pulmones, etc.)–, se contó con la asesoría de un biólogo y un ingeniero en prevención de riesgos, quienes recomendaron la utilización de buzos de tyvek, guantes de nitrilo, lentes protectores y máscaras con filtro. Se estableció así un procedimiento para realizar el cambio de embalaje, procurando mantener la higiene y seguridad de quienes manipulaban el material contaminado. El procedimiento se llevó a cabo en un lugar abierto y ventilado, delimitando un área sucia y un área limpia<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> El procedimiento paso a paso fue el siguiente:

1º: Instalación de la caja contaminada sobre la mesa de área sucia.

2º: Registro fotográfico de la caja cerrada.

3º: Registro fotográfico de la caja abierta.

4º: Registro de cualquier información relevante.

5º: Registro en detalle del estado de la cinta reel, si su estado de conservación lo ameritaba.

6º: Traslado de la cinta reel al nuevo contenedor.

7º: Desecho de la caja antigua.

A continuación se elaboró un inventario en plantilla Excel, con información relevante sobre el contenido, ordenada según los siguientes campos: número, sección, soporte, formato (tipo), título, “¿tiene caja?”, sys, observación, inspector, fecha, ubicación. En esta primera etapa se llenaron los campos más relevantes: número, sección, soporte, título, “¿tiene caja?”, inspector y fecha.

Respecto al área gráfica, el primer paso fue revisar las cajas que contenían el material gráfico donado por el sello. En total eran dos, las que en su interior tenían todo tipo de materiales sueltos o guardados en expedientes con los nombres de los músicos a quienes correspondían. También se encontró gráfica asociada al sello en la producción y/o difusión de algún evento musical en particular. Los tipos de material encontrado fueron: carátulas (de discos y casetes), masters de carátulas (en formato de películas/transparencias y/o maquetas/diseño), diapositivas, fotos, películas/transparencias, negativos fotográficos, textos, afiches y volantes.

En general los materiales gráficos como las fotos, las diapositivas, los covers, los afiches y los volantes, se hallaron en un estado de conservación entre regular y bueno. Por el contrario, los elementos más perjudicados por los factores de tiempo y de condiciones de conservación fueron las películas/transparencias y algunos masters de afiches. En ellos se advirtió brote de hongos y roturas. También se hallaron algunas hojas de textos unidas con corchetes (como, por ejemplo, fichas técnicas de conciertos) que acumularon óxido en las partes de metal. Por último, todas las carátulas de CD se hallaron en buen estado, no tanto así las de casete, específicamente las que estaban adheridas a los sobres de los masters de carátula y a las cajas de las cintas reel.

El total del material encontrado se pudo agrupar en tres categorías: carátulas (de casete o CD), expedientes y el material gráfico suelto, este último asociado a cada uno de los anteriores.

Para la elaboración del inventario (ordenado y guardado en planilla Excel), se hizo una lista según el sistema de codificación y enumeración del mismo sello, catastrándose todas las carátulas de casetes y discos halladas en las cajas de la sección gráfica, los expedientes de carátulas, las adheridas a las cajas de las cintas reel y las archivadas en el libro de carátulas de discos. Asimismo, para obtener más información concerniente a cada uno de los álbumes editados por el sello, se recurrió a la página oficial del mismo –que se encuentra bajo el dominio de

---

8º: Depósito de la cinta reel en un contenedor mayor.

9º: Desecho de buzos de tyvek y guantes.

10º: Desinfección de objetos no desechables.

11º: Desinfección de personas.

12º: Traslado del material al depósito.

Portaldisc-, a los boletines *Alerce informa* (publicados entre 1995 y 2000) y al *Gran Catálogo Alerce*<sup>21</sup> (publicado en 1996).

En este inventario figuran el formato de los álbumes (en este caso CD) y su enumeración y su información básica (autor, título, año de publicación, serie, estilo, lugar y año de grabación y licencia).

En la columna “Expediente” se marcaron con una X todos los elementos encontrados (película, diapositiva, carátula, masters carátula, cover o cobertores de discos/casetes, afiches, volantes, gráfica o material gráfico contenido en disquetes, fotos, negativos y textos), siendo pertinente la especificación del tipo de material con el que se confeccionó el master de carátula (película, maqueta/diseño y/o disquete). A su vez, se marcó con una X en la columna “Expediente” si se encontró como mínimo un elemento gráfico asociado a cada álbum (exceptuando la carátula, que se guarda de modo aparte). Para la elaboración de los expedientes se siguió el orden de la enumeración de los álbumes, y se guardó todo el material asociado a dicho álbum en sobres de 36 x 25 cms., los que a su vez fueron depositados en cajas enumeradas de 37 x 13,5 x 25 cms. En la planilla de los expedientes se incluyeron sólo las columnas vinculadas a los elementos gráficos de cada álbum, siendo la columna “Expedientes” la que sirve para informar la ubicación de la caja en donde se puede hallar el mismo.

Caso aparte son los elementos de los discos editados por Alerce en conjunto con otro sello discográfico, aquellos no asociados a ningún álbum en particular (o cuya fuente no se ha podido averiguar) y los de formato grande (por ejemplo, algunos afiches y masters de carátulas que no cupieron en los expedientes), todo lo cual se agrupó y guardó en cajas aparte. También las carátulas de casete y CD fueron archivadas en cajas separadas y ordenadas según la enumeración establecida por el sello, para su fácil consulta.

Como se insinuó en párrafos anteriores, la magnitud de documentación gráfica encontrada vinculada con información de prensa, ameritó que esta última fuera considerada un ítem específico en el procedimiento de inventario. El material estaba guardado en cajas de embalaje y consistía principalmente en recortes de prensa escrita, artículos de revistas, folletos, fotocopias, documentos y fotografías, todo en precario estado de conservación y con una leve capa de polvo que cubría el material. A pesar de esto, no se halló presencia de hongos o humedad evidente, aunque sí elementos metálicos como corchetes o clips, la mayoría en avanzado estado de corrosión, los que fueron eliminados<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> Sello Alerce. *Gran catálogo Alerce*. Santiago: Alerce, 1996.

<sup>22</sup> Tras retirar el contenido de las cajas, se realizó una revisión preliminar con el fin de facilitar el almacenamiento y la futura revisión por parte de personal especializado o de quien lo solicite. Según lo apreciado se adoptó la siguiente metodología de trabajo:

1º: Separación de material según artista, grupo musical, personaje o evento.

2º: Ordenación cronológica y por décadas, según la fecha de publicación original.

Durante el periodo de clasificación del material, se apreció la meticulosidad por parte de quienes llevaban a cabo la labor de revisión de prensa a través de los años de la empresa. Esto porque no sólo se encontraron artículos referentes directamente al Sello Alerce o a Ricardo García, sino que también una serie de recortes de prensa relativos a otras temáticas, pero que estaban incluidos en el material porque en sus cuerpos –y aunque de manera muy breve– hacían mención a la casa discográfica, su fundador o algún artista o grupo que hubiese grabado con ellos. El material poseía, en la mayoría de los casos, la fecha y el nombre del medio en donde se publicó.

A medida que avanzó el proceso de revisión, se determinó otro rasgo de la rigurosidad con la que originalmente se archivó el material. Cada recorte de prensa se encontraba adherido a una hoja de papel blanco, tamaño carta y en la mayoría de los casos con el membrete del Sello Alerce, en el que se detallaban los datos de publicación. Además se encontraron fotocopias de los mismos artículos, en muchos casos con más de un respaldo.

De la superficie total de espacio utilizado por las cajas de la donación Sello Alerce en la sala del Archivo de Música, 130 centímetros lineales corresponden a las de prensa. De las tres cajas con material, que se ordenaron y clasificaron, se obtuvieron 77 sobres de papel y 4 carpetas con contenido en su interior. Éstos fueron colocados en ocho nuevas cajas de embalaje, para facilitar así su almacenamiento.

Tras los trabajos, de las cajas designadas como 1 y 2 resultaron 29 sobres y 4 carpetas con contenido de prensa. Éstos fueron guardados en seis cajas nuevas. Del material en la caja 3 (denominada “Prensa Alerce”) resultaron 48 sobres que fueron guardados en dos cajas nuevas.

De los 48 sobres, destacaba uno con material documental de gran importancia. Éste posee información de difusión y referente al funcionamiento interno del sello discográfico: currículum y dossier de artistas y grupos, guiones de videoclips musicales, afiches y publicidad sobre eventos organizados por Alerce, entre otros.

Además llamó la atención la gran cantidad de recortes de prensa sobre el fundador del Sello Alerce, Ricardo García (1929-1990). Se clasificaron diez sobres de papel relacionados a este destacado locutor chileno. De los diez sobres, cinco

---

3º: Ordenación del contenido clasificado en sobres de papel debidamente rotulados y siguiendo la lógica: nombre y fecha.

4º: Redacción de lista con los encabezados de cada sobre de papel, la que se adhirió a una caja de embalaje nueva.

5º: Almacenamiento de la documentación ordenada de manera cronológica, en la nueva caja de embalaje, siguiendo el orden de la lista de encabezados con el objetivo de facilitar futuras búsquedas.

6º: Guardado de caja con material ya clasificado en bodega a temperatura y humedad correctamente reguladas.

correspondieron a su trayectoria profesional (1940-1990); uno a material de prensa sobre su muerte, funerales y homenajes póstumos, y cuatro sobres a recortes de prensa sin data.

Las cajas de prensa ya clasificadas fueron almacenadas a temperatura y humedad adecuada. Además, y en el intertanto del proceso, se seleccionaron algunos artículos de prensa para su digitalización y así poder complementar cápsulas web dentro del minisitio del Fondo Sello Alerce, en la plataforma Memoria Chilena de la DIBAM.

La información ofrecida por los documentos del fondo en desarrollo es sorprendentemente consistente. Si consideramos los criterios identificados por la musicóloga Sara Thornton (González, 2001) para el análisis de las experiencias musicales mediatizadas, la información que ofrecen los vestigios del conjunto documental contiene todos y cada uno de aquellos. La documentación contable y administrativa, que incluye balances, líneas de ventas y remesas, cubren el criterio “Nivel de consumo”; el “Nivel de mediatización” está sobradamente cubierto con la numerosa información de prensa; la documentación vinculada específicamente a Ricardo García y su familia constituyen el criterio “Interés biográfico”, y “Aclamación crítica” está constituido por el análisis del sonido contenido en todos los soportes incluidos en el fondo documental. Ello implica que su estudio en conciencia permitiría aplicar las cuatro estrategias vinculantes a sus criterios, del estudio de la música popular. A saber: cuantificar, mediatizar, personalizar y canonizar.

Toda esta pequeña historia de rescate, ordenamiento, restauración, conservación, catalogación y sistematización de vestigios generados por el sello Alerce, ha permitido que fuentes derivadas de la historia musical chilena y su industria, estén disponibles para una comprensión de la historia del Chile reciente a través de una de sus expresiones culturales. Nuevas fuentes para la historia de Chile, esta vez generadas por un sello musical a través de su producción, su historia de vida y su experiencia social, han quedado finalmente disponibles para su estudio, como fragmentos de nuestro tiempo pasado.

#### **4. Palabras finales**

El Fondo Documental Sello Alerce es hoy en día uno de los acopios de documentos musicales más significativos a disposición del público e investigadores, para el estudio de la música popular chilena contemporánea. Razones hay muchas. Primero, es un fondo robusto. La cantidad de material que contiene es cuantitativa y cualitativamente consistente. Cuantitativa, pues está compuesto por miles de documentos; cualitativa, pues éstos responden a todas las características posibles de cómo la música popular se puede manifestar en una sociedad en el tiempo pasado. Esto implica que su soporte no necesariamente tiene que ser sonoro. La música

también se manifiesta a través de imágenes, de textos, en fin, de todo aquello que pueda dar cuenta de experiencia social, y éste es el caso.

Segundo, es un fondo generado por la industria musical. Aquella característica de “mediatización” en la música popular, por ende, es constituyente de la formación de estos síntomas de pasado musical. La figura de su fundador Ricardo García y el papel que le cupo en la historia de la música chilena en los que posiblemente fueron los años más difíciles de desarrollo cultural –como lo fue el período de la dictadura de Pinochet– le dan al sello una singularidad que se transmite a sus documentos y los enriquece.

Tercero, final, lo más importante: es un cuerpo documental con historia. En su descubrimiento y recuperación estuvieron vinculadas historias de vida en que la música era el punto de convergencia. El arte era musical, la industria era lo mismo, la investigación era sobre música, el encuentro fue con un pasado sonoro. Fue más bien un reencuentro con el pasado desde una sensibilidad musical siempre presente, que esta vez se encontraba con el vestigio que daba luces sobre su original sentido. Fue el rescate de un cuerpo que se pensaba perdido y que ahora se podía ver, palpar, escuchar de nuevo. Un rescate de la historia a través de sus indicios, más que un rescate de la memoria.

Estas fuentes, así, no sólo nos hablan de la historia de la música en Chile; nos permiten comprender a través de su cualidad de fuentes musicales, parte de la historia social de nuestro país. No solamente nos dan la posibilidad de seguir escribiendo la historia social de la música popular chilena; nos permiten empezar a escribir, la historia musical de la sociedad chilena contemporánea.

## **Bibliografía**

Araya, S. (2016): Aproximación a la producción discográfica en Chile (1973-1989). Nuevas prácticas y escuchas. Tesis de Magister en Musicología Latinoamericana, Universidad Alberto Hurtado, Santiago.

Astudillo, C. (2016): Documento de trabajo. Santiago, Dibam.

Cruz Mundet, J. R. (2003): Manual de Archivística. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

Díaz, P. (2007): El Canto Nuevo Chileno. Un legado musical. Santiago, Universidad Bolivariana-Colección Cultura Popular.

Donoso, K. (2019): Cultura y dictadura. Censuras, proyectos e institucionalidad cultural en Chile, 1973-1989. Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Errázuriz, L. (2012): *El Golpe Estético: Dictadura Militar en Chile 1973 – 1989*. Santiago, Ocho Libros.

Fuenzalida, V. (1985): *La industria fonográfica chilena*. Santiago, Ceneca.

Gómez González, P. J. (ed.) (2008): *El archivo de los sonidos: la gestión de fondos musicales*. Santiago: ACAL.

González, J. P. y C. Rolle (2005): *Historia social de la música popular en Chile. 1890-1950*. Santiago, Ediciones Universidad Católica.

González, J. P. (2001): “Musicología popular en América Latina: síntesis de sus logros, problemas y desafíos”, *Revista musical chilena*, 55(195), pp. 38-64.

García, R. (1996): *Ricardo García. Una obra trascendente*. Santiago, s/e.

Moulian, T. (2002): *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago, Lom.

## Fuentes

*Alerce informa*. Alerce: Santiago, 1995-2000.

Grupo Abril. *Grupo Abril*. Alerce, 1982. Casete.

Ortiga. *Ortiga*. Alerce, 1976. L.P.

Sello Alerce. 1996. *Gran catálogo Alerce*. Santiago: Alerce.

Santiago del Nuevo Extremo. *A mi ciudad*. Alerce, 1981. Casete.

Fecha de recepción: 11 de abril de 2021

Fecha de aceptación: 2 de junio de 2021

**Entre las industrias, la educación y el campo: Historia local de la subdelegación de Marruecos, al sur poniente de Santiago entre 1927 y 1954**

Between industries, education and the countryside: Local history of the Marruecos sub-delegation, South West of Santiago between 1927 and 1954

**Oscar Alejandro RIQUELME GÁLVEZ**

Universidad de Chile  
oscarriquelme@ug.uchile.cl

**Resumen**

En la periferia semi rural del Gran Santiago al sur poniente se ubicaba la antigua subdelegación de Marruecos (actual comuna de Padre Hurtado). Previo al despertar campesino de la reforma agraria, la localidad, y específicamente, la escuela “N°4” (actual República Argentina), emplazada dentro del fundo Santa Cruz, representaron un punto neurálgico de resistencia a la situación de pobreza premoderna del campesinado. Dentro de la escuela se conservan 148 libros (principalmente registros escolares) que, como fuentes inéditas, en conjunto con otras fuentes locales (prensa, testimonios, planos, fotografías) permiten elaborar una aproximación histórica local, desde un enfoque cultural-social, a un período marcado por una industrialización dirigida por el Estado que cambió la metamorfosis de localidades rurales vecinas a la capital como Maipú y San Bernardo, pero que fue escasamente dinámica para el espacio de estudio propuesto. Así pues, este estudio explora la creación de pequeños espacios alrededor de la estación ferroviaria, su habitar y las condiciones para resignificarlos ritualmente. La penuria acompañada de la servidumbre hacendal y el patriotismo imaginado de las festividades de la localidad movieron fuertemente la vida cotidiana de la subdelegación rural, y la escuela, en un contexto de apertura local, sirvió como catalizadora en ciertos momentos de un espacio de encuentro común.

**Palabras clave:** Marruecos; Escuela N°278-N°4; Pobreza campesina; Historia local.

Oscar Alejandro RIQUELME GÁLVEZ

Entre las industrias, la educación y el campo: Historia local de la subdelegación de Marruecos, al sur poniente de Santiago entre 1927 y 1954

Sur y Tiempo. Revista de Historia de América, N°4, julio-diciembre 2021, pp. 161-182.

ISSN 2452-574X

DOI: 10.22370/syt.2021.4.2729



## Abstract

In the semi-rural periphery of Greater Santiago to the south west was located the old sub-delegation of Marruecos (current municipality of Padre Hurtado). Prior to the peasant awakening of the agrarian reform, the town, and specifically, the school “N°4” (current República Argentina), located within the Santa Cruz hacienda, represented a neuralgic point of resistance to the situation of pre-modern poverty of the peasantry. Inside the school, 148 books are kept (mainly school records) that, as unpublished sources, together with other local sources (press, testimonies, plans, photographs) allow the elaboration of a local historical approach, from a cultural-social perspective, towards a period marked by an industrialization directed by the State that charged the metamorphosis of rural localities neighboring the capital, such as Maipú and San Bernardo, but which was hardly dynamic for the proposed study space. Thus, this study explores the creation of small spaces around the railway station, their inhabitation, and the conditions to ritually re-signify them. The hardship accompanied by the ranch servitude and the imagined patriotism of the local festivities strongly moved the daily life of the rural subdelegation, and the school, in a context of local openness, served as a catalyst in certain moments of a common meeting space.

**Keywords:** Marruecos; School N°278-N°4; Rural poverty; Local history.

## 1. Introducción

En la periferia semi rural del Gran Santiago al sur poniente se ubica la comuna de Padre Hurtado. Su escasa urbanización representa un puente entre el mundo industrial y del sector de servicios expresado en la comuna vecina de Maipú (punto de entrada a la gran urbe), y la extensa zona rural de Padre Hurtado y la comuna vecina de Peñaflor (punto de entrada a la Cordillera de la Costa). En el casco histórico de la comuna la pequeña zona urbana actualmente no supera la veintena de cuadras de largo (y quince de ancho) y todavía mantiene una ausencia arquitectónica de instituciones públicas y privadas, pero contrastan con el potencial desarrollo inmobiliario de la ciudad satélite del barrio “Laguna del Sol” y el continuo crecimiento urbano del sector de los “Los Silos”, que posicionan cada vez más a la comuna como un lugar de descanso y eje de crecimiento de la gran capital. Por lo mismo, son muy pocos los espacios que rememoran el largo período decimonónico y rural de la comuna, ex subdelegación de la comuna de Peñaflor.

En ese contexto, la escuela República Argentina (ex escuela “N°278” o “Escuela Mixta Rural de Santa Cruz” desde 1916 hasta 1943, y ex escuela “N°4”

desde 1943 hasta 1961), emplazada actualmente en la calle San Francisco de Borja, es por excelencia uno de los espacios más icónicos de la comuna. Dicho establecimiento educacional permite reconstruir históricamente el espacio en clave localista no solo porque conserva parte de su arquitectura rural que data del 6 de noviembre de 1916, sino porque, más importante aún, la escuela conserva 148 libros, principalmente registros escolares que abarcan desde el año 1937 hasta el 2013<sup>1</sup>. En 2017 cuando trabajé con la Unidad de Cultura de la Municipalidad de Padre Hurtado me encargué de digitalizar y restaurar dichos libros que se estaban deteriorando en las bodegas de la escuela. Estos registros son de una importancia inusitada por la calidad de su contenido, especialmente por sus secciones “vida escolar”, “visitas” y “registros de matrícula”, necesarios para reconstruir la historia de la localidad, que, hasta el día de hoy, solo ha sido abordada desde una aproximación política por el historiador Hernán Bustos Valdivia en 1997.

Las fuentes de índole institucional nos permiten saber que el 22 de diciembre de 1891 se creó la municipalidad de Peñaflores comprendiendo las subdelegaciones de Santa Cruz (actual Padre Hurtado), La Esperanza y Peñaflores de la Victoria, con los límites fijados por el decreto de 23 de agosto de 1875<sup>2</sup>. Por decreto del presidente Montt, el 20 de febrero de 1909 se creó la comuna de Santa Cruz de la Victoria, del departamento de la Victoria. Santa Cruz, a partir del 27 de septiembre de 1940, dejó de pertenecer a la provincia de Santiago, pasando a depender de la provincia de Talagante (Bustos Valdivia, 1997: 161). La comuna de Santa Cruz estaba compuesta principalmente por los fundos El Bosque y Santa Ana de Chena por el norte, y El Descanso por el sur, y existió desde el 20 de febrero de 1909 hasta el 30 de diciembre de 1927, para luego volver a ser subdelegación de Peñaflores bajo el nombre de “Marruecos”, hasta que el viernes 27 de agosto de 1954 por decreto de ley 11.573 es cambiado al nombre de “Padre Hurtado”<sup>3</sup>.

Por otro lado, los libros de registro escolar visibilizan nombres que por lo común caen en el olvido y emociones que expresan penurias de la vida cotidiana y patriotismos imaginados. Esto nos abre la interrogante del papel que tuvo la escuela en la subdelegación rural, por su ubicación estratégica cercana a importantes puntos de conectividad y por ser una de las pocas edificaciones en toda la localidad.

Por ende, este estudio representa en gran parte una sistematización de estas fuentes inéditas, que en conjunto con otras fuentes locales (prensa, testimonios,

---

<sup>1</sup> En palabras del director de la escuela: “los registros más antiguos se perdieron y se quemaron con un incendio que azotó a la escuela”.

<sup>2</sup> “Boletín de las Leyes i Decretos del Gobierno. Decreto N°2297 Creación de Municipalidades, 1891”, 321, 322. En Biblioteca Nacional de Chile.

<sup>3</sup> Igual nombre tomó la Estación de Ferrocarriles del Estado. La subdelegación de Padre Hurtado debió esperar hasta el 22 de diciembre de 1992 para constituirse como comuna con una población de 28.861 habitantes. Decretos en el periódico local “Padre Hurtado Nuestra Comuna”. Año 1, N°2, 15 de mayo de 1993. En Archivo Unidad de Cultura Municipalidad de Padre Hurtado.

planos, fotografías), permiten desarrollar una aproximación histórica local desde un enfoque cultural-social, a un período de industrialización dirigida por el Estado que cambió la metamorfosis de localidades rurales vecinas a la capital como Maipú y San Bernardo, pero que fue escasamente dinámica para el espacio de estudio.

Así pues, este estudio busca comenzar en 1927 cuando desaparece la comuna de Santa Cruz y cambia su denominación al nombre de “Marruecos”, mientras que su término se concreta en 1954 cuando adquiere su denominación contemporánea de “Padre Hurtado”. En ese marco temporal, la exploración histórica de la localidad es desarrollada en dos niveles: por un lado, enfocado en la subdelegación en su zona rural y casco histórico, y, por otro lado, enfocado en las particularidades presentadas en la escuela “N°278/“N°04”.



164

A la izquierda del mapa: Las haciendas de Marruecos (hoy Padre Hurtado), y las pequeñas localidades rurales de Maipú y San Bernardo en las periferias de Santiago. Plano intervenido y modificado por el autor. Plano original de Rengifo (1901)<sup>4</sup>.

## 2. Entre las industrias y el campo

Hacia el poniente del valle del Maipo, desplazado por la parte sur de Santiago uniéndose con el valle del Mapocho, se encontraban numerosos pequeños poblados.

<sup>4</sup> Rengifo, Agustín (1901). *Santiago i sus alrededores* (mapa). Santiago. En *Memoria Chilena* (sitio web de la Biblioteca Nacional de Chile), MAP-1902-REN-MCH-00. Recuperado de [http://www.memoriachilena.cl//temas/documento\\_detalle.asp?id=MC0037178](http://www.memoriachilena.cl//temas/documento_detalle.asp?id=MC0037178).

Los principales poblados estaban conectados por el camino de Santiago a Melipilla que, cubierto por una oscura alfombra de asfalto, era recorrido a diario por los caminantes, carretones de bueyes, carruajeros, y uno que otro vehículo motorizado. Entre Maipú y Peñafior se situaba el pequeño poblado de Marruecos (ex Santa Cruz y actual Padre Hurtado). Solo el camino vecinal con salida al Camino a Melipilla, de dos leguas aproximadamente, conectaba a Marruecos con la localidad de Peñafior, por lo que el principal eje de conectividad lo detentaba la estación de ferrocarril de Marruecos que se encontraba en la banda inferior del río Mapocho, a 430 m de altitud, a 7 kilómetros de la estación de Maipú y a 6 kilómetros de la estación de Malloco (Bustos Valdivia, 1997: 58, 61). A unas cuantas casas situadas a un costado del camino a Melipilla y la estación de ferrocarril se situaba el Caserío de Santa Cruz. Su dueño, Ernesto Valdés García Huidobro, era agricultor, director de la Sociedad Explotadora de Comercio, también alcalde de la antigua comuna de Santa Cruz de La Victoria durante 18 años y también estuvo a cargo de la alcaldía de Peñafior entre 1938-1941 (Bustos Valdivia, 1997: 181). Pero el fundo de Santa Cruz no era el más importante de la subdelegación. Cerca se encontraba el fundo de Marruecos que tenía 423 hectáreas de terreno regado y se encontraba en los alrededores de la estación ferroviaria del mismo nombre<sup>5</sup>. La existencia de dicho ferrocarril permitiría una estrategia multiproductiva en dichos fundos. Esto puede notarse si nos fijamos en el propietario del fundo Marruecos, Alberto Tagle Ruiz: productor de leche, pasto, trigo, chacarería y multiplicación de semillas, además de tener modernos establos y silos, y 35 casas de adobe con techos de paja y cañas de maíz recubiertas de barro para los inquilinos (Bengoa, 2015: 57). Así, en 1927, el nombre de la hacienda se hizo extensivo a toda la localidad.

Por otro lado, el municipio de Peñafior estaba en sintonía con el discurso modernista que se enfocaba en la preocupación de la higiene, el embellecimiento, la pavimentación de las carreteras y construcción de parques, “que son las síntesis de las preocupaciones actuales, sino también de la economía de la Comuna”<sup>6</sup>. Inclusive la prensa local se preocupaba por dar a conocer los sucesos tanto del acontecer nacional como internacional, como el 17 de septiembre de 1942: “El 132° aniversario de nuestra independencia encuentra a todos los chilenos presenciando el cuadro universal más horroroso. Dos ideologías, dos postulados luchan por la supremacía del mundo”<sup>7</sup>.

Sin embargo, de las tres localidades que conformaban la comuna de Peñafior (Peñafior, Malloco y Marruecos), era Marruecos la menos urbanizada. El historiador

<sup>5</sup> En “Diccionario Jeográfico de Chile por Luis Riso Patron”, 1924, 532. Biblioteca Nacional de Chile.

<sup>6</sup> “La Voz de Peñafior”, Año 1, Núm. 2, 6 de abril de 1935, 5. Archivo Unidad de Cultura de la Municipalidad de Padre Hurtado.

<sup>7</sup> “El Peñafior”, 17 de septiembre de 1942. Archivo Unidad de Cultura de la Municipalidad de Padre Hurtado.

Hernán Bustos ha investigado que para 1920, la localidad de Marruecos contaba con solo 23 teléfonos y recién en 1928 llegó la energía eléctrica y servicios de cañería de agua potable. En el mismo año, en un terreno cedido por el vecino Manuel Covarrubias se construyó la plaza de la localidad, en la bifurcación del Camino a Valparaíso y Camino a Melipilla. Y a diferencia de Peñaflor y Malloco, a Marruecos no llegaron los carros de sangre, pero sí a partir de 1931, comenzó a funcionar el servicio de góndolas de las Líneas Rurales Unidas. Esto fue fundamental para facilitar las conexiones de la localidad rural con los recorridos a Maipú-Cerrillos y Santiago (en la terminal Plaza Argentina frente a Estación Central) por un lado, y Malloco y Peñaflor por el otro (Bustos Valdivia, 1997: 65, 92, 103).

La actividad comercial dentro de la localidad se reducía a ocho despachos de licores, una carnicería y una herrería, mientras que la industria artesanal se reducía a la “Panadería Marruecos” que se ubicaba en una pequeña casona ubicada en el camino a Melipilla (Bustos Valdivia, 1997: 84, 87). Pero la industrialización dirigida por el Estado durante la década de los 1940 promovió la creación de numerosas empresas mixtas y privadas a lo largo del camino a Melipilla entre Maipú y Cerrillos formándose uno de los corredores industriales más grandes del país. Inevitablemente, como Marruecos estaba solo a unos cuantos kilómetros de la naciente metamorfosis urbana de Maipú, la intervención estatal generó lo suyo en la localidad con el levantamiento de una carbonera para la extracción de carbón que era usado tanto en el ferrocarril que iba a San Antonio como para alimentar a la capital con esta materia prima. Gracias a su excelente ubicación en relación a los caminos a Santiago y Valparaíso, se vio beneficiado en la década de 1950 y 1960 con la instalación de empresas industriales como Cristalerías Chile, Lota Green y Pro-Alim (Bustos Valdivia, 1997: 89). Este fenómeno es realmente importante puesto que marcó la llegada de uno de los primeros elementos realmente modernizadores y urbanos al casco central de la villa.

La historiadora Gillian Darley alude a que “una fábrica no es simplemente una máquina bien engrasada ni un escenario arquitectónico, sino una compleja estructura social. [...] En resumen, las fábricas son el fenómeno más cercano a la vida urbana” (Darley, 2010: 133). Con la creación de micro paisajes y un prematuro paisaje industrial en los contornos de la línea ferroviaria, el camino Melipilla se convirtió en un punto neurálgico para la expansión industrial en el suroeste de Santiago y muchas de estas empresas, apelando a que “la vivienda casi siempre estaba vinculada al trabajo, como en las haciendas de los terratenientes” (Darley, 2010: 76), se dedicaron a crear pequeños barrios para sus trabajadores que eran reclutados tanto dentro de la misma comunidad rural como fuera de ella. Muy en boga con el fenómeno de los industriales progresistas que ya estaban emprendiendo nuevos modelos de asentamientos fabriles y experimentos sociales en la comuna de Maipú, como INSA y Pizarreño, y en la comuna de Peñaflor con Bata.

No obstante, la localidad era predominantemente rural (en un 97%), no urbana, lo que se encontró con más dificultades de transformación y modernización, que posibilidades. José Bengoa afirma que el “eje de la acumulación de capitales” al concentrarse en la industria hizo que la agricultura, de alguna manera, volviera a recuperar su relevancia “dejándola relativamente igual y a las haciendas y hacendados tranquilos” (Bengoa, 2015: 14). Las decisiones tomadas durante los primeros años del gobierno de Pedro Aguirre Cerda tuvieron como consecuencia que en el Valle Central de Chile se prolongase la vida al sistema de haciendas por treinta años condenando a una generación completa de campesinos a seguir viviendo en una situación de “ruralidad no transformada”: semi esclavitud, servidumbre, pago en especies, ausencia de salarios en metálico (Bengoa, 2015: 224).

En ese contexto, Miguel Jesús Verdugo Araya nació el treinta de marzo de 1942 en Marruecos. Nació en una época turbulenta para el país en plena expansión industrial liderada por los gobiernos radicales y en una tensa situación internacional producida por la Segunda Guerra Mundial. Hoy con 79 años, Verdugo es un testificante de cómo fue vivir en la localidad de Marruecos a mediados del siglo XX:

Yo soy nacido y criado en el fundo Las Compuertas que ahora ya no existe. Entonces empecé a ver prácticamente aquí todos como nos conocíamos porque éramos tan pocos que nos conocíamos porque yo visitaba casa por casa con mi negocio. Después cuando esto empezó a poblarse, que lo primero que empezó a poblarse fue Santa Rosa, hubo cambios en la estructura para dentro cuando empezó a construirse Cristal Chile, se construyó porque había un solo galpón, se construyó por los años sesenta, sesenta y cinco más o menos, empezó a expandirse y empezó a crecer el entorno. Para el fundo Santa Cruz, había quince, veinte casas, entonces esa transformación nos empezó a cambiar la vida a todos... Yo fui a la escuela [Nº4] solo cuatro años, hasta cuarto año, y haber llegado a esa instancia y trabajando, porque yo empecé a los doce años a trabajar, para mí fue una explosión ver como veía gente extraña a lo que no conocía, porque yo conocía a casi toda la gente aquí, todos me conocían a mí también, la reforma agraria empezó a entregar parcela, hay mucha gente que todavía queda de aquella época. Para mí esas transformaciones de aquel pueblo, empezaron las parcelaciones, la expansión de acá del pueblo, de acá de 50 personas que éramos por ahí, del 73 éramos más de mil, uno estaba acostumbrado a llegar un fundo y encontrarse con esas personas. A los 12 años ya estaba trabajando en el fundo para pagar la obligación del fundo que alguien tenía que trabajar [...] para que le dieran casa. Me

daban la leche, el pan, el almuerzo, todos eso había que ir a buscar a las llaverías que les llamaban antes. Entonces esta parte geográficamente fue unos de los puntos neurálgicos porque nosotros la verdad siempre fuimos el patio trasero de Peñaflor, entonces después ver esto dignificó de que estábamos creciendo, de ahí por el año 60 para adelante empezamos a crecer y ver otras historias... en el 63 teníamos un lugar de encuentro, que nos empezamos a juntar alrededor del pueblo que era la estación ferroviaria que está por la calle Julio Covarrubias para allá. Cuando nos juntábamos después éramos sesenta personas. Ver el año 65 como se llenaba un tren con gente, que eran los paseos obligados que nos hacían el cura de aquí a Cartagena, de ahí para delante esto empezó a transformarse<sup>8</sup>.

En una zona con una baja densidad poblacional, pero con las condiciones necesarias para generar espacios de relación pública y comunitarias, mayores son las probabilidades de desarrollar una identidad cultural de tipo local, pues los habitantes de una comunidad pueden conocerse más fácilmente entre sí, cuanto más baja es la cantidad de personas, más alto puede ser el nivel de interacción y comunicación entre los individuos. Además, la vida y el trabajo de los individuos poseen lazos en común que mantienen a través de las generaciones elementos de una vida rural, y en mucha menor medida, industrial (Wirth, 1963: 7, 9). Es muy propio de este tipo de localidad que la vida privada y pública esté en constante interacción y produzca espacios como el que daba la escuela “Nº4” y la estación ferroviaria, huellas de una temprana sociedad folclórica rural, constituidos como espacios centrífugos de actos de celebración y reunión tal como relata Verdugo.

Empero, en las afueras de Santiago, uno de los elementos indispensables para la mantención de la “estructura tradicional del inquilinaje” fueron las misiones en las haciendas, en palabras de José Bengoa, impregnadas de “un catolicismo barroco, lleno de imágenes de cristos sangrantes y vírgenes llorosas” (Bengoa, 2015: 47, 225). El propietario Alberto Tagle, interesado en que los vecinos de Marruecos contaran con un servicio religioso más cercano, ya que la iglesia más cercana se encontraba fuera de la subdelegación, en Malloco, decidió donar un terreno cercano a la Plaza para construir una iglesia. Los planos fueron hechos por su hijo, el arquitecto Ignacio Tagle Valdés. Contiguo a este templo, Alberto Tagle donó varias hectáreas del fundo Marruecos para construir, con mano peonal, un convento que fue aprovechado con la llegada del noviciado en 1938, que antes se encontraba en

<sup>8</sup> Entrevistado por este autor en 2017. Miguel Jesús Verdugo Araya, Alberto Hurtado, avenida San Pedro 207. Archivo Oral Municipalidad de Padre Hurtado: AOMPH10.

Chillán y que luego del terremoto, debió trasladarse con un seminario más cercano a Santiago<sup>9</sup>.

Fue así como los Padres de la Compañía de Jesús se hicieron cargo del servicio de la Parroquia San Ignacio de Loyola, que comenzó a ser construida el 12 de marzo de 1940, siendo su primer párroco don Hernán Irarrázabal (Bustos Valdivia, 1997: 32). Dicho convento comenzó a adquirir una relevancia fundamental tanto por su actividad misional en la zona, como por la cantidad de actividades destinadas a los habitantes de la localidad (festividades y paseos). Durante el periodo de su construcción, Alberto Tagle falleció cediendo el fundo de 423 hectáreas a su hijo Manuel Tagle Valdés, ingeniero agrónomo de la Pontificia Universidad Católica, discípulo del jesuita Alberto Hurtado Cruchaga (futuro párroco del convento<sup>10</sup>), también a partir de 1938 regidor de la comuna de Peñaflor, también primer director de la 4ª Compañía de Bomberos de Padre Hurtado fundada el 8 de diciembre de 1951, y más tarde diputado del Segundo Distrito por dos periodos por el Partido Conservador (Bustos Valdivia, 1997: 121, 132). Como puede notarse, las familias Tagle y Valdés<sup>11</sup> fueron parte de una oligarquía terrateniente caracterizada por su condición de comerciantes-políticos, de “importancia económica indudable y de gran importancia social y política” (Bengoa, 2015: 57, 112). Pero también, estaban fuertemente identificados con el territorio que habitaban puesto que el 23 de julio de 1952 en la sesión municipal presidida por el alcalde José Lascar buscaron discutir la autonomía administrativa de la subdelegación:

Últimamente, en vísperas de las nuevas elecciones municipales, se han efectuado en el pueblo de Marruecos, que forma parte de la comuna de Peñaflor, reuniones de vecinos, y más recientemente, como lo transmitió la prensa, un cabildo abierto patrocinado por el regidor conservador tradicionalista don Manuel Tagle Valdés, de esta comuna, para tratar por todos los medios posibles se apruebe por el Congreso el proyecto por ellos presentado e incluido entre los que deben tratarse en la convocatoria y que separa este pueblo de escasos

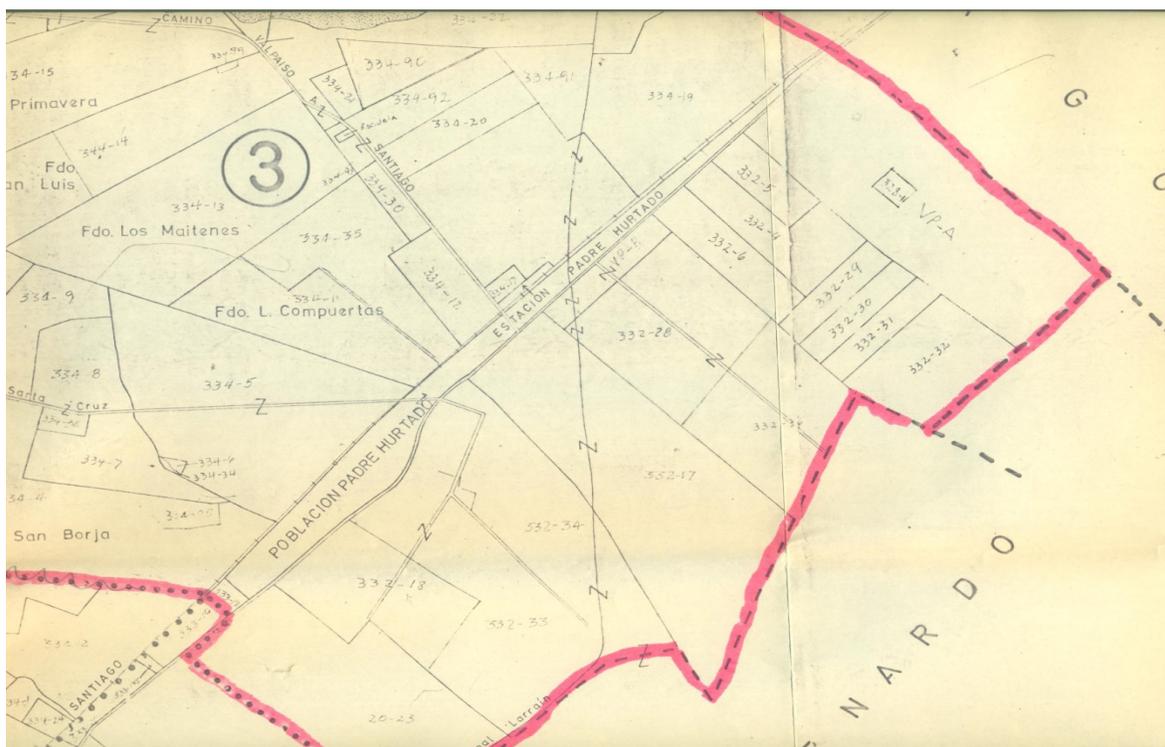
<sup>9</sup> En memorias: “Marruecos, por Regina Tagle de Riesco, 2007”. Archivo Unidad de Cultura de la Municipalidad de Padre Hurtado.

<sup>10</sup> La estadía en Marruecos le permitió acumular una experiencia que fue canalizada con posterioridad al ser parte de un importante movimiento antilatifundista de enormes proporciones con la formación de la Unión de Campesinos Cristianos, organización ligada a la Asociación Sindical de Chile.

<sup>11</sup> El 22 de marzo de 1924 se nombró una Junta de Vecinos en representación de los propietarios, vecinos y comerciantes de Santa Cruz de la Victoria “con las mismas atribuciones y deberes que las municipalidades”. Se nombró una junta de alcaldes: 1º D. Mariano Flores, 2º D. Carlos Caballero, 3º D. Moises Diaz Valdes. “La Junta de Vecinos, presidida por el Sr. Flores, es la única Municipalidad legal a la cual deben reconocer todos los vecinos de la Comuna”. “Edicto a los Propietarios, Vecinos y Comerciantes de Santa Cruz de la Victoria”. 22 de mayo de 1924. Archivo Unidad de Cultura de la Municipalidad de Padre Hurtado.

habitantes y de recursos insuficientes, de la actual comuna de Peñaflores, para formar una independiente y estado aún vigente el empréstito que afecta a toda la comuna”<sup>12</sup>.

La simbología identitaria que aportó la figura del padre Alberto Hurtado producto de haber visitado en persona la zona, dirigir misas, ser testigo del levantamiento del Centro de Espiritualidad Loyola y dirigir parte del trabajo social dentro de la localidad, sirvió para que su imagen fuera desarrollada como una invención simbólica inmaterial “desde arriba”, desde la institucionalidad al cambiar el nombre de Marruecos por el de Padre Hurtado en 1954. Padre Hurtado se convirtió en una figura mitificada que funcionó y se hizo parte de una memoria peticionista de arraigo local donde autoridades buscaron la autonomía administrativa de Peñaflores. Dicho anhelo no se concretó hasta el 10 de octubre de 1994.



170

Subdelegación Padre Hurtado (antiguo Marruecos) de la comuna de Peñaflores, 1965. Escaneado y digitalizado por el autor.<sup>13</sup>

<sup>12</sup> “Sesión municipal N°5, 13 de julio de 1952”. En Archivo Ilustre Municipalidad de Peñaflores.

<sup>13</sup> Dibujo de Mario Vidal S., Municipalidad de Peñaflores, 1965. En UCMPH.

### 3. Un espacio de encuentro común en la localidad

La preocupación de Alberto Tagle Ruiz por el bienestar de sus inquilinos lo llevó a ceder un terreno y construir una escuela modelo el 6 de noviembre de 1916 que luego donó al fisco. Dicha escuela desde sus orígenes se llamó “Escuela mixta N°278”. Para 1937 se contabilizaba un registro de alumnos (matricula, salud y edad, información del apoderado, oficio, domicilio), clasificación de los alumnos, boletín estadístico, material escolar, visitas al establecimiento, notas finales, cursos divididos en 6: Idioma Patrio (Lectura, escritura, redacción, gramática y literatura [esta no se pasaba]), Matemáticas (Aritmética, sistema métrico, geometría, contabilidad (esta no se pasaba), Estudio de la naturaleza (Zoología, botánica, física y química, higiene [desde 6º básico], puericultura [ésta no se pasaba]), Educación social (Geografía, Historia, Educación Cívica), Idioma extranjero (esta no se pasaba), Religión y moral, Educación física, Educación manual (Trabajos manuales, labores, economía doméstica, agricultura o minería [solo en 6º básico]), Educación artística (Dibujo, música y canto). De todos los cursos establecidos, cuatro no se pasaban, lo que nos habla de una cierta precariedad profesional para un establecimiento que solo llegaba hasta 6º básico y que buscaba establecer una formación pensada principalmente en el trabajo agrícola. También se registran las actas de exámenes y principalmente las matrículas: 137 hombres-130 mujeres en 1937; 154 hombres-146 mujeres en 1938; 209 hombres-198 mujeres en 1939<sup>14</sup>. Hasta 1942 la matrícula era de 400 alumnos aproximadamente, mostrando un crecimiento sostenido<sup>15</sup>.

En el registro de las matrículas los principales oficios de los apoderados eran de agricultor, inquilino, mayordomo, lechera, dueña de casa, herrero, y en menor medida obrero, comerciante y administrador. Mientras que las principales direcciones de los domicilios eran el fundo El Descanso, fundo Marruecos, fundo Santa Cruz, Bajos de Santa Cruz, El Bosque, Santa Rosa, El Manzano, Estación<sup>16</sup>. Así, la escuela que en 1937 se ubicada en el fundo Santa Cruz, era nutrida esencialmente con la misma población de Marruecos. La escuela estaba rodeada de un paisaje verdoso y acompañado de unos cuantos pequeños ríos y animales que diversificaban el paisaje y con una mínima intervención humana materializada más allá de unas cuantas casas de adobe, los establos de los fundos, unas capillas, y una extensa línea del tren que conectaba a la ciudad de Santiago con Cartagena y San Antonio. Pero la escuela era dependiente del Departamento de Santiago y no de Talagante, su capital provincial más cercana y directa territorialmente. Hasta 1942, último año de la escuela como propiedad del Estado controlada desde la capital, no se registran actos

<sup>14</sup> Registro escolar N°1. 1937, 1938, 1939. En Archivo Escuela República Argentina (AERA), comuna de Padre Hurtado. 2-198.

<sup>15</sup> Registro escolar N°2. 1940, 1941, 1942. 60-70.

<sup>16</sup> Registro escolar N°2. 1940, 1941, 1942. 2-73.

pensados para la comunidad más allá de los pensados para la misma escuela como los actos de inauguración de año o graduación de 6º básico. Esto hasta 1943 que la escuela cambió de sostenedor y control.

A partir de 1943, la escuela pasa a depender del Departamento de Talagante, Provincia de Santiago, lo que en primera instancia significó su cambio de nombre: “Escuela completa-coeducacional N° 4” dirigida por Zoila Aymerich T.<sup>17</sup> Los matriculados en 1943 eran 357 alumnos, repartidos entre 9 cursos, y solo los cursos 4º, 5º y 6º básicos tenían una asistencia completa todo el día, mientras que los demás cursos solo asistían media jornada.

La escuela estaba compuesta por seis salas de clase, un gimnasio que no estaba completamente cerrado estando libre por el costado norte, unos servicios higiénicos que estaban en un mal estado denotando la “existencia de un pozo negro rebozando con continuos derrames, las tazas del baño están tapadas, en consecuencia, dentro de la escuela, el alumnado y el profesorado se encuentran en una situación insostenible”, según comentaba la dirección de la escuela<sup>18</sup>. Un día normal de clases en la escuela N°4 comenzaba en la mañana con la primera apertura a las 8:20 y la llegada de la directora y el profesor de turno, la segunda apertura comenzaba a las 8:40 con la llegada de los profesores, y la tercera apertura finalizaba con la revista de aseo matutino a las 8:50. La primera clase se realizaba entre las 9:00-9:40, la segunda clase entre las 9:50-10:35, la tercera clase entre las 10:50-11:30, y la cuarta entre las 11:40-12:20. Aquí terminaba la jornada de mañana para el 1º, 2º y 3º básico, mientras que el 4º, 5º y 6º básico almorzaban en la misma escuela. A las 13:15 comenzaba la apertura de la jornada tarde con la llegada de la directora y el profesor de turno, a las 13:35 debían llegar los profesores y la clase comenzaba a las 13:45 y duraba hasta las 14:35, mientras que la segunda clase se realizaba entre las 14:40 y 15:30, la tercera se realizaba entre las 15:40 hasta las 16:20, y la última clase del día se realizaba entre las 16:30 y las 17:20. Las clases de religión eran realizadas por el Reverendo Padre Hernán Irrazabal<sup>19</sup>. El 28 de marzo de 1944 se contabilizó un registro de los materiales que se usaban en el colegio: “Llegó el material escolar que consiste en: 7 resmas de papel de dibujo, 700 cuadernos n°2 y 700 del n°3, 7 cajas de tiza. El inmobiliario está bien conservado, solo en el 6º básico falta un pizarrón”<sup>20</sup>. Se da también constancia de la necesidad de refaccionar la reja a la calle, renovación del piso del gimnasio y una pintura general a este mismo edificio<sup>21</sup>. Recién el 11 de julio de 1947 se comenzó a llenar con asfalto

<sup>17</sup> Registro escolar N°3. 1943, 1944, 1945. 181.

<sup>18</sup> Registro escolar N°3. 1943, 1944, 1945. 182.

<sup>19</sup> Registro escolar N°3. 1943, 1944, 1945. 183.

<sup>20</sup> Registro escolar N°3. 1943, 1944, 1945. 184.

<sup>21</sup> Registro escolar N°3. 1943, 1944, 1945. 185.

el patio de la escuela<sup>22</sup>, lo que nos habla que gran parte de la modernización que tuvo la escuela, comenzó recién a partir de su dependencia bajo una administración más cercana.

En el registro de junio de 1944 se constata que en los días domingo los alumnos también iban a la escuela para reunirse a estudiar música. La vida dentro y fuera de la escuela era muy elástica para el infante que vivía en Marruecos. La escuela cumplía un rol social más allá de la mera educación sirviendo de fuerte apoyo para los apoderados con sus hijos. En junio de 1944, la escuela trajo un ropero escolar que costó \$184 pesos y lograron ser atendidos doce alumnos. También la escuela pagaba sesenta pesos por el envío de madera terciada para la enseñanza de carpintería. En 1946 se da constancia de que el almuerzo escolar se preparaba con leña donada del fundo Santa Cruz, y cuando esta se acababa, esta era comprada por la misma escuela<sup>23</sup>. En 1944 se da constancia de un extenso terreno de cultivo que era usado del fundo Santa Cruz, dedicado al jardín y a la planta de hortalizas. Pero la preocupación de la escuela iba más allá, el 4 de septiembre de ese mismo año se registra que la directora Zoila Aymerich llevó a ocho alumnos al servicio dental Ecuador “porque necesitaban atención urgentemente”<sup>24</sup>. Solo tres años después, se realizó un servicio dental al año durante tres días para todos los alumnos de la escuela<sup>25</sup>. Así pues, la precariedad de la vida rural y la pobreza familiar del campo se trataba de subsanar en algunos aspectos para el infante.

Por otro lado, el sábado 30 de marzo de 1935, el periódico semanal independiente “La Voz de Peñaflores”, daba constancia que el candidato independiente a alcalde de la comuna de Peñaflores, el industrial Leonidas Alberto Lagunas Meza, domiciliado en calle Balmaceda 208 de la villa de Peñaflores y a cargo de Imprenta Lagunas y Quevedo Ltda., se encargaba desde 1932 de estrechar vínculos entre la municipalidad de Peñaflores y las escuelas de las subdelegaciones rurales, al gestionar los desayunos para los niños campesinos de las residencias lejanas y facilitando la entrega de labores de oficio (principalmente en su propia industria) para los peones que tenían a sus hijos en esas escuelas<sup>26</sup>.

En ese contexto, los registros escolares escritos por la dirección del colegio, constantemente nos hablan en un lenguaje que refleja expresiones de molestia, impotencia y dolor por la escasez de recursos y las dolencias del clima. En la primera mitad de la década de los cuarenta el gran problema para la escuela fue de índole sanitario e higiénico. En 1944 se da conocimiento de “un pozo negro ubicado en uno de los patios que se encuentra hundido en toda su parte superior, por lo que

<sup>22</sup> Registro escolar N°4. 1946, 1947, 1948. 195.

<sup>23</sup> Registro escolar N°4. 1946, 1947, 1948. 192.

<sup>24</sup> Registro escolar N°3. 1943, 1944, 1945. 192.

<sup>25</sup> Registro escolar N°4. 1946, 1947, 1948. 196.

<sup>26</sup> “La Voz de Peñaflores”, Año 1, Núm. 1, 30 de marzo de 1935, 4. AUCMPH.

procura de un arreglo inmediato a cargo de personas técnicas en estos trabajos”<sup>27</sup>. Los servicios higiénicos eran precarios, constatando ya en la década de 1940 problemas de saturación en los pozos sépticos e inundación en las salas de clases para el mes de agosto provocado por las lluvias y el desborde de los canales.

Sumado a lo anterior, el 8 de agosto de 1944 las autoridades del colegio mencionan:

Llevamos ya dos semanas de continuadas lluvias, y naturalmente la asistencia deja mucho que desear por lo cual el profesorado no puede desarrollar materias nuevas de enseñanza. Se envió una nota al sr. Inspector Provincial, solicitando revisión de servicios sanitarios, estos quedaron en mal estado después de la inundación de la escuela debido al desborde de canales de la localidad la noche del día 8<sup>28</sup>.

Pero los problemas no acabaron ahí, el 5 de agosto de 1945 hubo una inundación en la sala de cocina en toda su extensión con unos 30 centímetros de agua provocada por la lluvia; también hubo otras dependencias inundadas y se vuelve a mencionar la necesidad inmediata de reparar el pozo séptico. Al siguiente mes, el 28 de septiembre de 1945 nuevamente se da constancia de la mala situación del pozo y el peligro que constituye para la salud de los profesores y los alumnos. Sin duda alguna, el pozo representó el mayor problema de la escuela en toda la década, pero no era el único. Durante 50 años la escuela no tuvo alcantarillado, por lo que el agua era extraída del fundo Santa Cruz. En agosto de 1946 ya se constata escasez del agua, que en su mayoría era traída del fundo<sup>29</sup>. En 1945 la necesidad de reparar el piso del gimnasio por estar despedazado también fue todo un problema. Al dar cuenta de la precariedad alimenticia de los mismos alumnos, en 1946 se repartieron 80 almuerzos diarios para niños priorizándose a los más desnutridos y a los que viven alejados de la escuela<sup>30</sup>. La cantidad de fallecimientos producto de una mala alimentación, una escasez en el uso de la medicina moderna como las vacunas, una higiene bien paupérrima y junto a la tempestad del clima que con las aguas contaminadas del tranque inundaba las salas, la cocina y desbordaba el pozo séptico, hicieron que las enfermedades bronco-pulmonares, resfríos, reumatismos y el cólera fueran de las más comunes y mortales para los niños. Miguel Verdugo fue testigo de este fenómeno: “Yo no me crié solo. La familia Verdugo fuimos 21 hermanos. Las circunstancias de la vida y en esos años la poca cobertura que hay aquí, eran puras mujeres, fueron falleciendo, la enfermedad las mató: la meningitis, después de que cayó todo ese lote caí yo, pero ya había en Santiago medicina para tratarla, por

<sup>27</sup> Registro escolar N°3. 1943, 1944, 1945. 193.

<sup>28</sup> Registro escolar N°3. 1943, 1944, 1945. 194.

<sup>29</sup> Registro escolar N°4. 1946, 1947, 1948. 194.

<sup>30</sup> Registro escolar N°4. 1946, 1947, 1948. 195.

suerte le hice el quite a la meningitis”<sup>31</sup>. En pleno mes de fiestas patrias en 1947 una epidemia de meningitis azotó a la localidad por lo que en la escuela las vacaciones de septiembre se extendieron a todo un mes. Por este tipo de situaciones, bajo la dirección de Berta Segura Yáñez se organizó en 1946 la Cruz Roja<sup>32</sup>.

Los historiadores Gabriel Salazar y Julio Pinto exponen en una dimensión más totalizante lo difícil del entorno familiar para la vida de los infantes: “Los niños, por cierto, quedaron atrapados en la intersección de los opuestos movimientos de fuga de sus progenitores. Intersección saturada, sin duda, de violencia emocional y física” (Salazar y Pinto, 2002: 168). Así pues, la dualidad de la belleza del paisaje versus la pobreza campesina fueron elementos movilizadores de una “comunidad emocional” que a partir de 1943 interactuaba cada vez más con la escuela y se consolidaba como una comunidad social “en contacto cara a cara” (Plamper, 2014: 23).

Es inevitable que esta comunidad rural cayera dentro de los parámetros de una *comunidad imaginada* de Benedict Anderson (1993) en un periodo donde el nacionalismo aun golpeaba con fuerza al país. La escuela N°4 sirvió como la condición de posibilidad de esta obra dentro de la localidad. Pues la conmemoración y la simbología entraron de la mano con el arte de la pedagogía con los niños relacionándolos con eventos que ocurrían muy lejos de sus hogares y de su diario vivir. Las primeras actividades ligadas a este tipo datan del 14 de abril de 1944 cuando se realizó el programa “Día de las Américas” donde cada curso representó a una nación. El 17 de abril se leyó en el acto matutino el mensaje: “El continente de la hospitalidad” dado por el ministro de Educación en la ciudad de Santiago, y el mismo día, en el acto de apertura al iniciar las clases, se conmemoró el aniversario de la fundación de la Universidad de Chile<sup>33</sup>. De esta forma, las primeras grandes actividades temáticas de la escuela, que se tiene registro, son relacionadas a eventos fuera de la misma localidad, principalmente relacionadas con Santiago. De esta manera, más allá del curso de “historia patria” e “historia universal” que se impartía en la escuela, las primeras actividades buscaban poner en sintonía a una escuela que servía de puente con la localidad, pero al mismo tiempo con la capital y la nación.

Esas solo fueron las primeras actividades. Pues otro tipo de actividades se preocupaban por relacionar los mitos y acontecimientos históricos propios de un discurso de construcción nacional, como lo fue el 14 de julio de 1944 donde se realizó el “acto patriótico de conmemoración de la Batalla de la Concepción con la participación de toda la escuela”. Solo un mes después, en un viernes 18 de agosto del mismo año, las profesoras Raquel Torres, Llaydeé Iturria y Estela Rivera

<sup>31</sup> Entrevistado por el autor en 2017. Miguel Jesús Verdugo Araya, Comuna de Padre Hurtado, avenida San Pedro 207. AOMPH10.

<sup>32</sup> Registro escolar N°4. 1946, 1947, 1948. 190.

<sup>33</sup> Registro escolar N°3. 1943, 1944, 1945. 192.

realizaron la colecta Pro-Santuario de la Patria recaudando la suma de 226,40 pesos a lo largo de toda la localidad; esta se envió al sr. Melo, secretario de la Municipalidad de Peñaflor<sup>34</sup>. Este hito marca el inicio de las intenciones de generar una primera obra conmemorativa de índole material. Esto es muy interesante puesto que la intención nacida en la escuela se buscó proyectar a lo largo de toda la localidad. Esto también viene a demostrar la capacidad de vinculo como ente mediador que posee la escuela con la misma municipalidad. Justo en un período en que, además, durante el mismo mes, el 26 de agosto se conmemoró el aniversario de la promulgación de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria.

El historiador Anthony Smith propone la noción de “naturalización de los sitios”, esto es, los espacios pueden convertirse en parte del medio de cada comunidad y transformarse en elementos de su hábitat natural y de sus paisajes imaginarios (Smith, 1998: 64). En ese sentido, se busca conferir un “carácter étnico a los panoramas”, es decir, volver a los paisajes parte de la comunidad, convertirlos en propiedades y expresiones de un pueblo (Smith, 1998: 65). Con esto tampoco se puede desconocer que a pesar de que la escuela estaba ubicada en un fundo, en una zona ampliamente rural y con las condiciones higiénicas propias de una escuela colonial y del siglo XIX, la escuela, que constituía parte del imaginario paisajístico local, estaba muy en sintonía con los eventos tanto nacionales, como simbólicos imaginarios.

El 6 de septiembre de 1944 los equipos de Basquetbol del 2° y 3° básico jugaron por primera vez con los equipos de Peñaflor y Malloco. También, el 18 de septiembre en plenas fiestas patrias, se realizó el “Gran festival” en la escuela N°4 en colaboración con la escuela N°21 (futura Escuela Julio Covarrubias) y del coro “Marruecos” dirigido por Manuel Tagle V. Con esto, también la escuela se consolidaba como sede para eventos dentro de la localidad y la comuna. En materia de deporte la escuela también sirvió de sede para campeonatos que abarcaban a todo el Departamento de Talagante. El 3 de diciembre de 1944, la escuela realizó un campeonato entre los equipos de la “Bata” de Peñaflor, donde los alumnos de la escuela N°4 perdieron “pero por muy poca diferencia a pesar de que se han formado recientemente”<sup>35</sup>. Solo tres días después, la escuela fue visitada por el alcalde de la comuna don Ernesto Prado T. y el Inspector del 7° sector don Andrés Aguayo<sup>36</sup>. La importancia de la escuela con la localidad, sin duda fue un incentivo para que las máximas autoridades de la comuna visitaran la escuela al cerrar el año escolar, y más significativo es en un espacio plenamente rural y no urbanizado, como sí sería, en cambio, el caso de Peñaflor. Gran parte de las actividades y la labor emprendida en la escuela se debió a partir de que hubo un cambio a nivel de dirección una vez

<sup>34</sup> Registro escolar N°3. 1943, 1944, 1945. 193.

<sup>35</sup> Registro escolar N°3. 1943, 1944, 1945. 195.

<sup>36</sup> Registro escolar N°3. 1943, 1944, 1945. 197, 198.

que la escuela pasó a depender de Talagante, por ello la Municipalidad de Peñaflor el 31 de diciembre de 1944 reconoció esta labor cuando: “La directora [Zoila Dymerich Toro] recibió una nota de la Municipalidad en la que se le comunica con la suma de \$500 por la labor social y educativa desarrollada en la escuela de su cargo”<sup>37</sup>.

Pero la escuela no se encerraba solo en las actividades antes descritas. El libro de registro escolar da cuenta de uno de los rituales bien particulares que la escuela tuvo con los alumnos que cumplían el último año académico de la escuela. Se constata que el 16 de diciembre de 1945: “El profesorado ha despedido al 6° año con un paseo a Cartagena [en tren]”<sup>38</sup>. Y solo unos días después, para las fiestas de navidad, la escuela cumplía su último rol con la localidad en el año, donde el 25 de diciembre “se repartieron juguetes a los niños de la escuela y a los no escolares, los carabineros ayudaron a mantener el orden”<sup>39</sup>. De esta manera, la estación Marruecos, la parroquia y la escuela “N°4” posicionadas en el centro de la localidad, se constituyeron como un espacio triangular de la ritualidad local.

Por otro lado, la escuela, nuevamente en sintonía con los acontecimientos nacionales, da constancia de que el 24 de junio de 1946 se declaró feriado escolar por el onomástico del presidente de la República Juan Antonio Ríos, y el 27 y 28 de junio también feriado por duelo nacional. Casi dos meses después, el 20 de agosto de 1946 se tiene registro de como seguía la situación con la colecta para el “Pro-Santuario de la Patria” donde se da una constancia de una nueva suma de \$351,40 pesos, mientras que, en el mismo mes, se hicieron dos unidades temáticas en toda la escuela: “Estados Unidos” y “Bernardo O’Higgins”<sup>40</sup>. Otro tipo de actividades que la escuela realizaba como sede, se atestigua como registro el 12 de octubre de 1946, donde se hizo la fiesta del libro organizada por el Rotary Club de Peñaflor<sup>41</sup>.

El último registro escolar en dar cuenta de la vida escolar termina en 1948. Por ende, lo que sucede después, al igual que lo que sucede antes de 1937, es en gran medida una incógnita. Una de las últimas actividades registradas muestra a la escuela N°4 como lugar seleccionado para inaugurar la primera cancha de básquetbol el 26 de octubre de 1947 por iniciativa y esfuerzo del coronel del Ejército Elias Ducand<sup>42</sup>. Esto era un paso más allá de la modernización para un deporte que tampoco es de origen nacional. Y la última actividad registrada corresponde al 20 de julio de 1948 donde por fin se inauguró el “Santuario de la Patria” materializado en una placa de metal ubicada en la sala de tercer año en homenaje a Bernardo O’Higgins que costó \$300. Esto además fue acompañado de un

<sup>37</sup> Registro escolar N°3. 1943, 1944, 1945. 199, 200.

<sup>38</sup> Registro escolar N°3. 1943, 1944, 1945. 202.

<sup>39</sup> Registro escolar N°3. 1943, 1944, 1945. 203.

<sup>40</sup> Registro escolar N°4. 1946, 1947, 1948. 195.

<sup>41</sup> Registro escolar N°4. 1946, 1947, 1948. 198.

<sup>42</sup> Registro escolar N°4. 1946, 1947, 1948. 202.

acto literario-musical en homenaje al personaje histórico<sup>43</sup>. Las palabras de la historiadora Barbara Rosenwein son elocuentes en mostrar lo que sería uno de los aspectos condicionantes de una comunidad emocional: “The physical and mental capacity to have emotion is universal, but the ways those emotions are themselves elicited, felt, and expressed depend on cultural norms as well as individual proclivities [...] Emotions depend on language, cultural practices, expectations, and moral beliefs” (Rosenwein, 2002: 836-837). Así pues, las emociones dentro de la comunidad escolar, en prácticas culturales y en un lenguaje particular, a partir de los registros, atestiguan una fuerte relación con la noción de nacionalidad y con las penurias propias de un espacio que aún estaba anclado socialmente en la premodernidad.



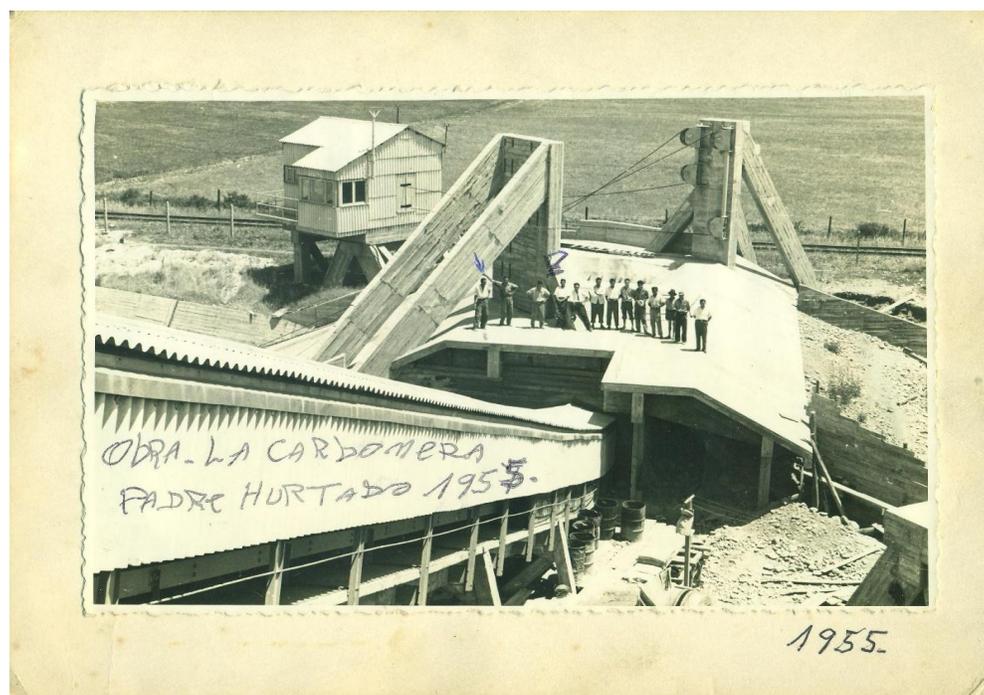
178

En la foto: Peregrinación del 8 de diciembre de 1943, Hijas de María y Acción Católica. En Archivo Municipalidad de Padre Hurtado.

<sup>43</sup> “Registro escolar N°4”. 1946, 1947, 1948. 203.



En la foto: Eudocia Contreras trabajando en el Fundo el Zotillo como lechera, vecina a la Escuela N°4, 1970. Aporte de Familia Eudocia Contreras.



En la foto: La Carbonera de Padre Hurtado, a un costado del Camino a Melipilla, 1955. El obrero señalado frente a la arquitectura industrial es Héctor Eduardo Chacón Quiroz, padre de José Oscar Chacón Valenzuela, dueño de la foto.

#### 4. Reflexiones finales

La Plaza Santa Rosa de Chena se convirtió en cierto modo, en un punto neurálgico de desarrollo. Fue en ella donde nació la tenencia de carabineros en 1932<sup>44</sup>, la Quinta Compañía de Bomberos en 1968 y el primer centro policlínico. Verdugo, que hasta el día de hoy habita la localidad y ha construido un importante espacio de experiencia al ser testigo de sus transformaciones, recuerda a esta zona como uno de los puntos predilectos de reunión: “De esta parte lo más concurrido que había, era un policlínico que está detrás del retén de carabineros, esa era apenas una casuchita chica donde había tres, cuatro carabineros y un médico, paramédico que era otra casuchita, de ahí para adelante todo cambió para nosotros”<sup>45</sup>. Con 2.892 almas en toda la localidad, el 1 de mayo 1961, un grupo de familias procede a tomarse una franja de terreno en las proximidades de las carboneras de Padre Hurtado, específicamente en los terrenos del predio Santa Rosa de Chena (Bustos Valdivia, 1997: 112, 115). Estas tomas de terreno fueron los primeros indicios de tensión y crítica social dentro de Padre Hurtado comenzando una nueva emocionante etapa histórica que está fuera de los límites de este estudio. Por otro lado, con servicios institucionales como un centro médico, una tenencia de carabineros, un cuerpo de bomberos y una escuela para la formación primaria, en los sesenta es claro establecer a Padre Hurtado con todas las características de una localidad en proceso de crecimiento urbano.

Previo al despertar campesino de la reforma agraria, la localidad rural, y específicamente la escuela representaron la comunidad. Una comunidad que es bien elástica, que se tiende a proyectar más allá de unos espacios. Es a través de los libros de registro escolar y la revisión de documentos municipales y otras fuentes locales que se ha logrado reconstruir parte del habitar semi rural, sus penurias, pero también sus esfuerzos por sortear una situación social de pre modernidad. Ya desde la década de 1940 se presentan ciertas condiciones de posibilidad de apertura para la localidad, dadas en cierta medida por el limitado desarrollo industrial del Estado que se materializó en una carbonera y cristalería que se instaló frente al camino a Melipilla y vecina a la línea ferroviaria y a la estación Marruecos. Es frente a la línea ferroviaria donde se han proyectado una multiplicidad de espacios pequeños para el habitar y es también el lugar donde se han dado las condiciones para resignificarlos ritualmente. Por ello, las interacciones gestadas en la escuela también responden y se enmarcan en un proceso mucho más complejo y de apertura con la localidad. La escuela “N°4” representó un punto neurálgico de resistencia a la situación de pobreza vivida en la subdelegación cuando esta pertenecía a Peñaflor. Junto a ella, la escuela “N°21” (futura Escuela Julio Covarrubias, extinta en la actualidad), fueron las

<sup>44</sup> Acta de creación de la Tenencia de Carabineros, Santa Rosa de Chena, Padre Hurtado. AUCMPH.

<sup>45</sup> Miguel Jesús Verdugo Araya, Padre Hurtado, avenida San Pedro 207. AOMPH10.

únicas escuelas en toda la zona durante la primera mitad del siglo XX, pero es en la “N°4” donde se realizaron gran parte de los actos cívicos tanto para la subdelegación, como en algunas ocasiones, para toda la comuna. En 1958 la escuela registró un peak de 737 niños matriculados convirtiendo al establecimiento con más alumnos en toda la localidad, y en 1965 se convirtió en la primera escuela de toda la subdelegación en impartir el 7° año, lo que viene a confirmar la preponderancia de la escuela en la historia de Padre Hurtado, antigua Marruecos.

Las limitaciones, fisuras, silencios no intencionados presentes en este estudio son solo una prueba de que todavía queda mucho por explorar. Una deuda para el porvenir que con gusto es asumida.

## Fuentes

Archivo Unidad de Cultura Municipalidad de Padre Hurtado (AUCMPH).

Archivo Oral Municipalidad de Padre Hurtado (AOMPH).

Biblioteca Nacional de Chile.

Archivo Escuela República Argentina (AERA).

Archivo Municipalidad de Peñaflor.

Archivo personal del autor.

## Bibliografía

Bengoa, J. (2015): Historia rural del Chile central. Crisis y ruptura del poder hacendal. Tomo II. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Bustos Valdivia, H. (1997): Peñaflor, Malloco y Padre Hurtado...Una historia de 5 siglos. Peñaflor, Ilustre Municipalidad de Peñaflor.

Darley, G. (2010): La fábrica como arquitectura: Facetas de la construcción industrial. Barcelona, Editorial Reverté.

Plamper, J. (2014): “Historia de las emociones: caminos y retos”, Cuadernos de Historia Contemporánea, 36, pp. 17-29.

Rosenwein, B. H. (2002): “Worrying about Emotions in History”, The American Historical Review, 107(3), pp. 821-845.

Salazar, G. y J. Pinto (2002): Historia Contemporánea de Chile, Vol. 5, Niñez y juventud. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Smith, A. (1998): “Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos. Mapas, recuerdos y moralejas en la recreación de las identidades nacionales”, *Revista Mexicana de Sociología*, 60, pp. 61-80.

Wirth, L. (2005): “El Urbanismo como modo de vida”, *Bifurcaciones*, 2, pp. 1-15.

Fecha de recepción: 1 de marzo de 2021

Fecha de aceptación: 30 de abril de 2021

***Locuras en primera persona. Subjetividades, experiencias, activismos*, de Rafael Huertas (Catarata, Madrid, 2020, 189 pp.).**

**Claudia ARAYA IBACACHE**

Universidad Católica de Chile, Chile

c.arayaibacache@gmail.com

Rafael Huertas, médico por la Universidad Complutense de Madrid, doctor *honoris causa* por la Universidad de Buenos Aires, profesor e investigador del Instituto de Historia del CSIC (Madrid), es uno de los mayores representantes de la historia de la medicina contemporánea europea. Ha publicado diversas investigaciones sobre el saber médico, entre las que destacan: *Locura y Degeneración. Psiquiatría y sociedad en el positivismo francés* (1987); *Del manicomio a la salud mental. Para una historia de la psiquiatría pública* (1992); *Neoliberalismo y políticas de salud* (1999); *El siglo de la clínica. Para una teoría de la práctica psiquiátrica* (2005); *Los laboratorios de la norma. Medicina y regulación social en el Estado liberal* (2008); *Historia cultural de la psiquiatría* (2012); *Otra historia para otra psiquiatría* (2016). Desde 2008, a través de la Red Iberoamericana de Historia de la Psiquiatría, Rafael Huertas ha propiciado la organización de un espacio de debate crítico y colaboración científica entre historiadores y psiquiatras mexicanos, peruanos, colombianos, brasileños, argentinos, españoles y chilenos. Para muchos de los que formamos parte de la Red, el Profesor Huertas ha marcado e inspirado nuestro quehacer como historiadores.

Esta publicación continúa una línea investigativa centrada en nuevas perspectivas teóricas que buscan ampliar los análisis históricos y culturales sobre la locura, hasta ahora centrados en las disciplinas médicas clásicas. En el caso actual, por medio de una detallada y actualizada bibliografía, reflejo de una exhaustiva investigación, el autor propone pensar la locura “en primera persona” a través de enfoques multidisciplinarios y utilizando fuentes documentales de diferente índole. En términos historiográficos esta publicación es tributaria de los estudios históricos críticos que se vienen desarrollando desde la última década, los que han incorporado

RESEÑA

Claudia ARAYA IBACACHE

*Locuras en primera persona. Subjetividades, experiencias, activismos*, de Rafael Huertas (Catarata, Madrid, 2020, 189 pp.).

Sur y Tiempo. Revista de Historia de América, N°4, julio-diciembre 2021, pp. 183-185.

ISSN 2452-574X

DOI: 10.22370/syt.2021.4. 2934



las perspectivas, experiencias y escritos de los pacientes. Abordar la locura en primera persona implica no sólo un diálogo multidisciplinario, sino también una ruptura epistemológica y la búsqueda de nuevas metodologías.

Se introduce la publicación con un análisis de las diversas perspectivas teóricas con las que se ha abordado el estudio de la subjetividad de la locura, desde la historia de la psiquiatría desde el punto de vista del paciente a los *mad studies*. Se trata de una complejización de los enfoques analizados, considerando la introducción de los aportes de la teoría feminista y de los estudios subalternos, entre otros, que favorecen el desplazamiento del discurso desde el saber disciplinario hegemónico hacia el sujeto que experimenta el dolor o la enfermedad psíquicos. En el caso específico del feminismo, sus aportes a las teorías del “punto de vista” y del “conocimiento situado”, valorizan las visiones de los grupos marginados en la producción de conocimiento; mientras que los *mad studies* han relevado las acciones reivindicativas de colectivos de pacientes “psiquiatrizados” ante el papel tradicional de la psiquiatría biológica fundamentalmente. En ambos casos –feminismo, *mad studies*– se trata tanto de movimientos de estudio como de grupos activistas que reflexionan críticamente en torno a la conceptualización de la locura, la historia de las terapias psiquiátricas y la relación mujeres y locura, entre otros.

Uno de los mayores inconvenientes de la historia desde el punto de vista del enfermo ha sido la pesquisa y tratamiento de las fuentes documentales pertinentes. Las primeras aproximaciones se dieron a través del uso de la literatura. El análisis de escritos de mujeres (diarios, testimonios de encierro) a la luz de estos nuevos enfoques permite el abordaje de la locura no desde la perspectiva de la falta o la carencia, sino desde la diversidad de las subjetividades. Uno de los ejemplos descritos en el texto, el diario de la escritora Sylvia Plath, muestra la escritura como resistencia y expresión del “yo profundo”, frente al encierro, la sumisión y el dominio. A través de otros testimonios similares se introduce también el análisis del delirio psicótico como expresión de disidencia o, según algunos autores analizados, como un esfuerzo subjetivo de autorreparación y estabilización.

Reconociendo el autor que se trata solo de una primera aproximación que pretende incentivar el debate y futuras investigaciones, parece necesario no limitarse a la experiencia de escritores sino abordarlo desde una perspectiva más amplia, que incluya a la gran mayoría de pacientes psicóticos, para quienes el delirio no tiene esas connotaciones. En este mismo sentido, la incorporación de otros actores o categorías de análisis para el estudio, por ejemplo, del concepto de “psiquiatrización”, de uso recurrente en el texto, permitiría sacar el debate de la polaridad psiquiatra-loco.

En las últimas décadas, la labor de investigación y puesta en valor por parte de historiadores, archiveros y profesionales de las disciplinas médicas de nuevas fuentes documentales ha favorecido el estudio de la subjetividad de la locura por

parte de las comunidades de investigación y de los movimientos de activistas. En estos avances se enmarca el estudio de cartas de pacientes escritas desde sus lugares de encierro, sobre las que existe una experiencia acumulada en los últimos años en Europa y Latinoamérica; así como de historias clínicas y revistas editadas por médicos y/o pacientes, menos exploradas hasta el momento. La naturaleza de este tipo de fuentes que el autor releva evidencia la necesidad de un trabajo que incluya una variedad de documentos que permita, por ejemplo, identificar los casos de censura, tutelaje o autocensura.

Finalmente, el libro aborda el papel del activismo tanto en la lucha contra la psiquiatrización de los locos como en el estudio de la subjetividad de la locura. Entre ambos procesos se produce una retroalimentación epistemológica de reciente surgimiento, por lo que solo se pretende una aproximación. A partir de los años setenta del siglo XX los sectores críticos de la psiquiatría comienzan a organizarse colectivamente. Una vertiente fue el movimiento académico antipsiquiátrico (psiquiatras críticos) y otra, el de los “supervivientes de la psiquiatría”, más centrado en el activismo. Las relaciones entre ambos grupos fueron complejas. Por más que los primeros se posicionaran políticamente en la búsqueda de alternativas a la institucionalización, la desconfianza de los grupos de pacientes dificultaba el trabajo colectivo.

Como antecedentes del activismo se presentan relatos autobiográficos que denuncian las relaciones entre poder psiquiátrico y patriarcado (Elizabeth Packard; Dorothea Dix) y otros que inspiraron la formación de sociedades de amigos de los pacientes (John Perceval) y el movimiento de Higiene Mental (Clifford Beers). Uno de los textos fundacionales de los debates sobre activismo en psiquiatría, *On our own: Patient-controlled alternatives to the mental health system*, escrito por Judi Chamberlin en 1978, contribuyó importantemente a la organización de pacientes basada en los principios de autodefinición, autodeterminación y desmedicalización. Sin embargo, la complejidad de estos principios, así como de los conceptos de “cuerdismo” y “empoderamiento”, también aportes de Chamberlin, llevó a interpretaciones diversas y a veces incluso antagónicas por parte de los diferentes grupos activistas.

Esta diversidad de interpretaciones y apropiaciones, así como la coerción de algunos movimientos activistas por el neoliberalismo, abordado hacia el final del libro, son muestras de lo complejo del campo que abarca la psiquiatría y la locura; y también de la diversidad de elementos que intervienen en la construcción y accionar de los movimientos sociales. Más allá de esto, lo interesante para el autor y lo que se mantiene como el centro del libro es no dejar de lado el valor que representa para la historia de la locura y de lo que la rodea, la subjetividad del loco, o del no-paciente, o del sujeto psiquiatrizado.

